


NUNC COGNOSCO EX PARTE



THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

BIOGRAFIAS HISTÓRICAS Y NOVELESCAS

DON RICARDO PALMA
EL PATRIARCA DE LAS TRADICIONES

Trent University Library
PETERBOROUGH, ONT.

BIOGRAFÍAS HISTÓRICAS Y NOVELESCAS

ANDRÉ MAUROIS: ARIEL O LA VIDA DE SHELLEY

FRED BÉRENCE: LUCRECIA BORGIA

OCTAVE AUBRY: VIDA PRIVADA DE NAPOLEÓN

GEORGE SOLOVEYITCHIK: POTEKIN, EL FAVORITO DE CATALINA DE RUSIA

H. GORDON GARBEDIAN: EINSTEIN, HACEDOR DE UNIVERSOS

FÉLIX LIZASO: MARTÍ, MÍSTICO DEL DEBER

GUY DE POURTALÈS: WAGNER, HISTORIA DE UN ARTISTA

PABLO ROJAS PAZ: ALBERDI, EL CIUDADANO DE LA SOLEDAD

ÁNGEL OSSORIO: MIS MEMORIAS

EMIL LUDWIG: BOLÍVAR, CABALLERO DE LA GLORIA Y DE LA LIBERTAD

FRANK HARRIS: BERNARD SHAW

EMIL LUDWIG: BEETHOVEN

MARCEL BRION: MIGUEL ÁNGEL

THOMAS HOPE: TORQUEMADA

RENÉ BOUVIER: QUEVEDO, HOMBRE DEL DIABLO, HOMBRE DE DIOS

ANTONINA VALLENTIN: LEONARDO. LA TRÁGICA BUSCA DE LA PERFECCIÓN

MARÍA TERESA LEÓN: EL GRAN AMOR DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

MARIANO PICÓN - SALAS: MIRANDA

FRANK HARRIS: EL HOMBRE SHAKESPEARE Y SU VIDA TRÁGICA

CRANE BRINTON: NIETZSCHE

EUGENIO ORREGO VICUÑA: O'HIGGINS. VIDA Y TIEMPO

JEAN BABELON: CERVANTES

MAURICE ASHLEY: CROMWELL

UNA POPE-HENNESSY: CHARLES DICKENS

FRANÇOIS PORCHÉ: BAUDELAIRE

ANTONINA VALLENTIN: HEINRICH HEINE

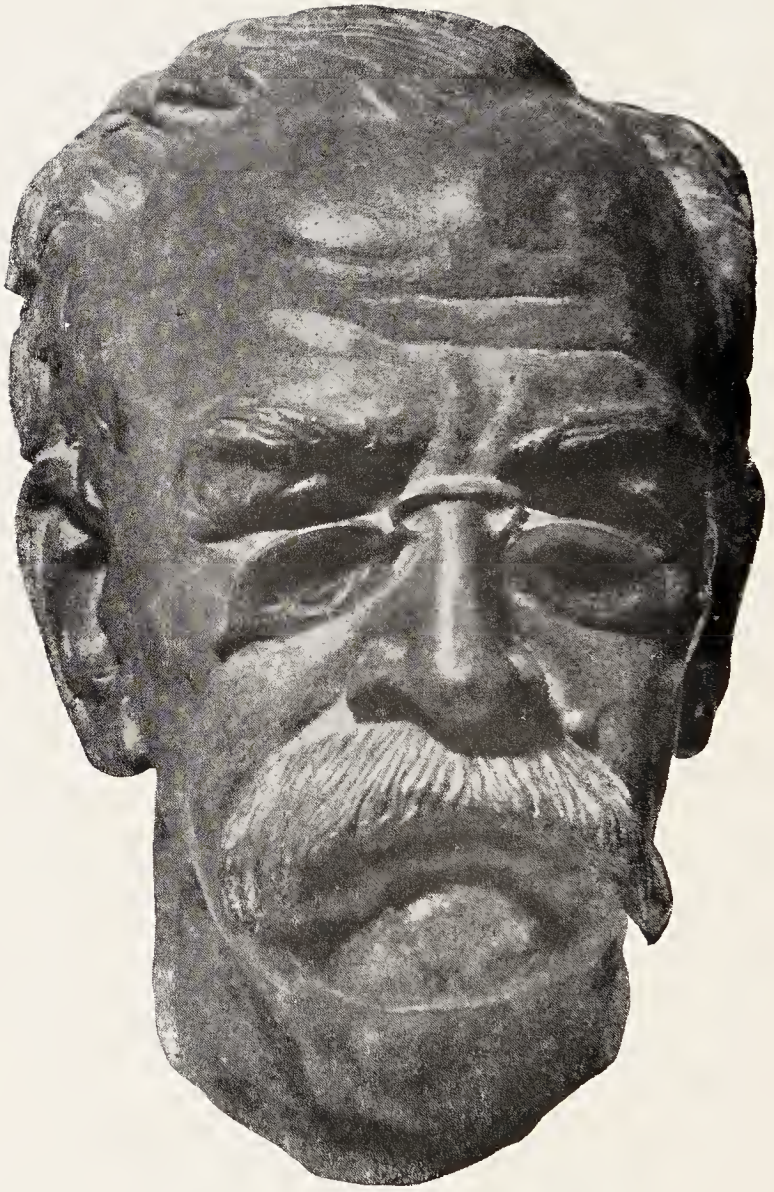
FRANÇOIS PORCHÉ: VERLAINE, TAL COMO FUÉ

ANTONINA VALLENTIN: MIRABEAU

JEAN BABELON: CARLOS V

PABLO ROJAS PAZ: ECHEVERRÍA, EL PASTOR DE SOLEDADES

F. G. GREEN: STENDHAL



DON RICARDO PALMA



CÉSAR MIRÓ

DON
RICARDO PALMA
EL PATRIARCA DE LAS TRADICIONES



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES



Trent University Library
PETERBOROUGH, ONT.

F3447 . P172

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1953.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Se acabó de imprimir este libro el día 21 de noviembre de 1953,
en los Talleres Gráficos Américalee, Tucumán 353, Buenos Aires.

Mi ideal es producir una obra que se halle estrechamente de acuerdo con las pruebas documentales existentes, pero que no por ello deje de mostrar el sello de una creación imaginativa.

EMIL LUDWIG

*Montaña, nube, límite, desde aquí yo os contemplo
como asido a la piedra disparada
por el hondero oculto en el volcán pretérito;
como asomado al corazón del águila;
como parado en un cristal del viento...*

(Alto sueño)

PRÓLOGO BREVÍSIMO

Conocí a Palma cuando era yo muy niño y por eso de él sólo podría decir que lo vi pasar. Ésta es mi primera noticia y la más remota del patriarca. Más tarde recibí valiosa información de Augusta Palma y de mi médico, el doctor Ricardo Palma, hijos del tradicionista. Agradezco a Raúl Porras Barrenechea su atinada sugerencia de aprovechar, en algunas de las Tradiciones, la trayectoria autobiográfica, consejo que he seguido fielmente. La mayoría de las cartas que se transcribe están publicadas en el Epistolario; pero muchas de ellas pertenecen al archivo inédito. En lo histórico, me ha sido de gran utilidad, de manera principalísima, la magnífica obra de Jorge Basadre, así como la colección de El Comercio donde, según el padre Uría, está la verdadera historia del Perú.

C. M.

ESTA CIUDAD ROMÁNTICA

Desde este mirador que tiene más de cien años de altura; desde esta empinada estrella imaginaria se distingue claramente la ciudad. Se la distingue y se la escucha. Es una ciudad fortificada y alguien nos dicta que fué el Virrey Duque de La Palata quien ordenó levantar estas murallas y que fué colocado su primer cimiento el viernes 30 de junio de 1684. El corsario roba, incendia y mata y es prudente amurallar las ciudades, como conviene vestir su armadura al caballero.

Hay que escuchar el diálogo de las antiguas voces. La del señor Capitán de Batallas, don Luis Vegas Osorio, ingeniero militar, nos dice:

—Eran catorce mil varas lineales de adobe de cinco a seis metros de alto y cinco de ancho.

Y Manuel de Escobar, el alarife, agrega:

—Tenía treinta y cuatro baluartes. . .

— . . . y cinco portadas —completa la otra voz.

Y las dos voces vanse turnando en su mención:

—Nuestra Señora de Guía.

—Maravillas.

—Callao.

—Barbones.

—Martinete. . .

A las que luego se agregaron seis puertas más, que el ir y venir de los viajeros hicieron necesarias, conforme fueron pasando los años y decreciendo los peligros.

Algo deben haberse modificado, sin embargo, varas, baluartes y portadas, desde los días en que se encomendó la dirección de los trabajos al señor doctor don Juan Ramón Koenink, Cosmógrafo Mayor del Reino del Perú y Capellán Real del Palacio de Lima; y así también es otra la suerte de esta república y muy distinta la vida de la ciudad que acaso apenas sobrepase ahora los cincuenta mil habitantes y que hace sólo doce años proclamara, en su Plaza Mayor, su libertad e independendencia del poder

español, “por la voluntad general de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende”.

Diferentes caminos se dirigen a estas puertas y se puede elegir cualquiera de ellos. Aquel, por ejemplo, de polvo amarillento, que alborotan carruajes y cabalgaduras y que viene corriendo desde el no muy lejano puerto del Callao. Próximo ya a las murallas, este camino acentúa perfiles pintorescos y gratos. Sombra de naranjos y limoneros —pequeña sombra de pequeños árboles— cae sobre las acequias y quiere atenuar los gritos pintados en las ásperas tapias y encalados muros. Son palabras que expresan la pasión de estos días, leyendas que vocean “mueran los gamarranos” o que lanzan un sonoro y subversivo “biba santa cruz”, que el grito no precisa de ortografía porque, aun pintado en el muro, seguirá siendo grito. Alguna figura obscena matizará la pugna breve de los caudillos; y acá una cabeza grotesca con su desmesurada nariz; y más allá las líneas dramáticamente simples de una horca con un monigote suspendido sobre las respetables señas personales del señor Ministro y luego un corazón atravesado con su flecha bajo dos iniciales melancólicas; y aquel nombre de mujer naufragando entre la anarquía de las tapias pintadas. La historia de esta república está sintetizada en esas inscripciones, pequeñísima válvula para las contenidas inquietudes cívicas del pueblo soberano.

Un carruaje ha llegado hasta la entrada principal de la ciudad —una puerta grande y dos puertas pequeñas— donde hay unos funcionarios que cobran un impuesto. En caballo de corto y parsimonioso paso, un caballero llega también hasta las puertas. Dos soldados conversan. Otro carruaje se aproxima. Y se cambian palabras en el pórtico y se cambian saludos. Cruzado el ancho umbral, otro camino camina hacia la ciudad. Es un camino breve; de polvo breve. Las tapias lo cercan y detrás de los muros, un poco más altos, se asoman las huertas. Se asoman con sus manos de jazmines, con sus ojos de lúcumas. Detrás de ese árbol sube una torre; en la torre, enjaulados, cantan dos pájaros de bronce. La ciudad se acerca, se acerca. La ciudad crece. Las paredes son amarillas, rosadas, grises. Las ventanas de reja tienen barrotes negros, y es negro el alquitrán del zócalo; y los pórticos son pesados. En los zaguanes, el arco de medio punto y el farol. El piso está empedrado de piedra menuda. Por el centro de la calle corre el arroyo y dan saltos desgarbados tres gallinazos.

Hasta este mirador que tiene más de un siglo llegan palidecidas pero claras las imágenes personalísimas de la ciudad. En la Plaza Mayor está el antiguo Cabildo y el Palacio que habi-

taron los virreyes y donde entran y salen los presidentes; y están la casa del Arzobispo y los portales. Al centro, la pila. La plaza es dilatada y en ella desembocan vendedores y soldados, mujeres y frailes, esclavos negros vestidos de blanco, señores graves con levas negras. El aguador, en su burro lento, hace sonar una delgada campana. Y en grises asnos dóciles con capachos de cuero van también el frutero y el panadero, mientras a pie y voceando con voz aguda de violín, la misturera cruza con el balay colmado de violetas y nardos, de rosas y claveles. A la sombra propicia de los portales un sargento del "Pichincha" requiebra a la mulata tizanera; detrás de una *tapada* sigilosa marcha apurando el paso una negrita y tras de las dos el señorito piropeador y presuntuoso, ensortijado, encadenado y corbatón, con sombrero alto y rizadas patillas goyescas, agobiado bajo el sol de este caluroso mediodía de febrero de 1833.

En uno de los ángulos de la plaza, en la esquina, más exactamente, de la que fuera casa del Virrey, pintorescamente fortificada de tiendas de abarrotes y baratijas, un hombre conversa con el mercader que atiende su *cajón* esquinero. Charla, en verdad, desganadamente. Algunas veces responde al vendedor sin escucharle. Reclinado en el estrecho mesón, más útiles menesteres que conversar le ocupan. Es un hombre joven: tiene treinta años. Es un hombre moreno: debajo de su pigmento remotos esclavos duermen. El cajón, la tienducha, es caluroso y tiene un pequeño toldo. A su sombra breve nuestro lacónico amigo trabaja. De allí que sea su charla intermitente, lenta, como el gotear de un grifo. El trabajo es simple y grato; es amable y alegre. Más que trabajar verdaderamente, parece un matar el ocio, que el de pintor es oficio entretenido y sedante, pasatiempo de gentes en paz con su conciencia.

El tendero atisba por encima del hombro de su huésped y ríe bulliciosamente:

—¡Vaya, por Dios, don Pancho; que tiene harta malicia su merced!

Sobre las pequeñas hojas del grueso papel se mueven curiosas figuras. ¿Lo duda usted? Se mueven. Son las mismas que acabamos de ver en la plaza. El aguador en su burro; el panadero; la misturera; el lancero de Torata requebrando a una moza; la *tapada* y su negrita; el fraile; el doctor Solari; la melonera.

Pancho Fierro se recrea en sus atrevidas líneas; observa de nuevo, se rasca la espesa barba y secunda al tendero en su sonora risa.

—¡No dirás tú que el burro difiere mucho de su dueño!

—Así es, don Francisco.

—Y que el lancero no se quiebra en el requiebro igual que si bailara la zamacueca...

Y, en efecto, es eso lo que pinta nuestro pintor. No es el pie sino el paso; no es la cadera sino el esguince; no es el galán sino el requiebro. El mulato prepara sus bocetos y el ojo ve lo que hay debajo del ambulante modelo. El ojo ve y se burla un tanto de lo que ve. Se burla; pero también consagra. Así, sin proponérselo, está haciendo pasar a la inmortalidad a esa mujer menuda de saya y manto, apretadita de cintura y de andar, con el provocativo brazo cruzándole el pecho hacia la cara donde la enortijada mano fina cierra la celosía del manto y en el ojo brillante, oscuro, se concentra toda su gracia apasionante; en el ojo que es a todo su cuerpo como el punto que marca la capital en el mapa.

Como es pintor del pueblo, sus retratos no sobrepasan el movido ambiente de la calle. Por eso no se atreve con las gentes que viven detrás del muro donde se recuestan los cajones. Ni se atreve ni quiere. Pancho Fierro no podría ser un pintor palaciego. A pesar de su piel, la adulación no es, por cierto, debilidad que pueda avergonzarle. De aceptar cargo semejante, acaso lo haría llevando su ironía hasta el altivo gesto de los señores, como dicen que lo hiciera Goya con Fernando VII y su real progenitora. ¿Ha visto Fierro los "caprichos" del genial aragonés? Seguramente, no; pero hay algo de los atrevidos aguafuertes de aquel otro sarcástico don Francisco en estas ingenuas acuarelas donde va recogiendo el acento de su ciudad. De haber traspuesto el denso adobe del Palacio hubiera sorprendido la expresión de más de un interesante rostro. Aquel, por ejemplo, de doña Francisca Zubiaga de Gamarra que se pasea nerviosa por los salones, en traje de montar, que es para ella, por lo visto, traje de gobernar; por lo menos, de gobernar a este pueblo al que tanta falta le hacen las espuelas y el látigo. Y hubiera reproducido su megalomanía y su epilepsia. No da la presidenta escándalos con su coronel Escudero como los diera María Luisa con Godoy, pero dicen lenguas ligeras que por algo el romántico oficial español acompaña en sus rondas nocturnas a la enérgica doña Pancha, dueña y señora de los poderes del Estado, cada vez que don Agustín se ausenta a sofocar alguna de las innumerables revoluciones que desde los cuatro puntos cardinales de la república atentan contra la seguridad de su gobierno. El Mariscal Gamarra ha encontrado una eficiente colaboradora en su ilustre esposa, cuzqueña y descendiente de vascos como él, aunque mucho más decidida, ejecutiva y radical.

Doña Pancha tiene treinta años y su figura presenta con-

tornos novelescos. No es una aventurera como la Monja Alférez, pero también sintió en su adolescencia la atracción irresistible aunque pasajera del claustro. No ha vivido la agitada vida vagabunda de aquélla ni ha sido un pregonado espadachín, pero ha ganado batallas, debelado sediciones y enfrentádose a la embriaguez heroica de la soldadesca entonada por las victorias de Ayacucho y de Junín; que, si hay todavía en los cuarteles veteranos de la gesta emancipadora, ella, Francisca Zubiaga y Bernales, ha coronado a Bolívar con sus propias manos en la fiesta memorable del Cuzco. Ahora gobierna a sus cholos y la llaman *La Mariscal*.

No; no hará jamás Pancho Fierro este retrato, como no intentará tampoco el de aquel señor, cortesano, inteligente, ceremonioso, enemigo del liberalismo, periodista combativo y que ha sido parlamentario, ministro varias veces de distintos portafolios y, sobre todo, amigo y consejero del Mariscal Gamarra. Desde las columnas de *La Verdad* ha fustigado tenazmente a los opositores del régimen. Dentro de su órbita, no cabe duda que el ex Ministro de Fernando VII, don José María de Pando —tal el nombre de tan importante personaje— puede ser considerado como una de las figuras más representativas del momento.

Hay otro retrato de vigorosos perfiles en la interesante galería de esta hora agitada de la política peruana; pero este retrato no podrá encontrarse en los salones donde hace silbar su foete la Mariscal. Pertenece a don Francisco de Paula González Vigil, sacerdote, Presidente de la Cámara y Diputado por Tacna, defensor de la juridicidad y acusador violento de Gamarra. Más tarde, será Director de la Biblioteca Nacional, fundada por San Martín. El ilustre patricio ha clamado enérgicamente por el respeto a la Constitución y a las leyes; pero su voz se pierde entre la algarabía de los motines y el borrascoso oleaje de las pasiones. Es preciso ahogar en sangre las sediciones —piensa, acaso, el Gobierno— y aquí mismo, en la Plaza Mayor, con sus tapadas y sus esclavos, con sus veteranos condecorados y sus vendedores estridentes, el pelotón de fusilamiento ha cumplido, no hace mucho, severas consignas en nombre de la paz, de la justicia, de la libertad y de la ley. La protesta de González Vigil se refiere, sin duda, a otra libertad y a otro derecho; pero el lenguaje de los que mandan suele ser distinto del de los que obedecen y al Poder Legislativo no le queda otro recurso que seguir cumpliendo su función romántica y pasiva de confeccionar solemnes documentos para revestir de legalidad el absolutismo disfrazado y enemigo verdadero de la Verdad y de la Justicia.

Es cierto que este país es ingobernable y que González Vigil,

con códigos y catecismos de respeto a la libertad sería un lamentable presidente de la República. No puede tampoco exigirse demasiado a una nación recién nacida y donde han de gobernar los antiguos monárquicos, según opinión de algunos, porque, de lo contrario, habría que entregar el poder a libertos llenos de mal disimulados rencores o a mestizos resentidos en los que eso que se llama la voz de la sangre habla un exaltado idioma de castigos, reivindicaciones y venganzas, incompatible con la hermosa, grande y hueca fraseología que ahora usamos y que nos ha llegado, con otros artículos de lujo, de la heroica Francia, donde la fórmula de Libertad, Igualdad y Fraternidad es receta menos difícil de aplicar que en estas tierras tropicales de antropófagos y de marqueses, de gorros frigos que los demagogos criollos utilizan como si fueran gorros de dormir.

Laboriosa tarea es la de poner orden en la confusión de instintos y apetitos característica de un pueblo que acaba de renunciar a los cuidados de su nodriza y en el que cada quien pretende hacerlo mejor que su rival. De allí la sobrecogedora frecuencia de conspiraciones y motines que es preciso reprimir con todo el rigor que el mal reclama. No hace un año todavía, "aseguró el Gobierno haber descubierto otra conjura, en la que tomaba parte un capitán de la guardia de Palacio, protegido de Gamarra, llamado Felipe Rosell. Condenado a muerte, Rosell fué ejecutado en la Plaza de Armas de Lima en la mañana del 19 de marzo, marchando al patíbulo "como se marcha a una parada". El Ministro de Gobierno, Vidaurre, publicó entonces la famosa exposición de la cual son estas palabras: "Ha de reinar el orden. Si fuera preciso, callarán las leyes para mantener las leyes"¹.

Y las leyes han callado, en efecto, muchas veces. ¿Es que alguien ha escuchado la legítima voz de la Ley? ¿Cuál es su acento, su registro, su intensidad? Hemos identificado a sus pregoneros y a sus intérpretes y alguna vez ha sido sólo un ventrílocuo haciendo accionar hábilmente a sus muñecos. Éste es Pedro y éste es Juan. Juan es el Pueblo y Pedro es la Ley. Pero el diálogo procede siempre del mismo pensamiento y de la misma voz. Y viva el recién llegado con su equipaje de promesas; y muera el que ha permitido que la tramoya quede en descubierto, el que ha dejado adivinar el viejo truco, el que ha repetido muchas veces la plática inocente de Pedro y Juan.

Pancho Fierro ha pintado a Pedro y ha pintado a Juan. Los hemos visto en la muchedumbre que acompaña al penitenciado por la Inquisición. Juan lleva calzón corto y está en mangas de camisa; es un mulato que tira del burro donde va montado el

¹ JORGE BASADRE, *Historia de la República del Perú*.

reo igual que si fuera un rey. Pedro lo rodea con uniformes de húsares con cartucheras y fusiles. Al fondo, en un largo balcón, tapadas y señoritos se asoman curiosos. Y los hemos visto también en las procesiones y en las danzas y en el grave desfile de los Alcaldes; y en la pareja que baila su sanguaraña; y en el valiente sargento que espulga a su rabona; y en los jinetes airo-sos en caballos de paso dignos de un sultán; y en la jocunda fiesta limeña donde, a pesar de palios, guitarras y montoneros, Pedro será siempre Pedro y Juan será siempre Juan.

Pero vamos a dejar esta plaza donde hemos de volver muchas veces; vamos a seguir este rumbo de los cajones de Ribera, frente a la sorda mansión de los gobernantes del Perú. Sigamos por la calle del Arzobispo, costado de la casa que hospeda a la primera autoridad eclesiástica peruana. Caminemos tres cuadras. Pase-mos frente al antiguo tribunal del Santo Oficio con la leyenda negra de sus calabozos lóbregos y húmedos y sus refinadas ma-quinarias de tortura. Avancemos unos pasos todavía. Ésta es la Plaza de la Inquisición. Allí, a la izquierda, siguiendo la direc-ción de nuestra marcha, dando frente a la plaza, está el recinto del Congreso Constituyente, los ámbitos donde han resonado las voces cálidas y firmes de los Mariátegui, de los Sánchez Carrión, de los Luna Pizarro y los González Vigil. Y aquí también está el Mercado y acaso en un rincón tendrá su mesa de carnicería Juanita Breña, la capeadora retirada, la célebre Juana la Mari-macho que, "si renunció a habérselas con los toros vivos, no tuvo por qué enemistarse con los toros muertos"¹, después de la cornada que le dió en el Acho ese corniveleto de la Rinco-nada de Mala, cuando de ella pregonaba el romance:

*La Juanita Breña
me dejó encantada.
¡Qué arranque de china!
¡Qué bien capeaba!
¡Y cómo el caballo
lo culebreaba!*

A nuestra derecha, al llegar a la esquina, está la calle de Puno. Hacia la mitad de la cuadra, hay una casa de dos pisos. Es una de las construcciones típicas del ochocientos, caracterís-ticas, mejor, de la época que siguió al terremoto de 1746, verda-

¹ PALMA, *Juana la Marimacho*.

dero gran pirata de la ciudad virreynal, padre del Señor de los Milagros, la procesión del miedo. Los muros de esta casa son macizos, de adobe fresco y bien asentado. El ancho portón ocupa buena parte de la fachada. Las ventanas de reja, a ambos lados, lo compensan armoniosamente. Las ventanas de reja son los oídos de las casas limeñas. Los cuentos del barrio, las historias de la ciudad llegan de noche y se vuelcan en las ventanas, para que éstas los devuelvan saturados de rumor fabuloso, como hacen las caracolas con las leyendas del mar. Sobre el portón y las ventanas, un largo balcón cerrado.

El patio no es muy amplio y está empedrado de piedra menuda, el típico canto rodado de los patios limeños. Como ya es noche bien entrada, hay un farol encendido, pendiente del arco que divide el zaguán. Al fondo del patio, la puerta del principal. Detrás de la puerta, la sala y las habitaciones interiores de la planta baja. El arreglo de la casa advierte que en ella viven gentes modestas. Hay ruido de voces sigilosas, de pasos sigilosos. La luz de los velones y los lamparines proyecta en las paredes sombras desiguales y cambiantes. Un suave olor a espliego llega con las menudas ráfagas que hacen temblar la llama de las velas. En el comedor, sentado a la mesa, silencioso y solo, el padre. En el dormitorio, el llanto débil, monótono, agudo, de un niño. La madre está al lado de él, fatigada y feliz, mirándolo. Es el martes 7 de febrero de 1833.

¿Fatigada y feliz? Sí: feliz, no obstante sus íntimas preocupaciones, de las que la más grave es la precaria salud del recién nacido. El parto ha sido laborioso, tardío quizás, y se teme por la vida del niño. La comadrona ha emitido su opinión y su consejo. Es menester llamar, con carácter de urgencia, al señor cura don Mariano Santos, conocido del barrio, quien bautizará al párvulo "en caso de necesidad". Sin embargo, unos días transcurren y el 11 de febrero, el Presbítero don Manuel Almizán, Teniente de los curas Rectores del Sagrario de la Catedral, ha exorcisado y puesto óleo y crisma a Manuel, de cinco días, lijo de Pedro Palma y de Guillerma Carrillo Pardos¹, siendo su padrino Martín Concha y actuando como testigos Carlos Efen y Jorge Paz, según consta en el folio 183 del libro 20 de Bautizos, correspondiente a los años de 1832 y 1833.

Por un error de cuenta, sin duda, o acaso debido a una costumbre de la época, se lee en la partida: "a Manuel, de cinco

¹ Recientes investigaciones de Raúl Porras Barrenechea parecen demostrar que Guillerma Carrillo fué, en realidad, la abuela del tradicionalista, asegurando el distinguido historiador peruano que el nombre de la madre, que no se consigna en la partida, es Dominga Soriano.

días”, siendo, en efecto, este once de febrero el quinto día de nacido el niño cuya menguada expresión física ha tenido a la madre en continuo sobresalto.

Poco sabemos, sin embargo, de doña Guillerma, que dejará pronto de estar entre los suyos. Del mismo don Pedro tenemos muy someras noticias, aunque la circunstancia de un curioso pleito judicial nos proporciona interesantes datos. En efecto, quince años después del nacimiento de Manuel, encontramos en las páginas de *El Comercio*, la acusación de un tal Ramón Larrea, (a) “Alambique”, “facineroso de profesión”, contra Pedro Palma, a quien describe “pequeño de cuerpo, cargado de años . . . insigne jugador de gallos . . . repartidor de géneros” y acusándolo, por último, de “tener abandonada a su legítima esposa”.

La verdad es que el difamador es un empecinado delincuente que está sufriendo prisión “en carceletas”, enjuiciado por el propio Palma “por los crímenes que ha cometido . . . quien sólo está dedicado a continuar la causa . . . y a no entrar en polémicas que quitan el tiempo y ocasionan gastos”, según le dice en su respuesta, aconsejándole, muy socarronamente, “no gaste usted los realitos que le dan sus amigos en comunicados . . .”

En sucesivas ediciones del mismo diario aparecen otros tantos sueltos de los amigos de don Pedro Palma, “honrado ciudadano cuyo buen comportamiento le ha granjeado el afecto de todos los comerciantes peruanos y extranjeros de esta capital”. La protesta contra la calumniosa acusación se hace cada vez más enérgica, por tratarse de un “recomendable ciudadano”, “que jamás ha dado qué decir”, sobresaliendo la propia declaración de don Pedro: “Mi conducta en el jiro del comercio desde que me dediqué a él, que fué en mis cortos años para buscar mi subsistencia, me ha franqueado las relaciones de amistad y protección de los patrones . . .”. Se justifica del cargo de haber hecho abandono de su hogar por motivos poderosos y, a los pocos días, no se habla más del asunto.

Sabemos, pues, que Pedro Palma es comerciante en géneros, razón por la cual obligará a su hijo a estudiar contabilidad; que es aficionado a las jugadas de gallos y que, no obstante ser “recomendable ciudadano”, su vida familiar sufre un grave desequilibrio.

No cabe duda, por otra parte, sobre la identidad de don Pedro, ya que no existe otro de ese nombre porque, en tal caso, y tratándose de una polémica violenta en la que se hacen muy graves cargos, la aclaración del supuesto homónimo hubiera sido inmediata. Además, por febrero de 1850, con motivo de las elecciones presidenciales que dieran el triunfo al General Echenique, se pu-

blica una "lista de los ciudadanos en ejercicio que tienen voto en las presentes elecciones, en la parroquia del Sagrario", figurando en ella Pedro Palma. Es en esta misma parroquia, como hemos visto, donde se encuentra registrada la partida de bautismo de Manuel, lo que indica que, por esos años, seguirá siendo Pedro Palma el mismo honrado ciudadano y vecino del barrio.

Manuel es, pues, el nombre del pequeño; y con él seguirá creciendo hasta el día en que, por propia y no expresada decisión adopte el de Ricardo, que pasearán los vientos de América y España ¹. Ha salvado la vida milagrosamente, que debió ser muy grave su dolencia para precisar de ese apurado bautismo "en caso de necesidad". El niño Manuel ha nacido de nuevo, podría decirse que por generación espontánea; es ya algo así —aislada raíz y tronco de su estirpe— lo que, corriendo los años, declarará en sus versos:

*Hijo soy de mis obras. Pobre cuna
el año treinta y tres meció mi infancia;
pero así no la cambio por ninguna.*

Es ésta la auténtica partida de Ricardo Palma, su legítima cédula de identidad personal. Entre los dos extremos de su vida, entre las dos orillas que encauzarán su paso por la tierra, cobrarán forma y contenido los más señeros episodios de la vida de su pueblo. Si no nació con la patria, como más tarde explicará Sarmiento en su Argentina, puede considerársele como a un hermano menor de la República, como a un prócer lírico que llegó un poco tarde. Hace apenas ocho años de Ayacucho. La nación está aprendiendo a discernir por sí misma y, sin duda alguna, no ha alcanzado todavía el uso de razón.

Hay un conflicto de intereses y de esperanzas; la ambición, la perfidia, el cálculo, se confunden frecuentemente con la encendida devoción liberal, con la más hidalga quijotería de los aventureros de la libertad. Por un general taimado hay diez capitanes románticos; pero habrá también un general romántico y diez lugartenientes con una secreta filiación de bandoleros. El poder atrae mucho más que el ideal revolucionario de la libertad. Por lo menos, compensa y recompensa mejor.

El niño Manuel ha nacido entre el hervor de esas pasiones. El niño Manuel ha crecido entre adjetivos resonantes e ideales

¹ Desde sus primeras colaboraciones en periódicos aparece firmando Manuel Ricardo Palma, coincidiendo con la partida hallada por el autor en la Parroquia del Sagrario, así como sus primeros versos, "a la memoria de doña Petronila Romero", publicados en *El Comercio* del 31 de agosto de 1848, es decir, cuando Palma contaba 15 años de edad.

dignificados por la sangre de los héroes auténticos y de los jugadores perdidosos; entre fusilamientos y apoteosis; entre negros ebrios y cruzados de cicatrices y soldados que se juegan la piel en los arenales de la costa y sobre las piedras filosas, más hostiles que las espadas, de los cerros cordilleranos. Los caudillos llegan, combaten y se van. Los caudillos mueren. Los caudillos llegan, combaten y se quedan. Por eso, una noche escucha en las calles redoblar en la tierra del tambor numeroso de los cascos; oye el rumor legítimo e inconfundible de estos años y grita, oculto en su balcón encajonado y sordo, un ¡viva Santa Cruz! con su pequeña boca fresca de dientes de leche. Ésta es la primera filiación política de Manuel Ricardo.

Y es que el Gran Mariscal Santa Cruz es una de las figuras más sugestivas de estos años. Por el escenario de la política peruana han discurrido hombres de presa, aventureros sin escrúpulos, estadistas sagaces, soñadores empecinados; hombres, en suma, que llevan en las líneas de la mano la huella honda y prolongada de la fortuna o el camino corto y sinuoso que conduce al paredón del fusilamiento. En la mano del gran mestizo, dos naciones se dan la mano.

Por las calles de Lima y en su Plaza Mayor pasarán cosas dignas del canto épico y de la copla festiva, del laurel y la sátira, del himno y la letrilla. En la intimidad de la Convención, igual que en el café de los Bodegones, graves problemas encenderán los ánimos y enronquecerán las gargantas. Se ha hablado de la Confederación Perú-boliviana y de las alternativas de la sucesión presidencial. Al cabo, ha salido Gamarra y en la silla codiciada se sienta un general buen mozo. Es joven, acaudalado y aristócrata, que alguna vez da Dios obediente al aforismo. En verdad, el general don Luis José de Orbegoso no podría quejarse de su horóscopo; a pesar de tantas y tan envidiadas virtudes, don Luis José es un gobernante popular. El pueblo le aclama y le guiña el ojo de las tapadas, brillante como la grupa de un potro.

Sin embargo, el general Gamarra ha sentido la nostalgia irreprimible del mando y, apenas elegido Orbegoso, le ha hecho ya el presente de un golpe militar. Pedro y Juan están otra vez sobre el tinglado. Nuevamente se verá a la Mariscala por las calles, a la cabeza de sus cholos, "con capa azul y grana"; pero se la verá por última vez. El golpe viene con mala fortuna y doña Pancha, sus *gamarranos* y su ilustre esposo huyen al sur. Más tarde tomará un barco, dará una última mirada a los castillos del Callao y partirá a Valparaíso donde se irá a morir. Flora Tristán agitará un pañuelo.

Muchas otras páginas de esta historia se irá llevando el ven-

daval de Cronos antes del pequeño grito de nuestro personaje pueril. Por ejemplo, pasará eso de la Confederación Perú-boliviana, esa especie de pacovicuña, rumiante híbrido con los tres estómagos de sus tres estados y muy poco dispuesto a soportar la carga de tantos y tan incómodos arrieros. Bolivia y el Perú son una misma cosa; pero el sueño de Santa Cruz no se parece a la ambición bolivariana ni su ambición al sueño del Libertador. La Confederación es, a la postre, un mal negocio, porque despertará el recelo del vecindario. Y ha habido unas expediciones y unas batallas. Rosas, desde la Argentina, le declara la guerra y el general Flores, en el Ecuador, aspira a organizar un gran ejército, con tropas ecuatorianas y chilenas, a las que se unirían los descontentos del Perú. La Confederación ha nacido con adversa suerte y sus consecuencias finales, andando el tiempo, serán un pueblo en derrota y un país embotellado.

Y ha pasado también por la cambiante escena un personaje aclimatado en el poema épico y en el romance. Se llama Felipe Santiago Salaverry y representa, como nadie, el espíritu de su tiempo, la filiación y el destino de su época. En los ojos del general Salaverry se refleja la figura de esta América apasionada, precoz, gallarda, soñadora, lírica, contradictoria, turbulenta. Conspirador y fugitivo, temerario, juvenil, llegará a ser el caudillo fugaz, el Jefe del Estado imberbe, el general romántico que apura su novela febril hasta el epílogo de su fusilamiento en la plaza de Arequipa, a los veintinueve años de su edad, breve y encendido clavel. Su recuerdo quedará en una marcha que es como un retrato que pintan los clarines. Su nombre es "El ataque de Uchumayo" y se la llama *La salaverrina*.

Han transcurrido tres años de la muerte de Salaverry y ahora, bajo este balcón de la calle del Rastro de San Francisco, corren entre las sombras unos jinetes. Es una noche de enero de 1839. El niño Manuel gritará su grito; pero Andrés de Santa Cruz, derrotado en Yungay, escuchará ese viva como un sarcástico adiós, porque es él mismo uno de los jinetes fugitivos; pero es también "la voz justiciera de la posteridad rindiendo tributo a sus sólidas cualidades de administrador y estadista, a la firmeza de sus convicciones y a su visión certera del porvenir de estas democracias"¹. La Confederación ha sido definitivamente aniquilada. El Gran Mariscal partirá esa misma noche al destierro, mientras la voz del niño seguirá resonando en sus oídos. Se cerrará el balcón porque ya es hora de dormir. Y se cerrará un capítulo de la historia agitada de esta ciudad romántica.

¹ PALMA, *Una visita al Mariscal Santa Cruz*.

LA ADOLESCENCIA

Desde esta altura incorporada al tiempo; desde esta estrella alta de cien años, ojo de cerradura para atisbar el pasado, observamos en silencio las ciudades y los hombres. Tienen un ritmo y un perfil distintos. Una delgada niebla atenúa y pule sus aristas y sus gestos. Dentro de la ciudad amurallada hemos visto moverse unos personajes atareados en la doble tarea de organizar sus vidas y de componer la fisonomía de su pueblo, el alma y el cuerpo de su nación. Le han vestido ropajes heroicos y a veces le han traumatizado, le han herido. La estrella, el mirador, descienden, se aproximan. Percíbense las voces más precisas.

La ciudad no ha podido cambiar mucho desde que la vimos en esa primera acuarela de hace diez años. Allí está la misma portada del Callao, con su puerta grande, verde y sus dos entradas pequeñas; allí está todavía vigilante, inmóvil, el recaudador de impuestos; y allí también esa falsa calle larga, escenografía pura, con puertas y ventanas pintadas sobre el muro, simulación de ciudad, decorado amarillo, azul y rosa que se prolonga hasta la ciudad verdadera.

Cuando llega la noche, salen los duendes y se apoderan del silencio. La fe, la superstición y la leyenda vuelven temerosas a las gentes. Las calles apenas tienen luz y el miedo hace girar pesados goznes y caer como losas las ventanas detrás de las rejas negras. Pero traen más peligro los fantasmas vivos, el mulato bandolero que acecha tras de las tapias y a la primera sombra lanzará a sus forajidos sobre el sueño del canónigo y le robarán las joyas a la Virgen y los milagros a Nuestro Amo y las aureolas de oro y la Custodia. Por eso, de un extremo a otro de la ciudad dormida vigilan sigilosos los *encapados*, con sombrero redondo, capa negra, chafarote y grueso rollo de cordel "para amarrar ladrones". Sin embargo, pronto esa guardia nocturna provocará inquietudes, porque los malhechores sabrán aprovecharse del disfraz y entonces sólo rondarán la calle los serenos, con sombreros

de ala ancha, capote y tercerola, presentes en la noche con agudo silbato y grito largo:

—¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado —¡viva el Perú!— y sereno!

La imaginación del niño Manuel vaga prendida de ese grito. Por el Rastro de San Francisco apenas cruza alma viviente. Aca-so un rezagado conspirador con aire de jaranista inofensivo; quizás el “animero”, con ahumado farol y acento lamentoso de pedir:

—¡Una limosna, por el amor de Dios, para las ánimas benditas del Purgatorio!

Y volverá la calle a quedarse sola. Crujirá la madera del balcón corrido; y se escuchará un ladrido lejano; y el aleteo sordo de una lechuza; y el agudo canto equivocado de un gallo; y el sonido pequeño del río. Las voces dispersas de la noche acentúan el clima fabuloso del relato contado antes del sueño. Un relato que bien podría empezar de esta manera:

—Hace ya muchos años, tal vez doscientos, muy extrañas cosas vieron las gentes que por estos mismos barrios vivían. Y dicen que “era preciso estar curado de espanto para atreverse a pasar, después del toque de queda, por el callejón de San Francisco. . .”

El niño habría escuchado atento, contenida la respiración, los ojos bien abiertos. Y seguiría la voz evocadora de dos siglos:

—“Entonces, como ahora, una de las aceras de esta calleja, larga y estrecha como la vida del pobre, la formaban casas de modesto aspecto, con fondo al río; y la fronteriza era una pared de gran altura, sin más puerta que la excusada del convento de los padres seráficos. . .”

Y explicaría, respondiendo a una tímida pregunta del niño, que en la calle no había más luz que la de una mortecina lamparilla de aceite, alumbrando el nicho con la imagen de la Dolorosa. Y la voz, quedamente, otra vez:

—“Lo que traía aterrorizados a los vecinos era la aparición de un fantasma, vestido con el hábito de las religiosas y cubierta la faz con la capucha, lo que daba por completo semblanza de amortajado. . .”¹.

Y el niño habría seguido, con la garganta seca, el relato fantástico del encapuchado que no tenía sombra, en la voz de la anciana que se esfuerza en llenar el vacío dejado por la madre, muerta hace unos años, cuando el pequeño Manuel no conocía aún la inexplicable dicha de dormirse escuchando cuentos de miedo.

Noche a noche se repite la escena. Pasado el ángelus, la abue-

¹ PALMA, *El Encapuchado*.

la fabulosa reúne a los muchachos del vecindario para contarles que “uno de los doce apóstoles era colorado como el ají y rubio como la candela. Mellado de un diente, bizco de mirada, nari-gudo como ave de rapiña y alicaído de orejas —¡ah! don Francisco de Quevedo, ¡qué nieto americano te ha nacido!— era su merced feo hasta para feo”¹.

Los niños la llaman la Tía Catita. Conoce como nadie el difícil arte de entretener y es diestra en el secreto de elaborar la fábula y sabe de personajes perdidos en el pasado y de cuentos de brujas, como aquel de Ña San Diego, que vivía “en un cuartito del callejón de La Toma, como quien va para los baños de la Luna, torciendo a mano derecha”².

—“Yo era muchacha del barrio y me consta, y lo diré hasta en la hora de la muerte, que cuando registraron el cuarto de la San Diego halló el Santo Oficio de la Inquisición, encerrados en una alacena, un conejo ciego, una piedra imán con cabellos rubios envueltos en ella, un muñequito cubierto de alfileres, un alacrán disecado, un rabo de lagartija, una chancleta que dijeron ser de la reina Saba, y ¡Jesús me ampare! una olla con aceite de lombrices para untarse el cuerpo y que le salieran plumas a la muy bruja para remontar el vuelo después de decir, como acostumbra esa gente canalla: “¡Sin Dios ni Santa María!” Acompañenme ustedes a rezar una salve por la herejía involuntaria que acabo de proferir”.

Entre credos en cruz y padrenuestros y golpes en el pecho, a cada mala palabra que se le escapa, continúa la deliciosa patraña y les cuenta que el diablo celebra la Misa Negra, en figura de macho cabrío, y sentenciosa les aconseja encomendarse “a las benditas ánimas del Purgatorio y al ángel de la guarda, para que los libre y los defienda de brujas que chupan la sangre a los niños y los encanijan”.

Y así proseguirán avemarías y relatos y, llegada la hora de volar cada mochuelo a su olivo, el niño de la casa se quedará solo con la Tía Catita que tendrá para él todavía un cuento más, hasta que el sueño le envuelva en su nube lenta y se escuche lejanísimo el anuncio que grita en la sombra neblinosa:

—¡Ave María Purísima! ¡Las diez han dado y sereno!

¿Es esta pintoresca anciana realmente la Tía Catita o es la abuela verdadera, de quien dirá más tarde “que era de lo más li-meño que tuvo Lima en los tiempos de Abascal” y para quien “no había más santos merecedores de santidad y dignos de que a pie juntillas se creyese en sus milagros que los santos espa-

¹ PALMA, *Traslado a Judas*.

² *íd.*, *La misa negra*.

ñoles, portugueses o italianos”?¹. Así, agregará que “cuando, de sobremesa, comentábase algún notición político que a mi padre regocijara, no dejaba la abuela de meter cucharada...”. ¿Por qué se confunden en la sombra la Tía Catita y su “perilustre antepasada”? En los borrosos años de la infancia quedará ese personaje bondadoso como la primera orientadora de su inquietud por las cosas del pasado. ¿Qué más da que sea ésta o aquélla? ¿Quién es, por último, esa doña Petronila Romero, cuya muerte le hace llorar “con dolor desconocido”, en los primeros versos de sus quince años? No lo sabemos y acaso no lo sepamos nunca. Respetemos la encantadora incógnita de este personaje perdido en la imprecisa lejanía de su infancia y sigamos llamándolo con el nombre que habrá de perpetuarse en su recuerdo.

El alba incorpora nuevamente la calle a la realidad de las cosas concretas. Han desaparecido el encapuchado sin sombra y el animero; el conspirador trasnochado y el ladrido que se pierde en la lejanía; la lechuza y el sereno. La ciudad ha abierto los ojos blancos. Hay un trajín madrugador de frailes y viejas que recogen la niebla y se hace tarde en los campanarios para repicar. Los pregones dejan correr su río fresco. Aguadores y yerbateros, la lechera estridente y el bizcochero, el médico en su mula y la chichera de Terranova, son los primeros personajes de la mañana. Las casas vuelven a ser blancas, azules, amarillas, rosadas. En aquella ventana asoma la jarra, luego el brazo y, tras él, cortado y discreto, el “chist” de la casera.

—¡A la cuajadita!

Es el pregón de las ocho. Son las ocho en San Francisco y las ocho en los Desamparados y en Santo Domingo y en la Catedral; pero las horas suenan más exactas y mejores en la campaña del pregón.

La Tía Catita se levanta temprano, dispone el desayuno, lava y peina y arregla las ropas al pequeño Manuel. Mala hora es ésta, sin duda, que entre bostezos y a regañadientes hay que ir a la escuela del señor Pascual Guerrero, maestro de calzón corto, levita negra, pechuga rizada y corbata blanca, gorro de algodón y zapatos de pana con lazos negros. En las manos, la palmeta y el chicote encintado, verbos auxiliares de la letra con sangre, que dice la sentencia. En los ojos, la expresión entre fatigada y enérgica del *ayo* a quien el destino ha deparado la dura tarea de lidiar párvulos, más difíciles que reses bravas.

¹ PALMA, *Croniquillas de mi abuela*.

Manuel ha pasado ya los primeros grados de enseñanza: la *tablita*, la *cartilla* y el *catón*. La primera es una tabla pequeña con las letras del alfabeto; hay una cruz antes de la A y por eso dicen de los principiantes que “están en Cristo”; la cartilla los iniciará en el coro monótono del silabario y en el catón aprenderán las primeras oraciones de la doctrina cristiana.

El niño Manuel ha salvado ya estos escollos elementales y ahora le faltan el *libro*, la *carta* y el *proceso*. Son las distintas etapas de la lectura y es la última la más temida e inaccesible. Se llama procesos a los complicados manuscritos, copias de autos o documentos que compran los maestros a los escribanos y en los que el hijo de Pedro Palma acostumbrará sus ojos a la endiablada caligrafía de los papeles viejos.

Pero, no todo ha de ser estudiar en la escuela del señor Pascual. Es preciso, además, servir al maestro. Hay que “ir a comprarle el polvillo o los cigarros de papel, el azúcar, las velas”, ordenar y sacudir los bancos y barrer la escuela los sábados, lavar bien la botella de la tinta “y quemar una calceta para echar yesca al yesquero”¹. El pedagogo es exigente y severísimo y en la escala de los castigos hay también varios grados. Para las faltas menores, bastará permanecer de rodillas en medio de la sala; otras veces será el golpe de palmeta sobre la mano palma arriba, como pidiendo el pago de la culpa; en las faltas de señalada gravedad la pena ha de ser mucho mayor y entonces no habrá más remedio que sufrir unos azotes “a calzón quitado” y “en parte determinada”. Sin embargo, si el que delinque es un señorito, el riguroso código del austero pedagogo se verá obligado a hacer excepciones. El niño de familia distinguida suele asistir a la escuela acompañado del criadito negro, que recibirá palmeta o azotes cada vez que el amo engreído cometa una falta y así, piensa el maestro con acomodadizo razonar, el ejemplo servirá al verdadero culpable de suficiente corrección.

Manuel no es un señorito, ni muchísimo menos, y sabrá pagar sus deudas por cuenta propia. Además, a pesar de su carácter, pocas veces dará motivo a la palmeta y al chicote. Porque leerá de corrido los jeroglíficos del proceso como un antiguo y fogueado pendolista o, simplemente, no irá a la escuela. Es alegre, imaginativo, juega al peón con maestría y el zumbel zumba en el aire como un látigo cuando el trompo se queda dormido. Es vivaz y habilidoso y tan luego responde a una difícil pregunta del arzobispo Arrieta, que lo premia con la fabulosa propina de un peso fuerte, como emboca su bolero con precisión extraordinaria. De

¹ MANUEL ATANASIO FUENTES, *Lima*.

él nadie dirá que es holgazán o retrasado, ni habrá que ponerle las humillantes orejas de burro, ni que clavarle una fecha, un nombre, un episodio, a golpes de martillo en las entendederas; pero honesto será declarar que muchas veces gusta más de "hacer novillos" por las huertas de Santa Beatriz, que andarse descifrando enrevesados mamotretos. Ya ha salido el inquieto párvulo "de la edad del babador y el mameluco y entrado en la del capotillo de barragán y la mataperrada" y alguna vez lo veremos dispuesto "a gastar la peseta dominguera en un trompo, un bolero y un piporro", en la tienda que tienen las hermanas Pantoja en la calle de Valladolid.

De la escuelita para párvulos del señor Pascual Guerrero pasará al colegio de don Antonio Orengo. Por los días de enero de 1848, se le nombra con mención especialísima en una breve reseña que da cuenta de los exámenes rendidos por los alumnos del colegio de la calle de la Minería, expresando que han sido "sumamente lucidos" y que demuestran "el empeño y contracción de su director, profesores y alumnos durante el año escolar". Preside el jurado examinador el Dr. D. Francisco Sánchez Navarrete, Director de Instrucción Primaria. Ha llegado el turno a Manuel y el resultado ha sido brillante. Entre los alumnos "dignos de todo elogio", según dirá el suelto periodístico, figuran "los jóvenes D. Enrique Alvarado¹, en Religión y Latín, y D. Manuel Palma, en Matemáticas, Contabilidad y Nociones de Economía Política". Firman *los padres* el comunicado, después de felicitar a don Antonio Orengo y estimularlo a que continúe educando "con el esmero y contracción que hasta aquí" a esos jóvenes que serán "el apoyo de nuestra rectitud y de la patria". Es esta la primera vez que aparece su nombre en los periódicos, precisamente en "El Comercio" de Lima, que tiene apenas nueve años de fundado y donde, siete meses después, publicará sus primeros versos.

Más tarde ingresará al colegio de don Clemente Noel, en la calle del Banco del Herrador. Don Clemente ha nacido en el puerto de Paita, del matrimonio de don Agustín Noel, hidalgo español, y de doña Josefa Lastra, peruana. Sus años de adolescente los ha pasado en tierra vasca, en la provincia de Guipúzcoa, y ha cursado estudios en el Seminario de Nobles de Vergara. En compañía de sus hermanos Manuel y Juan, volverá a su solar peruano en demanda de la herencia materna, pero reveses de fortuna lo obligarán a dedicarse a la enseñanza secundado por su

¹ Angélica Palma recordará a ese silencioso compañero con estas palabras: "¿Y ese pálido y serio como si ya presintiera su muerte cercana? Es Enrique Alvarado, hijo del último Conde de Cartago..."

esposa, la señora Isabel, completando el grupo familiar dos niñas, Flora y Cristina, hijas y discípulas a un tiempo del ilustrado maestro. Sus tratados elementales de Geografía, Aritmética y Álgebra serán adoptados por todos los colegios del país y don Clemente Noel disfrutará de un merecido prestigio.

Cuenta quien tiene por qué saberlo, que en las aulas de la calle del Banco del Herrador “se llevaba existencia casi familiar; disponía el almuerzo de los colegiales la esposa del Director, y éste, en las tardes, solía retener después de las clases a sus alumnos predilectos y charlaba con ellos a la par que se ocupaba en tajar plumas de ave”¹. En épocas pasadas y de acuerdo a otras costumbres, hubiérase reemplazado la delicada y cultísima actividad por la asistencia con el *ayo* a la Plaza Mayor a presenciar una ejecución, como en los viejos tiempos del Santo Oficio. Y vendría luego esa encerrona en el cuarto oscuro, con latigazos y admoniciones estentóreas, entre lágrimas y gritos de los muchachos, en la insufrible práctica moralizadora que se llamaba el *juicio*. No; nada de esto ocurre a esta altura del sentido común pedagógico. Es verdad que todavía, en algunas escuelas, se pone en práctica el escalofriante castigo de encerrar a los niños en la celda donde hay una calavera con su vela encendida dentro de la fúnebre armazón. El retrógrado procedimiento —que en otros planteles habrá de perpetuarse inexplicablemente— no tiene cabida en el moderno concepto magisterial, y, debemos suponerlo por lo menos, don Clemente no permitirá tales monstruosidades.

Pero los muchachos tienen al diablo en el cuerpo y las tibias huertas son mucho más atractivas que los salitrosos muros de las aulas. Manuel es del mismo modo de pensar que sus camaradas *mataperros* y debe tener un instintivo concepto pagano de la vida. Entre las hojas de los libros y las de los árboles preferirá, de vez en cuando, estas últimas y, más que las plumas de ave le interesa ir a bañarse al río, o salir de excursión a las portadas donde se balancean, para ejemplo y advertencia, “los cadáveres de los bandoleros caídos en lucha con la fuerza pública”², que así, corriendo el tiempo, habrá de contárnoslo quien tiene por qué saberlo.

Los generales se llaman Vidal, Castilla, La Fuente, Echenique, Vivanco. A los bandoleros se les conoce por Bujanda, Mundefeo, León Escobar; pero son tantos éstos y aquéllos que no es

¹ ANGÉLICA PALMA, *Ricardo Palma*.

² *Ibid.*

posible mencionarlos a todos. Los “hombres de frac” están en minoría. Entran y salen los generales. Se sublevan, movilizan a sus montoneros, caen de sorpresa. Entran y salen los forajidos. Las ciudades duermen un sueño sobresaltado; las ciudades no duermen. Hay guerras civiles y, con frecuencia, nadie sabe quién manda. O todos mandan. Unos en el Norte, otros en el Centro o en el Sur; éstos en la costa, aquéllos en la sierra. En un momento —como en los muy agitados de la Confederación— hay presidentes en todas partes; y un día, contagiado del mal ejemplo de los generales, un bandolero entra a Palacio, se ciñe la banda y toma asiento en la silla presidencial. Lo hemos nombrado antes: se llama León Escobar. Más que verdadera ambición hay osadía y gracia en la actitud del pintoresco negro. Ha entrado a la casa de los antiguos virreyes porque la puerta está abierta y se ha sentado en la silla porque, en ese momento, no hay nadie en ella.

Otro día sucederá lo contrario. A don Justo Figuerola, vicepresidente y hombre de frac, le molesta el gobierno —que en una hora de apremio le ha dejado el general Vidal— casi tanto como ese vocerío del populacho aglomerado una noche ante su puerta, en la calle de Plateros de San Agustín. Don Justo ordena a su hija política que arroje la banda por el balcón:

—“Mira, Catita; en el primer cajón de mi cómoda está la banda; tírasela a esos que vociferan al pie del balcón y diles de mi parte que se vayan... a paseo”¹.

Don Justo tiene derecho a dormir tranquilo.

El general Vivanco, en cambio, acaricia otro sueño: quiere ser un gobernante a la manera europea. Y esa ambición, en parte, se realiza. Es elegante, aristócrata, bien parecido. Más que los problemas económicos, parecen preocuparle los problemas de la cultura. Entre la casa de Pizarro y el Convictorio Carolino preferirá siempre este último y alguna vez, en lugar de estudiar las obras de los estrategos, se le sorprenderá en su tienda de campaña leyendo a los clásicos castellanos. Es un general académico el Supremo Director del Perú, aunque las buenas maneras y el lenguaje castizo que se cultiva en los cenáculos no se opongan a la necesidad de aplicar la pena capital cuando las circunstancias lo requieran. Sin embargo, el gobernante devoto de Lope, Góngora y Cervantes; el rubio, fino, ático y atildado general Vivanco no podía ser una excepción de la regla y pronto hubo de llegarle también su San Martín. La anarquía no ha

¹ PALMA, *Una visita al Mariscal Santa Cruz*.

podido ser dominada; no hay todavía una sólida conciencia cívica. A un cuarto de siglo escaso de la Independencia, las instituciones no han logrado asentarse. El triunfo de los caudillos se marchita pronto y el directorio vivanquista está minado por la intriga; por la protesta de quienes consideran este gobierno, en cierto modo, frívolo; por el descontento de los injusta o justamente desplazados; porque así lo quiere la temperatura de estos años. La conspiración vuelve a hacer brotar su flor de sombra. Conspiran los generales y las mujeres de los generales. Entre ellas figura nada menos que doña Francisca Díez Canseco de Castilla, que es descubierta y condenada al destierro. El presidente decide convocar a una Asamblea Nacional para dar otra Constitución al pueblo que no ha respetado ninguna; pero es demasiado tarde. En el tiempo que un prestidigitador tarda en convertir un huevo en un conejo, el general Vivanco ha dejado de ser el primer mandatario de la República. Tras un breve interregno, ocupará su lugar un soldado que ha sabido acumular positivos méritos en el servicio de su país; un vencedor de las jornadas emancipadoras; un hombre austero y ejemplar en quien la historia identificará a uno de los más ilustres gobernantes del Perú: el general Ramón Castilla.

La vida limeña, reflejo y síntesis de los acontecimientos nacionales, parece haber encontrado, al cabo, su equilibrio. Se diría que la nación se ha ganado, al fin, un merecido descanso. En todos los órdenes de la actividad política y administrativa se observa un evidente progreso. La hacienda pública se ha recuperado de pasadas quiebras y hasta podría asegurarse que ha entrado en una etapa floreciente. Ahora sí es el tiempo propicio para las especulaciones escolásticas, que no amenguaron, es verdad, en la ciudad de los virreyes, pero que no serán por el momento interrumpidas por el estruendo del combate callejero, consecuencia inevitable del sorpresivo cuartelazo. El Colegio de San Carlos —grato a las aficiones culteranas de Vivanco— es uno de los centros de más intensa actividad y ocupa su cátedra máxima el canónigo don Bartolomé Herrera, recia figura de la intelectualidad peruana. El Convictorio Carolino ha alcanzado prestigio continental, que de sus aulas salieron los precursores y entre sus muros aprendieron los próceres a conjugar la libertad con el saber. Creado en el último tercio del siglo XVIII, funcionaba el colegio oficial en las mismas aulas donde, más tarde, se trasladaría la Universidad de San Marcos, fundada en 1551. Enseñábase allí Derecho y Filosofía, Física, Economía y Matemáticas, Reli-

gión y Literatura, Latín y Geografía. El reglamento del Convictorio se inspiraba en los más severos modelos europeos y trataba de seguir el espíritu, en lo especulativo y en lo práctico, de la formidable creación de Ignacio de Loyola.

Pero San Carlos tiene un rival: el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, que acaba de salir a la palestra esgrimando las más avanzadas teorías democráticas. Mientras aquél propugna una jurisprudencia inspirada en la soberanía de la inteligencia, éste defiende los principios enunciados por los enciclopedistas, propiciando la abolición de la esclavitud y del tributo. Las diferencias ideológicas entre San Carlos y Guadalupe se traducirán, más de una vez, en verdaderas batallas callejeras entre los alumnos, acaso sin comprender bien el alcance de ambas doctrinas, cuyos abanderados son don Bartolomé Herrera, por los carolinos y, encarnando el espíritu liberal de los guadalupanos, el director del Colegio, don Sebastián Lorente.

Sin embargo, de las aulas carolinas han salido los más ilustres prohombres de la República, porque, en cierto modo, las teorías conservadoras no están reñidas con la libertad sino que la condicionan y la sujetan a una disciplina, a una filosofía y un sistema. Por otra parte, en estos años indecisos es frecuente la defensa del régimen monárquico para las naciones del Nuevo Mundo. Ya lo discutieron los libertadores cuando se pensó en un príncipe europeo para gobernar el Perú, y el Brasil y México tendrán emperadores. Más aún: la lógica de aquellos años aconsejará siempre la conveniencia de un rey, aunque deba estrellarse contra la fuerza arrolladora de la opinión pública que exige un cambio radical. El mismo Bolívar, próximo ya su ocaso, escribirá: "Un monarca goza de prerrogativas y derechos capaces de proporcionarle una autoridad suficiente para reprimir el mal o promover la ventura de sus súbditos. Un magistrado republicano, constituído para esclavo del pueblo, no es otra cosa que una víctima. Las leyes de un lado lo encadenan, y las circunstancias por otra parte lo arrastran..."¹.

Son, en todo caso, dos tendencias igualmente válidas; dos puntos de vista, dos modos diferentes de interpretar la realidad; dos caminos que conducen a una misma meta: el mejor gobierno de los anarquizados pueblos americanos.

El Colegio de San Carlos prepara, pues, gobernantes y, lógicamente, a sus ilustres claustros concurren los hijos de las más distinguidas familias limeñas, aunque, como sucede en todos los órdenes de la vida, no sea ésta regla general y muchos de los es-

¹ LUDWIG, *Bolívar*.

tudiantes carolinos prefieran, íntimamente, en los enconados pugilatos, romper la cabeza de sus propios compañeros. Allí encontramos ahora al joven Palma. Las enseñanzas de Orengo y de Noel tenían un límite y él aspiraba a una atmósfera más cargada del febril ozono de estos tiempos. Su imaginación está saturada de los ideales y, más exactamente, de las quimeras que dan contenido y forma expresiva a la sensibilidad de su generación.

El Convictorio Carolino tenía, pues, abolengo patricio. Su vida trascendía a la vida cívica; sus problemas eran casi problemas nacionales. El Poder Ejecutivo en pleno y los más altos magistrados del foro peruano asistían a los exámenes, hacían preguntas, aprobaban o censuraban, entre los aplausos del auditorio, las respuestas de los ilustrados carolinos que, al hacerse merecedores de alguna distinción, eran invitados a Palacio, a la mesa del Presidente de la República y a ocupar después un asiento en su palco en la función de gala del único teatro que tiene la ciudad, honores casi tan altos y codiciados como el de lucir la banda azul del colegial maestro.

¡Ah, tiempos aquellos!, repetiremos con el joven Palma, cuando Halicarnaso, el “zapatero remendón que tenía establecidos sus reales en un tenducho fronterizo a la portería del colegio”, guardaba en la trastienda “los tricornios y los *comepavo*, vulgo fraques, con que el domingo salían los alumnos hasta la portería, y de cuyas prendas se despojaban en la vecindad, cambiándolas por el sombrero redondo y la levita”¹.

Tenía el zapatero entrada franca a los patios y en el de *machos*, “ocupado por los *manteístas* y *capistas* o externos... se pasaba las horas muertas, alcanzando a aprender de memoria algunos latinajos y dos o tres problemitas matemáticos”. Halicarnaso proveía a los estudiantes de frutas y bizcochos, a espaldas del bedel y asistía a las procesiones y fiestas oficiales, cuando “las tapadas pertenecientes a las feligresías del Sagrario, San Sebastián y San Marcelo sostenían el tiroteo de agudezas y galanterías con los carolinos, y las muchachas de Santa Ana y San Lázaro militaban bajo la bandera de los fernandinos”. Tan íntimamente ligado a los estudiantes estaba el zapatero, que alguna vez se le escuchó decir:

“Nosotros, los colegiales, somos unos diablos. El otro día entre Pancho Moreyra, Cucho Punte, Pepe Aliaga, Bochito Correa, Manongo Morales, el *curcuncho* Navarrete y yo, hicimos torería y media en la huerta del Noviciado”².

¹ PALMA, *Los escrúpulos de Halicarnaso*.

² PALMA, *ibíd.*

Palma es un estudiante inquieto y un poco rebelde; pero nadie le aventaja en agudeza, ninguno exhibirá una inteligencia más ágil y clara, una intuición más exacta. Por los patios de *naranjos* o de *jazmines* se le ve discurrir entre el grupo de los que no cenarán en Palacio ni asistirán a aplaudir a la Micciarelli desde el privilegiado palco presidencial. No le interesan los latines y, más que la *Eneida*, le apasionan los versos de Zorrilla o *El estudiante de Salamanca*, donde palpita el ideal romántico del discípulo de Alberto Lista, bajo cuya mirada floreciera Felipe Pardo, un clásico peruano. Si es inevitable trabajar conocimiento con Virgilio, más llevadero es hacerlo a través de la prosa castellana de Enrique de Villena o en la célebre versión de Hernández de Velasco, oleada y sacramentada por el aplauso de Lope. Y, desde luego, mucho más grato que el idioma del poeta de las *Geórgicas*, que traducirá Juan de Arona, es el lenguaje encendido de Hugo y de Vigny. Acaso si, parodiando la altiva declaración del Víctor Hugo de la adolescencia, cuando escribe en su cuaderno: "*Je veux être Chateaubriand ou rien*", el aprendiz de romántico se ha jurado a sí mismo seguir el camino de Espronceda, ser como el Duque de Rivas, imitar el modelo apasionante de Lamartine, o no ser nada. Eran los años de los amores que se bañan en diluvios de lágrimas, de los amores imposibles; los años del soñar solamente por soñar, de los suspiros hondos y las miradas lánguidas, de los sacrificios inútiles y la desesperación; eran los años de los largos discursos metafísicos ante las tumbas; los años de la luna y el ciprés. Ya lo ha anticipado Jovellanos, uno de los precursores de ese bizantinismo del suicidio elevado a categoría estética, de esa verdadera necrofilia del ochocientos, cuando asegura que la muerte es "el único puerto de los extremos males". Los poetas románticos están enamorados de la muerte y algunos de ellos, como *El Pobrecito Hablador*, aquel encantador Larra del Madrid sentimental, llegarán a desposarse para siempre con ella.

Pero es también, acaso por reacción y por contraste, la época de los héroes, de los triunfadores, del hombre ejemplar que glorificará Carlyle. Y en América, en el Perú, es la hora del caudillo romántico. Todavía no se han extinguido los ecos de los vítores delirantes a los vencedores de Ayacucho y de Junín; todavía se habla de San Martín y de Bolívar y, aun divididas las simpatías en dos bandos —Palma será sanmartiniano—, el culto de los próceres tendrá siempre en cada labio una oración. La primera inconsciente muestra de su interés por el héroe popular se concreta en aquel grito nocturno que define, más bien, la filiación santacruzista de su padre. Es la primera

influencia del medio sobre sus simpatías hacia el caudillo que ha traspasado ya el umbral de la Historia. La segunda manifestación se produce a los quince años, a pocos meses de aquellos brillantes exámenes de Economía Política y Contabilidad, cuando dedica —alumno todavía de Orengo— unos exaltados versos a Gamarra, contrariando la voluntad del comerciante en géneros que, justamente en esos días, ha sido informado por aquel Ramón Larrea, su acusador entre rejas, que nos ayudara a identificarlo. No ha de ver con buenos ojos don Pedro Palma esta suplantación de los números por las letras. Ya le ha dado la primera sorpresa al publicar esa sentida composición “a la memoria de la señora doña Petronila Romero” y que, en perfectas octavas reales, dice:

*¿Por qué mi alma conmueve la campana,
que toca ¡ay! con funeral sonido?
¿Por qué en tan bella y divinal mañana
lloro yo con dolor desconocido?*¹

Ahora reincide el joven poeta, conmovido por la apoteósica glorificación del Mariscal Gamarra en sus muy respetables y próceras cenizas. En efecto, la repatriación de los restos del ex presidente del Perú ha tenido expresiones de gran solemnidad. El recibimiento en el puerto; el desfile de las tropas del Regimiento Lanceros de la Escolta, la Brigada de Artillería, los batallones “Pichincha” y “Yungay”, haciendo su entrada lenta por la portada del Callao, para luego marchar por esa calle que tiene puertas y ventanas de utilería; las ceremonias, al día subsiguiente, en la Catedral, con asistencia del Presidente Castilla, del Arzobispo, Deán y Cabildo; las notas graves de la *Vigilia de Carlos III*, del *Miserere* y los responsos, uno de los cuales está encomendado a don Bartolomé Herrera; las descargas de ordenanza de los regimientos formados en la plaza; todo ese espectáculo, en suma, agregado a la nota imponente que pone la muchedumbre, impresionan el espíritu del joven poeta y le hacen exclamar, finalizando la composición:

*...fulgiendo tus virtudes, inmensa es ya tu gloria,
inmensa cual la curva celeste que no ha fin.*

¹ Son éstos los primeros versos de Palma y no los dedicados a Gamarra, como asegura Riva-Agüero y otros que repitieron el error. Aparecen publicados en *El Comercio*, del 31 de agosto de 1848. Es también la primera vez que firma con el nombre de Manuel Ricardo Palma. Los versos a la memoria de Gamarra se publican el 25 de noviembre y no el 26, como se ha afirmado también equivocadamente.

De este modo, tocado en sus fibras sentimentales por la grandiosidad del póstumo homenaje, concede su admiración al discutido gobernante de quien, andando el tiempo y más sereno su juicio, dirá que "fundó cátedra de bochinche", rectificando con breve frase el arranque emocional de los quince años. Otro acontecimiento ha conmovido al país en este año de 1848: la llegada al Callao del *Rimac*, transporte de guerra mandado construir en astilleros norteamericanos por el general Castilla.

Una muchedumbre avizora el horizonte. El Presidente de la República, acompañado de su Ministro de Guerra, ha salido a darle el encuentro a bordo del bergantín *Gamarra*. La reseña periodística da una idea de la verdadera conmoción que produce la llegada del *Rimac*.

—¿Es humo o nube? —se preguntan los acompañantes de Castilla.

—Es humo del *Rimac* —responde el general.

Y es así, en efecto. "Vigorosamente empujado por el potente impulso de sus máquinas —comentará *El Comercio*— atraviesa gallardo el boquerón y al poco tiempo es pisada la cubierta por Su Excelencia". "Sigue el buque entonces su marcha y violento como una bala de cañón se lanza sobre el muelle, se acerca, se precipita, parece que va a estrellarse... la población toda del Callao apiñada allí, queda helada de espanto... pero dócil el buque, como el caballo peruano de mejor boca, revuelve rápidamente, presenta su largo costado, y bordea coquetamente toda la curva del muelle... Una triple salva de ¡*Viva el Rimac!* se desprende de todos los labios, atruena los aires..." Agrega el deslumbrado cronista que es "tan robusta y sólida su estructura, que a juicio de los hombres inteligentes se encuentra hoy su casco en mejor estado que al salir del astillero". "En la popa brilla el escudo nacional cubierto profusamente de oro; y el esplendor del mismo metal remeda los rutilantes rayos de dos grandes soles que, como divinidad de los Incas, decoran muy propiamente las cajas de las ruedas del primer vapor que han construido sus descendientes. Estas ruedas en las aguas de Pacífico son capaces de devorar hasta trece millas por hora..."

Durante varios días se habla del *Rimac*. ¿No es éste el síntoma de un evidente progreso nacional? Es interesante comprobar el tonificante optimismo que despierta la iniciativa del gobierno. El trascendental acontecimiento inspira frases como éstas: "Parece que no es el Perú el último de los pueblos de la tierra en aprovecharse de la agua hirviendo, que hoy empuja

hacia adelante a todas las cosas materiales y que también hace volar a las intelectuales y morales". Se diría ingenua la grave consideración; pero es indudable que, en esos días, el aprovechamiento del vapor tiene la importancia que hoy representa para nosotros la desintegración atómica convertida en energía. Por otra parte, ¿no era el Perú el primer país sudamericano que adquiriría un buque de vapor para su defensa? Bien claramente acentúan las crónicas este hecho. "Hoy viven las naciones por los barcos". "Un vapor de guerra británico en los mares del Norte es un vapor. Un vapor de guerra peruano en el Pacífico es una escuadra... Un vapor de guerra en el Pacífico es una potencia. A muy poca costa se ha hecho el Perú una potencia del Pacífico".

El silogismo no puede ser más exacto. Por eso, henchidos de orgullo los pechos, desbordados de cívica alegría los corazones, acuden los limeños a contemplar, por sus propios ojos, la maravilla. Y así lo observará el cronista: "Parece que el *Rimac* conociera que es hermoso, porque cuando van los curiosos a mirarlo, les presenta con noble gracia un costado, y luego que lo han visto, se inclina por ese lado con gran disimulo y presenta el otro, para que por él también lo vean...". Las pintorescas expresiones ilustran con elocuencia el estado de ánimo colectivo saturado de hondo fervor patriótico, al hacerse realidad el largamente acariciado anhelo. Tres semanas antes de la llegada del *Rimac* el poeta José Arnaldo Márquez, anticipándose al sentimiento multitudinario, publicaría unos emocionados versos que empiezan de esta manera:

*Noble esperanza de la patria mía,
hiende las olas del inmenso mar;
vuela, vuela, señor del Mediodía
tu dilatado imperio a contemplar.*

Pero, más que las cenizas de Gamarra; mucho más que la llegada del poderoso *Rimac*, otro acontecimiento atenta contra las clasificaciones del estudiante ejemplar de Economía: la presencia en Lima del poeta español Fernando Velarde. Su presencia y su prestancia. Manuel Ricardo sigue con interés los gestos del distinguido visitante y, haciendo una pequeña concesión al lema de Hugo, casi le conformaría llegar a ser como él.

Don Fernando Velarde se ha hecho sentir en la ciudad; y, como conviene a un romántico cabal, se ha hecho sentir ruidosamente. Ha sostenido una larga y encendida polémica, cuyos

detalles conviene mencionar, porque nos ayudan a precisar la temperatura del momento y, sobre todo, porque definen la primera etapa del desarrollo literario de Palma.

Velarde es un montañés, de la provincia de Santander, un lírico vagabundo que trae el mensaje de Larra, de Espronceda, del Duque de Rivas, de Zorrilla; la apasionada voz de los románticos de España. Por estos días ha publicado un libro, *Las flores del desierto*, flores del jardín de Gil y Zárate, de Hartzenbusch y de Alcalá Galiano, versos que despiertan la envidia y la admiración de los poetas y de los críticos limeños. Para tener una idea de la *tessitura* del discutido libro, basta este afiligranado botón:

*Ayer me dijeron que luego partías
a climas remotos muy lejos de aquí
y entonces, mi vida, sentí tanta pena,
al ver que tan luego te vas para siempre
pensando que acaso te olvidas de mí.*

Es el compás sonoro y pendular de la poesía del ochocientos; poesía con metrónimo, ritmo de mazurcas y tarantelas, nostálgica melodía que caracteriza la inspiración de los románticos. *Las flores del desierto* traduce con patetismo impresionante la filiación de esta hora. El libro ha sido recibido con triunfales elogios y don Fernando ha alcanzado un éxito sólo comparable al del barítono Pellegrini, a quien una noche la policía resuelve sacar a escena "a empujones", obligándolo a repetir una de sus exquisitas romanzas, sin respetar su insistente manifestación de encontrarse enfermo.

Pero no todo es aplauso para el resonante poeta y un buen día aparecen unos versos, en tono de burla, firmados por "Micro-megas" y en los que, entre otras cosas, se le dice:

*Oh de las musas estupendo aborto!
coloso embrión, engendro de los siglos!*

Al día siguiente, el romántico, herido, responde: "¡Bien! ¡muy bien! Les hago una invitación franca y solemne y se esconden vergonzosamente, contestan con denuetos sandios, con las brutales carcajadas del idiotismo... Envilecidos en su propia villanía, ocultos en la oscuridad de su propia ignorancia, podrán gritar; pero frente a frente, a la luz del día, en el severo tribunal de la razón, ¡nunca! ¡Me sobra poder para confundirlos!"

Una de las más curiosas y extendidas costumbres de estos tiempos es la publicación de *remitidos*, artículos pagados que suelen firmarse con pseudónimo, verdadera válvula de la bilis

del siglo XIX, puñal en la sombra que desgarrá reputaciones, campo del honor para los hombres limpios. Una letrilla lo confirma:

*De a legua son conocidos
los impresos de mi tierra,
por las lindezas que encierra
su sección de remitidos.*

La polémica sobre Velarde se emboza, pues, en el disfraz de los remitidos. Unos atacan virulentamente y otros defienden al poeta, como ese que firman "Los verdaderos amigos del señor Velarde" o aquel de "Un religioso dominico", manifestando que "nadie hizo una descripción más bella, más grandiosa, más poética de la luna". Continúan los adjetivos gruesos, a consecuencia de una crítica aparecida en el *Correo Peruano* y don Fernando decide hacer su propia defensa en un largo artículo aparecido en *El Comercio*. Cita a Enrique Gil y se cita a sí mismo, en un sabroso lema, que dice:

*Saltarán como túrgido tomate
que el buey aplasta con fiereza impía...*

Declara que "se complace y se recrea meciéndose en la poética eufonía de sus propios versos"; habla de Byron y de Alcalá Galiano. Contra la acusación de vacío, de poeta pleonástico y plagiarío de Espronceda se defiende bravamente demostrando, además, que sus versos son anteriores porque, cuando los escribió, Teresa, la amante de Espronceda, "no había muerto todavía". "Iba a concluir aquí, declara, pero no quiera despedirme hoy sin descargarle otro contundente y poderosísimo trancazo", asegurando que el crítico "padece de estupor", "del bárbaro entorpecimiento que le es habitual y característico".

Don Fernando Velarde ha llegado, pues, lanza en ristre y adopta siempre un tono belicoso. Para ser el líder de una generación; para hacerse digno del título de Gran Capitán del Romanticismo, es preciso demostrar un espíritu valeroso, es necesario ganarse ese título. Y el trovador que tan conmovedoramente le ha cantado a la luna, el nostálgico que en sonoras octavas reales deslumbra a los jóvenes poetas limeños, sabe también convertirse en el panfletario demoledor y despiadado. Lo que seduce en él no es sólo su poesía: es también su actitud. El montañés está dispuesto a ganar todas las batallas. Y las gana. Con una mano sostiene la lira y con la otra esgrime la cachiporra. Así, al periódico en que colabora Palma le llama "ese papelucho o pasquín titulado *El Diablo*". Pero Palma es un desconocido y

el español no repara en el adolescente que hace sus primeras armas literarias en ese pintoresco y agresivo “periódico infernal” en el que, en buena cuenta, sigue siendo un *mataperro* limeño.

Velarde es grandilocuente y vanidoso y está bien seguro de su importancia en el incipiente medio literario en que actúa. Y hace escuela. En torno a él se agrupa esa generación que Palma recordará en *La Bohemia de mi tiempo*.

La polémica no ha terminado todavía. En un nuevo *comunicado* aparece una denuncia anónima, asegurando que “el autor de los bárbaros artículos... es el estúpido e ignorante D. José Toribio Mansilla”, autor igualmente de una adaptación de *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, cuya representación ha prohibido el censor, por considerarla obscena y “superior a las luces de Lima”. Reconoce Mansilla en el estilo del suelto al propio Velarde y le responde: “Decididamente os habéis vuelto loco. El pedantismo y el orgullo os ciegan de tal modo, que sois capaz de ver críticos y envidiosos detrás de cada puerta que se abre, de cada ventana que se cierra. Sin embargo os confieso ingenuamente que hasta la fecha no he puesto pluma en tintero para criticaros; muy al contrario... mis simpatías hacia vos me han hecho... cometer la insensatez de tributaros elogios. Ahora me ultrajáis sin causa y queréis ser sin motivo mi adversario: muy bien, señor Velarde, acepto, y que buena pro nos haga”. Se extraña de que lo llame sátrapa y lamenta haberse equivocado en el concepto que tenía del poeta, “engaño que, por lo demás, me es saludable, porque teniéndos por hombre de talento, ya puedo juzgar que sólo sois un necio”. Y, muy comedido, se despide con un “os saludo y os deseo prosperidades de toda clase”.

Pocos días después, aparece un comunicado con el título: “El garrote en boga”, comentando: “El poeta Mansilla publicó un artículo contra el poeta D. Fernando Velarde; éste, que se creyó ofendido, no ocurrió al jurado de La Merced... sino al jurado del garrote, y ha obtenido tan completa satisfacción que ahora el señor Mansilla es su mejor amigo”. Y firman “Unos admiradores del progreso de su tierra”. Al día siguiente, un nuevo suelto dice: “Dar un garrotazo por sorpresa no prueba ni razón ni valentía... Mansilla se ha comportado como generoso contendor... como hombre delicado y decente”. Y no lo firma nadie.

Parece, pues, que el “contundente y poderosísimo trancazo”, esta vez sin metáfora, ha calmado los ánimos. La crítica se torna más serena. Se anuncia una justa poética entre Velarde y el poeta Ángel Fernando de Quiroz; se publica, así mismo, un desafío de Velarde a un certamen público, en la persona de don

Clemente Noel, que ha calificado al belicoso bardo de ignorante en materias de gramática. Don Clemente, que dirige, como hemos visto, uno de los colegios en que se ha educado Palma, teme, sin duda, por su prestigio y no responde al desafío. Las batallas entre los poetas son más ardorosas que los combates de los monotoneros, más enconadas que la rivalidad entre los generales. En todos se agita un mismo espíritu. Es una época de cuartelazos y de suspiros, de pólvora y de madrigales. El joven Manuel Ricardo sigue paso a paso la huella de los caudillos; pero, entre un general y un poeta, siempre se decidirá por este último. Es el santo y seña de la hora. Así lo expresa un agudo comentario que aparece en *El Comercio*, en su *Revista crítica de la semana*. Es elocuente como retrato de estos años. “La manía de versos es hoy la reina de todas las manías. Se escribe versos fatídicos que huelen a la legua a cementerio. Versos en acción de gracias, versos alegres, tristes, alegres y tristes a un tiempo, amorosos y de la más *infernal* desesperación... Es tan necesario para un joven *a la moda* ser poeta, como haber hecho un viaje a Europa, como tener un sombrero y un pantalón según los últimos figurines parisienses”. . . . “pero si es grande el prurito de versificar no lo es menos el amor propio de los que emprenden la difícil romería del Parnaso... Se puede decir ladrón a un Ministro; mas no puede aconsejarse amistosamente a un poeta...” Sin embargo, y a pesar del riesgo, “El Triunvirato” —tal el pseudónimo de los críticos— se atreve con los versos de Velarde, “no sin una larga vacilación... porque nuestra vista es quizá muy débil para seguir el atrevido vuelo de este poeta”. Se refiere a una composición *A Cádiz* y opina que “hay falta de plan” y “falta de hilación en las ideas” y que debe criticarse la manía del señor Velarde “de darla de espiritual y de instruido” y que quitándole “esas malas cualidades... podrá obtener un lugar entre los buenos poetas españoles modernos”. Como esta vez los contendores son tres, Velarde no responde ni con el garrote ni con la pluma, poniéndose así punto final a la polémica.

En ese ambiente, en ese enardecedor clima se ha iniciado Manuel Ricardo Palma. De Fernando Velarde ha recibido la primera lección y la primera influencia. Hay un curioso síntoma, precisamente en el poema *A Cádiz*, que analizan los críticos mencionados, diciendo de Velarde que “para hacernos saber que ha aprendido matemáticas os hablará a cada instante en sus versos de curvas, superficies y convexidades”. En efecto, en esa composición, describe:

*Allá en la curva horizontal rayaba
del alba tibia la sonrisa amena.*

Al joven Palma le parece, sin duda, feliz el hallazgo y por eso dirá de la gloria de Gamarra que es "inmensa cual la curva celeste que no ha fin". También a él le son gratas las figuras geométricas y en su oído resuenan las estrofas sonoras de Fernando Velarde, embajador de la luna, caudillo y maestro de su generación, adelantado y virrey de las provincias románticas del Perú.

LA BOHEMIA DE SU TIEMPO

“¡Herr Alexander, el célebre mágico alemán! ¡Un espectáculo con todo el esplendor de una ficción o romance árabe, iluminado con cien velas de esperma, que se compone de experimentos químicos, neumáticos, de filosofía y magia...! Entre sus números figuran la naranja ambulante, una tortilla de sortijas y la silla eléctrica o el asistente aterrado”.

El pregón aparece en las páginas de *El Comercio* y por él sabemos también que el arrendamiento del Teatro Principal se ha rematado en 7.125 pesos por cada año cómico de diez meses. Pero no figuran en estos días los poetas. Los ha desplazado el mágico y sus cien velas de esperma; y otras cosas suceden en la ciudad, otros pregones se escuchan, como aquellos de los generales Castilla y Echenique, éste recién elegido; aquél yéndose, después de seis años de buen gobierno entre frases ingeniosas y *solos de oros* y algún *codillo* que provocará sus reacciones hepáticas con más fuerza que los intentos de ganarle la partida del poder. Las elecciones han sido agitadas. Ahora los candidatos, que por primera vez merodean en torno a las ánforas —antes el presidente era elegido por el Congreso— han sido Echenique, Elías, Vivanco, San Román y, con menos fortuna, Bermúdez y La Fuente. En la comprensión de la parroquia del Sagrario, donde Pedro Palma figura entre los “ciudadanos en ejercicio”, viven también los Vista Florida, los Tristán, los Zárate, los Barrera, los Palacio, los Pardo, los Aliaga. Se ha acusado a Echenique de boliviano; pero sus partidarios demuestran que nació en Puno. Desde las seis de la mañana hasta las doce del día domingo 17 de febrero de 1850 Lima fué un campo de batalla. Hubo muertos y heridos y el acto eleccionario se transfirió para el 22. Fué elegido Echenique, como hemos visto. En el Teatro “hay una niña manca de ambos brazos que realiza increíbles trabajos con los muñones” pero no se anuncian nuevos estrenos

de los románticos¹. Sigamos leyendo. El 5 de junio aparece un "Elogio al mérito" en agradecimiento al Dr. Román "que lo curó de una enfermedad desconocida —tumor en la región lombral izquierda". Firma el comunicado Manuel Palma. ¿Es nuestro contador-poeta? ¿Es un homónimo? ¿Es ésta, acaso, la causa del futuro cambio de su nombre? La política y la vida, como en el espectáculo del prestidigitador alemán, se compone de experimentos químicos, neumáticos, de filosofía y de magia.

Tres factores principales decidirán el inmediato futuro de Manuel Ricardo Palma. Acaso el menos fuerte, pero no menos importante, ha de ser el que tiene su explicación en la doble sugerencia del mar. Más exactamente, en el contenido romántico de la vida marinera que tal vez se confunde con la impresión que causa en los espíritus juveniles esa nueva conquista del hombre que es la navegación a vapor y que ahora está representada en ese barco fabuloso, capaz de devorar "hasta trece millas por hora" y que ha convertido al Perú en una potencia del Pacífico. Si el acontecimiento de su llegada al Callao ha conmovido a la población no es extraño que haya hecho también su impacto en el corazón del joven estudiante de contabilidad. ¿Estudiante? No; que ha terminado brillantemente sus estudios y ahora se dispone a ganarse la vida como un hombre. Sin embargo, el comercio en la dulce y morosa ciudad limeña no es muy importante. De otro lado, la contabilidad del vendedor de paños no ha de ser demasiado complicada y, en todo caso, nada ganaría don Pedro convirtiéndose en el patrón de su propio hijo, sin contar con que Manuel Ricardo abriga en la intimidad de su pecho una ambición mayor.

La solución a este dilema no se hace esperar. Trabajará como contador y no será, precisamente, en casa de su padre, muy ocupado ahora en polemizar con el facineroso de Larrea. Un barco que se va es siempre una aventura que empieza. Un barco es una cosa romántica. ¿Por qué no hacer una sola de ambas inquietudes? Ser contador a bordo es iniciar con buena fortuna una carrera. Viajará por la costa en viajes cortos. Conocerá otros mares y otros puertos. Vestirá un uniforme. En el libro de pérdidas y ganancias han de ser estas últimas las que figuren con más numerosos asientos. Si en su secreta emoción de adolescente y soñador un barco es, en cierto modo, una meta, en la juiciosa consideración de aquello que más conviene a su vida

¹ En enero se ha estrenado una curiosa ópera destinada al olvido: *Alzira o la Conquista del Perú*. Firma la partitura Giuseppe Verdi, sobre un libreto de Voltaire.

ninguna fórmula aparece mejor equilibrada que aquella que le permite conciliar sus intereses con sus sueños. Además, por estos mismos años, el llamado del mar tiene acentos de irresistible seducción. Ya no es, únicamente, la razón misma del viaje, el hecho de izar las velas y partir. Es también la aventura y es, para muchos, la fortuna. Diariamente aparece en la prensa el reclamo de alguna goleta que parte con un destino mágico hacia las Californias, por ejemplo, donde la fiebre del oro marca sus grados más altos. Un curioso anuncio de estos días solicita socios para explotar el oro, formándose una compañía que lleva la eufemística denominación de "Sociedad Filantrópica de California", como si pudiera llamarse filantropía a esa dura lucha de fieras que se arrebatan unas a otras el becerro bíblico. En otro aviso se leerá que está próxima a zarpar la goleta *Bella Angelita*, con rumbo a California; y aquellos nombres de mujeres con que los aventureros bautizaron desde siempre a sus barcos —la *Santa María* de Colón se llamó primero la *Mari-galante*— figuran abrumadoramente en las páginas de los diarios, verdaderas sirenas de esta maravillosa fábrica de sueños.

Muchas y muy variadas gentes debieron acudir al tentador llamado porque, un día de estos, un malicioso comunicado asegura que en las cálidas tierras del Norte acaban de presentarse enfermedades mortales, dando cuenta del fallecimiento de tres ciudadanos nuestros. No surte efecto la treta porque, al mismo tiempo, se asegura que "el jardín de oro del paraíso se ha descubierto al fin. Jóvenes y viejos, tomad esta divisa: "Cavar puedo, trabajar quiero" y no tendréis que mendigar. ¡General Taylor, ¡Dios te bendiga! que el siglo XIX es el verdadero siglo de oro y todos quieren partir a las Californias!"

Partir es morir un poco, es verdad, pero es también vivir intensamente este momento, es jugar en una carta el corazón. La tierra firme tiene sus ventajas; pero no es menos sobresaltada la existencia que puede serlo en el mar. Estamos saliendo aún de la anarquía y el "cierra-puertas" no nos deja lugar para un tranquilo sueño. Ved esta letrilla:

*Por calles y plazas
no se oye otra cosa
que esta voz pasmosa:
—¡Hay revolución!
—¿Quién la hace? —Un arcángel.
—¿Le ayudan? —Tres gatos.
—¿Contra quién? —Sus tratos
van contra Ramón.*

Es el plato de todos los días. “Te acuestas con un presidente y te levantas con otro”, dirán todavía por muchos años los limeños y a Manuel Ricardo no le interesa hacerse cómplice de ese flagrante adulterio de la cortejadísima dama del gorro frigio. Lima tiene, por otra parte, una tradicional tendencia al embozo, al anónimo. Acaso nos viene esto de las celosías moriscas de sus balcones, del hábito de las *tapadas* —esa celosía que camina— que ha hecho carne en esta obsesionante manía de ocultarse. Es la época de los “remitidos” firmados, como hemos visto, con pseudónimos; del humor disfrazado y temeroso; de arrojar la piedra y esconder la mano. Y hasta la mesa de nuestro joven contador debemos suponer que han llegado unas amenazadoras misivas.

Y es que hay un tercer factor, un poderoso motivo que lo obliga a no vacilar en la elección. Más que la simpatía por los barcos; más aún que la necesidad de ejercer la profesión aprendida bajo la palmeta de Orengo y en las aulas de Noel, existen razones definitivas para elegir el mar. Manuel está enamorado. No; digámoslo mejor: Manuel tiene un compromiso sentimental. Cosa grave es ésta cuando apenas apunta el bozo y se vive bajo la permanente amenaza de que le lean a uno la epístola de San Pablo, amenaza mayor que la de esos tres gatos aludidos por la letrilla subversiva. Quédense en buena hora en tierra Velarde con su parnaso y su garrote, sus exaltados amigos de “El Zurriago”, Numa Pompilio Llona traduciendo a Víctor Hugo y don Ramón tratando de sujetar la rienda del brioso potro de la nación peruana. ¡Y quédense los periódicos con sus anuncios prometiendo onzas de oro por la captura de ese esclavo cimarrón que tiene la cara “media redonda... lo blanco de los ojos como *atiriciados* y habla con dejo afeminado”; y ese otro en que se vende “una criada joven y sin vicios”; y aquel en que se desea comprar “una mula de calesa mansa y sin mañas”, que mulas y esclavos son, después de todo, mercancía; y el que da a conocer la llegada, en la fragata *Perseverancia*, de una compañía de toreros que han desembarcado “en traje de majo riguroso”; y el que ofende y difama sin dar la cara; y el que ensalza y pregona las virtudes del honrado Yago, igualmente anónimo, que se lo escribió a sí mismo; y el que se dirige al Presidente clamando por los empleados públicos que llevan tres meses sin cobrar, “mientras en Palacio se come bien”; y el que anuncia la ópera y los volatineros; y el de las boticas que venden sanguijuelas alemanas; y el que quiere que se haga justicia y pretende componer el mundo! ¡Quédense allá las insignificantes hormigas atareadas que él, Manuel Ricardo Palma, embarcará en su barco

y no se irá, por cierto, a las Californias, ni a la aventura; que se irá tan sólo al mar!

Pero otras cosas quedarán también en tierra. No es sólo una mujer, unas dificultades económicas, una vida provinciana pendiente de polémicas pueriles y donde la fuga de un torturado negro o la presentación de un forzado en el teatro pueden cobrar categoría de acontecimiento en la ciudad. No es sólo esa menguada existencia lo que deja. Son también sus amigos, su obra apenas iniciada y acaso un poco sus ambiciones y sus sueños. Se ha presentado ya en el Perú, con graves síntomas por cierto, la "filoxera literaria". La llegada de Fernando Velarde, "gran capitán de la bohemia limeña", ha despertado el virus adormecido en los viejos salones, entre los muros que guardan los ecos lejanos de las tertulias del Conde de Montesclaros y el Príncipe de Esquilache. Pero dejemos hablar al propio Palma, que en su palabra está el mejor testimonio de lo que pasa en estos años: "Nosotros, los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga a la sazón, desdeñábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestara, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández hasta en sueños recitaba las *Doloras* de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre la pléyade revolucionaria del mundo viejo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra o de las *Capilladas* de Fray Gerundio, era darme por la vena del gusto".

"Márquez se sabía de coro a Lamartine..." ¿Quién no se siente seducido por ese "lírico de pies a cabeza", como le llaman las mujeres de su tiempo? ¿No había dicho él mismo que "un cuarto de hora de amor vale más que diez siglos de gloria?" ¿No es ésta una definición, entre tantas, del espíritu romántico? Porque no es sólo la obra de Lamartine, que se saben de coro los bohemios limeños, lo que enciende su admiración y su entusiasmo. Es también su vida, la vida extraordinaria del héroe de Francia, poeta, viajero, parlamentario, Ministro de Estado, académico, don Juan; la existencia novelesca del hombre que escribe poemas con nombres de mujeres —Elvira, Graciela, Valentina, las mujeres de Lamartine— pero que, al mismo tiempo, en los turbulentos días del 48, hablará de "la revolución del desprecio" contra Luis Felipe y dirá que "Francia se aburre" y, sonada la hora, se escuchará su voz en la Comuna con la autoridad que le presta la dimensión de su genio. El autor de *Jocelyn* ha supera-

do la estatura de los más vigorosos caudillos de su tiempo. Su consagración política no es sino el resultado de su desconcertante popularidad. Veinte años antes de la Comuna, ya recibía de sus admiradoras de treinta a cuarenta canastas de cartas por día. Y es, sobre todo, el romántico por antonomasia, en cuyo árbol genealógico figuran Goethe y Rousseau, que ha leído los clásicos, pero que siente una especial simpatía por Walter Scott.

Lamartine es, pues, el modelo, el maestro; pero lo son igualmente los españoles y, entre ellos —lo ha confesado el propio Palma— don Mariano José de Larra, *El Pobrecito Hablador*. Lleno de fervor por los libros lo vemos de estrella a estrella leyendo las nerviosas páginas de *Figaro*, el rebelde, el crítico agudo del Madrid de 1830, el poeta suicida. Entre todos los escritores de la escuela romántica, de la manera de sentir romántica, Larra y Lamartine aparecen en lugar preferente. En verdad, el romanticismo es una revolución francesa del sentimiento; pero es que los mismos poetas españoles han recibido su influencia de las legiones de Hugo. ¿No afirmarán los críticos más tarde que el verdadero antecedente de Larra se halla en Beaumarchais? Si bien es cierto que Byron, Madame Staël, Chateaubriand, trajeron de Alemania y de Italia la semilla romántica, no podrá negarse que sus mejores flores se abrieron en París. Manuel Ricardo, al igual que sus camaradas líricos, ha elegido sus modelos. Era ésta, en realidad, una bohemia estudiantil, un movimiento de jóvenes imberbes, pero llenos de pasión, capitaneados por ese montañés beligerante, en cuyos versos “había mucho de estruendoso, como en la música de Verdi” y, al mismo tiempo, “notas de encantadora sencillez”. Era, ya lo hemos dicho, el hombre del momento. El misma Palma lo reconocerá al declarar que no “había frescos labios de rosa que no recitasen sus versos ni estudiante que, leyéndolos, no se sintiese arrebatado de entusiasmo”.

Aparte la juvenil legión —larga lista de próceres líricos en potencia— apenas si se menciona los nombres de dos o tres maestros “que empezaban a peinar canas” y entre los que brillan con luz propia Felipe Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura. Al lado de estos nombres figurarán los que ahora hacen sus primeras armas literarias, los amigos de Manuel Ricardo, los bohemios de su tiempo. Dejemos al mismo Palma hacer la lista: Arnaldo Márquez, Nicolás Corpancho, Adolfo García, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Luis Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Enrique Alvarado, José Antonio de Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lazo, Juan Arguedas, Trinidad Fernández, Toribio Mansilla, Melchor Pastor, Benito Bonifaz, Juan

Sánchez Silva, Pedro Paz Soldán y Unánue, Constantino Carrasco, Acisclo Villarán, Juan de los Heros, los hermanos Pérez, Narciso Aréstegui. Hay dos o tres nombres, advierte, que se le escapan. No debieron tener gran significación y aun muchos de los mencionados escaparán al recuerdo de la posteridad porque sólo alcanzaron una gloria efímera, porque no dejaron obra duradera, porque murieron jóvenes.

Éstos son los compañeros y, en todo caso, los contemporáneos del muchacho miope y talentoso que escribe en *El Comercio*, en *El Zurriago*, en *El Diablo*, en ese *Talismán* que publica Velarde; éstos son los que reúne la tertulia nocturna de don Miguel del Carpio —magistrado, estadista y literato—, que era el Mecenas de los incipientes escritores a los que agasajaba “con exquisito Moka, delicioso chocolate de Apolobamba y riquísimos habanos”.

Pero don Miguel tenía una debilidad: don Miguel quería ser poeta. Y lo era, dentro de sus posibilidades, aunque le faltaba eso que no se aprende, esa rara condición que permite al bisoño poner en la intimidad de su poesía lo que el frío académico no lograría jamás: emoción, fibra verdadera, vocación que está en la sangre y que no es posible reemplazar con nada. Algo, aunque no mucho, había escrito don Miguel; entre otras producciones considerábase su obra maestra una *Oda al Misti*, de la que José Arnaldo Márquez diría:

*Carpio escribió como una especie de oda
a un cerro de Arequipa. En ella acaso
se consumió su poesía toda...*

Pero si don Miguel no había sido favorecido con el regalo de las musas, “en cambio poseía un corazón de oro para amar a los poetas. Su casa, su mesa sibarítica, sus libros, su influencia, y sospecho que hasta su bolsillo, eran nuestros. Cuando él era Ministro de Estado, los bohemios estábamos de plácemes: podíamos aspirar a todo y alcanzarlo todo”.

Entre los importantes cargos con que fuera honrado el anciano jurista figuraba el de censor de teatros y esta circunstancia anima, tal vez, a los jóvenes a lanzarse en busca de más positivas glorias. Ya ha estrenado Segura sus primeras obras. Hace más o menos diez años que se inició con *El Sargento Canuto* y han subido a escena, últimamente, *La saya y manto* y *La mozamala*. Los primeros en seguir las huellas del criollo que hace hablar a las figuras pintadas por Pancho Fierro, del Bretón peruano, como se le llama, son José Arnaldo Márquez y Nicolás Corpancho. Márquez estrenó *La bandera de Ayacucho*. Corpancho se inició con *El poeta cruzado*. Otras obras siguieron, entre ellas,

una que esperaba cien años para subir a escena. Se llamaba *El barquero y el virrey* y ya desde su título revela la influencia de Zorrilla, que escribiera *El zapatero y el rey*.

Pero es preciso que volvamos a las citadas páginas de Palma. “Los triunfos escénicos de Márquez y Corpancho —dice— despertaron en mí el deseo de ensayar mis fuerzas en el drama y sucesivamente di al teatro tres monstruosidades. *La hermana del verdugo*, abominación patibularia en cuatro actos, fué mi obra de estreno. . . Pocos meses después, en las fiestas del aniversario de la independendia, echaba a la plaza otro torete: *La muerte o la libertad*. . . Pero mi caballo de batalla, mi gran triunfo y mi último drama fué *Rodil*, representado en 1851. . . El primer acto fué recibido con tibieza —y eso que había en él párrafos de partir el corazón— como dijo Bretón de los Herreros; pero, en el segundo, ponía yo en boca del galán alusiones políticas de actualidad, zurraba la badana al ministerio y decía pestes contra la ley de represión dictada, no cuando Rodil comía pan en el Callao, sino pocos días antes de salir a luz ese precioso fruto de mi numen; y cata que el entusiasmo cayó en frenesí, y me llamaron tres veces a la escena, y la gratitud del beneficiado hizo caer, no de las nubes sino de las bambalinas o del techo, sobre mi cabeza coronitas de laurel hechizo. ¡Qué noche aquella! Víctor Hugo me la habría envidiado”. Manuel Ricardo Palma acaba de cumplir los diez y ocho años.

Andando el tiempo, escribiré una de sus más jugosas tradiciones “para purgar un pecado gordo que contra la historia y la literatura cometí cuando muchacho”¹, cuando imaginaba que “con cuatro coplas mal zurcidas y una docena de articulejos, peor hilvanados, había puesto una pica en Flandes y otra en Jerez. Maldito si ni por el forro consultaba clásicos, ni si sabía por experiencia propia que los viejos pergaminos son criadero de polilla. Casi, casi me habría atrevido a dar quince y raya al más entendido en materias literarias, siendo yo entonces uno de aquellos zopencos que, por comer pan en lugar de bellota, ponen al Quijote por las patas de los caballos, llamándolo libro disparatado y sin pies ni cabeza”.

Palma no se compadece de su adolescencia y el juicio futuro es severo y no muy justo. Porque agregará que con su *Rodil* “desacreditaba el teatro nacional, ilustrado por las buenas comedias de Pardo y de Segura”, llamando a esa primicia de su ingenio “especie de alacrán de cuatro colas” y acusándose de haber consentido que un amigo lo hiciera poner en letras de molde. “Aquello —dice— no era drama ni piñón mondado. Versos

¹ PALMA, *El fraile y la monja del Callao*.

ramplones, lirismo tonto, diálogo extravagante, argumento inverosímil, lances traídos a lazo, caracteres imposibles, la propiedad de la lengua tratada a puntapiés, la historia arreglada a mi antojo y . . . vamos, aquello era un mamarracho digno de un soberbio varapalo”.

No merecía el “monstruo” tan dura adjetivación, tan violenta diatriba. ¿No tiene toda la frescura y la gracia de aquel primer trabajo que, con el título de *La muerte en un beso* publicara “allá en los albores de mi juventud”? El autor la llama “novelita del género romántico” y declara que fué escrita en los claustros del colegio. “Téngola gran cariño porque fué ella como mi iniciación en la vida de las letras y pecaría de ingrato si la arrojase hoy al cesto de los papeles inútiles”, indulgencia que no concedió al drama del general español sitiado en los castillos del Callao. Palma declaró guerra sin cuartel a la obra que le conquistara tan sonoros aplausos en el Teatro Principal, condenando al fuego todo ejemplar que caía en sus manos. Pese, no obstante, a su ensañada persecución, un sobreviviente del implacable exterminio ha sido hallado¹ y, cien años después, podemos juzgarla. *Rodil* conserva el mismo sabor de la historia de *Oderay*, “la flor más bella del vergel americano” y, desde luego, participa de los vibrantes acentos aprendidos a Zorrilla, aunque debamos disculpar los balbuceos propios de una producción de los dieciocho años. Tiene razón, pues, sólo a medias el poeta. Más que una rehabilitación literaria parece que Palma, al escribir, muchos años después, *El fraile y la monja del Callao* hubiera querido reivindicar, en lo histórico, la figura bravía de Rodil.

Podemos, pues, considerar como sus trabajos primiciales su composición dedicada a la memoria de doña Petronila Romero, en poesía; *La muerte en un beso*, donde asoma ya el estilo y la forma de las tradiciones y *La hermana del verdugo*, según propia declaración su obra de estreno en el teatro, género que pronto abandonaríala. Su primer éxito, sin embargo, es el *Rodil*.

Las tres “monstruosidades” no sobrevivirán a su momento ni la “abominación patibularia” encontrará un lugar en sus estantes. “Creo que llegaron a seis los disparatados abortos de mi numen —recordará en el prólogo de las obras de Segura, casi cuarenta años más tarde. A Dios Gracias convencíme temprano de que las uvas eran agraces para mí, si bien dulcísimas para un Tamayo y Baus, un Sanz o un Ayala”. Manuel Ricardo sabe que es capaz de producir una obra que perpetúe su nombre y dé

¹ El ejemplar fué hallado por José Jiménez Borja en la biblioteca del Club Nacional y publicada la obra por la revista *Mar del Sur*.

fama a su nación. De no pensar así no podría llamarse un verdadero romántico.

Una noche el novel autor ha sido invitado a cenar en casa de don Miguel del Carpio. Es un 7 de febrero y Manuel cumple ese mismo día diez y nueve años. Junto a su cubierto hay un pliego lacrado. Es un nombramiento para servir en la Escuadra. Palma agradece conmovido este nuevo gesto del anciano protector de los bohemios. No pasará mucho tiempo antes de que abandone el Convictorio. La inquietud por el teatro, el ambiente movido y trivial de la ciudad con sus disputas y sus temores; con sus corridas de toros donde Arredondo lucirá su gracia, enchamarrado y con cigarro en la boca; con sus esclavos cimarrones y sus caudillos merodeadores del sillón presidencial. Manuel Ricardo vestirá el uniforme, se calará la gorra sobre los gruesos cristales y se irá al mar.

Hemos querido reconstruir los perfiles de la ciudad que deja y por eso le hemos dedicado unas líneas ligeras, pintorescas, acaso frívolas. Porque, éste es el decorado y aquél el personaje. Tienen importancia, sin duda, ese balcón y esa calle y aquel árbol. Y tienen un valor las gentes y las cosas que manejan las gentes. ¿No significan nada la sanguijuela y el volatinero? ¿No os dicen algo aquellos tres gallinazos disputando en el centro de la calle? Jugar al rocambor y bailar la zamacueca. Escuchar los pregones para saber las horas. Acudir a las portadas a contemplar al bandolero muerto o a la *Punta del muelle* a ver llegar los barcos de Panamá. Discutir a Castilla y creer en fantasmas... ¿Abandonar la ciudad por reales más o menos? No sería ésta, por cierto, justificación suficiente. Ni la atracción del mar ha de ser tampoco razón de fuerza. Dejemos que él mismo nos lo diga. Abramos, una vez más, *La bohemia de mi tiempo*. Leamos. “El porqué un año más tarde (y a los veinte de mi edad) abandoné el colegio y, haciendo uso del título encerrado en aquel pliego serví activamente en la Escuadra, resignándome a ser presupuestívoro, no es para referirlo en estas páginas. Eso no se relaciona con la literatura, sino con el corazón y las calaveradas de la mocedad”. Más tarde, confirmando esta relación casi confidencial y completándola, nos contará su hija Angélica el porqué de su precipitada fuga. La anécdota tiene el valor de haberla escuchado de labios de su propio padre. Fué una tarde en la procesión de las Mercedes. Aprovechando la ausencia de la familia, Manuel ha volado a casa de la moza; pero, súbitamente, decide la madre volver, “cuando apenas empezaba el coloquio de la amartelada pareja”. Nos imaginamos la escena. Y nos imaginamos también al autor de “La muerte o la libertad”

en una disyuntiva semejante: “El matrimonio o el mar”, que también sería un buen título romántico. La madre insiste con energía mientras la dulce Teresa, hecha un mar de lágrimas, espera en su cuarto. El joven carolino vacila por un momento y apenas si atina a responder:

—“...soy estudiante, soy pobre...”

El final ya lo sabemos. Hay un puesto de contador vacante en la goleta *Libertad*. Pocos meses después, en el *Heraldo de Lima*, aparecerán unas nostálgicas estrofas. Están fechadas a bordo. Dicen así:

*Y héme aquí solo... el mar, el firmamento,
la calma misteriosa me rodean;
y tú, en medio al bullicio, algún momento,
alma de mi alma, pensarás en mí?
Mas... no estoy solo... Tu recuerdo dulce
siempre acaricia enamorada el alma;
ruja la tempestad, reine la calma,
jamás, jamás me olvidaré de ti.*

Sin embargo, a pesar de juramentos y buenas intenciones, no tardará en borrarla de su recuerdo, como a aquella otra, cuyo nombre no revelará y que era “morenita sonrosada, como la Magdalena; ojos negros y misteriosos como la tentación y el caos; una boquita más roja y agridulce que la guinda, y un todo más subversivo que la libertad de imprenta: tal era mi amor, mi embeleso, mi delicia, la musa de mis tiempos de poeta”¹.

Así se enamoran los románticos y así olvidan también. Alguna vez, el poeta de las octavas reales a los generales muertos y a las amantes abandonadas, confesará:

—Me gustan tanto las mujeres, que no me casaré hasta que no me guste sino una sola mujer.

Por lo pronto, entre aquellos ojos de tentación y la tentación de un uniforme de oficial es difícil pero no es imposible tomar partido. Manuel Ricardo haelegido el mar.

¿Durante cuánto tiempo recorrerá Palma el litoral peruano? ¿Tiene una verdadera vocación por el mar? Positivamente, no. Acaso le atrae la aventura; su espíritu, la tónica de su época le identifican con ella; pero, más tarde, muchos años después, en la intimidad del hogar, se le oirá decir:

—Los ocho años que pasé en el mar los pasé mareado.

¹ PALMA, *De cómo desbanqué a un rival*.

No fueron ocho años ininterrumpidos ni muchísimo menos. Manuel Ricardo aprovecha esos viajes para alejarse de sinsabores y problemas. ¿Dónde está don Pedro Palma? Casi no se habla de él y ni siquiera sabemos si, cuando el mozo salta a tierra, habitan la misma casa. El comerciante en géneros tiene, decididamente, otras inquietudes y otros amigos. Manuel Ricardo hace una vida aparte, es como un habitante de otro planeta. La aventura sentimental que le obligara a la precipitada fuga no determina ya, pasados los primeros meses, su permanencia en la goleta. Como en tantos otros idilios, el amor eterno ha durado, exactamente, dos meses. El oficial de cuenta y razón, "ruja la tempestad, reine la calma", no recuerda esos ojos, ni esa sonrisa, ni esa voz. Hay, sin duda, otros amores, otras mujeres a quienes dedicar unas horas y algunos versos, que para algo se tiene el corazón en flor.

Poco después, Palma deja la goleta *Libertad* para ocupar plaza de contador, nada menos que en el *Rímac*, aquel "señor del Mediodía" de los versos de Márquez, el gallardo transporte de guerra cuya llegada al Callao constituyera un verdadero acontecimiento nacional. Dormía en lo más profundo de sus aspiraciones el deseo de pertenecer a la dotación del poderoso *Rímac* y éste debió ser el sueño de muchos jóvenes de su generación. Palma se embarcó en los primeros meses de 1854. Sería un agresivo verano sobre los arenales de la costa, con sus metódicas nieblas, el que verían sus ojos. Debió, no obstante, aceptar con entusiasmo el cargo que le dejaba horas libres para sus especulaciones literarias y largos días pasados en los puertos del extenso litoral. ¡Qué bien para el romántico esa novela viva de partir, de partir siempre, dejando unos ojos que seguirán al barco hasta que se pierda entre las brumas! ¡Qué bien para su inquietud ese sitio en la proa bajo las estrellas!

Pero la novela tiene un capítulo truculento, por otra parte, típicamente romántico, que comienza a hacerse realidad palpitante en la madrugada del 1º de marzo de 1855. El *Rímac* acaba de llegar de un viaje a Guayaquil, que Palma no olvidará, porque está asociado al nombre de Dolores Veintimilla, la poetisa quiteña que, dos años después, se suicidaría en Cuenca. Había zarpado del Callao conduciendo un batallón de infantería y algunos pasajeros que, incluyendo a la tripulación, sumaban novecientos. Una obstinada niebla se extendía sobre el mar. En su camarote, el joven oficial trataba de conciliar el sueño, cuando una fuerte sacudida lo puso en pie de un salto obligándolo a salir a cubierta. En pocos minutos el barco se llenó de voces, del desordenado ir y venir de hombres y mujeres que anuncia-

ban la realidad de una catástrofe. El *Rimac* había chocado con alarmante violencia. El aire fresco de la madrugada próxima confundía los gritos con el golpe seco de las olas contra el casco. ¿Dónde estaban? ¿Qué había sucedido al gallardo transporte, orgullo de la marina de guerra peruana? ¿Acaso algún otro barco se había cruzado en su ruta? La confusión era cada vez mayor. Uno de los oficiales se acercó a Manuel Ricardo, explicándole:

—¡Los arrecifes!

Los había traicionado la brújula. Estaban, en efecto, entre los arrecifes de la punta de San Juan. La gente se precipitaba a los botes. Hombres a medio vestir, soldados portando sus armas, mujeres con niños en los brazos mezclábanse entre la sombra. De nada sirven al *Rimac* sus cañones de a 24, ni sus miras giratorias, ni las maderas de excelente calidad, ni el blindaje de cobre. Las rocas no son enemigo contra el que se pueda combatir, ni el corte esbelto de su proa sirve para vencer la niebla. Van en aumento los gritos, suenan campanas, algunos hombres se lanzan al agua; pero hay algo más que salvar. El contador ha vuelto en busca de la caja y de la documentación del barco. Ya tiene todo en sus manos y se dispone a abandonar el camarote cuando una segunda sacudida inclina al *Rimac* de un costado haciendo crujir “su robusta y sólida estructura”, como lo describiera el comentario entusiástico de la prensa, siete años antes. Pretende Palma salir; pero es inútil. La pesada puerta, desquiciada, se ha ajustado sólidamente dentro del marco. Por el ojo de buey entran los ecos del pánico, el ruido de presurosos pasos, de hierros y fusiles, la primera luz del alba. El mar sigue azotando el casco. Después de inútiles y desesperadas tentativas, espera sereno la decisión que el destino quiera dar a su suerte. De pronto, un nuevo y violentísimo golpe de mar inclina la nave del otro costado. Cruje otra vez el maderamen. La puerta se abre. Corre Manuel Ricardo en busca del capitán y recibe una dolorosa noticia. ¿Ha muerto? No. Ha sido el primero en abandonar el barco. Se incorpora entonces al grupo de oficiales que ponen orden en el caos para hacer posible el salvamento y, unas horas más tarde, está cumplida la tarea.

En la playa, el sol seca las ropas y devuelve la tranquilidad a los espíritus. Palma y sus compañeros deliberan.

—Se han salvado casi todos.

—Afortunadamente. Sólo faltan doce hombres... Los que se lanzaron al mar.

—Ahora viene lo más grave —apunta Palma—. Para llegar

a poblado necesitamos emprender jornada larga y, como antes, sin más guía que la Providencia.

—Así es; y no tenemos víveres ni agua.

De todos modos, es preciso organizar la marcha. Sobre las desoladas arenas avanza el numeroso grupo como un ejército derrotado por la niebla, por los cambiantes vientos, por el embravecido mar. Los náufragos se van alejando de los arrecifes de la punta San Juan. Sólo faltan esos doce hombres que se ahogaron... porque sabían nadar. La marcha es lenta. El sol sacude su ala de fuego sobre las suaves colinas de la costa arequipeña. ¿Habrá algún caserío próximo, alguna caleta de pescadores, alguna pequeña aldea detrás de esas lomas? La arena es dura. Pasan las horas y el desierto es siempre igual. Los soldados van en silencio seguidos por sus *rabonas*. Ha comenzado a oscurecer. ¿Será conveniente hacer alto, improvisar un campamento? Nada de eso; la noche es buena para caminar. Además, puede aparecer, de pronto, una luz; la luz que todos están esperando. Pero no hay alimentos y el arenal pone pesados los pies. Por el cielo gris ha cruzado una bandada de pelícanos; unas gaviotas chillan sobre la playa; un buitre solitario se pierde a lo lejos.

La mañana siguiente sorprende a los extenuados hombres caminando. El hambre y la sed comienzan a clavar agujas en la carne, su fuego en las reseca gargantas. Han decidido alejarse de la playa, atravesar las lomas; pero algunos se van quedando rezagados, debilitados ya por la fatiga, desesperanzados. El día transcurre sin variaciones, entre la arena y el cielo. La pequeña muchedumbre se dispersa en grupos y otra noche se anuncia mientras la ansiedad va cobrando dimensiones angustiosas. Ya nadie piensa en el *Rimac* porque la verdadera catástrofe es ésta de caminar sin rumbo, a través del desierto, dramáticamente. Muchos se han ido quedando a lo largo de esa penosa peregrinación por tierras de las que no tiene la mayoría noción exacta, Palma y sus compañeros saben, sin embargo, que se encuentran en la provincia de Camaná y que no pasará mucho tiempo antes de llegar a la *quebrada grande*.

—Si mis cálculos no me traicionan, el río Chaviña debe estar cerca.

—En efecto, ése es el nombre que toma la quebrada que baja desde Lucanas hasta el mar.

—Quiera el cielo que no estemos equivocados. La gente no resiste más.

—Llevamos tres días de marcha y son muchos ya los que han caído muertos de hambre y de sed.

Tal era el desolador cuadro que se ofrecía a la vista de los fatigados caminantes. Por eso, cuando avistaron los primeros árboles, las primeras chozas del poblado más cercano, lágrimas de alegría surcaron las desencajadas carnes. Pero sesenta y seis náufragos habían perecido en la dura jornada y los que, según relatará Palma, "por vigorosos o afortunados logramos llegar a Chaviña, Chocavento o Acarí, más semblanza teníamos de espectros que de humanos seres..."

Ha terminado la odisea. Manuel Ricardo ha vuelto a su plácida, a su sedante capital limeña. Un consejo de guerra ha juzgado al capitán del *Rimac*, ordenando el regreso de la oficialidad, por dos años, a la Escuela Naval y haciendo excepción de Palma, el oficial Ricardo Pimentel y dos maquinistas, por considerar que eran los únicos que habían cumplido con su deber.

Promediado ese año de 1855 encontramos a Palma nuevamente en el *Rimac*, según consta en unas desordenadas "listas de Revistas de Presencia de los señores jefes y oficiales de la armada que se hallan desembarcados en el Departamento" y en las que figura Manuel Ricardo, en octubre, como Teniente 2º del Cuerpo Político; en noviembre, como Oficial 3º del mismo. Tres años más tarde aparece todavía su nombre en esas revistas: en enero de 1858, como Oficial 1º; el siguiente mes, con el grado de Oficial 3º, y en marzo con el de Oficial 2º del Cuerpo Político.

Durante esta época, sin embargo, no ha dejado Palma de frecuentar el grupo de los románticos, cada vez que se halla "desembarcado en el Departamento", que debe ser con bastante frecuencia. En la librería de Pérez discuten, proyectan, estructuran teorías de vida y se les ve también en casa de don Miguel del Carpio, ante una taza de prestigioso chocolate cuzqueño. La vida ha cambiado y el escenario político ha colgado nuevas bambalinas. Y han aparecido nuevos actores. El año del naufragio se ha registrado otro acontecimiento notable. A comienzos de 1855, en efecto, triunfa una de las revoluciones que más decisiva influencia tendrán en los destinos de la república. La batalla de La Palma es la culminación de una aventura que comienza en Arequipa; el punto final de una marcha que había dejado las huellas de un improvisado ejército sobre las mismas arenas que, dos meses más tarde, pisarían los náufragos del *Rimac*. La victoria de La Palma entrega de nuevo el poder al hombre que acaba de abolir la esclavitud de los negros, hábil maniobra política destinada a aventajar a su rival, el general Echenique, derrotado así con las armas y las leyes, que había prometido la libertad únicamente a los esclavos que se enrolasen

en su ejército; pero actitud también que define el contenido de un movimiento y encierra una honda significación ideológica y humana. Este hombre, decidido a gobernar una vez más a un pueblo ingobernable, es el Mariscal Castilla, a quien Manuel Ricardo se acercará una tarde, a bordo del *Rimac*, en el verano de 1858, animándose el contador a preguntar al Presidente sobre una anécdota del general español a quien Castilla no permitió pisar tierras peruanas; aquel de la traición en los días en que guerreaban carlistas e isabelinos y que la historia conoce con el nombre de *El abrazo de Vergara*.

Castilla acostumbraba veranear en Chorrillos y “cuando a las dos de la tarde arreciaba el calor, se iba por un par de horas a bordo; se arrellanaba en una mecedora en la toldilla de popa: el comandante le agasajaba con un vaso de refrigerante cerveza y su excelencia, que siempre tuvo gran predilección por los marinos, convocaba en torno suyo a los oficiales, entregándose con ellos a expresiva conversación...”¹.

Al caer la tarde, volvía a tierra don Ramón. Pero dejemos al propio Palma que termine de contarnos el episodio:

“Estaba yo distraído, con los brazos apoyados en la borda, contemplando varias canoas de pescadores que se desprendían de la playa, cuando se me acercó el gran mariscal y me dijo:

—Contador, véngase a comer conmigo...”

La charla debió ser animada y pintoresca, digna de los quilates de ambos criollos, matizada de ingeniosas anécdotas. Finalmente, ya de sobremesa, apuntó, en su típica manera cortada, don Ramón:

—“Conocí esta tarde que le rebosaba a usted la curiosidad... ¡Bueno!... No es delito ser curioso... no... Ese pícaro fué..., sépalo usted... el *godo Maroto*.”

Son sus últimos años de marino y los últimos también de bohemia. No estuvo siempre a bordo; pero aprovechó muy bien sus horas de mar para escribir. En 1855 aparece su libro *Poesías*, donde aún vibra la cuerda de los románticos de Europa. Don Manuel Amunátegui traduce a Lamartine y son lecturas favoritas las biografías de Nelson y de Guillermo el Conquistador. Palma colabora en *El Heraldo de Lima* y en muchas otras publicaciones. No se aleja del teatro, polemiza y, sobre todo, estudia. Cuéntase que una prolongada estadía de su barco en las islas Chinchas es bien aprovechada para completar los elementos

¹ PALMA, *El godo Maroto*.

esenciales de su cultura. Leerá a los atacados del "mal del siglo"; pero profundizará sus conocimientos de los clásicos. Se menciona con frecuencia que allí tuvo su primer contacto con la ya célebre colección de Rivadaneira. El alumno de Orengo y Noel; el oficial de cuenta y razón, el hijo de Pedro Palma, comerciante en paños, no se resigna a ese destino. La vida del mar ha comenzado a perder su mágico clima. Ha recorrido el litoral varias veces; ha viajado a lo largo de lejanas y extranjeras tierras; ha participado en el bloqueo de Guayaquil, ocupación pacífica, incruenta, en la que declara Castilla que "no es decoroso emplear las armas del Perú", restableciéndose pronto las buenas relaciones entre ambos pueblos. Ricardo Palma cuelga el uniforme y pronto ha de olvidar los libros de contabilidad para entregarse a su inquietud, para comenzar a estructurar su obra. No pasará mucho antes de que abandone el movido escenario de la "bohemia de su tiempo".

EL DESTERRADO

El caballo tiene un paso menudo y veloz. Cruza la plaza, de Norte a Sur, desde el lado izquierdo de la casa de Pizarro. Hacia la derecha, por la calle del Arzobispo, caminan despacio, en dirección opuesta al jinete, cinco hombres. El calendario señala el 25 de julio de 1860 y en un reloj cercano son las siete de la noche. Leve garúa cae sobre el suelo áspero de la plaza. En los faroles la luz del gas, encendida por primera vez hace cinco años, se quiebra tras la lluvia como si la viéramos a través de lágrimas. No se afanan bajo los portales, como antes, las *tapadas*¹. El jinete corre, se aproxima. Los hombres marchan con rumbo a Palacio y no advierten el nervioso tambor de ese galope. Al llegar a la esquina se detienen, hablan; pasa un carro cargado. El caballo atraviesa la plaza, se acerca hacia el grupo, se sobrepara brevemente. El jinete emponchado lleva en la mano una pistola y dispara con ella. Ha herido a un hombre, al que quería, y fuga más veloz.

—¡Cobarde! ¡Me ha inutilizado el brazo!

Es la voz del general Castilla. El hombre con quien venía es don José Calmet; los otros, el ayudante del Presidente y dos órdenes que le asisten. El caballo, oscuro, pequeño, ha desaparecido. Todo ha pasado como en los segundos que dura un sueño, con su falsa noción del tiempo, con su angustiosa eternidad.

El general Castilla es conducido a palacio donde, poco después, diagnostica el médico:

—No ha sido nada, por fortuna. Apenas un desgarramiento de tejidos que no llega a comprometer el hueso.

¹ “Después de 1850, la relativa holgura social producida por los millones de la Consolidación dió incremento al comercio francés y a las modas de París. Lo que en tres siglos no consiguieron ni Santo Toribio ni los virreyes, desapareció sin resistencia ni luchas, poquito a poquito. En 1860, justamente a los tres siglos de nacido el hongo, desapareció la saya y manto en procesiones y paseos” (PALMA, *La tradición de la saya y manto*).

La noticia ha corrido como la bala que atravesó el brazo prócer y fué a inscrustarse en el zócalo. La casa de Pizarro se ha llenado de adictos al régimen —no están entre ellos los viejos liberales— que luego acompañarán a su domicilio al presidente; pero el comentario se ha quedado vibrando en el aire con sus pequeños ecos, en el atrio de las iglesias y en los salones, en los cuarteles y en las tabernas, en todas las esquinas de la ciudad.

Porque, en efecto, ese hombre a caballo que descargó su pistola y de quien sólo se pudo advertir un pedazo de rostro blanco; ese jinete que desapareció entre la sombra y las garúas; ese asesino frustrado no puede ser sino uno de los antiguos amigos liberales del mandatario, acaso un ex combatiente en la batalla de La Palma; uno de tantos resentidos, en suma, por el cuarto de conversión a la derecha que ha dado el gobernante a su política. En su segundo período presidencial el tarapaqueño se ha alejado de los principios de la primera hora, no ha guardado fidelidad al espíritu y a los postulados de la revolución. Acaso busca un nuevo equilibrio y no se oculta a su sagacidad que no son las ideologías de avanzada las que más convienen al país. Se acusa al gobierno de autoritario; se habla de cesarismo y tiranía; pero él sabe que, si bien es cierto no ha cumplido todas sus promesas, en cambio, con su actitud presente, está siendo fiel a su conciencia. ¿No ha dejado, acaso, de trocarse una mula por un negro? ¿No existe la libertad de asociación y de petición colectiva? ¿No ha dado al país, por primera vez, un presupuesto? En el orden jurídico, en el administrativo y en el que señala el progreso moral y material de los pueblos, los ideales de la revolución se han cumplido. Ahora se trata de gobernar, que es mucho más difícil que hacer promesas.

No lo entienden así los liberales que ven a su caudillo de hace un lustro acercarse a la aristocracia y pactar con los banqueros. En la mesa de rocambor, en sociedades secretas, en las logias masónicas, conspiran contra el hombre que los ha echado en el olvido. Y como el liberalismo es la forma política del espíritu romántico, aunque no falte quienes opinen lo contrario, no es raro encontrar en una de las logias al discípulo de Fernando Velarde que forma en la legión de los descontentos.

El episodio de la calle del Arzobispo es sólo una advertencia. El malestar y la protesta flotan en el ambiente. Los artesanos reunidos en clubs discuten la necesidad de efectivas reformas. Un hombre encarna esas aspiraciones y en torno a él se agrupan trabajadores, estudiantes e intelectuales. De clara inteli-

gencia, de palabra fácil y temperamento ardoroso, tiene los rasgos clásicos del caudillo. Y eso es, precisamente, lo que necesita el pueblo. José Gálvez revive en la conciencia nebulosa de las clases menos favorecidas, vagos y adormecidos anhelos de reivindicación social. En verdad, no se habla todavía de izquierdas y derechas; pero, en el fondo, la lucha entre el capital y el trabajo está planteada.

La campaña de Gálvez provoca una enconada reacción en el oficialismo. La aristocracia, el Ejército y el clero están contra él. Al mismo tiempo, se reúne el Congreso. En sus Juntas Preparatorias ha elegido presidente a Bartolomé Herrera, que redacta en seguida un proyecto de Constitución destinada a reemplazar a la de 1856. El proyecto es discutido y el ilustre prelado sufre una derrota que lo obliga a renunciar la presidencia y su curul parlamentaria, retirándose a la paz de su obispado arequipeño.

Pero si las derechas, representadas por Bartolomé Herrera, no han obtenido el triunfo de sus principios en la redacción de la Carta Política, tampoco los liberales han logrado imponer su criterio. La Constitución de 1860 comporta una solución equidistante. Entre las numerosas modificaciones que introduce figura la reducción del mandato presidencial, de seis en cuatro años, la obtención de la ciudadanía a los 21 en vez de a los 25 y la reforma del sufragio. La nueva Constitución, con más suerte que las anteriores, alcanzará una longevidad desacostumbrada en nuestros pueblos, a pesar de su breve eclipse de 1867. La Constitución del 60 durará, días más o menos, sesenta años.

Sin embargo, mientras el legislador se afana por traer el orden al país, en la calle aumenta el número de los que gritan. Parece como si fuera imposible ver claro en la significación histórica del gobierno de Castilla, en su gran espíritu democrático, en su profundo conocimiento de la realidad nacional. Su obra está demasiado cerca para que pueda ser apreciada en toda su magnitud. El tiempo se encargará de hacer justicia al gran peruano, a su larga visión de gobernante, a su estrecha identificación con su tierra y con su época. Porque, si el hombre es la medida de todas las cosas, bien puede afirmarse que Castilla es, en este momento, la medida del Perú.

No es ésta la opinión de sus amigos de hace cinco años. No quiere comprenderlo Gálvez, el caudillo apasionado que encabeza la protesta. El maestro de Derecho Correccional de Guadalupe, el diputado a la Convención del 56, el rector de San Carlos, había alcanzado el grado de coronel en la revolución, renunciando a él una vez consolidada la victoria. Su influencia

entre los artesanos es decisiva, sobre todo en momentos en que el industrialismo europeo afecta considerablemente a los gremios nacionales. Hace dos años, en un levantamiento popular, las turbas destruyeron las puertas y ventanas, destinadas al ferrocarril, que habían sido importadas de Europa; ese mismo año han acudido al Congreso los artesanos pidiendo se prohíba la introducción al país de varios artículos de manufactura extranjera. El clima popular es propicio a los fines del liberalismo.

Han transcurrido cuatro meses del atentado cuya ejecución fuera encomendada a ese jinete de quien no se volverá a tener noticia, pero que sobrevivirá en la anécdota y en los ágiles trazos del mulato Pancho Fierro. Y una madrugada, la del 23 de noviembre, se atentará de nuevo contra la vida del mandatario. Esta vez se ha conseguido comprometer a elementos del Ejército, jugando papel importante el capitán don Enrique Lara, del Batallón "Lima" N° 14, acuartelado en la Rinconada de San Francisco. El oficial era animador asiduo de las tertulias palaciegas. El capitán Lara tenía una dulce voz de tenor. Pero esa voz se torna enérgica y dura para ordenar abrir las puertas y poner en marcha a la tropa, que no sabe bien si se trata de un levantamiento o si acude a defender la vida del gobernante. Entre las sombras e incorporado ahora al grupo el coronel Alarco se dirigen a la casa de Castilla, en la esquina de las calles de la Higuera y Divorciadas. Por ambas puertas se organiza el ataque. La guardia es desarmada y en la refriega mueren un teniente y un soldado. Mientras el capitán Lara llega a las habitaciones interiores, disponiéndose a apresar al general Castilla, en la calle sucede algo inesperado. El coronel Argueles, que vive en la casa de enfrente, ha salido al balcón arengando a la tropa y descubriendo el engaño, en tanto que Alarco trata inútilmente de desmentirlo. En el combate singular, combate oratorio, de los dos coroneles vence el primero y los soldados disparan contra su jefe. Mueren también otro oficial y varios civiles y hay algunos heridos.

Sofocada la sublevación, abortado el complot, José Gálvez, que ha seguido el desarrollo de los acontecimientos desde una esquina próxima, huye asilándose en la Legación de Chile, que recibe también a varios de sus compañeros. El capitán Lara, en tanto, se refugia en el Consulado de Francia. Sólo Ricardo Palma no solicita de inmediato la protección diplomática. Acaso no da por terminada la aventura y prefiere no declarar el lugar de su refugio. Pero se inician las persecuciones, los arrestos, la pesquisa policial y, tres semanas más tarde, se ve obligado a tocar la puerta de don Francisco Solano Astaburuaga, Mi-

nistro de Chile, que reside nada menos que en el Palacio de Torre-Tagle.

No pasan cuarenta y ocho horas del atentado sin que se abra el fuego de las notas diplomáticas entre el canciller peruano y el representante del país del sur; de las consultas a Santiago; de los relatos minuciosos que contienen los oficios; de las conferencias amistosas. Don José Fabio Melgar, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, ha dirigido una breve nota al Ministro chileno, acompañándole copia de la que, por iguales razones, ha enviado al señor de Lesseps, Encargado de Negocios de la República Francesa. En ella considera las circunstancias en que se ha producido el asalto, recordándole que “los Ministros públicos no llevan su inmunidad, en las naciones influyentes en el Derecho de Gentes consuetudinario, hasta dar asilo a los enemigos del gobierno... Con aquella notoriedad que no necesita de pruebas —continúa— sabe V. S. H. que aquel oficial es reo de infidelidad en el servicio militar, de motín de cuartel, de seducción y engaño a la tropa, de Ataque a la Autoridad Suprema del Estado, de asesinato consumado en las personas de soldados y oficiales que se mantenían en sus puestos, de asesinato intentado contra la persona de S. E. el Presidente de la República no comprendido en simple conato, sino atajado y rechazado en los momentos de ejecutarse y en fin de asesinatos intentados y por casualidad no ejecutados en las vidas privilegiadas de señores respetables e inocentes niñas de la familia de S. E., todo con la muy agravante circunstancia de haberse embriagado a la tropa para la ejecución de tamaños atentados”.

Prosigue en ese tono la nota del Ministro Melgar, agregando que no es éste “un crimen cualquiera: se trata de aquellos conocidos de extradición, tales como los incendiarios y envenenadores” y solicitando que el delincuente sea entregado “y puesto a disposición del juez que conoce de su causa”.

Y, si son tan enérgicos los términos con que se expresa el canciller al referirse al capitán Lara, fácil es adivinar la acusación que pesa contra el caudillo liberal. Bien claramente lo dice la nota, a la que acompaña copia de la anterior, cuando afirma “que las responsabilidades del reo asilado en esa Legación son mucho mayores que las del asilado en la francesa, porque el doctor Gálvez es el promovedor y aun ejecutor de los hechos atroces de la mañana del 23...”

La respuesta de Astaburuaga no se hace esperar. En ella expone el Ministro chileno sus puntos de vista y entra a fondo en la fundamentación del Derecho de Asilo, invocando la auto-

ridad de Phillimore en sus "Comentarios de Derecho Internacional" cuando dice que el asilo, "aun considerado como una relajada extratensión de extraterritorialidad, si una vez ha sido ejercitado y consentido en un país, no sería justo ni arreglado al *comitas gentium* entrar a discontinuarlo de hecho, sin una previa notificación al efecto..." Asegura que "jamás entró en los planes del señor Gálvez atentar contra la vida del Excmo. Señor Presidente" y ruega "comedidamente a S. E. le permita denegarse a la explícita demanda de su citada nota..."

Pasan las semanas y el problema continúa sin solución. Mientras el agente Diplomático considera a sus huéspedes asilados políticos y, por acuerdo del Cuerpo Diplomático se resuelve solicitar para ellos salvoconducto, el general Castilla opina que se trata de asesinos, según lo manifiesta al propio Astaburuaga, de delincuentes a quienes el Derecho de Asilo no debe proteger.

Pocos son los días que pasa Palma en la Legación de Chile donde las aficiones literarias de Astaburuaga hacen llevadero su refugio. En la ciudad, según expresa el ministro a su canciller don Antonio Varas, "existe una especie de reposo, sin embargo, que parece que todo debía andar agitado; pues este Gobierno se ve combatido por muchos lados y la alarma de revolución no cesa. Para prevenir otro atentado como el del 23, se han tomado, aunque sin mayor discernimiento, a muchos presos políticos, y se les retiene sin formarles causa. A los asilados se les ha permitido salir, aunque de un modo que no diese a entender que el Gobierno lo consentía"¹.

No olvida Palma en estas horas de inquietud que, antes que conspirador liberal, antes que asilado político, es poeta; y, próxima ya la hora de abandonar su ciudad, deja en el álbum de la señora María del Rosario Vergara Rencoret de Astaburuaga, esposa del Ministro, unos versos. Los titula *Al partir para el destierro* y en una de sus estrofas, dice:

*En medio la amargura
que me brindó el destino,
cuando busqué el asilo
que en vuestro lado hallé;
cuando al dejar la Patria,
doliente peregrino,
pensé que a perder iba
mi espíritu su fe...*

¹ Carta citada por Feliú Cruz en su obra *En torno de Ricardo Palma*.

En esas octavas ha puesto el romántico toda su emoción de “ave que se aleja”, porque ya está en el Callao el barco en el que tendrá que viajar sin uniforme, sin llevar los libros de contabilidad y, lo que es más grave, sin compensación pecuniaria. ¿Qué piensa, a todo esto, don Pedro Palma? ¿Ha acudido en auxilio del hijo en desgracia? Manuel es un solitario, es un hombre pobre, sin relaciones familiares conocidas. El comerciante en géneros le habrá dado un abrazo y unos desvalorizados billetes antes de la partida. Después de todo, tiene ya cerca de treinta años y sabrá valerse. A él le cuesta mucho ganarse la vida y los tiempos no son como los de antes. Luego de esta breve entrevista que imaginamos, se irá don Pedro a atender sus asuntos; no sabremos en mucho tiempo de él; se perderá en la sombra.

Pero sigamos leyendo la carta que hemos citado: “Me ha parecido rara la práctica que acá se sigue en estos casos, y es que los agentes diplomáticos tienen asilo en su casa, y en el *brazo*, porque sacando del brazo por la calle, y pasando por medio de un gentío como sucede en el muelle donde no faltan ni policías ni empleados del Gobierno, cualquier asilado va seguro y puede embarcarse sin el menor temor. Así hemos llevado a bordo a los señores Gálvez y Rivas, y lo mismo lo han hecho con los suyos el Encargado de Negocios de Francia y el de Inglaterra, hasta ponerlos a bordo de un buque de guerra francés; y así tendré que hacer mañana con otro señor, Palma, que se vino a asilar el 16 de éste”.

En efecto, el día 20, conduciendo del brazo a su asilado, llegaba el Ministro al Callao. Allí esperaba el *Florida* que, a la caída de la tarde, zarparía con rumbo al sur. Palma recordará esas horas en nuevos versos que figurarán en la edición de *Armonías, Libro de un desterrado*, publicada cinco años más tarde. Dedicará en esas páginas conmovidas expresiones a su tierra:

*Parto ¡oh Patria! desterrado...
De tu cielo arrebolado
Mis miradas van en pos;
Y en la estela
Que riela
Sobre la faz de los mares
¡Ay! envió a mis hogares
Un adiós.*

“A mis hogares”, ha dicho el poeta, porque no es un hogar el que deja, que no lo tiene en el exacto sentido del concepto,

sino muchos. ¡Cómo se agolpan esas imágenes en su pensamiento! La mesa cordial de don Manuel del Carpio; las tertulias en casa de sus compañeros en la batalla de las letras; la lectura de *Rodil*, hace ya tantos años, cuando Márquez estrenaba *La bandera de Ayacucho* y Corpancho *El poeta cruzado*; las reuniones secretas en las logias; la admiración por Gálvez; sus nuevos amigos y sus viejos amores. Todo eso se queda en Lima, la de Orengo y Noel, la de la *Tía Catita* de su infancia y doña Petronila Romero, aquella mujer casi anónima que murió cuando él tenía quince años; la que recibió a don Fernando Velarde y se entusiasmó con el *Rimac*; la que acompañó el entierro de Gamarra, discutió la *Consolidación* y vitoreó a Castilla después de La Palma; la que está metida en su sangre y donde tiene *sus hogares*. Y por eso,

*Si desmaya
En otra playa
Mi varonil ardimiento,
Mi postrero pensamiento
Tú serás...*

Pero no desmaya el varonil ardimiento del romántico cuando, después de morosa navegación, pisa las playas de Valparaíso. El primer puerto de Chile presenta un grato ambiente pintoresco y acogedor. La ciudad baja tiene un plano reducido. Ha sido necesario edificar sobre los cerros y, principalmente, huir del ajetreo portuario, de la intensa y bulliciosa vida comercial, a pesar de la crisis económica que atraviesa por la pérdida de los mercados del trigo en Australia y California. Valparaíso es una ciudad cosmopolita, con sus ingleses metódicos y graves y sus teutones laboriosos y callados. Y hay también españoles, italianos y franceses. Y cada uno deja su personalísima impronta psicológica y racial como una superestructura que se extiende sobre la huella de puelches y mapuches. La capital está lejos y el puerto debe tener vida propia en sus actividades comerciales y en lo que se refiere a su vida cultural. Palma lleva una conceptuosa carta de Astaburuaga dirigida a doña Rosario Orrego de Uribe, poetisa en cuyo salón literario establece los primeros contactos con la gente de letras de Valparaíso. Allí encuentra hombres que piensan como él, que le son afines en la actitud romántica y en el credo liberal. Entre ellos está don Guillermo Blest Gana, director de la *Revista del Pacífico*, y muchos otros a quienes conocerá más tarde, como

Vicuña Makenna, cuya amistad sólo habrá de interrumpirse con esa carta fechada en Lima, diciembre 31 de 1878, que termina con estas palabras: "Deseando a usted feliz año 79, me repito siempre suyo amigo afmo. *Ricardo Palma.*"

Pero estamos a casi cuatro lustros de ese año que no pudo ser feliz y otros problemas preocupan al escritor. Así, apenas llegado, colaborará en la *Revista del Pacífico* y, sobre todo, comenzará a polemizar. Primero, aclarando los términos de la declaración del gobierno de Castilla sobre los sucesos del 23 de noviembre en un documento que, como es natural, difiere fundamentalmente de la versión oficial de los hechos, aparecida en la prensa limeña; y, más tarde, combatiendo a don José Santos Tornero, español, fundador de *El Mercurio*, por haberse negado a publicarle un artículo dando la voz de alarma sobre las pretensiones de Isabel II de recuperar las perdidas colonias de ultramar. Palma proclama su credo americanista y pone el acento en la necesidad de lograr la unidad del Nuevo Mundo. El artículo aparece en una hoja volante y empieza con estas palabras: "Los siniestros manejos de los renegados de la causa americana, Flores y García Moreno, empiezan a producir sus efectos. México está hoy amenazada por la España, y esta amenaza debe ser la campana de alarma para los demás pueblos de nuestro continente"¹. La denuncia contra "la traición de los hijos de Caín", como llama al tirano ecuatoriano y sus secuaces, no sólo revela el fervoroso americanismo de Palma que, según declarará alguna vez, "está en el ideal más que en la forma", sino su visión profética de lo que, pocos años más tarde, habrá de alcanzar su culminación en el combate naval del Callao, contra las naves de la pretendida reconquista isabelina. El joven desterrado puntualiza las razones de su denuncia y sugiere la necesidad de "promover la pronta reunión de un Congreso americano", que recuerda la anficiónía bolivariana y quiere esgrimir las armas de Monroe contra la amenaza de las potencias europeas. Pero, del mismo modo que Panamá no logró desempeñar el papel del istmo de Corinto y la doctrina del presidente norteamericano trocaríase, andando el tiempo, en motivo de discrepancia y de recelo, el llamado de Palma no encuentra eco sino en nuestras repúblicas, demasiado ocupadas en sus luchas internas para prestar atención a vagos proyectos de seguridad continental.

No desmaya, por cierto, el escritor y bajo el pseudónimo de "Dos republicanos" prosigue rebatiendo los conceptos del señor Tornero, que no se siente "obligado a publicar o imprimir cuan-

¹ Transcrito en el libro citado de Feliú Cruz.

tas barbaridades se le antoje escribir a cualquier prójimo”, manteniéndose en su negativa a ofrecer a la polémica las columnas de “El Mercurio”. Sin embargo, el 2 de mayo de 1866 vendría a demostrar que las “barbaridades y despropósitos” de Palma estaban inspirados en una clara percepción de los problemas de su tiempo.

La polémica finaliza con la intervención de un tercero en discordia a quien el limeño responde esta vez desde las páginas de la *Revista de Sud América* y no vuelve a hablarse del asunto. Pero se ha creado una conciencia continental “y correspondió al emigrado peruano mancomunar los esfuerzos de la resistencia moral contra la agresión. En Lima, para oponer siquiera un gesto de protesta al avance del imperialismo europeo, se había fundado una institución llamada *La Unión Americana: Sociedad de Republicanos*, cuya única misión fuera la conservación y subsistencia de las ideas republicanas en América. Copiando de ella su objetivo, Palma y algunos otros porteños, entre los cuales se encontraban no pocas personalidades extranjeras y algunos guerreros de la Independencia, echaron las bases de una institución similar”¹.

No dedica todo su tiempo el poeta en disparar sus dardos contra la ambición borbónica, aunque no subestima la gravedad del peligro, porque esta lucha tiene un límite y no se trata, por otra parte, de organizar ejércitos para salir a conjurarlo. La misión del escritor es poner sobre aviso a los gobernantes, descubrir la maniobra, señalar el mal. Toca ahora a los pueblos recoger la advertencia y prevenirse. Después de todo, él no es un general sino un poeta y es liberal porque es romántico y en esa doble filiación está contenida la esencia de su sentimiento americanista. Por eso, simultáneamente con la batalla ideológica por la defensa de la soberanía continental, el hombre de letras continúa su tarea. La *Revista del Pacífico* acoge sus primeras colaboraciones y en ellas, con *El Virrey de la Adivinanza*, la pluma ágil y aguda del tradicionista se hace presente en los círculos literarios chilenos. Allí aparecen también sus *Armonías del destierro*, los primeros versos románticos que reunirá en libro poco después y en cuyas ediciones no figurarán muchos de ellos, como esos que encierran “una historia de amor que —siguiendo a Feliú Cruz— vamos a recordar. El limeño vivía en Valparaíso, en el Cerro Alegre, en una casa de pensión modesta, pero decente. Allí también se hospedaba una familia de apellido Jiménez Blanco, venida a menos y originaria del norte, de La Serena. Una de las hijas de este hogar desgraciado, en

¹ *Ibid.*

el cual el trabajo pesaba como una esclavitud, poseía una excelente voz y daba lecciones de canto y piano a las niñas de la sociedad porteña. De gran belleza, de un extraordinario poder de atracción, esa joven cautivó durante algún tiempo el corazón de Palma. A poco de conocerla el poeta... cayó la madre de esa muchacha en la más horrorosa pobreza, hasta el grado de ser despedida de la pensión. Cuando entre los pocos amigos de la familia se juntaban algunos dineros para salvar esa angustiosa situación, la joven, a quien Palma cortejaba, cayó en una dolorosa insania mental: perdió la razón. ¿Murió después? No lo sabemos. Y acaso para esa mujer escribió Palma estas estrofas, intituladas *En un retrato*, en las cuales apenas si es posible vislumbrar una tragedia. Dicen así:

*¡Adiós! ¡Adiós! ¡La suerte lo ha querido!
Si se borra mi nombre de tu mente,
también, también sepulta en el olvido
la pobre imagen de tu amigo ausente.*

Sigue, pues, siendo desafortunado en sus amores que, por lo visto, constituyen parte principalísima de su existencia, con lo cual, hay que reconocerlo, permanece fiel a un temperamento, a una actitud en todo acorde con el espíritu de su generación. Por eso en sus *Armonías* vibra con singulares acentos la cuerda amorosa. No son sus mujeres como las mujeres de Lamartine, pero, en todo caso, no difiere grandemente el tono de sus amores. Su corazón apasionado se reparte equitativamente entre su fe política y su culto a Venus y no le cuesta mucho alternar una catilinaria con un madrigal. Pero las pequeñas o grandes aventuras sentimentales no le impiden continuar su obra; acaso le sirven de poderoso estímulo, de equilibrio a su existencia de exilado que no olvida el gran amor por su país. En estos años se va estructurando, en efecto, su obra peruanista, va definiéndose la personalidad del creador. En los días de su llegada a Valparaíso acaba de publicarse el primer número de la *Revista de Sud América*, órgano de la *Sociedad de Amigos de la Ilustración*, y en sus páginas deja Palma el testimonio de una infatigable labor, no sólo en la investigación histórica, en su producción poética, en la alta y serena función del crítico, sino como elemento de vinculación entre los escritores de Chile y el Perú. El desterrado aprovecha muy bien sus horas dedicándolas por entero a una obra de cuya fecundidad quedarán buenas pruebas en sus *Anales de la Inquisición de Lima*, en algunas de sus sabrosas tradiciones y en artículos históricos, trabajos que realiza pacientemente con la ayuda de don

Gregorio Beeche que pone a su disposición su valiosa biblioteca. En estos años se hace más intensa también su correspondencia con ilustres escritores americanos, como el argentino Juan María Gutiérrez, por ejemplo, a quien Palma conociera en Lima, diez años antes. En carta fechada en febrero de 1862, le anuncia: "Es probable que, de un momento a otro, tenga que abandonar Chile para volver a mi patria..."¹. Sin embargo, dos meses más tarde, estará todavía en Valparaíso, desde donde le escribirá nuevamente, diciéndole: "La agitación que reina en mi patria y en Chile con motivo de la amenaza europea sobre América hace la época antiliteraria. Esto nos ha obligado a Abigaíl Lozano, a Corpancho y a mí a aplazar la realización del *Parnaso Americano* para el que tenemos abundantes materiales. Mi comisión se reducía a suministrar los trabajos de los poetas argentinos, chilenos y bolivianos. Lozano ha reunido lo relativo a los colombianos y Corpancho, que se halla en México, como Ministro del Perú, me comunica por el último vapor, que cuenta ya con lo más escogido de las producciones mexicanas y habaneras. Confío en que no pasará mucho sin que emprendamos la publicación. Mi permanencia en el destierro presumo que durará ya poco tiempo. A usted que conoce las amarguras de la proscripción no necesito expresarle cuánto me halaga la idea de volver en breve a mi país. Sin embargo, no he perdido el tiempo de ostracismo. Lo he consagrado, aparte de algunos trabajos ligeros, a escribir la *Historia de la Inquisición en el Perú*, trabajo que, tan luego lo publique en Lima, cuidaré de enviarle"².

No sospechaba Palma que la vida y la obra de Manuel Nicolás Corpancho, su compañero de la adolescencia, quedarían truncadas cuando, poco después, en viaje de regreso al Perú, el joven poeta perecería en un naufragio³. No estaba próxima tampoco la fecha del retorno. Las amarguras de la proscripción durarían aún y en la espera continúa Palma trabajando activamente. Su nombre es ya conocido en América. Su estilo, su género, comienzan a ser imitados. No pasará mucho sin que su personalidad cobre un volumen excepcional. En un momento "todo el continente se puso a escribir tradiciones, buscándolas penosa-

¹ *Epistolario*, tomo I.

² *Ibid.*

³ Americanista fervoroso, Corpancho había sido enviado a México, en legación especial, precisamente con motivo de la intervención que motivó la protesta de Palma y su polémica con el editor de *El Mercurio*. "Su simpatía por el partido de Juárez fué tan notoria —dice Basadre—, que el gobierno monárquico, entonces dueño de la capital federal, lo expulsó".

mente en pueblos que no las tenían”¹. Ricardo Palma es ya el escritor del Perú y uno de los más legítimos valores de las letras americanas.

Mientras tanto, la situación ha cambiado en el Perú. Se acerca la hora en que Castilla debe dejar el poder, en cumplimiento de su promesa de no perpetuarse en el mando. En las elecciones de 1862 ha resultado triunfante la fórmula San Román-Pezet y el nuevo gobierno se inaugura el 24 de octubre, después de haber proclamado el Congreso Presidente al Gran Mariscal Miguel San Román. Una ley de amnistía abre de nuevo a los ausentes las puertas de la patria. Ha vuelto José Gálvez y los liberales apoyan decididamente al nuevo régimen. Pero, cosa curiosa, no está entre ellos Ricardo Palma. El amor por los papeles viejos de don Gregorio Beeche o por las mozas del Cerro Alegre lo obligan a quedarse en tierras chilenas. El escritor vive “alternativamente en Santiago y Valparaíso”, visitando “redacciones de periódicos, bibliotecas, teatros, casas modestas y encumbrados hogares”², como el de la condesa de Toro, en la capital, y del peruano Federico Torrico, en el puerto. No son muy frecuentes, sin embargo, esos viajes, incómodos y lentos, ya que sólo en septiembre de 1863 quedarán unidos por ferrocarril Santiago y Valparaíso. A pesar de la lucha diaria, no obstante su nostalgia, buena ha sido la experiencia de este exilio. La nación chilena atravesaba por un período de evolución que, partiendo de los años de su independencia, “produjo una nueva aristocracia de espíritu liberal, formada en el movimiento comercial preferentemente y en el cultivo de las letras. Es lo que se ha denominado la aristocracia de la cultura y del saber, que influyó decisivamente en el vuelco político experimentado en Chile desde el gobierno de don José Joaquín Pérez”³. Iniciada su administración “con el apoyo de todos los partidos políticos”... “problemas de predominio en el Gabinete determinan el alejamiento de algunos grupos y la... oposición al gobierno, formada por los “nacionales” y por los “radicales”. Es, en suma, un régimen de transición, entre conservador y liberal, que permite al país vivir dentro de un clima democrático, en el que cada quien puede expresar libremente sus ideas. Así, cuando en una actuación pública en el teatro alguien ataca al presidente del Perú, comparándolo con los tiranos Juan Manuel de Rosas y el doctor Francia, el desterrado

¹ VENTURA GARCÍA CALDERÓN, Prólogo al volumen de *Tradiciones Escogidas*. Biblioteca de Cultura Peruana.

² ANGÉLICA PALMA, *ob. cit.*

³ *Anuario de la Dirección de Informaciones de Chile*, 1946.

se pone de pie, desde su asiento, y defiende al Mariscal Castilla. No guarda rencor Ricardo Palma a quien, según su exaltado criterio de esos años, no cumplió sus compromisos con el liberalismo peruano y, sobre todo, por quien sufre las amarguras de la proscripción. Andando el tiempo, serenado su juicio, irá más lejos en la apreciación del gobernante, declarando: "Como la mayoría de los jóvenes, salí del colegio profesando doctrinas radicales e impaciente, como es la juventud, porque esas doctrinas imperasen en mi patria. Mi maestro don José Gálvez, tan soñador y entusiasta como los muchachos, quería el triunfo como resultado no de la evolución sino de la revolución... Treinta y ocho años han transcurrido desde que el grupo de exaltados jóvenes a que yo pertenecía, se lanzó a lo que no pasaba de una grandísima calaverada. Eso de que, por entonces, llamáramos a Castilla tirano, a roso y velloso, es una de las tantas intemperancias que se deslizan de la pluma y de los labios de los revolucionarios y bochincheros de ayer, de hoy y de mañana... Con criterio sereno, alejado de círculos e intereses banderizos, aunque firme siempre en mi radicalismo, he comparado con la de don Ramón las administraciones todas que después de él ha tenido el Perú, y aquilatado, más que compulsado, el debe y el haber de cada una, resulta la de Castilla como la más meritoria de aplauso. No fuí su amigo personal y dígoles para convencer a usted de la rectitud de mi juicio y de la imparcialidad de mis conceptos"¹.

El hombre probo, de conciencia austera, se manifiesta inalterable en todos los actos de su vida. Por eso, con el mismo calor que treinta años más tarde, asume la defensa del gran estadista peruano, de quien no espera nada, por puro espíritu de justicia, como actúa el hombre verdadero, limpio de corazón y despojado de toda pasión pequeña. Poco le resta de vida al vencedor de Ayacucho, al libertador del negro, al gobernante sagaz. Morirá en el desierto, al lado de su caballo, mirando la patria y Ricardo Palma le dirá en unos versos:

*¡Libertador del indio y del esclavo!
 ¡Soldado de la ley nunca vencido!
 Con noble audacia y continente bravo
 Al rigor del destino has sucumbido.

 Vivido sol que en nuestra historia brilla
 Tu losa para honrar son suficientes
 dos palabras no más: ¡Ramón Castilla!*

¹ ERNESTO QUESADA, *La época de Rosas*. Citada por Feliú Cruz.

UNA PREDICCIÓN QUE SE CUMPLE

En los primeros meses de 1863 ya está Manuel Ricardo de regreso en su tierra. Mucho ha cambiado a los ojos del que vuelve; pero el espíritu de las viejas calles seguirá siendo el mismo. Ha abrazado a sus amigos, les trae noticias recientes de la actividad literaria en las ciudades del sur. En su acento hay acaso algún giro, algún matiz curioso aprendido en la parla porteña o santiaguina, algún modismo que él recogerá celosamente, anotará, tendrá en cuenta para cuando llegue la hora de combatir por la causa de las voces americanas. Ya no es el adolescente que seguía la huella de Fernando Velarde; ni el joven romántico que, en 1855, el mismo año de la batalla de La Palma, publicaba su primer libro de poesías; ni el oficial del Cuerpo Político de la armada; ni el conspirador condenado al ostracismo de 1860. Ahora tiene treinta años y una obra que comienza a cobrar importancia, a definirse, a adoptar el tono con que será unánimemente reconocida. En los *Anales de la Inquisición* está la semilla, el derrotero de su producción futura, es el camino de las *tradiciones*, aunque las primeras aparecieron antes y durante su estancia en la nación sureña. Este mismo estudio histórico de los dramáticos días del Santo Oficio vió la luz en la *Revista de Sud América* y, declara Palma, que esos capítulos “nos fueron inspirados por el sentimiento de ocuparnos en el destierro de algo que tuviese relación con la patria y que sirva en el porvenir a las inteligencias privilegiadas que se consagren a explorar la crónica casi ignorada de los tiempos coloniales”. En realidad, los *Anales* no son sino tradiciones despojadas de su ropaje festivo pero con el mismo contenido, con igual intención crítica al juzgar los autos de fe, las fórmulas del tormento, las pérfidas delaciones, con la misma técnica al narrar los procesos contra los portugueses judaizantes, la participación de los virreyes, las penas del fuego, el grotesco *sambenito* o la historia del crucifijo de resortes, donde el escritor penetra con agudeza en el espíritu del tribunal que implantó un régimen de terror en las colonias.

En estas páginas Palma se muestra fiel a su credo liberal, está actuando de acuerdo con una posición ideológica definida. No es un tropical acusador de los *godos*; pero no cabe duda que forman parte de un programa, precisamente en los momentos en que Isabel II ha vuelto los ojos tardíos a los antiguos dominios del Nuevo Mundo. El americanista aporta con esta obra un poderoso argumento contra las pretensiones de la reconquista, pieza de proceso en el abultado expediente donde figuran sus artículos contra el español Tornero y que se concreta en su mensaje a Guillermo Matta, desde Valparaíso, en el que denuncia: "La América está herida. Se pretende que en ella el derecho y la justicia cedan ante el absolutismo y la violencia".

En efecto, es el americanista fervoroso, el defensor de los principios republicanos, pero es también el hombre de origen humilde que se refugia en el pasado. Manuel Ricardo ha elegido su rumbo, se ha encontrado a sí mismo, ha resuelto ser, en su acepción más cabal, "hijo de sus obras". Nacido de padres que el destino se empeñó en mantener desvinculados, no puede afirmarse siquiera que haya tenido un verdadero hogar. No conserva recuerdo alguno de su madre, muerta demasiado pronto, desaparecida, en todo caso, sin dejar huella. Su infancia está asistida por los cuidados de la *Tía Catita*, a juzgar por el testimonio, no muy preciso, por otra parte, que invocan algunas de sus tradiciones y, evidentemente, por aquella doña Petronila Romero, cuya desaparición llora "con dolor desconocido", únicos familiares posibles de Manuel, a quienes acaso puede agregarse esa abuela que apenas figura, en forma casi novelesca, en otra de sus páginas, considerándola "lo más limeño que tuvo Lima en tiempos de Abascal". Don Pedro Palma no ha sido, en última instancia, lo que se llama, precisamente, un padre ejemplar. Pasa como una sombra por la vida del joven escritor que alguna vez, generosamente, lo recordará, como en esos versos del exilio cuando dice:

*Las brisas de la patria aquí no olean
con su soplo mi frente enardecida;
ni alivio blando a mi congoja crean
mi padre anciano, mi gentil querida.*

Sí, la simpatía por el pasado tiene el carácter de una evasión, como lo tiene el cambio gradual de su nombre. Bautizado Manuel, agregará por su cuenta el de Ricardo y terminará por despojarse del único con el que figura en la partida asentada en los registros parroquiales del Sagrario. Por eso tiene mérito esta vida excepcional, de hombre que se hace a sí mismo, de gran señor cuyo linaje

empieza en él. Es allí donde está su verdadero abolengo. Muchas veces aludirá en trabajos literarios y en su correspondencia a esa simpatía por los tiempos idos. Así, diez años después de este de su regreso a Lima, escribirá a Juan León Mera, diciéndole: “Como yo, amigo mío, vive usted en el pasado”. En esa misma carta le aconseja: “Quito debe ser fecundísimo en tradiciones. ¿Por qué no cultiva usted este género?” Su breve paso por el escenario político peruano confirma esta incomodidad de Palma ante las cosas del presente. Su mundo está entre los seres fantasmales que recorren los siglos. Y en el descubrimiento de esas fabulosas islas pone todo su empeño y su inquietud. Los *Anales de la Inquisición de Lima* es el primer documento publicado en libro que da fe de sus excursiones a los nebulosos territorios del pasado. Pero es de tal magnitud la revelación, tal su crudeza, que constituye sin duda un verdadero desafío a los prejuicios del medio sometido todavía a la influencia de ideas o sentimientos afines a los que se combate, justamente, en esas páginas.

Cuando Palma llega a Lima, acaba de asumir la presidencia de la República el mariscal San Román y el ambiente es propicio a ciertas libertades. Ha vuelto, como hemos visto, don José Gálvez y la normalidad se restablece. A poco de su llegada a la capital, Manuel Ricardo ha conseguido un nombramiento de Cónsul en el Pará. Permanecerá, no obstante, unos meses en Lima donde continúa trabajando afanosamente. En la tipografía de Aurelio Alfaro, en la calle de Baquíjano, se le encontrará corrigiendo los pliegos frescos de los *Anales* y escribirá también en esos días una *Canción chalaca* “que debe cantarse el 28 de julio de 1863”. Así dice su primera estrofa:

*Alza, pueblo chalaco, la frente
que la luz de los libres divina
de tus aras la marcha ilumina
y te anuncia feliz porvenir.
Si atrevido trocarte en esclavo
intentase tirano cobarde
de patriótico arrojo haz alarde
prefiriendo a tal mengua morir.*

Habla en ella de “extranjera invasión” y agrega que “no a ser sierva de reyes se humilla quien venció las legiones de España”, insistiendo en dar la voz de alerta, con un intuitivo temor, con finísimo olfato, de lo que tres años más tarde había de acontecer. Por eso se dirige a los chalacos y recomienda que sea cantada su canción el día de la Patria, porque sabe que será en el

Callao donde se hará tangible la amenaza contra la soberanía nacional. Luego partirá. El consulado es sólo un pretexto ya que no queda constancia alguna de su gestión en el Brasil. Acaso si debe el nombramiento a la eficaz recomendación del general Echenique, con quien ha estrechado amistad en Valparaíso, ayudándolo a redactar su proclama "A los pueblos del Perú". Echenique ha llegado a Lima en noviembre de 1862. El pueblo le da la bienvenida con jubilosas expresiones de adhesión y son evidentes su amistad e influencia con el gobierno que acaba de inaugurarse y cuya vida será corta. El mariscal San Román cae, en efecto, gravemente enfermo y el 4 de abril fallece. Ha sido sólo seis meses presidente constitucional del Perú y, "sin embargo, sorprendió a no poca gente con su tino y cordura de gobernante. No tuvo tiempo de hacer obra ni de crearse enemigos"¹.

Si no lo certificara el mismo Palma dudaríamos de que alguna vez se hubiera hecho cargo del consulado. En una nota autobiográfica encontramos esta brevísima declaración: "San Román me nombró Cónsul en el Pará y viajé por Europa y Estados Unidos"². No es mucho, en verdad, para localizar su actuación ni ésta ni otras ligeras referencias, como la de esa carta dirigida a don Federico Alzamora, en que dice: "...en los pocos días que viví en el Pará..." En los legajos que hemos examinado en el Ministerio de Relaciones Exteriores correspondientes a ese período aparece como Cónsul don Adolfo N. Page. Tampoco lo menciona en sus oficios a la cancillería don Buenaventura Seoane, Ministro Residente ante Su Majestad el Emperador del Brasil, quien no cesa de quejarse de la carestía de la vida y lo insalubre del clima, solicitando con insistencia un permiso que el gobierno del Perú tarda en concederle. Tuvo más suerte Manuel Ricardo, a juzgar por lo que Angélica explicará muchos años después, cuando dice que "la amistad del poeta Gonçalves Dias y los atractivos de las mujeres señalaron las más gratas horas de Palma en el Brasil; pero no permaneció mucho tiempo desempeñando el consulado en el Pará porque el clima abrasador y húmedo alteró gravemente su salud. Diéronle los médicos por toda receta el consejo de que cambiara de lugar y obtuvo Palma del gobierno peruano un año de licencia que empleó en viajar por Europa"³.

En realidad, es éste otro testimonio válido de su aventura brasileña y consular ya que suponemos a su hija Angélica bien informada sobre estas andanzas de su ilustre padre a quien, el año siguiente, hallaremos caminando por los bulevares de París. Ha

¹ JORGE BASADRE, *ob. cit.*

² *Las mejores tradiciones peruanas*, Barcelona, 1917.

³ ANGÉLICA PALMA, *ob. cit.*

permanecido unas semanas en El Havre, hospedado en la casa del poeta Luis Benjamín Cisneros, cónsul del Perú y antiguo camarada de bohemia. Ya en la capital francesa establece contacto con otros amigos, el argentino Ascasubi, el colombiano Torres Caicedo, Ignacio Merino, nuestro gran pintor, y conoce también a Lamartine, su modelo, su maestro, su ideal; pero Lamartine lo decepciona y así habrá de confesarlo en sus recuerdos: "Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda; uno de tantos que pasean el boulevard de la Magdalena".

Pero hay un personaje que bien vale la pena visitar, un hombre cuyo conocimiento justifica, más que la tumba de Musset, este viaje a París. Se llama Andrés de Santa Cruz. El viejo mariscal vive en Versalles y una mañana de primavera llega hasta allí Manuel Ricardo. El creador de la Confederación lo invita a almorzar y la charla se anima de sobremesa. Después de muchos rodeos, Palma se atreve, finalmente, a expresar:

"—¡Quizá no es ésta la primera vez que nos encontramos en el camino de la vida, señor Mariscal!

—Pues yo aseguraría que sí, amigo mío —replicó Santa Cruz sonriendo—. Cuando salí de mi tierra estaría usted todavía en pañales.

—No, señor; iba a cumplir seis años cuando ocurrió el incidente a que me refiero y que dejó honda huella en mi espíritu infantil. Era un enero de 1839 y se vivía en Lima entre agitaciones y zozobras. Una noche, poco después de las siete, se oyó en la tranquila calle del rastro de San Francisco, donde habitaba mi familia, galopar de caballos..."

Así remata Palma su anécdota de aquella noche en que, desde su balcón limeño gritó un ¡viva Santa Cruz!, influenciado por las simpatías políticas de su padre. Don Andrés, que le había escuchado con atención, responde:

—Realmente era yo. Por cierto que puede usted jactarse de haberme causado tan grave susto que a poco más da al traste con mis planes. Había yo salido de Yungay hacía tres días y a revienta-caballo llegué a Lima, donde aún se ignoraba por completo el resultado de la batalla. Al oír mi nombre, temí que me hubieran reconocido y pensé por un momento retroceder y salir de la ciudad..."

La voz cansada del anciano sigue hilvanando sus recuerdos. Y cuenta que al escuchar el grito vaciló pero luego, reaccionando, reanudó la marcha hacia la casa de Juan Bautista de Lavalle, en la calle de Melchormalo...

"...allí tomé un baño y algún alimento y a las doce de la noche cabalgué nuevamente y partí rumbo al destierro. Vea usted

cómo hoy, al cabo de cinco lustros, la evocación de un episodio pueril me proporciona la satisfacción de conocer una ignorada simpatía . . .”¹.

Ha llegado la hora de marcharse. La entrevista ha sido larga, afectuosa, emocionada. Palma se despide con un apretón de manos del prohombre boliviano. Cuando, ya en la calle, don Dionisio Puch, caballero argentino que le ha acompañado en la visita le pide su impresión sobre el viejo soldado, Manuel Ricardo responderá con las mismas palabras con que Santa Cruz se ha referido al general Castilla:

“—¡Ese hombre es un carácter!”

Bien ha empleado el poeta los dineros del Fisco porque en esos días parisienses saldrán de las prensas de Ch. Bouret, 23 rue de Visconti, dos libros: *Armonías, libro de un desterrado* y *Lira americana*, colección de poesías de los mejores poetas del Perú, Chile y Bolivia, recopiladas por el cónsul viajero y, según advierte él mismo en su entrevista con Santa Cruz, “de tránsito en París, en viaje al Brasil, donde va a desempeñar un consulado.” Los gastos de este último volumen fueron acaso financiados por Bouret, cuya viuda perpetuaría el nombre de la editorial, distinguiéndose por su vocación hispanoamericana. En los jardines de Luxemburgo, en la peña latina de la *Closerie des Lilas*, por el *Boulevard des Italiennes* o en los campos Elíseos, el limeño cruzará silencioso, escudriñándolo todo detrás de sus gruesos cristales, con el primer ejemplar, oloroso a tinta, de sus versos románticos en el bolsillo de la apretada levita. Por esas mismas calles, en ese mismo rincón del café, están todavía Gautier y Baudelaire; en las exposiciones, tal vez en ese “salón de los *refusés*”, en los teatros, en los muelles del Sena, es fácil encontrarse con los parnasianos, acaso Leconte de Lisle, Sully Prudhomme y Catulle Mendés. Pronto ocuparán su lugar los simbolistas —Rimbaud tiene diez años, Saiman y Moreás acaban de hacer la primera comunión— pero aún quedan sobrevivientes de las batallas de *Hernani* y allí están Sainte-Beuve, los hermanos Deschamps y el mismo Hugo, que vivirá veinte años más. ¿No es aquél Cezanne? ¿No es ése Edouard Lalo, que escribirá una “Sinfonía española” en cuyo *scherzando* vibrarán los acordes de una *zamacueca* peruana en el acento original de su antepasado andaluz? ¿Hablan en esa mesa Renoir y Manet?

Manuel Ricardo guardará memoria de estos días de su encuentro con el viejo Dumas que le habrá preguntado por esa

¹ PALMA, *Una visita al Mariscal Santa Cruz*.

isla lejana que es el Perú; pero no olvidará, sobre todo, que ya el romanticismo ha entrado en agonías, que ya se ha muerto, que ya tiene una lápida en el cementerio del *Père Lachaise*. ¡Qué lejanas suenan las voces tempestuosas de Fernando Velarde! ¿No es un libro anacrónico *Armonías*? De ninguna manera. En todo caso, el espíritu romántico no ha muerto y los hombres de 1830 no se han puesto de acuerdo todavía en su definición.

Marcha de prisa el calendario en el viejo mundo y se aproxima la hora de volver. Mucho más en este momento en que Pedro Gálvez, Ministro del Perú, le ha confiado muy graves noticias de la tierra lejana. Viaja a Londres donde alguna vez, si nos atenemos al relato de Angélica, verá pasar a Juan Manuel de Rosas, el ex dictador argentino cuyos huesos se quedarán para siempre en Southampton. El Perú está al borde de un conflicto armado y quizás si, mientras él se dispone a visitar Italia, antes del retorno a América, llega a la capital inglesa un comisionado del gobierno peruano, el coronel Francisco Bolognesi, que viene a comprar armas para la defensa nacional.

“Regresó al Perú por vía de Nueva York, donde hubo de detenerse, y no a disgusto, mayor tiempo del que supuso, en espera de vapor para Colón.” ¿Quiere decir que el inquieto cónsul “de tránsito” no se detuvo tampoco de regreso en el Pará? Revisemos nuevamente los documentos de la Cancillería. Allí hay, en efecto, algunas notas interesantes. Don Adolfo N. Page ha solicitado licencia y se han hecho cargo del consulado, alternativamente, don Augusto E. da Costa y don Juan F. Selaya. El primero es un comerciante de la localidad que, además de vice-Cónsul *ad honorem* del Perú, lo es también de Rusia, Noruega y Suecia. Uno y otro firman los oficios de rutina entre los años 64 y 66. En ninguno de ellos aparece el nombre de Palma ni su firma, lo que demostraría que don Ricardo no llegó a entrar en funciones en el Pará o que fué allí donde estuvo sólo de tránsito, recién designado, y ese nombramiento le sirvió únicamente, si leemos entre líneas en su propia declaración, para “viajar por Europa y Estados Unidos” aprovechando las ventajas de unos pasajes y un pasaporte oficial.

Listo para zarpar rumbo a la patria se ha producido un acontecimiento cuya fuerte impresión le quedará grabada: el asesinato de Abraham Lincoln, mártir de la democracia y apóstol, como Castilla, de la libertad de los negros. Las anclas suben lentas y ruidosas. El mar, otra vez el mar, y el deseo de tener de nuevo a la vista las arenas grises de la costa peruana.

No puede ser más agitado el ambiente en los años que siguen al fallecimiento del Mariscal San Román. La presidencia ha pasado a manos del general Pezet, pero la influencia de Castilla sigue siendo decisiva en el Congreso. Ya no se trata solamente de la tormentosa política interna. Ahora es también la amenaza exterior, aunque ésta proceda nada menos que de la Madre Patria. La ocupación de las islas Chinchas, a pesar de las protestas del gobierno de Madrid sobre el reconocimiento de la soberanía peruana, es un hecho consumado. El pretexto ha sido un choque, más bien una riña pueril, con unos colonos vascos que cultivan algodón en una hacienda norteña. En verdad, hubo un muerto y varios heridos; pero el incidente, en nuestros días, no hubiera ido más allá de la crónica policial. Cobra un inusitado volumen, sin embargo, y hay ya unos barcos recorriendo, por diversos motivos, las costas peruanas, que las razones del guano son más poderosas que los principios del honor. Todas las gestiones amistosas han sido inútiles. La última declaración del general Pinzón, descendiente de los célebres hermanos del Descubrimiento, ha sido bien clara: España no abandonará las islas. Pinzón ha salido de Cádiz, dos años antes, comandando una expedición científica integrada por geólogos, antropólogos y botánicos de los que ya no se habla y que, en vez de estudiar la flora y la fauna americanas, deben estar asesorando al General en la redacción de sus enérgicas notas.

La protesta del pueblo no se hace esperar. “Manifestaciones, actos y versos menudearon de día y de noche, al son de las campanas de las iglesias y de la retórica de los oradores. El gabinete tuvo harto trabajo con sólo salir a los balcones y oír contestar discursos”¹. A la gestión del Cuerpo Diplomático, infructuosa también, ha sucedido, después de muchas idas y venidas, la convocatoria a un Congreso Americano que se reúne en Lima el 15 de octubre de 1864. La instalación se lleva a cabo en el Palacio de Torre-Tagle. El Congreso plantea, desde el primer momento, una cuestión de principio en el sentido de expresar que el conflicto entre España y el Perú concierne a todas las repúblicas americanas e invitando a levar anclas al descendiente de los Pinzones. En la histórica reunión de plenipotenciarios figuran el ilustre argentino Domingo Faustino Sarmiento, Juan de la Cruz Benavente que representa a Bolivia, Justo Arosamena por Colombia, el chileno Manuel Montt y, como delegado de Venezuela, Antonio Leocadio Guzmán, el mismo que viniera a reclamar el millón que el Perú le adeudaba al Libertador. Los últimos en llegar han sido los plenipotenciarios del Ecuador, El Salvador

¹ BASADRE, *ob. cit.*

y Nicaragua. El Perú está representado por José Gregorio Paz Soldán. "Como recordatorio del memorable acontecimiento, se publica un cuadro en el que aparecen los congresistas, casi todos ellos, con la mano al pecho, en actitud napoleónica."¹

Las negociaciones directas del Congreso con el Almirante español no han dado resultado alguno. España insiste en el pago de una deuda reconocida pero discutible y en su derecho a la explotación del guano de las islas. Pasan los meses y Pinzón es reemplazado en el mando de la división naval española por el general don José Manuel Pareja. Las sesiones en el parlamento peruano son agitadas y alguna vez se propicia la violencia. Finalmente se llega a un acuerdo. El tratado Vivanco-Pareja, defectuoso en algunos aspectos, y en consecuencia discutido, ha puesto término al conflicto y los barcos de Isabel II se disponen a dejar aguas peruanas. El Congreso Americano se clausura el 3 de febrero de 1865, entre promesas de solidaridad y mutua defensa; pero la momentánea paz internacional no excluye la posibilidad de disturbios internos. No han partido aún los plenipotenciarios y ya comienzan de nuevo las protestas. El primero en hacerlo es el General Castilla, que es apresado y condenado al destierro del que no volverá más. Prisionero en una fragata mercante es conducido a Europa. Cuando desembarca en Gibraltar está enfermo y pobre. Al llegar a París, le anuncian que acaba de morir en Versalles Santa Cruz.

La medida contra el viejo caudillo contribuye a encender la chispa revolucionaria. En Arequipa se subleva el coronel Mariano Ignacio Prado, prefecto del Departamento; en Chiclayo, el coronel José Balta; en el mar Lizardo Montero y Miguel Grau que comandan, respectivamente, el *Amazonas* y la corbeta *Unión*. Triunfa la revuelta, abandona Pezet el país, luego de haberse refugiado en la legación británica y asume la dictadura el coronel Prado.

No ha sido ajeno a estos últimos acontecimientos el efímero cónsul peruano en el Pará. El americanista exaltado que diera la voz de alarma, tres años antes, desde Valparaíso, no se había equivocado. Por eso, mientras las montoneras cruzaban los desiertos costeros o rompían con el galope de sus cabalgaduras el silencio de las cumbres cordilleranas, Manuel Ricardo se ha sumado a los rebeldes, uniendo su protesta a las de quienes consideran deshonroso el tratado con España. Es probable que en su viaje de regreso, desde Nueva York, no llegara hasta el Callao. La capital estaba todavía en poder de las fuerzas del gobierno y

¹ DÍAZ SÁNCHEZ, *Guzmán, elipse de una ambición de poder*.

era mejor, desde el punto de vista estratégico, desembarcar en un puerto del norte. Sin vacilación, firme en sus convicciones liberales, se incorpora al movimiento "restaurador". Simpatiza con Balta y entre los rebeldes, como uno de sus más decididos líderes, está José Gálvez. Pero, sobre todo, le preocupa la suerte de América y no pierde de vista esos barcos que acaban de alejarse, porque ello no significa, precisamente, que ha pasado el peligro. Por eso, cuando el orden se restablece y el pueblo reconoce a Prado, continúa trabajando por la causa americana. Constituido el célebre gabinete que preside Gálvez y en el que figuran José María Quimper, Toribio Pacheco, José Simeón Tejada y Manuel Pardo, el poeta parece poner de lado su filiación romántica para aceptar un cargo en el Ministerio de Guerra y Marina, cartera encomendada al caudillo liberal. Y así, mientras el canciller ha declarado la guerra a España, Palma seguirá a Gálvez en su afán incansable de fortificar el puerto, reacondicionar la escuadra y organizar los efectivos militares. No se conforma el gobierno con la defensa del territorio nacional y acude al llamado de Chile cuando solicita el auxilio del Perú. El ideal de Palma, el sueño bolivariano de una alianza continental parecen cobrar forma. Pero ha sido necesario que se cumpla el axioma biológico de que la función crea el órgano porque esta vez, realizándose su vaticinio, América está efectivamente amenazada. Bolivia, Ecuador y Colombia se apresuran a reconocerlo. Y es que la escuadra española bloquea ya Valparaíso, obedeciendo las órdenes de Méndez Núñez que reemplaza al almirante Pareja, que se ha suicidado, después de la captura de la cañonera española *Covadonga*, gracias a la astucia de los hombres de la *Esmeralda*, un barco deleznable y el único con que cuenta la escuadra chilena. A partir de ese momento serán dos.

Encendido de júbilo americanista debe estar el corazón de Palma porque el gobierno del Perú envía sus barcos al sur para defender las costas chilenas y, simultáneamente, despacha piezas de grueso calibre para artillar Guayaquil. La escuadra ha burlado la vigilancia de las naves de Méndez Núñez. Ya están en Chiloé los aliados esperando con las baterías listas y a las órdenes del contralmirante peruano Manuel Villar. Ya las detonaciones sacuden con sus ecos los canales. Dos horas únicamente dura el combate de Abtao y los invasores se retiran con sus naves averiadas. Pero no desmayan en su tenaz acometida y antes de dos meses bombardean el primer puerto chileno para poner proa, inmediatamente, al Callao.

Las fuerzas españolas cuentan con las fragatas *Numancia*,

Villa de Madrid, *Almansa*, *Resolución*, *Blanca* y *Berenguela*; las corbetas *Vencedora*, *Consuelo*, *Marqués de la Victoria*, *Cousiño* y *Maule*, sumando en total cerca de trescientos cañones. La defensa peruana está encomendada, en el mar, a un vapor de madera, el *Loa*, al *Tumbes* y a un curioso barco, de madera también, el *Victoria*, construido en el Callao, que ha sido acorazado con rieles y al que se le ha adaptado una maquinaria de locomotora. Un modelo digno de figurar en un museo de objetos raros. En la bahía hay, además, dos vaporcitos, el *Colón* y el *Sachaca*. Las fragatas y corbetas peruanas que tomaron parte en el combate de Abtao no están presentes en la contienda ni han llegado tampoco el *Huáscar* y la *Independencia*, blindados recién adquiridos en Francia y cuyo puesto en la historia ha de ser otro.

Pero, si son desiguales las fuerzas en el mar, las torres, fuertes y baterías de la costa se preparan a rechazar el ataque de la división naval isabelina. Se han agrupado las tropas en las cercanías del puerto y las compañías de bomberos están prevenidas. No sucederá en el Callao lo que pasó en Valparaíso. El coronel Prado en persona dirige y organiza la defensa. En la torre de *La Merced* está el secretario de Guerra y Marina, coronel José Gálvez, y a su lado, entre hombres acostumbrados a las armas, entre artilleros que hacen girar sus dos cañones de 300 mm., Manuel Ricardo Palma, el escritor que, quince años antes, presentara su *Rodil* en el Teatro Principal. Allí, a la vista, están las fortalezas donde resistió el brigadier español en los días febriles de la emancipación. El Real Felipe será testigo, una vez más, de la enconada pugna de godos y patriotas.

Los barcos se mueven desde hace una semana por los alrededores de la isla de San Lorenzo. Se ha vencido ya el plazo de cuatro días señalado por el Almirante español en su nota al cuerpo diplomático y el 2 de mayo de 1866, a las 12 y 15 minutos del día, la fragata blindada *Numancia*, de cuarenta cañones, rompe el fuego haciendo dos disparos. El fuerte *Santa Rosa* es el primero en responder. Está al mando del capitán don Juan Jones y entre sus más distinguidos combatientes figuran el comandante La Torre, el mayor Toranzo, el capitán de corbeta Gregorio Miró Quesada y muchos otros jefes y oficiales y numerosos voluntarios.

Los proyectiles que lanzan las baterías de la costa y un disparo del pequeño *Loa* han tocado a la *Numancia* y un casco hiere al almirante Méndez Núñez. Remolcada por la *Vencedora* se retira la *Villa de Madrid*, seriamente averiada también, abandonando el combate. Comienzan, pues, a equilibrarse las fuerzas. El entusiasmo de los defensores crece. La muchedumbre contempla,

desde lejos, el combate. Las bandas tocan dianas y se confunden con las explosiones los himnos de los aliados. En medio de las balas, los herreros construyen improvisadas herramientas para reparar ese cañón que no funciona. Un vecino del puerto, el francés Fernando Hughes, ofrece a los combatientes un pedazo de pan y un trago de coñac. Carmen Reyes, viuda de 50 años, corre de una batería a otra, "anima a los soldados, transporta heridos, los auxilia y cuando siente junto a sí las balas exclama: "¡Viva el Perú!"¹.

Pero volvamos a la torre de *La Merced*, donde Manuel Ricardo sigue con avidez las alternativas del combate. No le corresponde a él manejar los cañones, pero presta ayuda en todo lo que le permiten sus fuerzas mientras piensa, quizás, retrocediendo en el tiempo apenas cuatro años, en su polémica con Tornero, el propietario de *El Mercurio*, cuando, a propósito de la intervención en México, advertía: "¡Pueblo de Chile! La España acaba de lanzar el guante y provoca a la lucha a los americanos. Tu existencia está también amenazada y toca a tu gobierno apresurarse a promover la pronta reunión de un Congreso Americano que nos ponga a cubierto en el porvenir de nuevos planes de reconquista".

Razón profunda le asistía al denunciar "la causa borbónica". Es cierto que se ha reunido en Lima un congreso continental, de acuerdo a su deseo; pero ha sido sólo cuando ya la escuadra española ocupaba las islas Chinchas. No le escucharon entonces y he aquí el resultado. El bombardeo e incendio de Valparaíso ha sido una predicción que se cumple y ahora parecen resonar en sus oídos las estrofas de su *Canción Chalaca*, aquellas en que habla de la "invasión extranjera" y en las que anima al pueblo a la defensa, diciéndole:

...de patriótico arrojo haz alarde
prefiriendo a tal mengua morir.

¿Qué mano misteriosa separó de la torre de *La Merced* al hijo de Pedro Palma? Allí está el pueblo combatiendo, muriendo; y él, Manuel Ricardo Palma, envuelto en ese *maelstrom* de pólvora y blasfemias, siguiendo el desarrollo de la lucha, con todo su dolor y su miseria, participando intensamente en ella. ¿Quién lo arranca de allí, cómo lo puso a salvo la madrugada en que los liberales tomaron por asalto la casa de Castilla? José Gálvez lo ha llamado, al comenzar el combate, cuando todavía funcionan los pesados Armstrong, y le ha dicho:

¹ *El Comercio*, 3 de mayo de 1866.

—Su puesto no es éste. Vaya usted a informar. Lima debe saber lo que aquí está pasando.

—Se hará como usted ordena, mi coronel.

—Vaya al telégrafo.

—¿Algún informe especial?

—Lo que usted ve y nada más.

Palma cumple las órdenes. En la oficina del telégrafo, acaso él mismo redacta este mensaje que luego consignarán los partes:

“12.38. La neblina inmensísima. Los fuegos siguen con entusiasmo por nuestra parte... Una bala del *Loa* ha dado en la popa a la *Numancia* que casi está perdida”.

Cumplida la misión, debe volver a la torre, reincorporarse al primer plano del crepitante escenario. Camina entre las piedras de las calles, entre las improvisadas trincheras, recogiendo datos, anotando los incidentes de la contienda. Ya está cerca de las baterías donde la voz de Gálvez vibra como un clarín. De pronto, sacude el aire una explosión, una breve montaña de fuego se incorpora, se escuchan unos gritos, el viento agita una bandera de humo. Sí; es allí, en la torre de *La Merced*. ¿Quién ha puesto en marcha ese galeón de llamas? Ya lo dirán más tarde las crónicas limeñas:

“...una bomba, probablemente de a 68, vino a caer sobre el lado derecho de la cureña del primer cañón, rompiendo la madera y aplanando un perfil de la muñonera. La bomba rebotó de allí al círculo de la torre y entró en el hueco de la porta donde estaban los tres saquitos de la pólvora. En este sitio fué evidentemente la explosión...”¹.

Pero la conjetura, la lógica y fría reconstrucción del dramático episodio no remedian la dura realidad del hecho. Miembros mutilados, escombros, carbonizados restos es lo que queda de la torre de *La Merced*. Hay 27 muertos y 66 heridos y entre ellos, como un ejemplo heroico, José Gálvez, el maestro, el parlamentario, el líder de la juventud de su tiempo, el hombre que no quiso nunca ser coronel. José Gálvez ha muerto y se ha transformado en símbolo, porque la muerte oscurece el corazón pero enciende una aureola inmortal. La torre de *La Merced* tiene desde ahora una campana.

Es necesario, sin embargo, seguir cumpliendo las órdenes. Palma vuelve al puesto del telégrafo con la más grande herida que pudieran hacerle.

“1.20. En el lado de la Punta hay tres fragatas que están batiendo el puerto...”

¹ *El Comercio*, ed. cit.

Los mensajes se suceden y en ellos van prendidas las dianas. Se ha declarado un incendio en la calle del Comercio.

“2.47. La torre de Santa Rosa es la que más fuego hace”.

Las fragatas, averiadas, comienzan a retirarse a la isla de San Lorenzo. La *Blanca*, la *Berenguela* y la *Resolución* se consideran perdidas. Están haciendo agua. Han sido remolcadas. El fuego decrece, no se confunden las detonaciones, el fuego cesa. Son las 4 y 45 minutos de la tarde. El combate ha durado cuatro horas y media.

En la capilla de Bellavista se velará el cadáver del secretario de Guerra y Marina. Cinco días después lo llevará un tren extraordinario a la capital. De la estación del Ferrocarril seguirá la comitiva hasta el Congreso. Se harán los funerales en la iglesia de La Merced, “en recordación del nombre de la torre en que recibió la muerte” y porque es la Virgen de las Mercedes Patrona de las Armas del Perú. Y habrá un ceremonial para el héroe y con cuatro batidores se iniciará el cortejo. Y vendrán luego:

El General que manda la línea;
cuatro piezas de artillería;
una mitad de Caballería;
el clero y las comunidades;
el cadáver.

EL PARLAMENTARIO

Una carta que ya se ha mencionado, dirigida a don Federico Alzamora, poco más de dos meses después del combate naval del Callao, pinta bien claramente el estado de ánimo de Palma en estos días. La muerte de Gálvez lo ha afectado hondamente. Ha perdido al maestro y al amigo; pero, sobre todo, comienza a sentir la ausencia del líder. La situación, desde su fallecimiento, “no es para mi carácter —dice en esa carta. Gálvez no entraba en transacciones y era sobrado enérgico. Hoy se empieza a contemporar y creo mejor irme a mi casa a ver los sucesos a la distancia”. Palma es jefe en la sección de Marina del Ministerio, donde vive “fastidiadísimo... y empeñándome por soltarla”. Cualquier cambio le parece preferible y habla de volver al Pará, aunque este propósito no encierre un verdadero deseo sino la necesidad imperiosa de alejarse. “La escuadra —agrega— es un laberinto donde no hay hombre con hombre”.

En el fondo, lo que sucede es que no está de acuerdo con la política de la Dictadura. No le interesa el programa reformista del gobierno de Prado, a pesar del evidente acierto con que enfoca importantes problemas nacionales. Cuando, más tarde, es elegido Presidente provisorio, una sorda resistencia va minando sus fuerzas, mientras la oposición se hace cada día más tangible y enconada. Hay inquietud que se traduce en levantamientos y conspiraciones. El gobierno tiene un sueño sobresaltado, un sueño con pesadillas reales. El reajuste económico provoca descontento; la reforma jurídica es, igualmente, mal interpretada y aun el clero protesta cuando se quiere regular su participación en la vida del país. La nueva Constitución, que deroga la de 1860 y que, a su vez, tendrá una existencia efímera, es discutida ardorosamente. En el terreno internacional tampoco es afortunado el régimen y el proyecto de un nuevo Congreso Americano, que debe reunirse en Lima, se frustra al estallar la guerra del Paraguay contra sus tres vecinos del Atlántico.

No pasa mucho tiempo sin que la revuelta sacuda de nuevo

las ciudades. En el norte y en el sur se mueven los montoneros. Sobre las arenas de Tarapacá, Ramón Castilla, el viejo capitán, viene en busca otra vez de sus laureles; pero está minado su organismo por la enfermedad y por los años y muere una tarde, al pie de su caballo, soñando todavía con la revolución y el poder.

En el norte, ha levantado campamento el coronel José Balta y hacia él vuelven a dirigirse las simpatías de Palma. Tras una breve pero apasionada actividad periodística, después de haber dejado su escritorio del Ministerio de Guerra y Marina, se incorpora a las filas revolucionarias. No se conforma con "ver las cosas a distancia" y, en vez de ir al Pará, sale rumbo a Chiclayo. "Ciento cincuenta hombres harapientos, mal armados y escasos de municiones"¹ han entrado en el pueblo. A la cabeza de ellos está Balta. Entre sus acompañantes marcha el antiguo contador del *Rimac*. Los chiclayanos reciben con "frenético entusiasmo" a este ejército que parece más bien surgido de la corte de los milagros, mientras vibra en el aire la *zamacueca*:

*Viva el sol, viva la luna,
viva la flor del picante,
viva la mujer que tiene
a un baltista por amante.*

En su carácter de secretario general "casi ministro de Estado", acompaña Palma "a hacer visitas al futuro Presidente de la República" y hay jolgorio en todas partes y se baila y se canta. "Poco de piano y mucho de guitarra; nada de vals, polcas, dancitas ni cuadrillas; baile de la tierra, baile criollo, nacional purito". Esa noche, según lo consignará el tradicionalista, nace la *conga*:

*De los coroneles
¿cuál es el mejor?
El coronel Balta
se lleva la flor.*

Y tiene profundos y pintorescos acentos criollos y la intención política subraya su sabor anecdótico, su carácter de crónica viva, jugosa, brotada de la vena inagotable del pueblo.

Un mes dura el alboroto, la jarana subversiva, la estrategia adaptada al tiempo de seis por ocho, hasta que llega el 6 de enero, que es "noche decisiva para la causa defendida por los chiclayanos". El gobierno había enviado fuerzas al mando nada menos que de su Ministro de Guerra, General Cornejo. "A las once toda la fuerza sitiadora emprendía el ataque sobre la plaza".

¹ PALMA, *La Conga*.

A Palma se había encomendado la distribución de pertrechos. “Eran nuestro tesoro —dice— y yo los escatimaba. A las cinco de la mañana bajó el coronel Balta a pedirme personalmente fulminantes, porque minutos antes le había hecho avisar que la provisión de ellos quedaba agotada. Sobre la espaciosa mesa que servía de parque veíanse pocos centenares de cartuchos y unos cuantos fulminantes diseminados, que por fortuna habían rodado al romperse la cajita de cartón que los contenía. El coronel Balta los recogió con la avidez del mendigo que anda tras la limosna, los guardó en el bolsillo del pantalón y a toda prisa regresó a la torre. Al partir le pregunté:

—¿Y cómo va el combate?

—¿No oye usted la conga? — y se alejó.

Contestar a mi pregunta con otra pregunta era dejarme a oscuras. En la preocupación natural de mi espíritu, no me había fijado en que se cantaban dos nuevas coplas:

*Venga la victoria
la aurora rayó
y canta mi gallo
el cocorocó.
Ahora sí, la Conga... (¡ahora!).
¿Qué dice del gallo
el cocorocó?
Dice viva Balta,
Cornejo corrió.
Ahora sí, la Conga... (¡ahora!).*

La fuerza sitiadora había penetrado en la plaza por tres puntos; pero tan poco concierto hubo en el ataque, que los de un extremo tomaron, en la lobreguez de la noche, por enemigos a los de la esquina opuesta. Los nuestros, después de tres horas de fuego nutrido sobre la plaza, recibieron orden de hacer cada soldado un tiro de cinco en cinco minutos. Los asaltantes se mataban entre ellos. A las seis de la mañana la derrota de éstos era completa”.

“No fué más afortunado el gobierno en el sur”¹, donde encabeza la revuelta el general Díez Canseco. “El asedio y el bombardeo duraron cuarenta días... El vecindario de Arequipa, incluyendo las mujeres y los niños, combatió en masa, incluso con cubos de agua hirviendo. Prado pudo reunir después tan sólo ochocientos hombres, con los cuales se embarcó en dos navíos de la escuadra para regresar al Callao...” y el 5 de enero

¹ BASADRE, *ob. cit.*

de 1868, a pocas horas del descalabro que sufrirían sus tropas en Chiclayo, dimitió y abandonó el país.

Esta vez ha triunfado una revolución conservadora, un movimiento surgido como una reacción contra las reformas del gobierno de Prado, justamente después de su victoria del 2 de mayo de 1866, que costó la vida al líder del liberalismo peruano. Pero es un gobierno militar sin compromisos políticos determinados y, así, después de unas elecciones en las que Balta sale triunfador por abrumadora mayoría, es don Pedro Gálvez el encargado de formar el primer gabinete del nuevo gobierno constitucional. Grave crisis económica afronta el país y no es momento de entregarse a una política de partido. En la secretaría de la Presidencia, Ricardo Palma atiende los más urgentes asuntos del Jefe del Estado. Ha merecido su aprecio y su confianza. En la legislatura de ese mismo año desempeña, además, la representación parlamentaria por la Provincia Litoral de Loreto, elevada en esos días a Departamento. Pero le quedan horas libres para su tarea literaria. Escribe, estudia, investiga. No se da tregua el romántico de hace veinte años. Su correspondencia se hace más activa, fortaleciendo el vínculo cordial con sus amigos del continente. "Las muchas ocupaciones que como Secretario Particular del Coronel Balta y como Senador me han rodeado en estos días, me impidieron acusarle recibo de su última...", escribe a don Benjamín Vicuña Makenna. Le anuncia el envío de un ejemplar de *Los anales de la Inquisición* y concluye expresando que "el Gobierno, apoyado por la opinión, marcha perfectamente y el Congreso lo secunda. La incontrastable honradez, la energía y el buen sentido de Balta son una garantía sólida de que al fin las revoluciones morirán en el Perú".

No; no morirán las revoluciones, como ingenuamente se imagina el poeta. Es cierto que habrá una tregua; pero este gobierno, "apoyado por la opinión", tendrá un fin dramático, a pesar de "la honradez, la energía y el buen sentido" que lo animan. No bastan estas virtudes para subsistir; no todos los problemas han sido resueltos ni son suficientes ferrocarriles y cálculos económicos confiados a la actividad del aparato digestivo de las aves guaneras. En verdad, toda la vida nacional parece moverse ahora en torno a los contratos con Henry Meiggs y a las demandas de los consignatarios del guano. Meiggs ha llegado de California donde la fiebre del oro lo envolviera en atrevidas empresas y es para él aventura menos riesgosa tender puentes y vías férreas sobre la rústica topografía del Perú. En cuanto a la hacienda pública, no es el ministro García Calderón el más dispuesto a atentar contra los intereses de los consignatarios, "de quienes aun

se decía era abogado y recibía los provechos de tal”¹. Es entonces cuando surge una de las figuras más apasionantes de la política peruana: don Nicolás de Piérola, seminarista en su adolescencia y hombre de negocios, hijo de un ex ministro de Hacienda del gobierno del general Echenique y, en estos días, director de *El Tiempo*, periódico de filiación conservadora y clerical.

Tiene el viejo general relaciones de parentesco y amistad con los Piérola y “concibiéndolo aparente para la situación, aun sin indicárselo a él, ni darle la menor noticia” se vale “de extraños conductos que lo propusieran”² para desempeñar la cartera que acaba de renunciar García Calderón, en momentos en que “unos candidatos se negaban a aceptarla y a otros los vetaba el Presidente. Ricardo Palma pronunció el nombre de Nicolás de Piérola y habló de sus conocimientos económicos” y “pocos días después, el ministro de treinta años, en elocuente discurso, exponía ante el Congreso su política hacendaria”³.

Desde la Secretaría tiene Palma permanente contacto con el despacho presidencial. Los más importantes personajes de esta hora le visitan, le consultan, hacen antesala en su oficina y el escritor ausculta las palpitaciones del momento político, sigue paso a paso el desarrollo de ese período, aparentemente tranquilo, pero socavado en verdad por secretas ambiciones, por antiguas rivalidades, por intereses alguna vez inconfesables. Un hermano del Jefe del Estado, el coronel Juan Francisco Balta, ha llegado a tener poderosa influencia desde el portafolio de Guerra y no muy bien disimuladas aspiraciones a la sucesión presidencial.

Palma ha tenido, desde el primer momento, una brillante participación en los debates de su Cámara. Quienes pensaron que su compromiso con el gobierno había, en cierto modo, de inhibirlo, se equivocaron lamentablemente. Porque si el escritor comparte la intimidad del Presidente, esto no significa que su conducta deba caracterizarse por una actuación pasiva, por una actitud supeditada a ese compromiso.

En la sesión preparatoria del 27 de julio de 1868 ha sido proclamado presidente de la Cámara el general Echenique y secretario adjunto, después de varias votaciones, Ricardo Palma. Es designado también miembro de la Comisión de Constitución y leyes orgánicas y ya en una de las primeras sesiones presenta

¹ GENERAL JOSÉ RUFINO ECHENIQUE, *Memorias para la Historia del Perú*.

² *Ibid.*

³ ANGÉLICA PALMA, *Ricardo Palma*.

un proyecto por el que se concede ascensos y medallas a los vencedores en Abtao y en el Callao y una proposición "para que se diga al Ejecutivo que mande suspender los efectos del Decreto Supremo por el que se ordenó que en el monumento del 2 de Mayo, que se construye en Europa, se suprimiesen las figuras alegóricas y ordenado que se provenga que debe considerarse siempre en el monumento el busto del doctor don José Gálvez". El proyecto es motivo de prolongadas discusiones. Hay cierta inexplicable tendencia a eliminar la figura del héroe. Palma recuerda al maestro y lo defiende. "Yo no creo, señores —dice— que las glorias de un pueblo deban vincularse jamás en un hombre. Pobre hijo de la democracia, encuentro pequeña toda gloria que no fuese del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Pero conozco también, como una verdad histórica y social, que para toda gloria es necesaria la habilidad, la abnegación y el entusiasmo de un hombre que sepa dar dirección a todos los elementos dispersos y unidad a la voluntad y esfuerzo de los demás... Cuando aun respirando la atmósfera caliente del 2 de Mayo, cuando al alcance de nuestros anteojos contemplábamos, entre la niebla de San Lorenzo, que la escuadra española huía a ocultar su vergüenza, ¿quién osó negar la envidiable participación que en esa gloria nacional le cupo al noble patricio que selló la victoria con su vida?"

A pesar de la abrumadora validez de sus razones, el proyecto de Palma encuentra resistencia en determinados grupos y aun en los círculos gubernativos se le opone argumentos que, en el fondo, ocultan mezquinos intereses. Y es entonces cuando asoma en Palma la garra de combate, cuando demuestra que el ser secretario de la Presidencia de la República no le impide exponer valientemente sus ideas. "Los fundamentos del decreto que combate mi proposición, insiste, se limitan a establecer que en ningún monumento nacional se colocan alegorías individuales, sino las alegorías mitológicas o paganas. No sé de dónde pudo sacar el gobierno este argumento. Hay un monumento que vosotros conocéis, la columna de Vendome, que sin embargo de ser una columna nacional, que representa las glorias del Imperio en los veinte años de triunfo que alcanzó la Francia, en su cúspide lleva la figura de Napoleón el Grande; es un monumento nacional y, no obstante, tiene alegoría personal, como muchos otros monumentos históricos. Pero aún hay más, señor. Tengo en la mano la tarjeta del monumento que se está construyendo en París. La figura del coronel Gálvez está al pie del monumento y domina el obelisco una fama que representa la victoria".

Replica, arguye, combate con todas sus nobles armas de ciu-

dadano ejemplar y gana su batalla. El monumento se hará como lo quiere el senador por Loreto y la respuesta de la opinión al defensor de la póstuma justicia que se debe a los héroes no se hace esperar. “Cuando pensábamos —dice un anónimo colaborador de *El Comercio*— los que dimos segunda independencia y libertamos al Perú, quedar sepultados en el olvido, hemos visto con gran placer levantar la voz a un patriota, digno y muy digno de estar en el corazón, no sólo de los vencedores, sino de todo peruano...¹ En números sucesivos aparecen distintas opiniones. *Un vencedor*, luego de exponer serenas ideas sobre el asunto en debate, finaliza diciendo “...que se apruebe o no el proyecto, de todos modos reciba el H. señor Palma nuestra cordial gratitud”.

No es Palma un legislador ceñido a una rutina, obediente a unas normas emanadas de los intereses políticos del gobierno. Tiene una intervención activa en los debates y siempre lo hace vigorosamente, con claridad en el concepto, con profunda convicción de lo que defiende y de lo que ataca. Así, cuando uno de los miembros de la mesa directiva pide la palabra y el presidente se la concede, puntualiza: “Exijo, señor, el cumplimiento del reglamento y pido que el H. señor Forero ocupe la tribuna, como deben hacerlo todos los señores senadores, incluso Vuestra Excelencia, siempre que tomen la palabra, para que la discusión sea ordenada”.

Todavía dos años después integra la Comisión de Constitución y Legislación y pide “que se conceda el diploma y medalla del 2 de Mayo a los tres presidentes de Chile, Bolivia y el Ecuador que suscribieron el tratado de alianza”, reiterando su alto espíritu americanista y poniendo énfasis en los motivos que hacen más sólida la unión de las naciones del continente.

La agitada vida política del país, los dilatados períodos en que el golpe de estado y el cuartelazo han puesto al margen los principios que deben regir un sistema parlamentario y democrático, obligan frecuentemente a los legisladores a llamar la atención sobre el olvido de estas prácticas. En una de las primeras sesiones de agosto del 68 se pone en debate una proposición del general Vivanco para que los señores ministros de Estado “tengan la bondad de concurrir a las discusiones del Senado”. Interviene entonces Palma y dice que “la proposición es altamente laudable porque tiende a hacer real entre nosotros la existencia del gobierno parlamentario...” pero advierte que sólo significaría “dar una ley para exigir el cumplimiento de otra ley”. Agrega que la Constitución otorga a los ministros el derecho de iniciativa y que “al darles ese derecho les da también un asiento

¹ *El Comercio*, 12 de agosto de 1868.

en este recinto, les concede la palabra en el seno de la asamblea”, haciendo notar que el Senado no debe ocuparse de una proposición “que a nada conduce prácticamente” porque obligaría a los señores ministros a distraer su atención “en los momentos de organización política en que se encuentra el actual Gabinete”, impidiendo que se consagrara a tareas altísimas y serias. Finaliza diciendo que “en algunos países, es cierto, es de práctica que los ministros concurren a las asambleas, atendiéndose para esto a que, por lo regular, las sesiones tienen lugar de noche; pero entre nosotros que los trabajos, por razón del clima y de nuestros hábitos, son exclusivamente diurnos”, sería exigirles demasiado ya que, por otra parte, tratándose de un gabinete “altamente parlamentario”, vendrán “cuando tengan que presentar algún proyecto o necesidad de defender alguna cuestión. . .”

El senador Loli propone que los miembros del Gabinete concurren “con la frecuencia que les sea posible” y Palma replica: “Si la resolución de la Cámara no tiene carácter legal, entonces estamos edificando sobre arena. El H. señor Loli dice que no es ley lo que vamos a hacer; entonces, ¿a qué hemos venido aquí? Aquí no hemos venido sino a legislar”. Explica Vivanco que sólo se trata de una invitación “a dar cumplimiento a una ley”, a lo que Palma vivamente responde: “Es decir, que recordamos a los señores ministros que cumplan con la ley”.

La polémica lleva trazas de caer en un peligroso bizantinismo; pero son horas éstas de recuperación, de restablecimiento de una conducta y unas prácticas que se habían debilitado. El general Vivanco sabe que esa restauración es necesaria y, desde luego, considera indispensable ese control del Ejecutivo, control permanente que no puede estar supeditado a las fórmulas rutinarias de una memoria, de la discusión de un presupuesto o de las medidas extremas que conducen a la interpelación y a la siempre alarmante crisis ministerial. ¿Y si el ático ex presidente conservador tuviera otras razones? Palma parece sospecharlo y prefiere no insistir, sobre todo cuando la discusión deriva hacia razonamientos frívolos que deben haber provocado su socarrona sonrisa. Porque el general Vivanco acaba de formular una pregunta a la que no es fácil dar respuesta: “¿Se supone acaso que los ministros que asisten al Parlamento británico y a las Cámaras francesas tienen menos que hacer que los nuestros?” Este último recurso logra impresionar a los legisladores porque, puesta en debate, es aprobada la proposición.

Es evidente que los hombres de este momento de la historia republicana del Perú adjudican al episodio del combate naval del Callao toda la significación que realmente tiene para la independencia americana. Por eso, no obstante ser una victoria de Prado, sus enemigos políticos no se atreven a restarle importancia, como ha sucedido y sucederá muchas veces en la vida de nuestros pueblos. Es verdad que la España de Isabel II no considera la fallida aventura como una derrota y que alguna vez el propio Palma calificó de “combate tablas” la acción de 1866¹; pero es indiscutible y definitiva su trascendencia. No hay que olvidar que el imperio colonial español no ha desaparecido por completo en América y que sólo la intervención extranjera logrará, treinta años más tarde, despojarlo de su último baluarte. Así como, en cierto modo, la independencia sudamericana es una empresa británica —recordemos la frase de Canning: “Sud América libre y, en lo posible, inglesa”— la libertad de Cuba es, a pesar de Martí y de los patriotas cubanos, una inteligente y productiva inversión norteamericana.

Por eso se pone tanta pasión en la defensa de la soberanía continental empleando, en ocasiones, un lenguaje de exaltadísimo acentos. No es de extrañar, pues, que el tema de las recompensas a los vencedores del Callao cobre el carácter de un verdadero *leit-motiv* de las sesiones parlamentarias. Y en esta sinfonía heroica de la gratitud nacional es Palma siempre el que desarrolla los temas principales, el que le imprime sus más característicos matices. Arrastrados por su insistente y serena argumentación, los senadores de la República presentan proyectos ampliatorios, con adiciones, algunos de ellos ampulosos y apasionados, incluyendo a “todos los individuos del Ejército y la Armada, todos los empleados de las demás carreras públicas, todos los que formaron los cuerpos de bomberos y el hospital de sangre; y, en general, a todos los ciudadanos, naturales o extranjeros, que estuvieron bajo los fuegos de la escuadra española y que tomaron o estuvieron destinados a tomar parte en esa esforzada defensa”, acordándoseles el título de “beneméritos a la Patria en grado heroico” y otorgándoles, según sus grados, medallas de brillantes, de oro y esmalte, de oro, de plata con aspas de oro, y de plata para la tropa y marinería. En el anverso de las medallas se inscribirían estas palabras: “Fué uno de mis defensores” y en el reverso: “Callao, 2 de Mayo de 1866”. Y hay escudos en la manga y abonos especiales y montepíos a las viudas e hijos legítimos y a los naturales reconocidos, “no habiendo esposa o hijos legí-

¹ ANGÉLICA PALMA, *ibíd.*

timos, se les dará por excepción y para sus alimentos el montepío que acuerdan las leyes comunes". Para los premios honoríficos "serán considerados, al nivel de los peruanos, los chilenos y demás extranjeros que concurrieron a tan heroica defensa".

Tal esplendidez obliga a Palma a declarar: "El proyecto que acaba de leerse lo he aceptado con tanta mayor satisfacción, cuanto que él satisface mi deseo con mayor amplitud de la que le di en mi proposición" porque "ha excedido aun más allá mi pensamiento y mis propósitos". Pero, en verdad, la hacienda pública no está en condiciones de asumir semejantes compromisos y no falta quien, razonando juiciosamente, aconseja poner límite al entusiasmo desbordante del parlamento. Palma no hace concesiones y reprocha: "No comprendo que, cuando hablamos de premios y merecimientos, nuestros labios pronuncien la palabra economía. ¡Por Dios, señores! ¿Economía cuando se trata de premiar a los que fueron pródigos de su sangre en la defensa de su Patria?" La ley se va aprobando, artículo por artículo, y Palma continúa defendiéndolos con calor porque está convencido que "el 2 de Mayo fué el resultado del esfuerzo de todos los peruanos; fué el país entero el que asistió a ese combate" y no concibe ni acepta vacilación alguna, porque comprende el sentido profundo de la breve, violenta y decisiva acción del Callao.

Pero esta generosidad no puede exceder los límites de la moral y la justicia y el espíritu austero que vive en él reacciona virilmente cuando se trata de adoptar medidas contrarias a la esencia misma de las leyes. Se discute el reconocimiento de grados a los militares "en los empleos que comprueben haberseles conferido por cualquiera de los gobiernos establecidos y sin fijarse en las fórmulas legales que se hubieren salvado en su nombramiento, siempre que éste conste por despacho expedido en debida forma". Palma pide entonces a la asamblea "toda su benevolencia, porque vamos a ocuparnos quizá de una de las cuestiones más importantes que hayan podido presentarse a la deliberación de la Cámara. Y llamo importante el artículo en debate porque vamos a dilucidar en él si la revolución del año 65 tuvo o no razón plausible de ser. Vamos a establecer, señor, si debemos traer al banco del acusado a la gran mayoría de la nación, porque es innegable que una gran mayoría de la nación se levantó para derrocar la administración del año 64... Con el pretexto del 2 de Mayo se trata de imponer el reconocimiento de generales y coroneles efectivos, ascendidos con flagrante infracción de la Carta Fundamental... Nada hay que más abrume y desconsuele el espíritu y mate la fe que abrigamos en la República, que oír repetir en el seno de la asamblea el

argumento de las conveniencias políticas. En nombre de las conveniencias políticas, hace más de cuarenta años que vemos santificadas todas las infracciones de la ley; en nombre de las conveniencias políticas, glorificamos la primera revolución que ha traído en pos de sí un largo cortejo de males, de ruinas y escándalos para el país; en nombre de las conveniencias políticas, hemos matado hasta la sanción moral en nuestro país; en nombre de las conveniencias políticas, en fin, queremos dar una ley que, más bien que una ley para la Patria, es una ley de bandería. Para mí, señores, y creo haberlo dicho otra vez, las conveniencias políticas no significan más que una transacción cobarde con el abuso, con el escándalo y el mal. Se apela para pedir la sanción de este artículo a nuestros antecedentes históricos... y porque el pasado ha sido abusivo e inmoral ¿hemos de permitir lo sea el presente y hemos de legar para el porvenir los malos ejemplos anteriores? Ya es tiempo, señor, de que abramos anchos y nuevos horizontes a la moral política y que no continuemos manchando, con los mismos escándalos, las páginas de la historia donde están escritos los gloriosos hechos de Abtao y el Callao... He dicho en otra ocasión, y lo repito hoy, que deseo que en mi patria desaparezcan los nombres de vencidos y vencedores. Y quiero que una hoja de laurel del 2 de Mayo alcance a todos los peruanos, y ya que fatalmente nuestras discordias civiles han engendrado divisiones y rencores entre nosotros, anhelo que, así como ese día produjo honra y gloria para nuestras armas y salvó nuestra dignidad de pueblo libre, así también desearía que el 2 de Mayo diese el preciosísimo fruto de hacer práctica la unión entre los peruanos que, cuando llegó el momento del peligro para la patria, se agruparon todos en derredor de la bandera nacional". Se refiere a la segunda parte del artículo, oponiéndose a ella, y dice que "en vez de una ley de paz daríamos, acaso, una ley de guerra. Habríamos lanzado la primera chispa del incendio que devorase lo poco que han dejado en pie las revoluciones".

Trátase, en realidad, de aceptar o rechazar el reconocimiento de los generalatos otorgados por Pezet, en atención a que esos generales se habían presentado ante el Jefe Supremo, el 2 de Mayo, y combatido en las filas de Prado, que anteriormente los venciera. Se habla entonces de la necesidad de aplicar una política generosa que agrupe a todos los peruanos y Palma replica: "Dícese también que la aprobación del artículo sería el arca de salvación en el naufragio de la actualidad. En cuanto a mí, señores, no le prestaré mi voto; porque esa razón no es razón de justicia sino de misericordia, y tengo para mí

que la misericordia de los congresos no significa sino contemporización, injusticia y debilidad. Dejemos la misericordia para la divinidad, que bien se está la misericordia allá por las regiones del cielo; pero no la hagamos descender a los congresos, porque ellos no son misericordiosos sino justos”.

Surge aquí toda la personalidad del escritor. En pocas palabras ha concretado su pensamiento. Concluido el debate y puesto el artículo a votación, se aprueba sólo en su primera parte. Ricardo Palma ha ganado otra vez. Sin embargo continúa al día siguiente la discusión y vuelve a tocarse el punto del reconocimiento de los generales y coroneles ascendidos por Pezet. La voz serena y clara del senador por Loreto vuelve a oírse en el salón de sesiones: “No creo que, con el pretexto del 2 de Mayo, deba la Cámara extralimitarse sobreponiéndose a los mandatos de la ley; la ley debe ser nuestra única norma y a ella debemos sujetar nuestros actos. En el proyecto que hemos aprobado no ascendemos; damos únicamente facultad al Gobierno para que ascienda, y ascenderá, indudablemente, en uso de sus atribuciones y en cumplimiento del deber que se le impone. En cuanto a las clases superiores, cuyos ascensos no puede el Gobierno dar por sí, le decimos que proponga, para que el Congreso ascienda a coroneles efectivos y generales, uno por clase y nada más que uno; porque, en el caso contrario, tendría que hacer doscientos coroneles y cien generales”.

No ha cumplido Palma todavía los cuarenta años de edad y ya en él se revela el hombre de pensamiento en toda su madurez, el hombre capaz de enfrentarse, con certeros juicios, a los más prestigiosos líderes de la hora. En los escaños se mueven personajes de larga experiencia parlamentaria, figuras del foro, futuros ministros, ex presidentes de la República, como Echenique y Vivanco, hombres de combate familiarizados con los más sutiles recursos de la oratoria. Allí están Manuel F. Benavides y Mariano Loly, Evaristo Gómez Sánchez y Pedro A. del Solar, Daniel Ruzo y Pedro Cisneros, Augusto de Althaus y Pío B. Mesa, Bernardino Calonge y José S. Santisteban, Francisco de P. Muñoz y Narciso Alayza. En el Diario de Debates figurarán siempre sus nombres, aunque no se traten, en todos los casos, asuntos trascendentales, como esa vez en que pide una mejora en sus haberes el oficial encargado de la mesa de bienes nacionales en la Tesorería departamental y Palma inquiere: “¿Cuáles son los méritos del señor Marticorena para pedir ese aumento de sueldo?” La pregunta provoca un encendido debate y en toda la sesión no se discute otra cosa que el aumento en los haberes del señor Marticorena.

Se examina en otra oportunidad un proyecto de la Comisión de Presupuesto, en uno de cuyos artículos se expresa que “no debiendo imponerse contribuciones sino por el Poder Legislativo, los ciudadanos tienen el derecho de negarse al pago de las que les impusiere otra autoridad”. Palma se levanta rápidamente de su asiento y observa: “Comprendo que en este artículo la mente de la Comisión no habrá sido santificar el derecho de insurrección”. Cuando alguien réplica que el concepto es claro, responde: “Perdóneme el señor Escobedo que no acepte la claridad que él encuentra en la redacción del artículo que, hablando en puridad, lo encuentro más oscuro que un logogrifo. En un país como el nuestro, donde todos interpretan a su modo las leyes, es necesario que éstas sean claras, concisas, terminantes, que no se presten a dudas; y en el artículo que se debate, por cierto, no se declara de una manera explícita que los ciudadanos deben ocurrir en tal caso al Poder Judicial, en vez de ocurrir a las armas... Esta negativa presupone el derecho de resistencia, porque sólo puede negarse al pago de la contribución resistiéndose; y el derecho de resistir es el derecho de rebelión”.

Las cuestiones de interés nacional le preocupan más que aquellas que sólo tratan de defender una posición política. Con frecuencia el relator dará lectura a oficios y proyectos que llevan su firma y en los que pide algo para el bien del país. Así, pedirá “que se vote en el Presupuesto General de la República la suma de cuarenta y tres mil soles para la conclusión de la Biblioteca Nacional, estantería de fierro, refacción de los corredores, bajos y altos, su respectiva escalera con barandas y construcción de departamentos para empleados”, sin sospechar que, quince años después, iría él también a levantarla de sus ruinas. Recomienda se vote una partida para dotarla de libros y revistas literarias y científicas y, finalmente, se ocupa del bibliotecario, cuya renta “es insuficiente y mezquina” y del oficial conservador que “debe ser un empleado inteligente, ilustrado y muy entendido en la bibliografía; y que sus labores no están reducidas al trabajo material de quitar el polvo a los libros”. El oficial conservador sólo tiene quinientos pesos al año y los amanuenses apenas trescientos y “bien sabe la Cámara que con veinticinco pesos al mes no puede vivir un empleado”.

Con aguda perspicacia descubre la trascendencia de las cuestiones en debate, señalando su bondad o sus peligros, como cuando se da lectura a un proyecto de ley autorizando al Gobierno para que establezca una Compañía Nacional de Navegación por Vapor

en el Pacífico, con un subsidio mensual de 6.000 pesos y garantía de medio millón, entregándole dos o más buques de propiedad nacional por los que pagaría el 6 % de su valor por concepto de arrendamiento. Palma se opone enérgicamente. “Nunca, dice, he encontrado más difícil ni más austero el deber que la patria impone a sus representantes, como hoy, al ocupar la tribuna para sostener en ella ideas que en una época defendí en otro terreno... Cuando la Dictadura trataba de establecer la Compañía Nacional de Navegación por Vapor, combatí el pensamiento en uno de los diarios de la capital... La Cámara entera conoce la historia de la compañía...” Advierte que el mismo directorio confiesa “que nunca tuvo en caja la mitad del capital nominal que se exige a las compañías anónimas” y que los accionistas se negaron al pago de los dividendos. “¿Y cuándo? Cuando, precisamente, la Compañía tenía el mérito de la novedad y ya sabéis lo que entre nosotros significa siempre lo nuevo y el atractivo mágico que ejerce”. Continúa exponiendo con calor los motivos de su exposición y dice: “No soy, señor, partidario del monopolio y amo la libertad en todas sus manifestaciones. Deseo que se proteja toda industria; pero no que esa protección se brinde despilfarrando los fondos de nuestro exhausto Tesoro. Entre mis vicios y virtudes, entre mis perfecciones y defectos, tengo la buena y mala calidad de ser excesivamente franco. Yo no creo que Dios ha dado al hombre la palabra para disfrazar su pensamiento. La concesión que diéramos hoy a la Compañía Nacional no significaría una protección en el campo de la buena doctrina. ¿Sabéis, señores, lo que significaría? Alentar una indignidad y nada más... ¿Por qué ese dinero que se va a gastar estérilmente no se emplea en obras de irrigación y en tantas otras de positiva utilidad, imperiosamente reclamadas por el país?” Y agrega que “en un país como el nuestro, donde no hay estabilidad para el orden público, ¿no cree la Cámara que establecer la Compañía Nacional sería poner un arma más en manos de los revolucionarios?”

Han acudido al Senado, a solicitud de Palma, los Ministros de Guerra y de Hacienda, para exponer el pensamiento del Gobierno. El de Hacienda, que fuera abogado de la Compañía en la época de su fundación, durante la Dictadura, manifiesta que “no hay opinión oficial acerca de este asunto” y que dará “su” opinión. Defiende la necesidad de respaldar la empresa, que será “provechosísima cuando se encuentre apoyada por un gobierno como el presente y un congreso como el actual”.

La abundante argumentación del ministro no convence a Palma quien, muy diplomáticamente, replica que “los cálculos de su señoría no tienen un punto seguro de apoyo y en gran parte se basan sobre hipótesis. Como era al ministro a quien llamábamos para oír la palabra del Gobierno, no me creo obligado a combatir la opinión individual de su señoría, cuya ilustración respeto”. En su intervención anterior ha expresado, sin embargo, que la Compañía “es un Lázaro cubierto de lepra. No le encuentro lado sano por dónde tomarla”, dice, evidenciando, una vez más, su absoluta independencia de opinión. Hermoso ejemplo democrático del Secretario particular del Presidente de la República, cuyo único interés es velar por la seguridad de la nación y enfrentarse al gobierno si es preciso.

No faltará oportunidad, por otra parte, en que defina su credo ideológico y ésta se presenta al discutirse una proposición del general Vivanco por la cual “el Congreso desapruueba como abusivas las actas preceptivas y conminatorias que en algunas provincias de la República se han formado y publicado últimamente”. Palma pide la palabra porque considera “indispensable levantar una voz de protesta en nombre de las ideas radicales. El radicalismo, señor, aspira a la mayor suma de libertades políticas y religiosas para el pueblo, en pugna abierta con el partido conservador que pretende restringir esas libertades y no puede aceptar que hoy se ataque el legítimo derecho de petición, contrariando lo que la Constitución garantiza”. Los ciudadanos pueden hacer uso del derecho de petición “pero sin subvertir el orden público... y esas actas no constituyen un atentado contra las libertades o una amenaza a nuestro sistema democrático... Los señores representantes están en plena libertad para votar según sus convicciones... Esas actas tienen para nosotros la misma significación —permítaseme decirlo— que la infalibilidad del Papa. Se acepta o no se acepta. Se cree o no se cree. Sobre la conciencia humana no se puede legislar”. Continúa con calor su exposición de principios y dice: “En nombre del pueblo es preciso protestar contra esa doctrina; en nombre de la dignidad del Perú no debemos matar una libertad pública; nosotros sí que atentáramos contra las libertades del pueblo retirándole la facultad que tiene para ejercer el derecho de petición. Ya que incidentalmente, señores, he subido a la tribuna para ocuparme de las actas, excusará el Senado que llame la atención sobre algunas frases que se vertieron ayer en la tribuna del frente, frases que implican un llamamiento demagógico y que encarnan una profecía de sangre y lágrimas para el país. Negando el señor Be-

navides el derecho que tienen los pueblos para elevar actas, nos amenazó con el plazo fatal de cuatro meses para recibir documentos contra el orden constitucional. Sensible es, señor, que las pasiones políticas produzcan, aun en los cerebros mejor organizados, un desconcierto tal. Sensible es que el manto de representante sirva para que del seno de la representación nacional salgan palabras que van a llevar a toda la república el desconcierto y a excitar en el país el espíritu de revuelta, no bastante dominado aún. Yo desearía que el Honorable señor Benavides, cuyo buen sentido y honorabilidad reconozco, volviera sobre sus pasos y retirara esas frases inconsultas de su discurso”.

El senador Benavides responde afirmando que ha sido aludido “de un modo directo y muy grave. Sin dejar de estimar y agradecer mucho las atentas y bondadosas palabras con que su señoría ha tratado mi persona, le diré que habría valido más que fuera, si se quiere, menos atento, con tal que hubiera sido menos incisivo en buscar culpas y delitos donde no los hay... Dice el señor Palma que yo provocho y amenazo con que van a venir nuevas actas. ¡Si estoy, precisamente, poniendo el remedio para que no vengan, ni ahora ni nunca; si estoy, precisamente, procurando cerrar la puerta para que no vengan jamás!”

Palma advierte el sutil juego de su adversario y pide a los señores senadores “que se pongan una mano sobre la conciencia” para juzgar la verdadera intención de las palabras que acaban de escucharse. Vuelve el senador Vivanco a intervenir aclarando sus conceptos y rebatiendo la tesis del escritor. “En cuanto al fondo de su discurso —expresa— basado en la explícita declaración de que es demócrata radical y sus principios absolutos, nada tengo que decirle: muy dueño es de tenerlos; lo reconozco, bien que estoy lejos de profesarlos”. Considera que Palma lo ha puesto entre dos fuegos: “o la odiosidad de la muchedumbre o la odiosidad del poder” y concluye: “os ruego, señores, me disculpéis si, al dar esta contestación, he manifestado algún género de molestia”.

No puede molestar al Senado la dilucidación de principios que comprometen, de manera directa, los fundamentos democráticos de la República; pero la brillante demanda del compañero de José Gálvez ha provocado una saludable reacción en la asamblea, decidiéndola a adoptar una fórmula conciliatoria entre el derecho de petición y el abuso de ese derecho y la enmienda es aprobada por unanimidad.

Afuera, en el mundo lleno de incógnitas de la calle, el ambiente político está agitado. Es el mes de septiembre de 1871 y en

octubre habrá elecciones. Balta ha puesto frente a frente a los tres caudillos, Echenique, Pardo y Ureta, en busca de un entendimiento. En el salón presidencial discuten los candidatos y está con ellos el coronel Juan Francisco Balta, que no acepta el nombramiento de Gran Elector que se le ofrece. Desde la secretaría, que tiene puerta al despacho, Palma percibe las voces y presencia, prácticamente, la escena.

La conversación es por instantes animada; pero ya se adivina que no será posible coordinar tan opuestos intereses. Pardo tiene fe absoluta en el triunfo. Echenique lo sabe y es el único que abandonará la lucha para ceder sus votos al doctor Arenas. Cuando llega a su fin la entrevista, al levantarse Manuel Pardo del muelle sofá en que ha estado obligadamente hundido, se le cae el revólver que llevaba oculto en el pecho.

—Señor Pardo —reprocha el Presidente—, ha venido usted a mi casa armado como si yo fuera un bandido de quien debiera desconfiar.

—Es una precaución necesaria —responde el candidato—. Para llegar hasta acá debo cruzar las calles, exponiéndome a alguna tropelía de los partidos.

—Por la misma razón —tercia Echenique, disculpándolo— llevo yo siempre un revólver.

—Pues yo, señores, no cargo ni un alfiler —confiesa Ureta, desabotonándose la levita con un gesto de confianza¹.

La reunión ha terminado. Balta despide a sus huéspedes, aparentemente sereno, pero convencido, en el fondo, de que no habrá conciliación posible. Palma piensa, acaso, completando la idea, que no son otros los caminos que conducen a la incomprensión y a la violencia. Se resiente el escritor de ese clima que no conviene a su temperamento y a sus aspiraciones; por eso escribirá, en noviembre, a Juan María Gutiérrez: “Yo vivo la borrascosa existencia de la lucha política y parlamentaria y he tenido que abandonar, por ahora, la literatura”. No se aleja de ella por completo y, en todo caso, mantiene sus vínculos con los hombres de letras y en sus decisiones no está nunca ausente el escritor. Así, cuando se trata, dos meses más tarde, en la misma legislatura, de conceder montepío a la viuda de don Felipe Pardo y Aliaga, defenderá con profunda fe ese derecho y será aprobada la iniciativa porque, según expresión de Palma, el discípulo de Alberto Lista “no es una gloria del Perú sino de América entera”. Otro ilustre literato, que llena con su nombre la escena peruana

¹ La entrevista es reproducción, en lo fundamental, de la versión de Palma en carta a Vicuña Makenna.

del ochocientos, acaba de morir. Ya le hemos recordado en su oportunidad. Su nombre es Manuel Ascencio Segura y alguna vez tuvo también la representación por Loreto como diputado suplente. Palma, que ha colaborado con él en *El santo de Panchita*, una comedia de costumbres, hará la apología del autor de *El sargento Canuto*, unos años después, en el prólogo de sus obras.

No abandona del todo Ricardo Palma, repetimos, la literatura. No está en sus manos el hacerlo. La vocación puede más en él y las deliberaciones encendidas y los discursos llenos de cívica pasión no le impiden dedicar sus noches a la única actividad que le es verdaderamente grata. Porque, no obstante la declaración contenida en su correspondencia, a estos años pertenecen, entre otros trabajos, su juicio al poema a Santa Rosa, del Conde de la Granja y la edición francesa de *Pasionarias*, en cuyas frases prologales dice de él Luis Benjamín Cisneros: "Casi no hay en toda la cadena de repúblicas que baña el Pacífico, un solo nombre literario que no sea al mismo tiempo un nombre político. . . Palma pensó, amó, sintió, aspiró, escribió, cantó; sufrió, combatió, sucumbió o triunfó por el principio de la libertad". Son también de esta época su prólogo al libro de Juan Bautista Fuentes, la edición de *Albores y destellos*, de Carlos Augusto Salaverry, los *Anales de la Inquisición de Lima* y la primera serie de sus *Tradiciones*.

Esta actividad contradice su afirmación y la desmiente una carta de unos meses antes, al mismo Juan María Gutiérrez, cuando expresa: "Aunque voy haciéndome viejo —¡acaba de cumplir treinta y ocho años!— imito a usted en no olvidar la afición a las letras". Refiriéndose, por último, al primer volumen de *Tradiciones*, le dice en otra de sus cartas: "Ya supondrá usted cuánto empolvado archivo habré tenido que revolver para dar cima a mi trabajo".

Es el año de 1872, año en que habrá de cumplirse la "profecía de sangre y lágrimas" que anunciara en uno de sus últimos discursos. "Lo riguroso del verano —explica en esa misma correspondencia— ha obligado al Presidente a establecerse por tres meses en este lugar de baños a ocho leguas de la capital". Se refiere al balneario de Ancón, desde donde escribe, prometiendo regresar a Lima en el mes de mayo. "Propiamente hablando —insiste—, hoy no tenemos vida literaria en el Perú. La política lo absorbe todo". Y ésta sí es una tremenda, una dolorosa verdad. La política lo absorbe todo. El Presidente Balta, de regreso de esas vacaciones que serán las últimas de su vida, debe hacer frente a uno de los momentos más difíciles de su administración.

Se acerca el fin de su período presidencial, últimos días también que, como en un dramático romance, están signados por la sangrienta historia de los cuatro coroneles: los cuatro hermanos Gutiérrez —Marcelino, Marceliano, Tomás y Silvestre— sostenedores, primero, del régimen y sublevados luego contra él. En verdad, se trata de evitar que Manuel Pardo, triunfante en las elecciones, asuma la presidencia. Contando, en el primer momento, con el apoyo de Balta, se vuelven contra él cuando les niega su participación en el pérfido plan. Es apresado, entonces, y Tomás Gutiérrez se proclama Jefe Supremo de la Nación. Pero no tienen los cuatro hermanos la simpatía del pueblo ni los cuatro coroneles el respaldo del Ejército. Hay sublevaciones y motines y en el primer choque muere Silvestre, masacrado por las turbas. Es el principio del fin. Por orden del efímero Dictador, el Presidente Balta es asesinado en su celda y el pueblo, enardecido, emprende la persecución, verdadera cacería, de los tres Gutiérrez que aún viven. Sólo uno de ellos, Marcelino, se salva y el 27 de julio, víspera del aniversario de la independencia, amanecen dos cuerpos desnudos, desfigurados, con las carnes desgarradas, suspendidos de las torres de la Catedral. Al llegar la noche, tres cadáveres carbonizados se amontonan en la hoguera. Así termina el breve y trágico romance de los cuatro coroneles, así se cumple la profecía de sangre y lágrimas que Ricardo Palma presintiera, aunque en forma inesperada y por causas distintas.

Una semana después, Manuel Pardo es proclamado Presidente Constitucional de la República. La vida sigue su curso normal y, en su curul parlamentaria, el senador por el Departamento amazónico asiste todavía a las sesiones. Pero no es el mismo de antes. Escucha indiferente la discusión de problemas técnicos o toma algunos apuntes, quizá sobre asuntos ajenos a lo que pasa a su alrededor. En los últimos meses de la Legislatura Extraordinaria y primeros del año 1873 no está nunca ausente en el momento de pasar lista; pero en el Diario de Debates no figura su nombre en las intervenciones. Que hablen los demás, los que se mueven de acuerdo a sus conveniencias políticas, a su ambición o a sus esperanzas. A él no le importa nada de eso. Está fatigado, piensa que dejará pronto y para siempre ese recinto donde defendió con toda su alma lo que él consideraba la verdad y la justicia. No cabe duda que la muerte de Balta ha deprimido su ánimo. Alguna vez recordará los años de la *conga* montonera en la jocunda noche chichayana. Y ha de pensar también en su ingenua fe de hace cinco años cuando creía en la estabilidad del Gobierno y en que se acabarían para siempre las revoluciones;

y en los interminables debates de las recompensas; y en el lugar del monumento en que se erguiría la figura de Gálvez. Cinco años de batalla parlamentaria han dejado honda huella en su espíritu. ¿Comienza a sentirse "abrumado por las decepciones", como confesará más de una vez en sus cartas? Es posible, y por eso permanece en silencio, esperando sólo que llegue la hora en que Su Excelencia, como es costumbre, declare, "en nombre de Dios Todopoderoso, terminadas las sesiones de las Cámaras".

VIVIR EN EL PASADO

Las cartas. Seguir el derrotero de las cartas. Leer entre líneas lo que ellas nos dicen, alguna vez con más elocuencia que la frase escrita, que el concepto estampado, preciso, que no exige interpretación. Este período está lleno de actividad literaria y epistolar. Entre los cuarenta y los cincuenta años —plena madurez, admirable madurez— Palma produce su obra definitiva. Las series de las *Tradiciones* se suceden. Recoge, ordena, dispone, organiza. La correspondencia con Juan María Gutiérrez nos proporciona en estos años una información preciosa. Otro tanto puede afirmarse de las cartas que escribe a Benjamín Vicuña Mackenna y a Manuel Tamayo y Baus. Una breve nota al redactor de *La Nación* de Buenos Aires —dos meses después del asesinato de Balta— nos anticipa ya su posición, es el primer asomo de la actitud que ha de condicionar en el futuro su conducta. Agradece en esas cortas líneas el juicio del periódico sobre el primer volumen de *Tradiciones* que son su “ofrenda de amor al país y a las letras” y rechaza la invitación de “fotografiar la actualidad” que el crítico le hace. “No me siento con fuerzas para tanto —confiesa. Escenas en las que hemos sido actores o espectadores no pueden tratarse sin pasión. Prefiero vivir en los siglos que fueron. En el ayer hay poesía, y el hoy es prosaico. . . . muy prosaico. Es mejor armar, vestir y adornar esqueletos de los tiempos coloniales. La obra de sepulturero, y nada más, amigo mío: pero las tumbas tienen su poesía. Dejemos el presente para los que vengan después”.

Es, de nuevo, la voz del romántico; pero es también la voz dolorida del hombre que ha debido enfrentarse a una realidad amarga, a un presente signado por la ingratitud y la traición. “Como yo, amigo mío —le dirá a Juan León Mera—, vive usted en el pasado. Salvar del olvido joyas literarias y sucesos históricos es servir útilmente a la causa de América”. Y terminará diciéndole: “Vivimos en una época antiliteraria y de puro mercantilismo”. Esta reiterada disconformidad con el presente tiene

un extraordinario valor, más que como teoría de vida, como convicción profunda ante el crudo espectáculo que se ofrece diariamente a sus ojos. Por eso, apenas alejado de la lucha política, esta confesión se hará más acusada y persistente. Y cobrará fuerza dogmática conforme vaya pasando el tiempo y acentuándose su amargura. Así, por enero de 1875, escribirá: "Abrumado por las decepciones, enfermo del cuerpo y del alma, he vuelto a la vida literaria, santo refugio para el espíritu en las horas de tormenta. Hastiado del presente, me he echado a vivir en el pasado rebuscando antiguallas y disputando a la polilla libros viejos. La conciencia me dice que acaso hago en esto un servicio a mi país".

No le engaña su conciencia porque, positivamente, está descubriendo un horizonte prodigioso. No obstante su renunciamiento y lo que, más aún, le negará más tarde la crítica, está realizando una importante labor en el terreno histórico. Hay que poner orden en los datos e informes, en los archivos y memorias. A pesar de todo lo escrito, a pesar de expedientes, noticias y relaciones, de documentos editados e inéditos, no existe en verdad investigación organizada del virreynato y no puede haberla en esta primera hora del nuevo régimen, cuando todavía se menciona a los *godos* con más alarde juvenil e iconoclasta que sincero rencor. La etapa colonial está envuelta en una niebla que se va despejando a la luz de su acuciosa búsqueda. ¡Qué importa que no sea ésta una verdad histórica absoluta! ¿Es que existe en la historia la verdad absoluta? ¿No se ciñe la referencia cronológica y de personajes al testimonio de documentos precisos? Será ésta una historia desenfadada y sin pretensiones científicas; pero es, después de todo, la historia.

Por los días de sus afanes parlamentarios ha salido a la palestra *El Correo del Perú*, "periódico semanal con ilustraciones mensuales", con talleres en San Marcelo 57 y escritorio en Espaderos 196. Su editor y propietario es don Manuel Trinidad Pérez y en su primer número —16 de septiembre de 1871— declara: "La verdad, fuente de todo progreso, la necesita el hombre como alimento de su espíritu". Se hace en él literatura, política e información comercial —el comercio es el señuelo de la hora—, sección de teatro, charadas y anuncios en francés e inglés. Colaboran en el *Correo* Francisco de Paula González Vigil —que lo hará hasta su muerte, apenas dos años antes que la del periódico—, Manuel González Prada, Constantino Carrasco, a quien Palma prologará su versión de *Ollanta*, Juan de Arona, que comienza a publicar su "Proyecto de un Diccionario de Peruanismos" y Carolina Freyre de Jaimes, esposa de Julio Jaimes,

escritor boliviano, compañero de Palma en la redacción de *La Broma*.

El periódico tiene un tinte liberal y, como “la verdad es fuente de progreso” y el mejor alimento del espíritu, en sus páginas se da cabida a todo aquello que contribuya a fijarla y esclarecerla. De este modo, acoge por igual un artículo de doña Juana Manuela Gorriti o una colaboración de Eugenio María de Hostos, lo que no impide que un día aparezca un curioso ensayo sobre la mujer pública —que espera en la ventana, descotada y con afeites, “leyendo una novela de Paul de Kock” y que se llama la *Botón de Oro*, la *Confitito* o la *Literata*. Esto no le resta, por cierto, seriedad. En sus páginas figuran las más prestigiosas firmas nacionales y continentales y en ellas aparece, por primera vez, la de Ricardo Palma, en una breve crónica —no recogida después en libro alguno— que titula *En casa del jabonero* y que no llama *tradición* sino *confidencias*.

El número del 1º de julio, en edición de lujo, está dedicado a la “Exposición Nacional” y en él escriben, entre otros, Manuel Atanasio Fuentes, Fernando Casós, José Gregorio Paz Soldán, Francisco García Calderón, Nicolás de Piérola y los escritores que ya han sido mencionados. Hay unos versos de don Juan F. Ézeta y Carassa y la reproducción, a toda página, de *La Seductora*, Danza Nacional compuesta por don Reynaldo Rebagliati. El tradicionista colabora en este número con *El Demonio de los Andes*. Desde Londres envía Carlos Augusto Salaverry un soneto *A la eternidad*, dedicado “a mi querido amigo Ricardo Palma” y Acisclo Villarán publica unos versos “al ciudadano presidente Manuel Pardo”, que terminan así:

*Hace a Pardo inmortal, de zona en zona,
la Fama al verlo prodigando bienes;
la Democracia en pie, lo galardona,
y de cívicos lauros la corona,
la invicta Libertad ciñe a sus sienes.*

El líder civilista debe asumir, en agosto, el poder; pero se produce el sangriento episodio de los Gutiérrez y el *Correo*, en su número de Fiestas Patrias, expresa: “La clara luz del sol de julio, no debe enrojarse reflejando sobre la sangre de la víctima de tan horribles acontecimientos, del Jefe del Estado, del patriota José Balta”. Hace la revista de la semana y dice de *El Comercio*: “Sujeto el Decano de la prensa nacional a los vaivenes de la política, después de 37 años (*sic*) de existencia, ha vuelto a la vida pública con el mismo ardor y entusiasmo con que ha defendido siempre los derechos del pueblo. Le saludamos cordialmente”.

El Comercio había sido, en efecto, clausurado seis semanas antes de la revolución de los Gutiérrez. En el número del 31 de mayo reproduce la siguiente letrilla, publicada en *El Centinela*, alusión indudable a José Balta:

*No te valen, Pepe,
según creo yo,
los grandes esfuerzos
que has hecho hasta hoy:
en cada momento
cambias de opinión,
consultas a Bagre
y al beato Melchor;
oyes los consejos
del gran Camarón;
.....
Y el plazo se cumple
y el conflicto en pos
sin lograr que suba
al rojo sillón
Taita Guaranguito
con su levitón.*

Siguen, en el mismo tono, los versos, que reflejan claramente la temperatura política de la hora —indecisión de Balta— y que aluden al propósito de burlar el acto eleccionario que llevará “al rojo sillón” al candidato civil, primer hombre de frac —“Taita Guaranguito con su levitón”— que asumirá la presidencia de la República. La arbitraria medida contra el periódico que simpatiza con Manuel Pardo no se hace esperar y así lo consignará *El Correo del Perú* en su número del 8 de junio: “Anoche a las ocho la imprenta de *El Comercio* ha sido invadida por la fuerza pública, selladas sus oficinas y reducido a prisión su jefe, el respetable señor Manuel Amunátegui, el que ha sido puesto hoy en libertad. Esta noticia ha impresionado profundamente a la sociedad. *El Comercio*, con sus 34 años (*sic*) de existencia, ha llegado a ser una publicación respetable como su editor y propietario, anciano octogenario, fundador de la prensa nacional y uno de nuestros más queridos vecinos”.

Mes y medio estuvo, pues, clausurado *El Comercio*, que volvió a aparecer después de la sangrienta colusión de julio, dedicándole el *Correo* las cordiales palabras de bienvenida, aunque equivocando, en ambas ocasiones, la edad del periódico que tiene, exactamente, treinta y tres años de existencia.

La muerte de Balta afecta, como hemos visto, la actividad,

tanto literaria como parlamentaria, del escritor y sólo el mes de octubre encontramos su firma en el *Correo*, con un relato sobre la *Monja Alférez*, que titula: *A Iglesia me llamo* y lleva la siguiente nota del editor: "Con esta tradición empezamos la segunda serie de crónicas nacionales del señor don Ricardo Palma, cuyo libro ha merecido tan buena acogida del público y tan ventajosos juicios de la prensa. El autor nos promete para las columnas del *Correo* una tradición cada quince días". En efecto, se publican regularmente *Los polvos de la Condesa*, *Pepe Bandos*, *El Justicia Mayor de Laycacota*, *Dos millones*; pero la promesa dura poco y ya desde el mes de diciembre del mismo año desaparece su firma para no reaparecer hasta el 5 de julio de 1873, en su trabajo sobre la poetisa ecuatoriana Dolores Veintimilla.

Tiene importancia la mención del semanario porque es en sus páginas donde el escritor reanuda su diálogo con el público y, en especial, porque se trata del período de su más intensa actividad. En menos de cuatro años, y sólo en *El Correo del Perú* —en esta época publica libros de otros autores y colabora en periódicos del país y del extranjero— hay cerca de un centenar de colaboraciones entre comentarios bibliográficos, versos —los primeros de *Verbos y Gerundios*— y tradiciones, de las cuales publica alrededor de cincuenta, alguna, como *El Corregidor de Tinta*, escrita especialmente para el periódico. Figuran entre ellas sus siluetas históricas de *Los Conquistadores*, algún artículo de tono polémico, aquel, por ejemplo, titulado *Y respondo*, que dirige a Rosendo Gutiérrez, de La Paz, sobre el nombre de Mencio Sierra, su nota a las *Memorias* del Deán Valdivia y hasta crítica teatral, como las que dedica al estreno de la zarzuela *A la luna de Paita*, de Pedro A. Varela (*El Chico Terencio*) con música de Rebagliati y a *El Precio de la Gloria*, drama en un acto de Manuel Antonio Benavides.

La labor periodística se complementa con otras actividades intelectuales, en la preparación cuidadosa de sus libros, en el intercambio cordial con escritores de América o tomando parte en las actuaciones del "Club Literario" donde una noche ofrece una documentada y jugosa conferencia —que reproduce el *Correo*— sobre Terralla y Landa, *El poeta de las adivinanzas*, el célebre *Simón Ayanque*, tan resentido de las malas bromas que le hicieran las limeñas. Frecuentará en estos días la tertulia en casa de doña Juana Manuela Gorriti, la inquieta escritora argentina que reúne en su salón de la calle Urrutia a los más prestigiosos artistas y hombres de letras, y acudirá a las funciones del *Teatro Principal* y a la redacción de *La Patria*, que combate

a Pardo, y a charlar en la Biblioteca con el coronel Odriozola, que ha reemplazado a González Vigil. Y le veremos en la *Imprenta Liberal*, donde se edita el semanario, corrigiendo sus pruebas, o en el escritorio de la calle de Espaderos, cuartel general de literatos, y en los animados grupos de la confitería de Broggi. Y no dejará de entrar al establecimiento de su amigo don Leónidas Ballén porque “para ir a la Plaza de Armas, hay que darse de pies a ojos con las lucientes vidrieras y elegantes mamparones de su cigarrería y ¿quién demonio resiste a la tentación de proveerse de un *regalía fino*? Su establecimiento es, como quien dice, las horcas caudinas mejoradas en tercio y quinto. ¡Y con dos puertas! Casa de jabonero: el que no cae en la de Mercedes resbala en la de Plateros”¹. Palma es fumador empedernido y por eso agrega: “Témome que pronto en la plegaria matinal no se pida a Dios el pan nuestro de cada día sino el cigarro de cada día, sea en la forma de un *veguero*, de un *cabañas*, de un *culebrita* o de un *limeño*” y asegura que “es una eficaz panacea para los males que afligen al hombre... Por eso tengo en más estima una cigarrería que una botica... Si mi amigo Pedro Ruiz consigue, que sí conseguirá, volar como las gaviotas y asombrar al mundo con lo portentoso de su invento, sostengo que el cigarro habrá entrado por mucho en la maravilla”. Y completa su sabrosa crónica con esta humorística observación: “Allá en tiempos no lejanos fuí congresante y saqué en limpio que los mejores oradores eran los que fumaban más ricos habanos”.

No es, pues, un misántropo; trabaja intensamente, pero, según sus propias y reiteradas declaraciones, vive en el pasado, inexplicable paradoja de un espíritu atento a todas las vibraciones de su época. Pasa por encima de los acontecimientos sin rozarlos, asiste al espectáculo de la lucha enconada de los hombres sin contaminarse. Esta vuelta al pasado no se limita a la investigación de viejos manuscritos. Su actitud es mucho más radical. Lee y relea a los clásicos, ahonda su simpatía por el acento que dió filiación y contenido a otras edades. Lo sabemos por su producción misma; por los temas y los personajes en quienes se refugia con admiración no exenta de nostalgia; lo sabemos por él mismo. Y entre su afanoso revolver de mamotretos y empolvados infolios, volverá a frecuentar la transparente fable de Gongalo de Berceo, del Arcipreste y el Marqués de Santillana. Y escribirá unos versos —*El coplero coronista*— dedi-

¹ *Glorias del cigarro*. En el *Correo*, 5 de julio de 1874.

cados al poeta Adolfo García en el más puro idioma de los clásicos:

*Las tus trovas falagüeñas
a doncellicas e dueñas
non son dardos;
cá non tiempos son aquestos
de los joglares apuestos
e gallardos¹.*

¿No está presente la inspiración, el acento nostálgico de Jorge Manrique? En todo caso, es un síntoma, por más que ponga en ello sólo una intención festiva, un alarde idiomático grato a los poetas de todos los tiempos. No tendrían significación alguna estos versos si no respondieran a un estado de ánimo que los explica elocuentemente, si no estuvieran de acuerdo con su tenaz voluntad de trasladarse a épocas remotas. Pero, ¿es que vive realmente en el pasado? De ninguna manera. En esto se engaña a sí mismo. Entre otras cosas, porque eso no es posible; y porque es liberal ideológicamente, o sea que profesa un credo que, en su momento, representa para nosotros una posición avanzada. Lo que sucede es que en América, y especialmente en el Perú, todo gira en torno a la política; que sigue siendo el nuestro un país de conspiraciones, de cuartelazos y montoneras y a él no le interesa ya la política, más exactamente, *esa* política. Tiene ahora un concepto más depurado, más noble, del deber cívico. Su carácter austero, su absoluta honestidad, no le permiten hacer concesiones, traicionar su íntima fe. Y se siente solo. Se siente solo, en medio de una mayoría que “no piensa sino en la política y en las letras de cambio”, de una mayoría indiferente a las inquietudes del espíritu, hostil al anhelo de alcanzar las más altas formas de la cultura. Por eso insiste en denunciar el ambiente como anti-literario y mercantilista y le dice a Juan María Gutiérrez que “la lectura está en plena calma”, por decir lo menos, y que “los hombres piensan sólo en las elecciones”. Finalmente, se verá obligado a abandonar también la revista de don Manuel Trinidad Pérez, y así se lo hará saber al escritor argentino, con quien mantiene nutrida correspondencia. “Me he separado de la redacción del *Correo del Perú*. Su propietario tiene el capricho de que campee en él la política en consorcio con la literatura y yo tengo razones mil para no mezclarme en la lucha de partidos. La política

¹ En el mismo semanario, 30 de mayo de 1875.

me ha dado tan atroces desengaños, que ruego a Dios me conceda no verme otra vez obligado a tomar cartas en ella”.

Palma ha enviado a Gutiérrez el tercer tomo de *Tradiciones*, “comprometiéndolo a que escriba un juicio crítico de ellas”, que aparece el 7 de mayo, cuando ya el tradicionista no forma parte de la redacción, y en su correspondencia del día 12 le agradece la crítica, “que me honra altamente; si algún voto puede enorgullecerme es el de Ud.”

Otros escritores —*El Tunante*, Clorinda Matto de Turner, que escribe desde el Cuzco— han venido a ocupar su puesto y hay también un ilustre ausente, Francisco de Paula González Vigil, durante treinta años Director de la Biblioteca y que escribiera, a pesar de su condición de antiguo sacerdote, su célebre *Defensa de la autoridad de los gobiernos contra las pretensiones de la Curia Romana* y sus *Diálogos sobre la existencia de Dios y de la vida futura*, que le valieran la excomunión papal. Refiriéndose a su fallecimiento, dirá Palma en otra de sus cartas: “Por los periódicos se habrá usted ya informado de la esplendidez con que se honró su cadáver, a pesar de los frailes y de los fanáticos”.

La vida nacional sigue agitada por reformas y protestas. El guano y el contrato Dreyfus, la crisis económica y hasta la Guardia Urbana y la policía preventiva son los temas de actualidad. Pero no cabe duda que el caudillo civilista está realizando una trascendente obra de gobierno. El impulso a la educación pública, la organización de correos y telégrafos, los problemas inmigratorios, la agricultura, las reformas jurídicas y administrativas, figuran entre sus tareas más importantes. Pero nada de esto tiene valor cuando en la sombra se mueven ambiciosos y descontentos. “Así como Manuel Pardo suscitó grandes entusiasmos y admiraciones irrestrictas —escribirá Jorge Basadre—, también creó a su alrededor enconadas resistencias... Como gobernante le tocó la época de la falencia después de la bonanza; y con innegable valor moral impuso la rebaja en las pensiones y montepíos, la inconvertibilidad del billete y la contribución personal y tal vez el más acerbo episodio de su sacrificio político fué ver la demora en el pago de los sueldos, las rondas de empleados por la caja fiscal cerrada, acechados por la usura y escuchar aquella marinera que decía: “*Con tanto ¡que viva Pardo! y en lo que vino a parar*”.

Y así, mientras el milanés Antonio Raymondí publica *El Perú*, obra extraordinaria que se debe a la gestión del gobierno civilista, Nicolás de Piérola, en un pequeño barco fletado en Inglaterra, organiza una expedición revolucionaria contra Pardo.

La aventura de *El Talismán* fracasa y el caudillo demócrata huye para volver a conspirar, a sublevarse, a acechar el poder. Es un síntoma del malestar de muchos. Y hay conspiraciones a cada paso y la pequeña prensa de oposición especula con el descontento de los indefinidos impagos, censura, agita, provoca, solivianta. A pesar de todo, Manuel Pardo, que ha acogido con simpatía la candidatura del general Prado, llega al fin de su período presidencial y entrega el poder, en sesión extraordinaria del Congreso, al héroe de 1866.

Ricardo Palma, en tanto, fiel a su propósito, permanece al margen de estos acontecimientos, "apartado de la política militante... y consagrado exclusivamente a estudios históricos". Y hay otra promesa que cumple. El hombre que confesaba: —"Me gustan tanto las mujeres, que sólo me casaré cuando me guste una sola mujer", ha encontrado a esa mujer. "La conocí en su propia casa, esto es, en el piso bajo de la casa de Palma, en el cual habitaba con su familia un veterano de la guerra, el general Alvarado Ortiz. El viejo militar y su señora no tenían hijos, pero sí una mimada sobrina que reunía a sus amigas en tertulias nocturnas. Algo chapada a la antigua, la respetable pareja, acostumbraba destinar el salón del piano para el grupo femenino y para los caballeros otra sala, donde colocaban mesas de rocambor o tresillo. Palma se escapaba de ésta siempre que se le ocurría. La escapada definitiva se debió a un fragmento de conversación que, mientras permanecía en la sala de los señores, llegó a sus oídos..."

—"Con la cabellera suelta... ¡Qué romántica! —decía una voz de mujer.

—Yo de romántica no tengo sino la mitad —respondía otra voz de fresco y cristalino timbre"¹.

Se llamaba Cristina Román. La ingeniosa respuesta despertó la curiosidad de Palma y la rubia de veintiocho años encontró en poco tiempo la mitad romántica que le faltaba a su nombre al unir su destino al del poeta de *Armonías y Pasionarias*, al del "eterno solterón" a quien, al fin, le gustaba una sola mujer. Un festivo mensaje en verso es su parte de matrimonio; a él pertenece este cuarteto:

*Yo, el eterno solterón
hice lo que hace cualquiera:
ante una huri zalamera
vamos, arrié pabellón.*

¹ ANGÉLICA PALMA, *ob. cit.*

Un periódico de existencia efímera pero lleno de beligerante vitalidad es *La Broma*, que se publica en la Imprenta del Estado, en la calle de La Rifa, y cuyo primer número aparece el 15 de octubre de 1877. Tiene este curioso lema:

*Periódico satírico y mordiente;
saeta para sabios y estadistas;
moscardón para malos publicistas,
terror y espanto de la mala gente.*

*Publicación que sale de la imprenta
con más puntualidad que los ingleses,
en los medios y fines de los meses
es decir, en los 15 y en los 30.*

Publica el acta de instalación de la “Sociedad de *La Broma*”, dando cuenta de unas imaginarias elecciones en las que, cada uno de sus siete socios, ha obtenido un voto —el suyo propio— para presidente, siendo siete, en consecuencia, los presidentes, cosa que ya una vez sucediera en serio en los disparatados días de la Confederación. Firman, pues, el acta Eloy P. Buxó —escritor español autor, durante la guerra con Chile, de piezas dramáticas y cómicas satirizando al ejército invasor—, Ricardo Palma, Julio Jaimes, Benito Neto, Miguel A. de la Lama, Acisclo Villarán y Manuel Atanasio Fuentes. Todos colaboran en el primer número. Palma lo hace con *La Misa Negra*, tradición que dedica “A mi querido Clemente”, nombre del primero de sus hijos. *La Broma* se vende en la librería de don Benito Gil, en la calle de los Bodegones, en la cigarrería de Mercaderes, de su amigo, el médico cigarrero don Leónidas Ballén, en la imprenta de *La Patria*, el diario que combatiera a Manuel Pardo y que está en la calle de Zárata, y en otra cigarrería, la de San Pedro, frente a la casa de Torre Tagle, donde también suele ir Palma, en busca de un *regalía fino*, de un *chorrillano* o de un *veguero*. Los siete bromistas se empeñan en dinámica justa de humor de buena ley y en la sección *Kaleidoscopio* hay avisos en verso, como este “judicial” que firma con iniciales Manuel Atanasio Fuentes:

*Se remata una doncella:
el infrascrito escribano
tiene el retrato y el piano
y las tasaciones de ella.*

*Se avisa, al que le convenga,
y que no tiene hipoteca
que no sufre de jaqueca
ni paga censo. Es realenga.*

Y hay también epigramas y máximas y charadas, como ésta que se refiere a la crisis monetaria que, en verdad, procede de la administración anterior:

*Mi primera es una pe
y mi segunda es un so;
y mi todo una moneda
que ya desapareció.*

La revista, que en su primer número anunciara su publicación quincenal, ya desde el segundo se convierte en semanario. En la sección *Ropa Vieja* Palma entrega cada semana una de sus tradiciones. Se publican, entre otras, *Un cuociente inverosímil*, *El canónigo del ajo*, la explicación del nombre de *La Pampa de Medio Mundo* y hasta una tradición en verso, que titula *Limosna* y que comienza así:

*Puesto que estoy con lo moderno en guerra
y mi pasión por antiguallas es,
escuchad esto que pasó en mi tierra
allá en los tiempos del Virrey inglés.*

La crítica intencionada y mordaz no economiza adjetivos y los siete presidentes que en el *Juicio de Trigamia* hacen gala de agudeza incomparable, zahieren al gobierno con recursos de ingenio en los que sería difícil señalar al mejor. Bajo el epígrafe de *Cuentecillos*, dice Palma:

*Hoy en la plaza preguntó un cangrejo:
—¿Cómo marcha, señores, el Perú?
Y un peje-espada, camastrón y viejo,
le contestó, frunciendo el entrecejo:
—El Perú marcha... como marchas tú.*

Pero los bohemios se cansan de estar solos, se hastían del café, de la discusión en el "Club Literario" o en la Cigarrería, de ir a ver el ganado antes de la corrida, de la juerga con mozas *encopetadas* o de *raja-tabla*; los bohemios se cansan de que nadie los espere, y así como Palma se ha pasado al campo de los maridos "con armas y con bagajes", Acisclo Villarán, uno de los siete bromistas, ha resuelto hacer la broma tremenda de casarse. La novia tiene el nombre de la musa de la Comedia:

se llama Talía Allende. Al igual que al creador de las tradiciones, los poetas le dedican sus versos en el semanario satírico aunque, como es natural, la malicia epigramática deponga el agresivo dardo por esta vez. Así, Palma le dirá:

*Es delicia el matrimonio
cuando la costilla es buena
(y la que a mí me encadena
de ello te da testimonio).*

Es la estación estival y el escritor se ha trasladado con su breve familia a los Chorrillos. El apacible balneario, favorito de Castilla, es buen lugar para el reposo y desde allí envía Palma sus colaboraciones a *La Broma* y sus apuntes para los *Documentos literarios del Perú* que colecta, arregla y edita el coronel de caballería y Director de la Biblioteca Nacional, don Manuel Odrizola y entre los que se incluye un ensayo del tradicionista sobre Monteagudo y Sánchez Carrión que desatará una polémica continental. Los siete presidentes han comenzado a perder contacto y no todos cumplen "con la puntualidad de los ingleses" su compromiso con el periódico que, un buen día, se ve obligado a cerrar sus puertas, con Palma de portero, que así lo anuncia en el N^o 28, bajo el título: *Ahí quedan las llaves:*

*¡Se va! se va La Broma,
¡benévolo lector!
Esta vida es un baile en la maroma
y viene el batacazo a lo mejor.
Del público favor vivió seis meses...
(¡Vivir fué en este tiempo cominero!)
y acaso estaba para el año entero
su vida asegurada de reveses.
No muere de pobreza
esta risueña dama:
la mata la pereza
de Jaimes, Neto y Miguelito Lama.*

En la última página hay un aviso que pone:

VERBOS Y GERUNDIOS

por

RICARDO PALMA

*Edición de Madrid. Un tomo.
De venta en la librería de
Benito Gil, calle de Bodegonas.*

Y todavía se anuncia la administración, en la calle de Botica de San Pedro N° 72, donde, de 8 a 10 de la mañana, un empleado liquidará las últimas cuentas de la cáustica hoja que, a pesar de su corta vida, ha sido tribuna de buen humor, barricada desde donde dispararon sus ballestas los más legítimos representantes de la literatura costumbrista nacional.

Si las campañas americanistas de Palma le han dado prestigio en el continente y sus tradiciones han hecho escuela y el género se hace popular en el país y fuera de él, su juicio sobre el asesinato de Monteagudo y el envenenamiento de Sánchez Carrión levanta una tormenta en las naciones bolivarianas. Y es que Palma no simpatiza, evidentemente, con el Libertador y el artículo que da motivo a la agria polémica comporta, en cierto modo, una acusación. De allí que los elogios que hasta entonces ha merecido su obra se conviertan, según sus propias palabras, en un aluvión de dicitos. "Ser mal juzgado —dice— es gaje de quien persigue una verdad y ser maltratado es cosecha del que estampa con rudeza esa verdad". Si tiene o no razón el tradicionista es algo que, aun ahora mismo, provocaría nuevas polémicas. Lo cierto es que la agresividad de sus oponentes le obliga a declarar: "Más que con razones me refutan con injurias, es decir, con las armas de los que carecen de razón". Pero es que son éstos, temas que no pueden tratarse sin apasionamiento y, por lo visto, habría de recaer toda la culpa en Sánchez Carrión, el único personaje no extranjero del misterioso episodio, a quien con justicia llamará un escritor "el prócer olvidado".

No consigue, pues, el romántico vivir en otros tiempos; no consigue evadirse. Hay unas inexplicables voces que lo llaman, desde el fondo de su conciencia, a participar en la lucha, a incorporarse a la realidad; pero queda "escarmentado para no volver a escribir sobre historia contemporánea". Al hacer esta afirmación, parece que intentara de nuevo recluírse en el sótano penumbroso del pasado y, no obstante, en la primera oportunidad "volverá a sus carneros", o sea que volverá a quejarse de la situación política, como cuando le dice al escritor argentino que hemos mencionado: "Esto se hunde, amigo mío", emitiendo duro e injusto juicio sobre Prado. Se contradice, pues, en su pasión y rompe su promesa de no meter la mano al fuego por las cosas del presente cuando opina que "la revolución va haciéndose necesaria". Se percibe en estas frases un acento nostálgico, algo así como la oscura llamada de sus años mozos,

aquellos del asalto a la casa de Castilla, para salir después desterrado al sur. ¿Por qué se hace necesaria la revolución? Manuel Pardo ha vuelto de Chile y es elegido presidente de la Cámara de Senadores. ¿Puede esta reconciliación contribuir a resolver el problema? Muy graves acontecimientos se han producido en los dos últimos años. A la crisis política se suma la amenaza de una bancarrota financiera. Una vez más la conspiración hace circular su santo y seña. ¿Tiene Palma razón cuando advierte que “esto se hunde”? Una tarde, un sargento del batallón “Pichincha”, de guardia en la puerta del Senado, dispara contra Pardo y el ilustre estadista muere con una palabra de perdón que pone un acento de nobleza en su agonía. Sin pronunciar su fallo contra el crimen, Palma emitirá su opinión sobre el hombre, a quien admiró siempre por “su talento, su actividad y su energía”, a pesar de no ser su amigo político. “Entre los mandatarios que ha tenido el Perú —dirá en carta a Vicuña Makenna— sin duda que Pardo ha sido el que mayores dotes de hombre de Estado revelara. El Perú, al perderlo, ha perdido una vasta inteligencia”.

No; no es posible permanecer de espaldas a la realidad; no se puede ser un espectador indiferente. Otra cosa es no actuar de manera directa ni aspirar a cargos públicos ni acudir y comprometerse en los “acuerdos de logia”¹, de los que, alguna vez, salió el puñal, la pistola, el veneno. Las logias no representan ya, como en los días de la independencia, el centro activo donde se incuban los gérmenes de la libertad, aunque sigan trabajando sus talleres por otras libertades. ¿Participa él también en reuniones secretas? No es probable, porque contradiría su voluntad de mantenerse alejado de la lucha política. Tiene ahora, además, algo que vigilar y defender: el pequeño hogar de Cristina Román y sus hijos. Porque Ricardo Palma, el romántico, el bohemio, es un padre de familia ejemplar. Su vida no es económicamente holgada, por cierto, que apenas disfruta de una cesantía —en cédula expedida durante el gobierno de Pardo, como Oficial 1º de Ministerio, con 19 años, nueve meses de servicios— y de sus colaboraciones en periódicos del país y del extranjero. Es verdad que las series de las *Tradiciones* se agotan; pero esto no quiere decir que la publicación de sus libros constituya un medio de vida para el escritor. Las razones no hace falta subrayarlas. Con un modesto pasar, el hijo de Pedro Palma —¿dónde está don Pedro Palma?— es feliz. Es feliz porque está dedicado a sus papeles, a su investigación

¹ Según Palma, el asesinato de Monteagudo fué “acuerdo de logia”. (Carta a Vicuña Makenna).

sobre el pasado peruano, a iniciar relaciones con la Real Academia de la Lengua, de la que ha recibido estatutos, reglamento y diploma de miembro correspondiente, a vivir, por último, dentro de la afectuosa y serena paz del hogar. Don Pedro Palma, achacoso y muy viejo, participará, sin duda, de esta felicidad del hijo que tuvo una infancia humilde y que ha conquistado, en la madurez de sus cuarenta y cinco años, el respeto y la admiración de las gentes.

No es duradera, por desgracia, esta dicha. Intereses alimentados por motivos inconfesables nos arrastran a un conflicto con la nación del sur. Sólo hay un hecho real y doloroso: dos pueblos, vinculados por lazos históricos, tradicionales y hasta familiares, acuden a las armas para dirimir inexistentes diferencias. El Perú y Chile están en guerra.

EL BIBLIOTECARIO MENDIGO

La campaña naval ha terminado. No es éste el lugar para dar cuenta de ella. La historia consigna, como gloriosa recapitulación, el nombre de un pequeño barco: el *Huáscar* y el de su capitán, Miguel Grau, el Caballero del Mar. ¿Repetir aquí su leyenda prodigiosa? Un escritor chileno, Benjamín Subercaseaux, hablará por nosotros: "De aquí en adelante las acciones navales chilenas se limitan a dar caza al *Huáscar*, el rápido monitor comandado por el magnífico y valiente Grau. A nadie dejaba en paz; todos andaban tras él, y él los esquivaba a todos. Y no contento con esto, interrumpía las comunicaciones, bombardeaba puertos, tomaba presas mercantes a diestra y siniestra. En verdad, e imparcialmente considerado, Grau fué el alma y la figura de esta guerra naval, tanto por su pericia náutica y su sentido estratégico, como por su heroísmo sólido y práctico"¹. Pero "la estrella solitaria", como le llamará el mismo historiador chileno, tiene su eclipse y con él termina el episodio del mar. Las tropas peruanas han obtenido en Tarapacá una victoria; en Tacna y Arica, en cambio, la suerte ha sido adversa y otro nombre, el del anciano coronel Francisco Bolognesi, se inscribe en la lista de los inmortales. Y hay otra figura gallarda, la de Alfonso Ugarte, juvenil y vigoroso, arrojándose en su caballo desde el Morro, con la bandera de su patria apretada en el puño y en la cabeza la venda que cubre la herida que ha recibido en Tarapacá.

En tanto, en la capital, anticipándose a estos desastres, el general Prado ha resuelto viajar apresuradamente a Europa y los Estados Unidos para adquirir armamentos. En su ausencia, Nicolás de Piérola asume el poder por un golpe de Estado, proclamándose Jefe Supremo de la Nación.

Pero el sur se pierde. Ya no hay quien proteja las costas. Como en el mar, la lucha es desigual también en tierra. Y hay otros enemigos que combatir: el hambre y la sed, el desier-

¹ BENJAMÍN SUBERCASEAUX, *Tierra de Océano*.

to y el sol, la fatiga de las pesadas marchas de unos hombres que no duermen, que van muchos de ellos descalzos, febriles, perdida la noción del tiempo, cuando ya la victoria o la derrota comienzan a ser conceptos vagos. Llegan noticias de poblaciones incendiadas, de mujeres y niños que huyen a ocultarse en los cerros, de ejércitos que se aproximan, de barcos que ya bloquean el Callao, que hostilizan los puertos del norte. Al tomar por asalto el poder, creyó el Dictador que el desastre podía contenerse, que daría un vuelco favorable la situación. Se equivocó, sin duda, en sus cálculos y puede reprochársele su vanidad al asumir la dirección de las operaciones; pero sería injusto negarle el fervor patriótico que puso en la defensa de los últimos reductos, enfrentándose a un ejército que moviliza más de veinticinco mil hombres. Se ha perdido la batalla de San Juan y desde Lima se contemplan, durante la noche, los resplandores que consume la villa aristocrática de Chorrillos. La siguiente definidora acción tendrá por escenario Miraflores, donde residen Ricardo Palma y su familia.

Alguien ha dicho que en Miraflores sólo había indios que no sabían manejar el fusil y hombres acostumbrados a usar guantes y frac. Esta apreciación es inexacta y ligera; pero traduce el juicio simplista y popular ante el espectáculo de un ejército, en cierto modo improvisado, pero dispuesto a hacer el último y heroico sacrificio para defender la capital. En efecto, se ha reclutado hombres de todas las clases y de todas las edades; médicos y abogados, estudiantes y pacíficas gentes dedicadas al comercio; artesanos y hombres hábiles sólo en las faenas del campo; niños, como Torres Paz; ancianos, como Manuel del Pino, vocal jubilado de la Corte Superior de Puno; marinos que improvisanse también soldados de tierra; hijos de caudillos y hombres notables, como Juan Castilla, Reynaldo Vivanco y Numa Genaro Lloná. Hay una *columna de honor*, formada por coroneles que harán de capitanes, y tenientes y alféreces que aceptarán combatir como soldados; y una formada por tipógrafos en la que figura aquel pintoresco Lasso de la Vega, cajista de la Imprenta del Estado en que se editó *La Broma*. Los batallones se llaman *Huánuco*, *Ancash*, *Zuavos*, *Paucarpata*, *Libertad*, *Guarnición de Marina*, *Guardia Chalaca*. En el N^o 4 forman jurisconsultos y hombres de letras y en él se alista, como soldado, Ricardo Palma.

Es, pues, exagerada la opinión que considera a este ejército constituido sólo por jóvenes bisoños e indígenas humildes ya que, como es natural, figuran tropas regulares, mezcladas con los voluntarios y reclutas de última hora; pero hay algo de ver-

dad en el juicio. Formado precipitadamente, apenas si han tenido tiempo de aprender las nociones elementales para el manejo de las armas y mucho menos la interpretación de planes estratégicos y el comportamiento adecuado en las líneas de batalla. Faltó hasta el golpe de audacia cuando la indecisión de Piérola rechazó el consejo de atacar al enemigo, ebrio de victoria y alcohol, entre las calles ardientes de Chorrillos. “Después de la batalla —consigna Jorge Basadre— los vencedores se entregaron al saqueo y a la embriaguez en gran escala, llegando a pelear entre ellos; *El Mercurio* de Santiago dijo que murieron de trescientos a cuatrocientos soldados con tal motivo. El político chileno Manuel José Vicuña, testigo de estos acontecimientos, escribió en su folleto *Carta Política*. . . : “Recuerdo que con el Ministro de Guerra hacíamos esta reflexión: ¡Cómo nos iría esta noche si los peruanos, con un poco de audacia, vinieran a atacarnos en número de cuatro mil hombres, ¡sólo de cuatro mil! Todo esto se lo llevaba el diablo, me decía el Ministro, y la obra de Chile se perdería miserablemente en una hora”.

La batalla de Miraflores se libró arduamente, hasta el último grito y la última sangre; no fué la acción bélica de un ejército: fué una batalla de la población civil en un alarde maravilloso de bravura, de amor a la tierra en la que se ha nacido y en la que descansan los huesos de nuestros padres, donde se hunden las raíces comunes de un pasado magnífico. Entre el incesante detonar de los *Remington* y los *Peabody*, entre blasfemias de hombres enardecidos y voces de moribundos que se van apagando, entre la pólvora y el polvo, el tradicionalista escuchará sus propias palabras que suenan ahora como voces extrañas: “Como yo, amigo mío, vive usted en el pasado. . .” “La conciencia me dice que hago en esto un servicio a mi país. . .” Una vez más el destino ha modificado sus proyectos, porque éste es un dramático presente en el que se juega no sólo la propia existencia sino la vida de la patria. Y hay que volver del ensueño. Hay que olvidar la decepción y la injuria. Hay que identificarse con una realidad que no admite vacilaciones, que no da a elegir caminos. Por eso, el hombre que ya se siente prematuramente viejo, está allí con los adolescentes y los ancianos, con el camarero y el magistrado, con el liberal y el conservador, con el negro y con el indio, con una sola fe y una sola fiebre, haciendo lo que ellos, igual a ellos, abriendo y cerrando el cerrojo del fusil, asistiendo al camarada que se quedó ciego en la explosión, confundido entre cadáveres calientes y muros derribados y sangre negra bajo el sol de enero, mientras desde el mar, el glorioso

Huáscar, ahora con otra bandera, dispara sus granadas sobre la agonía heroica de Miraflores.

Ricardo Palma, nos contará su hija Angélica, convencido de que se produciría una reacción favorable, no aceptó en ningún momento trasladar su domicilio a la capital, como la mayoría de los pobladores lo hicieran, para salvar su patrimonio. “Consideraba, indignado, que tal propósito equivalía a predecir la derrota”. Echó llave, por eso, a la casa, mientras la madre y los hijos emprendían, “a pie, el viaje a Lima, de dantesco horror”. Era el 15 de enero de 1881. Hace dos meses ha muerto, como un símbolo, el viejo Pedro Palma. Ha muerto con su ciudad y Ricardo tiene una doble cruz en el corazón.

Abandonada la capital por Piérola —que se ha marchado al interior— y ocupada militarmente dos días después en forma pacífica por generosa gestión de Petit Thouars, Palma ha ido en busca de los suyos, alquilando una casa, “amueblada a medias, en la calle de la Veracruz, a un amigo poco interesado, pues no ignoraba que el inquilino había quedado sin un céntimo”. Efectivamente, se ha prendido fuego a su hogar de Miraflores, perdiéndose su biblioteca, de más de cuatro mil volúmenes y, con ella, todo lo que poseía, incluyendo valiosos manuscritos, entre ellos el de *Los Marañones*, obra inédita inspirada en la aventura bárbara de Lope de Aguirre, *el rebelde*, y sus memorias del gobierno de Balta. Por otra parte, *El Comercio*, donde colabora, ha sido clausurado por Piérola y, patrióticamente, no volverá a aparecer hasta la salida del último invasor. ¿Podrá invocar su derecho a percibir cesantía estando los puestos administrativos en manos de funcionarios chilenos? Su ruina económica es completa. Por eso, al volver de Miraflores, donde “aún humeaban los escombros de la casa”, dice a su mujer:

“—Nada tenemos; todo mi trabajo ha desaparecido; no volveré a coger una pluma ni a abrir un libro.

“Contaba mi madre —sigue relatando Angélica— que entre los muchos sufrimientos de esa época, uno de los más acerbos se lo causó esta resolución de su marido; bien sabía que para él renunciar a los libros significaba renunciar a la vida. Los esfuerzos para que se retractara de su decisión resultaron, durante algunos días, infructuosos; al fin llegó uno en que apareció el cartero cargado de paquetes de impresos; venían desde Buenos Aires; eran periódicos y libros argentinos; Palma cedió a la tentación y, resucitado, se entregó a la lectura”.

La ciudad está silenciosa, está como en invariable sombra, está herida. La han ocupado los regimientos *Buin*, *Cazadores*, *Bulnes* y *Carabineros*. Desde el día 17, la bandera de Chile

flamea sobre el fuerte de Santa Catalina y habitan la casa de Pizarro unos extraños huéspedes. Hay duelo de viudas y de huérfanos, ropa negra, viajes a lo que fué el campo de batalla y al cementerio, balcones cerrados, los viejos balcones que tanto disgustan a Manuel Atanasio Fuentes, “especies de palomares cubiertos por tupidas celosías o rejillas de madera” y que dan, sin embargo, un sello característico a la ciudad. No hay fiesta en las modernas mansiones de los Barreda, en Jesús Nazareno, de los Terry, en Melchormalo, de los Tiravanti, en Belén. No puede haberla y las antiguas casonas aparecen más sombrías; aquella, por ejemplo, del señor Osambela, en la calle de la Veracruz, o esa de la señora Mendoza de Sancho Dávila, o la de don Francisco Quiroz, la *Casa de Pilatos* historiada por Palma. Bajo el portal de San Agustín, levantado por don Felipe Barreda y don Nicolás Rodrigo, circulan soldados de las fuerzas de ocupación y tiene severa vigilancia la fábrica del gas, en la portada de San Jacinto, mientras en el Circo de Gallos, en San Marcelo, ruedan bulliciosas apuestas de jugadores recién venidos. La portada del Callao, con su plateada y anchurosa alameda, desarrolla más actividad que las otras. Fué construída en 1797 por el virrey O’Higgins, padre, precisamente, del prócer de la libertad de Chile. En aquellos años, sobre la del centro de sus tres puertas, lucían las armas reales y bajo de ellas esta leyenda: *Imperante Carolo IV*; en la de la derecha las armas de Lima, y las del Consulado sobre la izquierda.

Tiene honda tradición este pueblo y ofrece también un ángulo pintoresco y popular, como éste de la Plaza Mayor donde bajo los portales, como en los días lejanos de la juventud de Pancho Fierro, se afanan los vendedores y rodeando la pila —*Antonio de Riva me fecit anno de 1650*— vocean los fresqueros —¡ay, qué callados esta mañana!— y en las noches buenas hay adornos de sauces y ventorrillos para el aguardiente y mesas para el *sango* y las mazamorras y la múltiple y brava picantería limeña. En la plaza de la Inquisición, que la república llamaría de la Independencia, está el depósito de carceletas y la Cámara de Senadores, donde el representante por Loreto defendió las causas buenas y dió la voz de alarma en las horas de peligro; y están los muros de la Universidad que le recuerdan los años de su adolescencia en el claustro carolino de sus primeras esperanzas, cuando era más pequeña la ciudad y no habían caído las murallas; y allí también está, desembocando en ella, la calle de Puno con el oscuro zaguán y el empedrado patio de la casa donde, hará pronto medio siglo, vió la primera luz el padre de las *tradiciones peruanas*. Llena de sus recuerdos

está la ciudad que ahora se recata en su pesadumbre. Se ha formado un nuevo gobierno, con sede en la Magdalena Vieja, mientras en Chorrillos, carbonizado, ruinoso, se reúne el Congreso. Poco dura este simulacro restringido de restauración del orden constitucional. No se ponen de acuerdo las autoridades chilenas con el gobernante que defiende la integridad territorial y García Calderón es apresado y desterrado a Chile, asumiendo el mando el contralmirante Montero. Al mismo tiempo, Piérola se mueve activamente y Cáceres organiza la resistencia desde el duro escenario de las quebradas andinas, después de haber tomado parte en casi todas las acciones de la guerra. Ante Lynch, el jefe de la ocupación, se yergue la figura del héroe de la Breña. Numerosos combates se llevarán a cabo todavía y habrá pueblos arrasados en diversos lugares del territorio. Surgirán otros hombres, como Miguel Iglesias, comprometidos en una terca lucha, contra los invasores y entre sí mismos, síntoma de la desorientación, de las pasiones políticas, de la anarquía. Y se dará la batalla de Huamachuco, donde Leoncio Prado, hijo del vencedor del Callao y combatiente por la libertad de Cuba, caerá bajo el plomo del pelotón de fusilamiento. Pero la resistencia, la guerra de guerrillas y, sobre todo, la tenaz voluntad del pueblo de sobreponerse a su desventura y restablecer la normalidad, ponen fin a la ocupación extranjera con el tratado de paz, suscrito el 20 de octubre de 1883, aunque sólo diez meses más tarde abandonaría tierras peruanas el ejército de Chile, con la anexión de Tarapacá y ocupando por diez años las provincias de Tacna y Arica.

Ha transcurrido un lustro desde esa carta en que Ricardo Palma se despedía de Vicuña Makenna deseándole un "feliz año 79". La respuesta vendría más tarde con las palabras: "No soltéis el Morro", grabadas por el historiador en la conciencia de su pueblo. El tradicionalista ha sufrido el impacto en carne propia. El doloroso acontecimiento ha interrumpido, en cierto modo, su actividad. Su correspondencia misma no acusa el ritmo intenso de otras épocas. Hay un compás de silencio entre las dos fechas que señalan la ruptura de las hostilidades y el tratado de Ancón. Sólo un vínculo permanece: su amistad con la Argentina, representada en sus relaciones con *La Prensa* de Buenos Aires, de la que es corresponsal. La patria de Mitre y de Sarmiento le ofrece su mano generosa, como tuvo el Perú en Roque Sáenz Peña a un espontáneo combatiente incorporado a su ejército, símbolo, como Leoncio Prado, del más puro americanismo, a cuyo ideal dedicara Palma sus mejores años. Terminado el conflicto, recibirá una prueba más de ese afecto

cuando el fundador del periódico, don José Paz, le propone viajar a Buenos Aires a incorporarse a la redacción.

“Coincidió la iniciativa del propietario de *La Prensa* —recordará— con la desocupación de Lima por las autoridades y fuerzas chilenas y el advenimiento del gobierno nacional representado por el general don Miguel Iglesias... Seis días después de llegado a Lima... fuí a visitarlo. Éramos amigos personales desde el colegio y con expansiva llaneza le expuse mi propósito de viaje... Iglesias me contestó que tendría gusto en complacerme, que consultaría mi petición con sus ministros, los señores Lavalle y Barinaga...”

El antiguo funcionario solicitaba se le concediera licencia para residir en el extranjero, acordándosele la cesantía a que tenía derecho. El viaje a Buenos Aires le devolvía la esperanza en una verdadera reorganización de su trabajo. El escritor de cincuenta años, que ya desde los treinta y ocho se consideraba viejo, se siente rejuvenecer ante la perspectiva de este sueño próximo a realizarse.

“A las diez de la mañana —continúa— fuí al otro día a entenderme con Lavalle y, apenas principié a hablarle del asunto, me interrumpió, diciéndome:

—Ya lo sabía, pues estuve anoche con Iglesias, media hora después de haberse usted retirado; pero sepa usted, querido, que me opongo a su pretensión... Abandone usted su propósito de viaje a Buenos Aires y restaure la Biblioteca Nacional”.

La Biblioteca, fundada por el General San Martín, había sido, en efecto, saqueada y prácticamente destruída durante la ocupación, al haberse habilitado como cuartel de las tropas chilenas. Por eso el ministro Lavalle continuará diciendo:

—“Para cualquier otro la empresa sería imposible pues en las arcas fiscales no hay dinero ni para atender los gastos menudos más premiosos. Utilice usted, en beneficio del país, su prestigio literario en el extranjero y sus relaciones personales con los hombres eminentes de cada nación americana y de España.

—¿Me propone usted que me convierta en bibliotecario mendigo?

—Justamente —continuó Lavalle—. Pida usted limosna para beneficiar a su patria”.

Se concedía especial importancia, no sólo a la autoridad continental de Palma, a su contacto con los hombres de letras del mundo de habla española, sino a su condición de miembro correspondiente de la Academia de la Lengua a la que, en el momento de su designación, sólo pertenecían, en el Perú, don Felipe Pardo y Aliaga, el ex presidente Vivanco, el obispo Tordoya, el general

Mendiburu y don Manuel Pardo. Y, sobre todo, se valorizaba las altas calidades del escritor. Una nueva entrevista se ha realizado para tratar el asunto y en ella el presidente Iglesias ha puesto énfasis en su deseo de emprender la restauración de la Biblioteca. Invoca consideraciones de amistad y otorga carta blanca al tradicionista. Recuerda entonces el ministro Barinaga la actitud de Palma cuando el saqueo de la Biblioteca. Cinco meses antes de las batallas de San Juan y Miraflores había sido nombrado sub-director por el gobierno de Piérola, atendiendo al mal estado de salud y a los muchos años del coronel Odriozola, "sin gravamen para el Fisco, pues yo disfrutaba de una cesantía superior a la renta del puesto". Palma y Odriozola firmaron juntos enérgica protesta. "El general Lynch, que por el mes de mayo estaba en Lima como autoridad superior, dispuso la inmediata prisión del bibliotecario, quien consiguió asilarse en la Legación norteamericana. No tuve yo igual fortuna y me resigné a permanecer durante doce días a bordo de un transporte chileno donde, dicho sea de paso, fuí tratado con toda consideración personal".

La intervención diplomática consiguió que Palma no fuera desterrado a Chile¹; pero ni la protesta ni las insistentes gestiones pudieron impedir que se llevase a cabo el "más escandaloso y arbitrario despojo". La Biblioteca contaba con cerca de cincuenta mil volúmenes impresos y más de ochocientos manuscritos, verdaderas joyas bibliográficas, entre las que no escaseaban incunables, obras rarísimas, especialmente en las ramas de la literatura y de la historia, las curiosísimas producciones de casi todos los cronistas de la América española, según el penoso y somero inventario que constituye la protesta. "Los libros —apunta en sus párrafos finales— son llevados en carretas y entiendo que se les embarca con destino a Santiago".

Había que devolver a la Biblioteca su normalidad, hacer el milagro de su resurrección. Tal era el encargo que recibía Palma. Su amor a la cultura y su patriotismo lo decidieron, finalmente, a aceptar. La tarea tenía proporciones extraordinarias. En sus *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima* traza el escritor un cuadro de matices sombríos. Era necesario reparar el local que sirviera de cuartel a un batallón, recuperar los libros dispersos en las tabernas donde los soldados los habían cambiado por aguardiente, y era preciso, antes que nada, reanu-

¹ M. de Vorges, traductor de muchas tradiciones para una revista parisién y, a la sazón, Ministro de Francia en Lima, intervino consiguiendo la libertad del escritor.

dar la correspondencia con los escritores del mundo hispánico, hacer su primera y simbólica salida de bibliotecario mendigo.

En una de sus primeras cartas, dirigida a don Marcelino Menéndez y Pelayo, dice: "El gobierno del Perú ha decretado la fundación de una nueva Biblioteca honrándome con la dirección de ella... Un Bibliotecario mendigo se dirige, pues, al ilustre literato, para pedirle la limosna de sus obras y que avance su caridad hasta solicitar de sus esclarecidos compañeros, en las Academias de la Historia y de la Lengua, contribuyan a la civilizadora fundación encomendada, más que a mis modestas aptitudes, a mi entusiasmo y perseverancia".

No se da paz, no concede tregua don Ricardo a su labor. Como esta carta, escribirá muchas; escribirá a todas partes, en términos generales o dando noticia minuciosa de las obras que le hacen falta y que, en verdad, son todas. Comienzan a llegar los libros y hay que catalogarlos y disponer las secciones. La campaña de recuperación se ha iniciado y el rescate de los volúmenes con sello de la Biblioteca, en poder de particulares, da resultados excelentes. De todas partes del país llegan donaciones, sin distinción de clases, partidos, grupos. Cada vez que extiende la mano, alguien responde generosamente. Se ha dirigido a la Municipalidad de Lima solicitando su contribución y, venciendo escrúpulos, ha escrito al presidente de Chile, Domingo Santa María, su amigo de los días del exilio, que da pronta respuesta a su demanda. "No se ha equivocado usted, como me lo dice en su carta de 20 de febrero, que tendría buena voluntad para devolver a la Biblioteca de Lima los libros que de allí pudieron sacarse en un momento de ardor bélico... Le adjunto la lista de los libros que le envío por el vapor *Chile*, que zarpará mañana de este puerto", termina Santa María, que escribe desde Valparaíso. Y no solamente libros recupera sino que obtiene también la devolución del lienzo de Montero *Los funerales de Atahualpa* y de dos cajones de manuscritos, depositados en casa de Vicuña Makenna, entre ellos uno decisivo para el esclarecimiento de un viejo litigio de límites con un país vecino del Perú.

El 28 de julio de 1884 se inaugura la nueva Biblioteca. Tiene un nuevo lema: *Post nubila Phoebus* que no le gana, sin embargo, en elocuencia a la memoria en que Palma da cuenta de su misión. En dos salones principales —*Europa y América*— se agrupan los volúmenes. El primero se enriquece con las obras enviadas por los miembros de la Real Academia Española y por las donaciones de la Biblioteca Nacional de Madrid, que el gobierno español ha autorizado. Han contribuído también Pí

y Margall, Campoamor, Menéndez y Pelayo, Gaspar Núñez de Arce, Cánovas del Castillo, Castelar, el Conde de Cheste, Director de la Real Academia y muchos otros, así como ese activo don Leocadio López, nombrado agente bibliotecario en Madrid, a cuyas diligencias agrega la donación de dos cajones de libros de su propiedad.

El salón *América* recibe, a su vez, inmediato auxilio. De las repúblicas del Plata hacen envíos Mitre, Obligado, Wilde, Navarro-Viola, Trelles, Zorrilla de San Martín, nuestra amiga Juana Manuela Gorriti, la señora Mansilla de García. El gobierno de los Estados Unidos y el *Smithsonian Institute* de Wáshington figuran también en los anaqueles. El Ecuador, con envíos de Juan Montalvo, Antonio Flores, Rafael Arizaga; México y Centro América, Venezuela, Colombia y Bolivia están representados igualmente. La Biblioteca de Río de Janeiro ha enviado producciones de la literatura brasileña. Con la limpia honestidad que es norma de su vida, Palma expresa: "Las principales obras de los más notables escritores de Chile ocupan lugar en este santuario de las letras donde no tienen entrada las pasiones e intereses que dividen a los pueblos". Informa que el librero español Rafael Jover ha enviado libros para la sección chilena y Carlos Toribio Robinet, "mi excelente amigo", ha acudido también al llamado.

De los libros con sello de la Biblioteca, vendidos en los bodegones, se han recuperado 8.315 volúmenes, "devoluciones hechas en su mayor parte por la honrada colonia italiana". Se ha adquirido, por suscripción pública, la biblioteca de don Fernando Casós y otras particulares; y planos, cartas geográficas, catálogos, periódicos. La administración de los fondos para reparar el edificio se encomienda a una comisión integrada por José Antonio de Lavalle, que la preside, José Unánue, Federico Pánizo y José Agustín de la Puente.

No se limita a la organización bibliotecaria la tarea de Palma. Pide y consigue autorización para trasladar a su local los retratos de los virreyes que se encuentran hacinados en un depósito en el Palacio de Gobierno. Los hace restaurar, los ordena con amorosa dedicación, así como los de Francisco de Carbajal y los ex presidentes Castilla, San Román y Prado, a la vez que los lienzos de Merino, Lazo e Ingunza, "hasta que sea posible fundar en el país una Escuela de Bellas Artes, establecimiento al que deben servir de base las obras de nuestros grandes artistas".

Desinteresado, generoso, justo, elogia la capacidad de sus colaboradores inmediatos, don José Toribio Polo, sub-director,

y los conservadores Enrique Torres Saldamando y Manuel Calderón. “Bibliotecario mendigo —dice— toqué a todas las puertas y no encontré peruano, dígolo con patriótica satisfacción, que me negara su concurso... El renacimiento de la Biblioteca ha sido obra común... Es labor de la prensa de Lima y principalmente del decano *Comercio*, cuya propaganda en pro de la Biblioteca fué tenaz... Por poco que haya realizado, la base del edificio me corresponde. Otro la mejorará”.

En las donaciones de libros y erogaciones en efectivo, además del aporte de particulares —sólo don Juan José Moreyra hizo el donativo de dos mil volúmenes—, figuran firmas comerciales como Grace, Gildemeister, Graham Rowe, la Compañía Inglesa de Vapores y, confundidos con las logias masónicas, los misioneros descalzos, dos obispos y hasta los padres jesuítas. Ricardo Palma, en suma, recibió la Biblioteca con 700 volúmenes de obras truncas, la mayoría de ellas en latín, o casi destruidas por la polilla y la entrega —*Post nubila Phoebus*— ocho meses después, con 27.894, resultado de su prodigiosa actividad, de su empeño fervoroso. Nadie, en verdad, se ha mostrado remiso a su demanda. Ha sido, como él dice, obra común; pero él es el animador, el motor, la voluntad. Al pedido público, a las erogaciones, a la espontánea concurrencia de todos, se ha unido el aporte gremial; y hay funciones teatrales, como esa que organiza en el *Politeama* una compañía de actores, en su mayoría peruanos, poniendo en escena *Ña Catita*, de Segura, “cuyo personaje”, tipo de la beata enredadora e hipócrita —según reza el programa—, será caracterizado por la actriz, señora Encarnación Coya de Felices, que tan aplaudida ha sido siempre en el desempeño de este papel”.

Voces de aliento le llegan de todas partes. Su correspondencia cobra un volumen extraordinario. Escribe y le escriben. Para todo se da tiempo. Envía sus obras y establece cada día nuevos vínculos. Entre todas las voces sobresale la voz de España. El Bibliotecario Mayor de Su Majestad le agradece la colección de sus *Tradiciones* y el Intendente General de la Real Casa le da las gracias, en nombre de la Reina, por el envío de las medallas conmemorativas de la inauguración. Le escriben el Conde de Cheste, el de Guaqui, el de Casa Valencia, el Marqués de la Puente y de Sotomayor, cuya hija, doña Joaquina de Osma, casará con don Antonio Cánovas del Castillo. Eloy P. Buxó, el compañero de redacción de *La Broma*, se dirige a él desde Valdemoro, a 27 kilómetros de Madrid, donde sufre “condena de destierro por algunos años, meses y días, a instancias de los Duques de la Torre contra quienes emprendí... vigo-

rosa campaña política que dió por resultado la popularidad de mi periódico y la muerte del partido político que acaudillaban el Duque y su hombruna señora. . .” No vivirá mucho el que fuera uno de los siete bromistas. Cinco años más tarde, la Baronesa de Wilson escribirá a Palma, diciéndole: “. . . también transmití su pesar a la viuda de Buxó, que vive aquí con su hijo”.

No se fatiga la dinámica pluma y sostiene correspondencia con Clement R. Markham, que le envía, desde Londres, un lote de libros, “como la contribución humilde de uno de los amigos más sinceros de la tierra de los Incas”; y recibe cartas de ese curioso veneciano, Marco Antonio Canini, publicista, filólogo, poeta y agitador político, que habla y escribe correctamente noventa y tres idiomas y que sólo publica una obra, *El libro del amor*, que no le pertenece, porque contiene, traducidas en verso italiano, poesías de todos los países.

Al margen de la correspondencia de Tamayo anota Palma: “Las cartas de Tamayo y Baus son deliciosamente escritas. El autor de *Drama Nuevo* tiene un estilo epistolar admirable”. Con el poeta español mantiene un permanente contacto. Los acerca una misma vocación, igual fervor y, además, el vínculo de la Real Academia. En una de las cartas le dice Tamayo que “aunque no esté de acuerdo con usted en todo es su fervoroso admirador y verdadero amigo”; en otra le declara: “Usted es, don Ricardo, un admirable escritor español” y otra vez se dirige a él llamándole “mi belicoso y siempre muy querido amigo”, y le sugiere: “¿Por qué no tratan ustedes de establecer una Academia correspondiente?” No pueden ser menos de doce ni más de diez y ocho los miembros según la legislación vigente; pero ya hay en el Perú una lista que crece cada día y que puede servir a esos propósitos. Palma ha propuesto a la mayoría de ellos y el Secretario Perpetuo le consulta en cada caso. ¿Cuál es su opinión sobre Luis B. Cisneros? Está demás preguntárselo. Como no hay duda alguna sobre Gutiérrez de Quintanilla, Goycochea y Rosell. ¿Puede alguien discutir a monseñor Roca y Boloña? ¿Y a Pedro García y Lastres? ¿Y a Coronel Zegarra? En papel con filo de oro llegan las cartas cordialísimas de Tamayo. Han sido admitidos Ribeyro y Tovar; y llegan los estatutos y los diplomas. La actividad epistolar es febril. Le escriben de Buenos Aires Lagomaggiore y Dávila, el director de *La Prensa*, que insiste en hacerle ofertas tentadoras¹, pero es inútil. Palma

¹ “No acepté la propuesta —anotará años más tarde al margen de una carta de Dávila— (en que por uno o dos trabajos me ofrecía Dávila la misma

sacrifica ese justo premio a su labor de tantos años y renuncia definitivamente al viaje. Juana Manuela Gorriti le dice: "No tiene usted una idea de cuán querido y admirado es en este país"; y en otra carta: "Los bonaerenses están de duelo porque usted no viene". Mientras tanto, Vicente Riva Palacio, desde México, le responde: "Mucho me apena el temor de que por el cambio de gobierno vaya usted a dejar viuda a su querida Biblioteca, que tantos afanes le ha costado".

Tiene fundamento ese recelo porque, si bien es verdad que la nueva Biblioteca está en marcha, no podrá el restaurador entregarse al descanso, como no descansa, fuera de los muros del antiguo Colegio del Príncipe, la pleamar incesante de la política peruana. Ha habido un incendio en el ruinoso palacio de los virreyes; pero bien podría decirse que, en lo que va corrido de la república, la Casa de Pizarro estuvo siempre en llamas.

remuneración que da a Galdós) porque vivía muy recargado de labores para la resurrección de la Biblioteca que debía inaugurarse en julio".

“YO SOY YO...”

El general Iglesias, después de una actuación que, a fuerza de ser austera, ha llegado a ser opaca, ha dimitido la primera magistratura del Estado. Ocupa su asiento el general Cáceres, el héroe de la resistencia. Y ha saltado a la arena un caudillo civil que trae un lenguaje desconcertante y vigoroso. Polemista incisivo, su crítica demoledora puede calar hondo en la realidad nacional, pero no pasará del ingenio cáustico de una fraseología fustigadora y virulenta. Su nombre es Manuel González Prada. Pretende representar una renovación del espíritu nacional, el punto de partida de una nueva era, la liquidación del pasado por obra y gracia del entusiasmo de la juventud. Tiene talento y no puede dudarse de su sinceridad, como tampoco sería posible negar la evidencia de muchos de los males que señala. Pero su catilinaria, su crítica encendida no aporta soluciones porque no ahonda en el contenido económico y social de los problemas. Su revolución no sobrepasa el tono neo-romántico de un reformismo liberal-burgués, eco vago de ideologías europeas más o menos condenadas a una vida corta y estéril. González Prada no es el político que exhibe un programa sino el literato que protesta y acusa. En el fondo, es un aristócrata y, sin quererlo, no es sino el reverso de la medalla de la psicología limeña. En ese sentido, no se diferencia de Palma, contra cuya aparente posición representativa se dirigen sus tiros. Ya nadie recuerda, por lo visto, al Ricardo Palma liberal, conspirador, desterrado, montonero en Chiclayo, radical en sus principios y americanista por sobre todas las cosas, a quien los desengaños, la traición, el mal irremediable obligan a declararse partidario del pasado. En Palma es ésta, en verdad, una evasión. No sólo de la lucha política sino de su propia realidad interior. Su modesto origen, si nos atenemos a las modernas conclusiones del psicoanálisis, explicaría esa predilección por el fastuoso acontecer virreinal. Los primeros ejemplares de sus *Tradiciones* que llegan a la península reciben una calurosa acogida por parte de

la aristocracia madrileña, que no reconoce en ellas al caballo de Troya que alguien pretende encontrar en el espíritu de burla con que trata los temas del pasado, aunque "sus ataques a la clase aristocrática y privilegiada de la colonia —según opinión de Riva Agüero— no pasan de juguetones arañazos".

Por estos días de la resurrección de la Biblioteca y de sus relaciones con los académicos, sus libros circulan en manos de condes y marqueses, han ingresado, con todos los honores, a las librerías de Palacio y están acaso en la cabecera de Alfonso XII, con un pie ya en el pudridero de El Escorial, mientras todos aplauden la traviesa donosura del escritor criollo. El mismo Tamayo le dirá en una de sus cartas: "Si no recuerdo mal, alguna vez creí notar en usted un espíritu excesivamente aristocrático". Pero esta actitud de Palma no comporta una posición ideológica, no representa una bandera y un programa. Si prefiere vivir en el pasado es, precisamente, ante el desencanto de un presente que quisiera distinto y donde alguna vez lograra contemplar el triunfo de las ideas liberales. Su aristocratismo no es sino la torre de marfil de los poetas, el deseo de aislarse, de ponerse al margen de la realidad, por su falta de fuerzas y de voluntad para luchar contra ella y para modificarla.

Pero si Palma no es animal político y lo reconoce, tampoco lo es González Prada que no se da cuenta de ello. La prueba es que no tendrá volumen popular y su ambición de llegar a la presidencia de la República pasará inadvertida para la historia, mientras que el "Círculo Literario", convertido en la "Unión Nacional", no conseguirá convencer a las muchedumbres y tendrá, por lo tanto, efímera existencia como partido. Lo que no sabe González Prada es que él mismo, en el fondo, es tan limeño como Palma, con la única diferencia de que mientras él es un renegado de su clase porque esto es, para su vanidad, lo verdaderamente aristocrático, Palma aparece nostálgico de un abolengo que no tiene. Ni uno ni otro harán caldo gordo, para decirlo a la manera del tradicionalista, con estas actitudes, cuando llegue la hora de una justa discriminación ideológica, aunque más tarde se tomen de González Prada sólo las frases, ya que no podrían aprovecharse las ideas.

El discurso del *Ateneo*, entre otros, y los del *Politeama* y el *Olimpo*, en 1888, revelan, sin embargo, a una mentalidad poderosa y, sin lugar a dudas, a un extraordinario escritor. El acento admonitorio e iconoclasta identifica al rebelde contra lo tradicional, es decir, contra lo que suele considerarse fundamento y esencia del concepto de nación. Porque tan peruano es el imperio de los Incas como el período virreynal y la etapa republi-

cana. ¡Qué hubiera sido de España si eliminara de su cultura y de su historia los siete siglos de la dominación árabe! Muy distinto es combatir el espíritu colonialista y de esto no podría acusarse al hombre que denunció las pretensiones de Isabel II y que defendió el Callao el 2 de mayo al lado de José Gálvez. La diatriba de González Prada, a pesar de considerársele un afrancesado, constituye, como actitud, un gesto típicamente español; esa actitud que alguna vez, en un momento dramático de la historia de su pueblo, explicará Unamuno con estas palabras: "Hoy, en España, todo el mundo se define contra algo". González Prada ataca, censura, denuncia, quiere extirpar de raíz vicios seculares entre los que figura, precisamente, el de la crítica negativa, el de querer modificarlo todo con las palabras. Más que un revolucionario en el sentido profundo, es un agitador de tendencia anárquica y ya sabemos que, políticamente, el anarquismo no es revolucionario; más que un ateo es un panteísta; más que un hombre de acción es un teórico de la violencia. Se hace difícil comprender cómo un esteta, un aristócrata de la forma, un helenista en el espíritu, pueda presentar un pensamiento tan caótico, un desequilibrio tan absoluto.

Pero en el momento de la depresión, ante el cuerpo mutilado y exangüe de la patria, es, al mismo tiempo, la voz alentadora y viril. Negativo, es una afirmación vigorosa su protesta; anárquico, quiere construir sobre lo que destruye, aunque no sepa cuáles son los materiales que hacen falta. Mientras Palma afirma: "Mi divisa es ser tolerante", González Prada predica el odio y aconseja: "...revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas", imagen, por otra parte, de pésimo gusto. El tradicionalista se empeña en la labor silenciosa de hacer resurgir de sus ruinas el símbolo de la cultura peruana. El autor de *Páginas Libres*, en tanto, pretende reconquistar con gritos y amenazas las provincias perdidas. Uno y otro, en verdad, aman su patria y están luchando por ella; ambos puntos de vista pueden ser igualmente respetables, pero de ningún modo podría exaltarse una figura en mengua de la otra. González Prada evoca fervorosamente la gloria de Grau y en breves líneas describe la acción hazañosa del *Huáscar* que "más que nave parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro". Ricardo Palma rehabilita el perfil nobilísimo de Bolognesi, desmintiendo las declaraciones del parlamentario del Morro, cuando pretende negar la respuesta viril del coronel legendario, de quien el mismo Salvo dirá: "La resolución de Bolognesi vale un Perú" y cuyo

gesto “grandioso e imponente” acredita “méritos que quisiera yo ver esculpidos en el bronce”¹.

El ataque tácito primero y, más tarde, declarado a Palma, provoca una protesta en todas partes. Desde La Paz, Gustavo de la Fuente le dice: “. . . puede usted descansar ya tranquilo en la seguridad de que ha fundado escuela. . . y vivir cierto de la admiración que le profesamos todos los que sabemos apreciar, sin envidia ni prevenciones literarias, el mérito de sus escritos”; y Juan Luis Arteaga lleva su admiración hasta expresarle: “Usted, señor, representa en el Perú el mismo papel que Víctor Hugo en Francia”. Eduardo de la Barra le escribe desde Valparaíso: “Los que hoy hieren al poeta, mañana caerán de rodillas ante la losa de su sepultura” y le habla de “la injusticia de algunos de sus paisanos para con usted, que honra a su patria. Macaulay dijo que la Inglaterra querría perder sus posesiones de la India antes que consentir en que le arrebataran el nombre de Shakespeare, gloria de su literatura. Y volviendo los ojos a nuestra casa, ¿han reflexionado los mozos que a usted lo vejan y desconocen en cuánto disminuirían el tesoro de las glorias peruanas si consiguieran borrar el nombre de Ricardo Palma? Yo daría a Tacna por Palma”.

Desde Chile también, Carlos T. Robinet le manifiesta: “La conjuración contra usted iniciada por la turba estudiantil que capitanea González Prada, es verdaderamente canalla. . .” Más sereno, le dice, desde Madrid, Tamayo y Baus: “He leído el artículo o, por mejor decir, discurso del señor Prada. Tiene este señor, a no dudarlo, mucho talento y yo apruebo y aplaudo varias de las cosas que dice. Yerra en otras, a mi entender, por el quijotesco empeño de acuchillar fantasmas que no existen más que en su imaginación, y por querer, como buen *libre pensador*, que nadie piense libremente, si no piensa como él. . . Del espíritu de esta Academia a la cual alude sin nombrarla, no tiene ni la más leve idea. Por otro camino llegaría a donde nunca llegará por el que ahora sigue. ¡Lástima que se malogre tan vigoroso ingenio!”².

La polémica —sorda polémica, en verdad— tuvo más carácter literario que político. En su discurso contra lo académico, leído por un joven Urbina, hijo de un general y ex presidente ecuatoriano, porque Prada era tímido y su voz atiplada y pequeña, habíase referido a la literatura nacional diciendo que “en

¹ Carta del mayor J. C. Salvo a Ricardo Palma, cuyo original existe en la Biblioteca Nacional.

² Las cartas anteriormente transcritas pertenecen al archivo inédito de Palma en la Biblioteca Nacional.

la prosa reina siempre la mala tradición, ese monstruo engendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia y la caricatura microscópica de la novela". Pocos días después, apareció un artículo, sin firma, en *El Comercio*, titulado "La propaganda de la difamación", y en el que, muy mañosamente, se decía que el aludido era Rosell. Inmediatamente aclara Prada: "En mi discurso leído en el *Olimpo* la noche del 30 de octubre, no he dirigido injuria alguna personal a Ricardo Rosell... A ningún escritor nacional he nombrado". Otro periodista, ecuatoriano también, Nicolás A. González, sale en defensa del maestro, confirmando que el "Círculo Literario" es el partido radical de la literatura peruana y que "trabaja por destruir las fronteras". Declara que Prada, con sólo tres discursos, "parto de un talento analítico de primer orden", se ha colocado a una altura que no puede alcanzar Palma, a quien ataca muy duramente. González, que tiene 28 años, está tan identificado con las inquietudes y los problemas del Perú, que publicará *Nuestros Héros, episodios nacionales de la Guerra del Pacífico*, de tan afiebrado patriotismo que, si no le dan derecho de ciudadanía, le conquistan por lo menos el título de ser el escritor que mejor ha interpretado el odio de González Prada contra Chile. Asegura que el artículo anónimo pertenece a Palma¹; y otro joven, Carlos Rey de Castro, secretario perpetuo del *Círculo*, hace también oír su voz en una carta breve. Sin duda alguna, Palma sabía muy bien, desde el primer momento, que se trataba de él; pero no perdonaba que se le hubiera sometido —los praxistas decían que no fué invitado— a escuchar la irrespetuosa alusión a través del altoparlante ecuatoriano del joven Urbina. "Una turba de muchachos —explicará después a Riva Palacio— roídos acaso por la envidia, me han puesto de oro y azul, hace tres meses, por un artículo que publiqué refutando ciertas doctrinas no liberales sino liberticidas y disociadoras. Yo creía haberme conquistado en mi país títulos para el respeto y consideración personal de todos mis compatriotas... Y sin embargo ha habido mozuelos que, bajo el anónimo, escupan sobre mis canas". Lo mismo le dirá a Francisco Sosa: "En estos días he estado muy agriado. Una asociación de muchachos dió una función en el teatro, en la que hubo discursos muy insolentes contra los académicos, contra España y contra los hombres que peinan canas culpando a éstos de todos los males del Perú.

¹ Dos años después, dirá Palma: "Mi estilo es exclusivamente mío y muy mío, y tanto que me ha colocado en la condición del jorobado que asistió con máscara a un baile de carnaval. La joroba lo denunciaba".

Los jóvenes a la obra y los viejos a la tumba, fué el tema sobre el que disertó largo el presidente de esa sociedad, que es un caballero de 44 años y no falta de talento y de ilustración. Hablando de mis tradiciones, pues todo su discurso fué personalísimo contra Roca, Lavalle, Cisneros y demás académicos, dijo que las tradiciones eran la caricatura de la historia. Desentendiéndome de lo que a mí atañía, publiqué un largo artículo desafiando al señor González Prada a sostener sus doctrinas. . . .”

Una tácita rivalidad se establecía: Palma contra Prada; el pretendido hispanizante contra el afrancesado evidente; el defensor de la tradición contra el demoledor de sus mitos; el pasado contra el presente. Por último, lo que era mar de fondo, disfraz, eufemismo, salió a la superficie, se hizo patente y expreso. Palma, como hemos visto, declaró que, en efecto, había desafiado a González Prada a discutir sus ideas en tribuna pública, ya fuera en el *Círculo*, en el *Ateneo* o en la Universidad. No se dió el combate, pero la discusión quedó planteada; la discusión y la ruptura. ¿Por qué? Por lo que tenemos de contradictorios y negativos. Por lo que tenemos de españoles. El “Círculo Literario”, metamorfoseado, según expresión de Prada, en el partido radical de nuestra literatura, no trajo ningún cambio, no aportó soluciones para una transformación verdaderamente radical. Palma y Prada, después de todo, no representan la afirmación y la negación, ni Ariel y Calibán, y ni siquiera lo que hoy llamamos la derecha y la izquierda. Son una misma cosa, se complementan, encarnan dos aspectos de una misma ansiedad. Los dos, en buena cuenta, son libre-pensadores. Prada se confiesa ateo; Palma es masón, que es la forma de ser “ateo, gracias a Dios” y en el terreno de las cosas concretas irá más lejos que su rival, provocando la expulsión de los jesuitas. El primero quiere sobrepasar las posibilidades de su tiempo y cambiar la psicología y el destino de su país; el segundo sabe que esto no es posible de un modo absoluto y por eso se refugia y por eso renuncia; el autor de *Páginas Libres* y *Horas de lucha* es un poeta mediocre y un extraordinario escritor; el tradicionista no pasará tampoco a la historia como poeta. Y hasta el destino quiere hacerles una mala jugada cuando, en 1888, pierde don Manuel a su hija Cristina, que acaba de nacer, y poco más de un año más tarde muere Cristián, el hijo de diez meses de Ricardo Palma. Los dos párvulos tienen nombres que vienen de Cristo.

La actuación del teatro *Politeama* tiene, por otra parte, un significado que conviene analizar. Se trata, desde luego, de una actuación patriótica —y no de un mitin donde se va a discutir

doctrinas sociales— destinada a recaudar fondos para el rescate de las provincias cautivas. El tratado de Ancón, suscrito por el gobierno de Iglesias, establece que, en el término de diez años, un plebiscito decidirá la suerte de Tacna y Arica. Es entonces cuando González Prada demuestra, por única vez, visión política porque, próximo ya el plazo señalado, no duda que la voluntad popular decidirá la reincorporación de sus territorios al seno de la patria. Lógicamente, el hombre que consiga realizar el anhelo nacional, se convertirá en el héroe indiscutido, en la figura máxima del momento. Desafortunadamente, para el Perú y para González Prada, Chile no cumple su palabra y no se lleva a cabo el plebiscito, echando por tierra los sueños del apóstol y la esperanza de los peruanos. Tacna no volverá al Perú sino casi medio siglo más tarde; Arica, cumpliéndose el apotegma de “no soltéis el Morro”, continuará en poder de Chile no se sabe hasta cuándo y la *Unión Nacional*, debilitados sus motivos, derrumbada su plataforma, languidecerá por falta de una ideología y de un plan que el hombre del *Olimpo* no supo darle, a pesar de la declaración de principios que contempla reformas de carácter administrativo y estatal y aun algunas que pretenden profundizar en los problemas económicos y sociales, pero sin criterio científico ni esencia verdaderamente revolucionaria. Ventura García Calderón emitirá un juicio, acaso definitivo, porque el tiempo lo situará al margen de toda pasión, del menor asomo de parcialidad. “Como a su maestro Renán —dice—, no le importa que las ideas puedan ser más peligrosas que la dinamita, ni piensa en lo que podrá ocurrir si son mañana químicos aprendices los que manejarán el explosivo. Político, no elabora jamás un programa coherente de regeneración nacional, sino preconiza el desbarajuste máximo y la ruina... Sus más fulgurantes páginas nunca exaltan. Deprimen y acobardan. Juventud educada en sus libros suele ser juventud agria, injusta, emponzoñada, juventud de funestos fermentos”. González Prada se encerrará en su misantropismo, dedicado a la lectura silenciosa de *La conquista del pan*; caerán los años sobre él y cada día tendrá menos sentido su despiadada sentencia: “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”.

Palma, en cambio, que se acerca a los sesenta años, no perderá un solo momento su ímpetu juvenil, no abandonará la fe en la obra que realiza, aunque con plena conciencia del lugar que le corresponde. Anticipándose al apotegma de Prada, ha dicho, en 1886: “Rompo el escudo y arrojo en la arena las armas del combate. ¡Paso a la nueva generación!”, que viene

a ser lo mismo. Pero es asombrosa su vitalidad y así, mientras el encendido devoto de Kropotkine de años después, como un hábil ventrílocuo, hace hablar a su muñeco ecuatoriano, el restaurador de la cultura informa sobre un cuatrenio de labor, porque la agitación política no le ha permitido presentar su memoria anual. El número de volúmenes ha seguido en aumento. La organización se va asentando. La Biblioteca tiene cada vez más lectores; pero, minucioso y honesto, se queja de que muchos jóvenes, en vez de ir al colegio, “pasan las horas muertas distraídos con la lectura de novelas frívolas y de versos insubstanciales”. Generoso, ha cedido el departamento que le corresponde, al anciano coronel Odriozola, su antecesor, aceptando ocupar otro pequeño e incómodo, en el que vive con su familia, al que sólo agregará dos habitaciones al suprimirse el cargo de sub-director.

No se dedica únicamente a la instalación de anaqueles y a rehabilitar las salas, como esa de *los cuatro sietes*¹ convertida en caballeriza por la invasión ingrata; ha organizado también una valiosa pinacoteca. Forman parte de ella los cuarenta y cinco retratos de gobernantes y virreyes del Perú y están allí las obras de Lazo y de Merino, *Los funerales de Atahualpa*, que solicita se traslade a lugar más adecuado; y hay un retrato de La Mar, por Merino; y el Gamarra, de Monvoisin; y el de Castilla, de Manuel María del Mazo; y el de Prado, de Bledronsky; y el Cáceres, de Julián Oñate; y el José Olaya, del mulato Gil; y ese don Miguel del Carpio —el Mecenas de la adolescencia— pintado por Francisco Lazo; y el de Francisco Masías, por Merino; y el de aquella actriz italiana, Luisa Marchetti, por Madrazo; y una *giganta* y una *enana*, ecuatoriana la última, conocida como la Baltazara Durango; y el Pancho Fierro, de Nicolás Palas; y *La venganza de Cornaro*, que no se sabe si es el asesinato del Duque de Guisa; y todos los demás Merinos que ha podido salvarse, los ángeles, los Cristos, *Mefistófeles*, *La loca*, el *Retrato de una cocotte*, *frailes*, *El usurero*, *La mano de Carlos V*. Y están los de Lazo, con su *Santa Rosa*, encantadoramente arbitraria; y retratos de incas y santos; y el panorama de Lima, de Tasset, *Salomé*, *Lucrecia*, *escenas flamencas*, *La peste de Milán* y esculturas de indios y los bustos de Merino, de Salaverry y de Castilla².

Se queja, igualmente, de que lectores sin escrúpulos arran-

¹ Se llamaba así porque fueron 7.777 los volúmenes legados por Fuentes Pacheco, un magistrado peruano, antes de la ocupación chilena.

² En 1892, gracias a su iniciativa, se trasladará la Galería de Pintura al Palacio de la Exposición.

quen los grabados de los libros y páginas de texto, y prohíbe que los incunables, elzevires y demás libros notables por su antigüedad, lujo de edición o rareza “sean puestos en manos de los que concurren por pasatiempo y no por manifiesto amor al estudio... Así se va impidiendo que sean sustraídos... y que sólo en mi despacho y bajo mi personal vigilancia son examinados”.

En 1890, por primera vez, se procede a la catalogación, que comienza con el salón *América* y que no es, según él, sino un modesto inventario de librería. En el salón *Europa*, la colección de elzevirianos alcanza a 69 y la de incunables a 36. Se ha instalado el servicio telefónico. Hay un nuevo reglamento y la atención al público, que era antes sólo en las tardes, ahora es de 9 a 11 y de 2 a 5.

La tarea es ardua; pero para todo le alcanza el tiempo. Le admiran, le consultan, tiene fama en todos los pueblos del idioma. Desde 1886, ha sido incorporado a la Real Academia de la Historia; en cambio, la Peruana de la Lengua, recién fundada¹, no da señales de vida, está “en peligro de muerte”, con palabras del secretario perpetuo, que continúa escribiéndole desde Madrid, y de quien el mexicano Riva Palacio, apenas llegado a la villa del Oso y el Madroño, le dice: “Aquí en la Academia en los días de sesión y en algunas otras partes veo a Tamayo y Baus y hablamos de usted... Es un hombre de un corazón muy noble, de una inteligencia muy clara...”; y en otra: “Los reaccionarios, los ultramontanos rabiosos, están en un período de excitación creyendo que las cosas del mundo pueden volver atrás. El Jubileo del Papa les ha sacado de juicio y tienen por segura la reacción y la vuelta, si no a los tiempos de Felipe II, sí al menos a los del virreynato de principio: de este siglo... Las noticias que tengo de México me desalientan mucho porque ha entrado allí una fiebre de toros, contagio de esta tierra, que según me escriben es tal, que sólo en la ciudad de México hay ¡seis plazas! ¡Diga usted qué se puede esperar de esto!”

Sin embargo, la actividad literaria no decae en la capital azteca y Francisco Sosa, Justo Sierra, Gutiérrez Nájera, le solicitan “una tradición inédita” para la revista que proyectan publicar, expresándole Sosa que “admira la fresca y vivísima entonación de sus últimos trabajos”. Juan de Dios Peza le declara: “Es usted un estilista brillante; no rebusca, no imita, no copia, y por esto lo suyo tiene y tendrá vida propia en todas

¹ La Academia Peruana, correspondiente de la española, se instaló el 30 de agosto de 1887, sesionando una vez al mes en la Biblioteca Nacional.

las partes en que haya lectores"; y Rubén Darío, que está en Guatemala, le dirá: "Puede usted todavía plantar, juega jugando, otros muchos laureles en su jardín".

Pero nadie es profeta en su tierra y don Guillermo E. Billinghurst, que será presidente del Perú, reflexiona desde Iquique: "¿Recuerda usted aquella sátira del *Punch* respecto del carácter inglés y francés y español? Simulaba el *Punch* tres palos ensebados. Con un magnífico premio en la cúspide de cada uno de ellos. En el primero, se veía a un inglés trepando, ayudado por sus paisanos, que lo empujaban de los pies para que pudiera alcanzar el premio; en el segundo había un francés subiendo con gran dificultad; sus paisanos lo contemplaban con las manos en los bolsillos; en el tercero había un español, que gracias a su agilidad estaba a la mitad del camino; pero sus paisanos lo sujetaban de los fundillos para traerlo abajo. He ahí nuestro carácter: el de los españoles". Coinciden con esta curiosa apreciación, que se repetirá tantas veces, las frases de José Toribio Medina, el historiador y bibliógrafo chileno con quien cultiva una amistad que durará hasta la muerte de Palma. "No me imaginaba ni por un instante —comenta— que sus compatriotas le tratarasen a usted como me escribe; sin embargo, ni la guerra que le hacen a usted ni la envidia que le tienen me sorprende, porque éstos son defectos inherentes a la raza de que descendemos y a la educación que recibimos. En América sucede al revés de lo que en otros pueblos... cuando alguien se distingue parece que los demás toman a empeño detenerlo, si es posible humillarlo, no perdonándole jamás que su superioridad, cualquiera que ella sea, aparezca ante el país o fuera de él".

Por eso, al mismo tiempo que en el Perú alguien pretende negar la obra del escritor dignísimo, las más indiscutibles autoridades de la crítica y de la literatura del mundo hispano le consagran. Y ese prestigio no se limita al grupo, grande o pequeño, de hombres de letras que le prodigan sus elogios. Ha trascendido al pueblo que, en última instancia, es el que consagra. Así, el escritor argentino Navarro Viola, le dará cuenta de una actuación pública en la que Olegario Andrade fué laureado: "El secretario leyó un trabajo en prosa alusivo al acto y en que hacía una enumeración, a mi modo de ver deficiente, de criterio erróneo, de poetas americanos. Al llegar al nombre de usted, el teatro entero prorrumpió en un intenso y prolongado aplauso, manifestando así la simpatía que el pueblo de Buenos Aires le profesa". Y José Joaquín Palma, en carta fechada en Guatemala, en 1889, comunícale: "¡Si viera cómo lo

quieren a usted y lo admiran en Guatemala y en todo Centro América!”

M. A. Pelliza, subsecretario de Relaciones Exteriores de la Argentina, protesta diciéndole que “mientras toda la América se hace lenguas en su elogio, por ahí, en el país de las huacas se le considera en líos con aprendices y escritorcillos de menor cuantía diciendo: hay muchos Palmas en el Perú, como si se dijera que había muchos Cervantes en España”. Leopoldo Díaz le considera el más estimado y el más conocido de los literatos americanos. Y José Asunción Silva, desde Bogotá, le declara su admiración sin reservas.

Las *Tradiciones* corren de mano en mano por el continente. Bartolomé Mitre lo juzga como “un libro americano que quedará, como honor para la literatura de su país y gloria de su autor”, porque admira en la prosa del peruano “a más de su mérito intrínseco, el poder refranescos de su estilo, que incorpora al lenguaje familiar, modos de decir originales, que siendo castizos toman bajo su pluma fácil y galana cierto carácter americano, formando cadenas de refranes que se suceden, como oraciones que encierran ideas”.

El mismo Palma ha definido varias veces las características del género que ya tiene en América tantos imitadores. “La historia —aclara— es una dama aristocrática y la tradición es una muchacha alegre”. En carta a Pastor Obligado, completa así su pensamiento: “La tradición es romance y no es romance; es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y regocijada; la narración rápida y humorística. Me vino en mientes platear píldoras y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme en escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algo, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal que sea; mucho de esmero y pulimento en el lenguaje; y cata la receta para escribir tradiciones”. Alguna vez las ha definido como “novelas en miniatura, novelas homeopáticas”; a Robinet le dirá: “Yo no invento: copio. Soy un pintor que restaura y da colorido a cuadros del pasado”; y a Larco Herrera: “La tradición no es, precisamente, historia sino relato popular; y ya se sabe que para mentiroso el pueblo”. Parece que, como en el afán de los románticos franceses por explicarse a sí mismos el sentido de su escuela, Palma no da una definición precisa, o da muchas, del género que le ha conquistado tanto renombre. Acaso quien lo define mejor es Ricardo Rosell, su discípulo, a quien cedió el honor de ser ofendido en el discurso de Prada, y que decía: “Con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad, hilvana Palma una tradición”.

Pero ya sea romance o historia, ficción o verdad lo que escribe, la labor del tradicionista, pese a sus detractores, tiene resonancia en todo el ámbito hispánico. No sólo desde el punto de vista literario sino en cualquiera de sus iniciativas. No hace mucho, su refutación al padre Ricardo Cappa ha provocado nada menos que una verdadera agitación popular. Con un ardor digno de mejor causa, justo es reconocerlo, ha arremetido contra el autor de la *Historia compendiada del Perú*, en la que el sacerdote de la Compañía de Jesús no ha sido, es cierto, muy generoso en sus apreciaciones sobre los hechos y personajes de la independencia americana; pero la sanción ha sobrepasado con exceso a la magnitud del delito. Si el padre Cappa, opinan las personas de más sereno juicio, pecaba contra la verdad histórica, era suficiente con la enérgica rectificación al historiador. Palma ha abierto el fuego desde las columnas de *El Nacional* y sus artículos provocan una resonante reacción ciudadana. Hay manifestaciones callejeras en Lima y Callao. Se habla de crisis ministerial porque el gabinete se opone a la expulsión de los jesuitas. La prensa se divide en dos bandos. La tormenta se extiende por todo el territorio de la república. Por fin se reúne el Congreso y la votación es desfavorable a los soldados de Ignacio de Loyola, a pesar de "la influencia de las faldas", como apunta el tradicionista, y de que "la mujer, en mi tierra, es omnipotente". Por los últimos meses de 1886, a consecuencia de los errores de apreciación histórica del padre Cappa, los jesuitas comienzan a abandonar el Perú.

Cuatro años más tarde, vuelve Palma a ocupar la atención pública cuando todavía se escuchan las protestas por el atentado de los pradistas. Y esta vez, como las anteriores, como casi siempre, la almendra del conflicto tiene sabor patriótico. En la ceremonia de la colocación de la primera piedra de un monumento al general San Martín, don Ricardo ha solicitado permiso para hacer uso de la palabra. Después de los discursos programados, Palma lee unos versos, como *homenaje de un soldado de la patria vieja* al Capitán de los Andes, donde dice:

*Que pueblos que con hazañas
rompieron la argolla ibérica,
para baldón de la América,
se arrancaran las entrañas
y resucitara aleve
con insidia antes no vista,
el derecho de conquista
en el siglo diecinueve!*

La directa alusión al conflicto con Chile provoca la protesta de su Ministro Álamos, pidiendo que se desautorice la palabra del escritor. El asunto va hasta el Consejo de Ministros y alguien sostiene que la única manera de satisfacer a Chile es decretando la destitución del Bibliotecario. No prospera la iniciativa y se resuelve enviarle una nota de severa reconvención comunicándole el desagrado del Presidente, "que no es cierto, relatará Palma a Cisneros, pues cuando acabé de leer mis versos Cáceres sonrió y me hizo una inclinación de cabeza que revelaba complacencia"; pero se prohíbe a los periódicos publicarlos.

No llega la sangre al río y sí, entre numerosas adhesiones, algunas que proceden de la misma nación ofendida. El poeta chileno Eduardo de La Barra le expresa: "Leí sus versos sin sentirme afectado en nada: me pareció que era un desahogo natural en un peruano. . . No comprendo bien por qué Benicio Álamos, que es un hombre muy discreto, elevó ese incidente casero a la categoría de una reclamación diplomática. . . y lo que no atino a comprender es que el gobierno peruano haya prohibido a la prensa de su país la reproducción de esos versos. Contra eso me levanto porque los fueros de la prensa libre son universales".

Hay una conocida carta a Vicente Barrantes, de esta misma época, algunos de cuyos párrafos conviene recordar por su valor de autocrítica y porque dan una idea del profundo conocimiento que tiene de sí mismo el aplaudido y, alguna vez, injustamente zarandeado escritor. Responde en ella al exigente crítico que, desde Madrid, ha emitido sobre su poesía conceptos que obligan a don Ricardo a puntualizar: "Mis versos no me habrían dado ni la popularidad de que gozo, en América, ni abíertome, de par en par, en España, las puertas de dos Academias. Mi nombre es hijo de mi prosa. No soy modesto; porque, tengo para mí que, casi siempre, la modestia es hipocresía. . . En *Verbos y Gerundios* y en *Nieblas*, buena o mala, creo tener faz propia. Mi idiosincrasia literaria es humorística, y quizás algo volteriana. ¿Por qué condena usted el *humorismo*? En mí no es *manía de moda* la que está en mi organización. No puede ser escritor cabal el que amolda a un cartabón. Imitar es no tener luz propia. En mis cuatro primeras colecciones de versos (excluyo las traducciones) yo soy todos y no soy yo. . . En *Verbos y Gerundios* y en *Nieblas*, yo soy yo, con todas mis extravagancias y defectos, sin galas prestadas; soy el ave que vuela por cuenta propia, aunque apenas alcance a remontarse algunos metros del suelo, y sin aspirar a perderse en las nubes".

Tiene esta carta un extraordinario interés. Escrita a las puertas de la senectud acusa una claridad de pensamiento, un equilibrio, una serenidad de juicio que sorprenden. Ningún criterio ha sido más exacto intérprete de la obra de Palma que el propio Palma; ni más severo y honrado; ni más penetrante y ágil. “Mi estilo —dice en otro párrafo— es exclusivamente mío: mezcla de americanismo y españolismo, resultando siempre castiza la frase y ajustada la sintaxis de la lengua”. Suponer que ésta es una apreciación vanidosa sería no conocer a Palma. Nadie fué más modesto ni más exigente consigo mismo; pero tiene plena conciencia de la obra que ha realizado y no exagera sus valores ni se otorga inmerecidos títulos. “Señáleme usted —insiste— siquiera veinte frases más anti-castizas o siquiera anti-gramaticales, una docena de palabras (salvo las subrayadas de origen americano) que no sean rigurosamente españolas o usadas por los escritores considerados como autoridades en lingüística y rompo la pluma y me dedico a coser zapatos. . . Para mí una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo paciencia de benedictino para limar y pulir la frase. Es la forma, más que el fondo, lo que las ha hecho tan populares”.

Difícil es resistir a la tentación de transcribirla íntegramente, porque esta carta es un verdadero retrato, el mejor de todos, de este hombre a la par combativo y tolerante, a pesar de que la dura brega comienza a hacer sentir sus efectos. Alejado de la política, su temperamento beligerante le traiciona, aunque se haya jurado a sí mismo “ver los toros desde la galería”. Cisneros está enfermo también; pero mucho más enfermo. Le han aconsejado viajar a Francia a hacerse tratar por Charcot. Palma se apena y se preocupa por su viejo camarada. Cisneros irá a París; lo verá Charcot; volverá desahuciado. En el grupo de sus amigos se comenta a media voz los avances del mal que amenaza la vida del poeta-académico. Lavallo visita diariamente a Palma en la Biblioteca o éste va por la noche a charlar a su casa. Luis Benjamín es apenas cuatro años menor que él y ya la parálisis se ensaña contra el poeta de *Aurora Amor* y la *Elegía a Alfonso XII*, el hijo de Isabel II, muerto a los veintiocho años en el Real Sitio de El Pardo. (El Conde de Guaqui escribirá: “Los temores del cólera y últimamente la inesperada y nunca bastantemente llorada muerte del rey, me han tenido, como puede usted imaginar, sin gusto para nada”). También en América, si no fallecen reyes, reina el cólera. Ha habido cuarentena de vapores. Entre Santiago y Valparaíso ha hecho cuatro mil víctimas y el mayor número de ellas, según se asegura, por su afición a la sandía. En vano las municipalidades hicieron destruir las plantaciones. El pueblo ha

seguido cultivándolas y comiéndolas y, como es lógico suponer, ha seguido muriéndose. Otro tanto ha sucedido en Buenos Aires. Afortunadamente, “el viajero del Ganges”, como le llama Palma, no ha venido a visitarnos. Ni la fiebre amarilla que hace estragos en Guayaquil. Pero nos ha visitado, en cambio, Don Carlos de Borbón y la sociedad peruana se ha mostrado cortés, aunque sin desbordamientos, con el ilustre huésped. Palma ha conversado largamente con él. “Al que viene a mi casa —escribirá a Riva Palacio— no le pregunto si es o no mi correligionario; ni si piensa y siente como yo pienso o siento. Me basta con que un hombre traspase los umbrales de mi casa para brindarle un asiento y un cubierto en mi pobre mesa”.

Muchas otras cosas han sucedido. Al general Iglesias no le permiten desembarcar en el Perú. Juan de Arona ha provocado una división en el seno de la Academia. Al general Iglesias le han permitido, finalmente, volver. La Academia funciona irregularmente, se le acaba la cuerda, no funciona. Los académicos disputan entre sí, viajan, son nombrados ministros, no hay *quorum*. Le han propuesto a Palma la Secretaría de la Legación en Madrid, que no ha aceptado, porque “soy pobre y la renta de Secretario (3.500 fuertes) no me alcanzaría para vivir decorosamente en España con mi familia”. Pero el proyecto no deja de ser tentador. Recorrer la península. Vigilar una edición de las *Tradiciones* que Montaner y Simón le propone desde Barcelona. Abrazar a sus colegas, a los que no creen que es tiempo de emprender el camino de la tumba. Olvidarse un poco de las desazones de pueblo-chico-infierno-grande y no pensar que las letras deben dar, necesariamente, honra o pan. Además, las fiestas del cuarto centenario de Colón serán espléndidas. La idea de ese viaje ocupa con insistencia su vigilia. Pero Santa María de la Rábida tiene un serio competidor: la exposición de Chicago. Estados Unidos comienza a interesarse, de manera práctica, por sus vecinos de más allá del Río Grande. No es posible seguir viviendo sólo en teoría de la frase de Monroe. Es preciso eliminar del hemisferio toda influencia europea. Palma ha sido designado miembro del comité organizador de la concurrencia del Perú a Chicago. Por un momento parece que el viaje a España no pasará los territorios del sueño. “La penuria fiscal de mi tierra y más que ella la pequeñez de los hombres de Gobierno —dice en enero de 1892— hacen que hasta ahora nada se consiga a favor de la Exposición. . . Grandes esfuerzos hicimos porque. . . comprara unos tejidos notabilísimos encontrados en una de las islas del Titicaca; pero todo en vano. Nos empeñamos en que se comprara una preciosa colección de huacos, y tampoco alcanzamos éxito. . .

Recelo que el Perú brille por su ausencia en la Exposición hispano-americana”.

El presidente Morales Bermúdez tiene muy serios asuntos que atender y no puede atribuirse a mezquindad o apatía su desinterés por el cuarto centenario del Descubrimiento. Parece que se obstinara en ser fiel a las palabras de su primer mensaje que, si no constituyen un efectivo programa de gobierno, revelan cierta filosofía práctica y simple: “Muy poco que innovar, mucho que cumplir, cuidando escrupulosamente que el dinero del Estado pase sólo por manos honradas . . .”¹. “De figura arrogante, su carácter era modesto y hasta huraño. El Congreso le dió el grado de General y él vetó la ley. En los días de verano se le veía sentado en una banca de la Plaza de Armas acompañado por su ayudante. No le gustaban las visitas y se hizo famosa su frase, entre recelosa y cansada, cuando le anunciaban a alguien: “¿Qué que-rrá?” Para él, gobernar fué conservar el orden”.

Lo ha conservado, con pasajeras alteraciones, el sucesor del general Cáceres, que es Ministro del Perú en Francia e Inglaterra, desde donde no pierde de vista el despacho presidencial. Pero los dineros del Estado, a pesar de sus pródigos administradores, no permiten excederse en los gastos y de poco sirve, pensará el escritor, que haya “paz afianzada en mi tierra”, si no es posible enviar un representante a las fiestas de Colón.

Ya es asunto de amor propio, de palabra empeñada con sus colegas de la Academia. Hace unos meses, le ha dicho Tamayo: “Cumpla usted su propósito de venir a España con motivo del centenario del Descubrimiento de América y veámonos las caras en este mundo”. Insiste, renueva las gestiones, se interesa con el Ministro español; pero al presidente no le gustan las visitas y la penuria fiscal es razón definitiva e inapelable. Sin embargo, Morales Bermúdez es hombre comprensivo y, en el mes de julio, don Ricardo puede escribir a Riva Palacio: “Al fin voy a tener la satisfacción de dar a usted un abrazo en verdad, ya que tantos le he dado en espíritu. En la primera quincena de setiembre me tendrá usted en Madrid. Mi gobierno me ha investido con las prerrogativas de Ministro Residente y el cargo de Delegado del Perú a los congresos Americanistas, Literario y Geográfico. Me acompaña en el viaje mi hija Angélica, chiquilla de trece años. Comprendo que va a servirme de embarazo para viajar pero ¿qué hacer? Ella ha querido acompañarme y soy tan padrazo que he cedido”.

¹ BASADRE, *ob. cit.*

“DE LAS ACADEMIAS, LÍBRANOS SEÑOR...”

Por mediados de 1892, la familia Palma-Román está completa. Es verdad que ha muerto Cristián, de una meningitis, a los diez meses de nacido, durante la breve estancia veraniega de hace dos años en el Callao; pero la cuna vacía ha venido a ocuparla Renée. Con ella son otra vez seis los hijos. Clemente es el mayor y le siguen Angélica y Ricardo; Vital, Augusta y la recién nacida integran el grupo familiar.

El viaje a España alborota la casa. Preparar el equipaje es tarea en la que todos intervienen. Angélica, la “literatilla de trece años”, es la más excitada y bulliciosa. La idea de acompañar a su padre tiene para ella todo el sabor de una aventura. Dispone, organiza, cuenta los días que faltan, mientras la madre reparte su cuidado entre el afanoso preparar de las ropas y la atención de Renée, que no tiene seis meses todavía, y la de Augusta, de apenas cuatro años. Pero el pequeño Ricardo no ve con buenos ojos los preparativos. Si Angélica viaja, ¿por qué no han de llevarle a él? No dará ninguna molestia, se lo ha prometido al autor de sus días y éste, complaciente y “padrazo” una vez más, ha accedido a sus ruegos. Después de todo, serán tres los delegados al Congreso de Americanistas.

Una mañana invernal, nublada, de sutiles garúas, doña Cristina los verá partir del Callao en el vapor *Cachapoal*, rumbo a la calurosa Panamá. El viaje es pesado, lento, incómodo. Hay que atravesar el istmo, entre vegetaciones tropicales, en un moroso tren, para tomar un barco al otro lado, en las turbulentas aguas del Caribe. Ahora es el vapor *Pará*, cuyo nombre recuerda a don Ricardo la efímera peripecia consular de su primer viaje a Europa. Atravesar el Atlántico. Detenerse en Jamaica y en Barbados. Llegar a Cherburgo. Respirar otra vez el aire viejo de París. Aquí, en la *rue Laffitte* y en la *Cité Bergère*, en charlas inolvidables, Gonçalves Días le inició en el conocimiento de la grácil poesía de Heine, el ruiseñor alemán que hizo su nido en la cabeza de Voltaire, sus dos modelos, sus legítimos maestros.

Del primero tradujo los versos mientras seguía sus huellas; del segundo, la sonrisa y el espíritu. Gonçalves Días, como Corpancho, pereció en un naufragio cuando volvía a su patria. Palma debe recordarlo ahora que camina con sus dos hijos por las historiadas calles, como recordará a Luis Benjamín Cisneros que, no obstante su quebrantada salud, se ha quedado reemplazándolo en la dirección de la Biblioteca.

Una rápida visita a Biarritz y ya están los tres Palmas pisan-do tierra española en la frontera de Irún. Las formalidades aduaneras son exigentes en extremo. De nada valen las credenciales del escritor. Es necesario revisar cuidadosamente el equipaje.

—¿Tengo, acaso, aire de contrabandista? — preguntará Palma exasperado.

Las autoridades son inflexibles. Luego de violento cambio de palabras, Angélica y Ricardo escucharán decir a su padre:

—Me vuelvo al Perú; ¡pero no permito que abran mis maletas!

No es para tanto, en verdad; pero es preciso esperar en San Sebastián órdenes de Madrid. Pocos días después, autorizado el libre tránsito, los viajeros se han detenido en Burgos. No puede faltar en el itinerario la legendaria tierra del Cid. Se vive aquí en pleno siglo xiv, apuntará Palma, mientras Ricardito contempla asombrado el *papamoscas* y Angélica escucha el relato de la batalla de las Navas de Tolosa, ante el estandarte del rey que guarda la Basílica. Y verán las tumbas del Campeador y de Jimena, en la casa del Ayuntamiento, y la estatua de San Bruno, en la Cartuja de Miraflores, donde hay dos frailes bolivianos y uno de Colombia. Está aquí también la primera vara de medir que se adoptó en Castilla y un retablo dorado con el primer oro traído por Colón a España, anticipo del clima que regirá las fiestas motivadoras del viaje de Ricardo Palma y sus dos vástagos.

¿No fué don José Zorrilla el más puro ejemplo para los románticos? ¿No escribió Corpancho *El barquero y el virrey*, sobre el modelo exacto de *El zapatero y el rey*? ¿No copiaba su peinado, como si no le bastara con imitar sus versos? El mismo Palma confesará que debe al autor de *Don Juan* hasta su clara caligrafía. Por eso, al llegar a Madrid, buscará de inmediato esa casa de la calle de Santa Teresa, “donde en el último piso, es decir, vecino al cielo”, vive el padre espiritual de la bohemia de 1848. No le ha encontrado; pero, al día siguiente, recibirá en el Hotel *Universo* su visita. Está viejo, casi decrepito; vive una existencia retraída y austera; tiene pocos amigos. Dirigiéndose a Angélica, le ha dicho:

—Excusa, hijita, que conserve el sombrero y que te hable de tú, como si fuera tu abuelo.

Don José padece de unos tumores en el cráneo, como si pagara las culpas de Don Juan, que le obligan a no descubrirse:

*Enfermedad ridícula, nativa, hereditaria,
no menos dolorosa ridícula por ser,
condéname ha tres años a vida solitaria. . .*¹.

Bien distinto es el acento al de los gallardos octosílabos del *Tenorio*; bien otro es el poeta; ¡qué cambiado está el prócer! Razón tiene Palma cuando dice que habita vecino al cielo porque, unos meses después, el hombre que no sabía hacer más que versos, verá abrirse la puerta que lo conduce a una vida mejor.

Otros encuentros importantes le esperan. Cánovas del Castillo, “el más demócrata de los monarquistas”, primer ministro de la Regencia; Castelar, a quien González Prada ha llamado el “tambor mayor del siglo xix”, sin advertir que ambos poseen una voz aflautada, aunque el nuestro se cuida bien de que otro pronuncie sus discursos; y conocerá también a Campoamor, que es el reverso de la moneda porque no habla nunca, cree en Dios *porque sí*, y no lee ni estudia, porque dice que a Menéndez y Pelayo le tiene encomendado que lo haga por los dos. “Cuando me hace falta aprender algo se lo pregunto al sabio por excelencia, y trabajo hecho”².

En la librería de Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo, se encontrará con el poeta de las *Doloras* y allí estarán también Manuel del Palacio, Eugenio Sellés, Alcalá Galiano, Ricardo de la Vega, Joaquín Dicenta, Núñez de Arce que ha puesto unos versos en el álbum de Angélica; y conocerá a Balaguer, el poeta catalán, y abrazará a sus compatriotas, el Conde de Cheste, hijo limeño del virrey Pezuela, y don Joaquín José de Osma, que fuera presidente de la Cámara de Diputados y ministro durante el gobierno de Echenique y que desde hace treinta años reside en Madrid. Pero, sobre todo, hablará con Riva Palacio, y se verán las caras en este mundo Ricardo Palma y Manuel Tamayo y Baus.

Pocos días le quedan para frecuentar a sus amigos madrileños. Un par de semanas no son suficientes para contarse todo lo que tienen guardado. Ha hecho más de una visita a la Academia, en la vieja casa de la calle Valverde; pero les espera Santa María de la Rábida, la pregonada celebración del cuarto centenario del Descubrimiento de América. Ya habrá tiempo después para rea-

¹ PALMA, *Recuerdos de España*.

² *Ibid.*

nudar la interrumpida charla. Y el 6 de octubre, muy temprano, después de veintidós horas de tren, que cubren 683 kilómetros desde Madrid —poco más de treinta por hora— llegan a Huelva los delegados al Congreso de Americanistas.

Huelva se ha lavado la cara para recibirlos. Elevada a la categoría de ciudad por don Alfonso XII, comienza a despertar a la vida mercantil con la explotación, por una compañía inglesa, de las minas de cobre de Río Tinto. Las paredes encaladas relucen bajo los oros del tibio sol otoñal. Don Ricardo y sus hijos —tres niños, en realidad— han corrido esa misma tarde a visitar las carabelas. Allí están las admirables réplicas de *La Pinta*, *La Niña* y la *Santa María*, balanceándose suavemente, como si quisieran, ellas también, salir a descubrir escondidos mundos. No cesan de hacer preguntas Angélica y Ricardo:

—¿Cuál es, papá, la capitana?

—¿Cuál fué la primera que divisó la costa?

—¿Dónde iban los Pinzones?

Palma repite la historia. Allí, en la mayor de las tres, estaba el Almirante. Y en esa otra, en lo alto, encaramado, Rodrigo de Triana, el hombre que gritó ¡tierra! Cruzar el mar desconocido, atravesar la sombra y el misterio en esa pequeña cosa apenas grávida sobre las lentas aguas del río...! Las gentes de Huelva no podían creerlo; las mujeres habían agotado ya sus oraciones y sus lágrimas cuando volvieron sus hombres con los ojos llenos de lejanía. Palma y sus hijos —tres niños, en realidad— se han quedado un momento pensativos.

A la mañana siguiente, más de trescientos americanistas han salido en tres barcos, como otras tres carabelas, rumbo a La Rábida. Poco más de una hora de viaje y ya están los delegados encaminándose al convento franciscano donde habrá de realizarse la primera sesión. En la sencilla iglesia está la blanca imagen de mármol de Nuestra Señora de los Milagros, trabajada por el evangelista San Lucas, según dice la leyenda, y donación del Papa Macario, a principios del siglo iv, al monasterio. Recorrer el claustro. Visitar la celda del guardián, fray Juan Pérez, patrocinador de la empresa del Descubrimiento. Pedir unas reliquias para los encargos de Lima. Y ya en el patio mudéjar, que ahora se llama de Isabel la Católica, tomar asiento entre los congresistas, porque los acordes de la marcha real anuncian que llega el jefe del Gobierno, don Antonio Cánovas del Castillo, a presidir la ceremonia.

Hay sonoros discursos en esa hora de España propicia a la elocuencia, hora de Castelar y la voz de sirena de don Cristino

Martos, instante en que la oratoria alcanza sus más impresionantes registros. La palabra de Cánovas, por contraste, es "reposada y razonadora", según apuntará el tradicionalista en sus recuerdos. "Ni cautiva ni entusiasta por la forma artística y el lujo de imágenes como la de Castelar; ni es tan afluente y rápida como la de Moret, para quien no hay taquígrafo que lo alcance después de cinco minutos; ni tan culta, concisa y elegante como la de Canalejas; ni se impone como la de Salmerón; ni hiere la conciencia *con la frialdad del acero* como la de Pí y Margall; ni seduce con el poético desaliño de la de Echegaray... [*pero*] como orador político y parlamentario, es uno de los más notables, quizá el primero que posee España"¹.

Es breve esta primera sesión y se sienta un acta de ella, donde quedan establecidas las primeras normas para un efectivo restablecimiento de las buenas relaciones espirituales y culturales entre España y América. A la sesión seguirá un almuerzo donde reiterados alardes oratorios se mezclarán con las burbujas de las copas; y en el aire todavía las palomas de los encendidos aplausos, allá se irán los congresistas, en hilera interminable de carruajes, a Palos de Moguer, poco más de un kilómetro de polvo que no incomoda, que se disculpa, que se deja pasar, porque se alza como una nube gloriosa sobre los propios caminos que pisó el navegante inmortal. Allí está la capilla de San Jorge donde él y sus marineros alucinados oyeron una misa que bien podía haber sido la última sobre tierra de España; y la imagen de la Virgen donde pusieron sus ojos mientras decían torpes rezos mal sabidos. Allí está el primer paso de la aventura. Angélica y Ricardo, de la mano de su padre y exhibiendo las tarjetas de delegados —¿y por qué no?— que han recibido, para poder entrar y salir, siguen con religioso silencio el discurso erudito del cicerone. Inquieren en voz baja, se arrodillan y, como los marineros, rezan. Cuando retornan a Huelva, les parece que llegan de otro siglo.

Hay baile en la noche, en el hotel *Colón*, donde, muy a su pesar, no podrán ir los niños. La esquila de invitación advierte a las muchachas llevar mantilla y una flor en el pelo. Palma las mirará a todas con un fugaz asomo de nostalgia. ¿Piensa en el baile de la *Victoria*, allá en sus años piropeadores en tiempos de Echenique? Las verá bailar unas *sevillanas*. ¿No tiene aquélla los ojos de Teresa? Él tenía veinte años y lo esperaba un barco... ¡Qué lejanas las épocas en que un madrigal a tiempo lo arreglaba todo! Pero esta noche es académico

¹ PALMA, *ibíd.*

de la Lengua y de la Historia, delegado a un congreso con categoría de Ministerio, va a cumplir sesenta años, y mañana, a las nueve, continuarán las sesiones.

El temario —como ahora se dice— es nutrido. Hay gentes de todas partes. Y todas, como es natural, tienen algo que decir. Las señoras desempeñan un papel importante. Hay condesas rusas, geógrafas de Berlín, arqueólogas norteamericanas, escritoras francesas, una institutriz y algunas españolas. Se habla del calendario azteca y don Ángel Justiniano Carranza, argentino, en la sesión que preside Ricardo Palma, lee un interesante trabajo sobre los viajes de Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata. Nuevos banquetes, bailes, discursos; se designa a Estocolmo para próxima sede y llega el día en que los congresistas se dirigen al muelle a recibir a la reina que viene a declarar clausurado el congreso. Pasa el *Venadito*, vapor de guerra que trae a la real familia. Hay salvas ensordecedoras. “El estrépito de los cañones —relatará después don Ricardo— afectó seriamente la delicada salud del rey niño”. Catorce años más tarde, el día de su boda, el atentado anarquista traería tal vez a su recuerdo la estruendosa recepción de Huelva. Y un extraño frío recorrerá la piel de Alfonso XIII.

Clausurado el congreso, doña Cristina agasaja con un té a los americanistas. Hay mil cuatrocientos invitados. La Regente viste un sencillito traje color violeta; luce, por toda joya, un riquísimo brillante en la garganta; en su peinado no parece haber intervenido la mano del peluquero. “Allí admiramos los republicanos de América —sigue diciendo Palma— la flexibilidad de la espina dorsal en los súbditos de una monarquía”. Al día siguiente se inaugura un monumento conmemorativo en La Rábida; “pero yo, que evito ocasiones de hacer gimnasia con la cintura, tomé el tren para Sevilla, cumplida como quedaba la misión con que, para el Congreso de Huelva, me honrara el gobierno de mi patria”.

“Son las doce de la noche —escribe Palma el 12 de octubre, desde Sevilla, a José Antonio Miró Quesada—, hace cuatro horas que he llegado de Huelva, después de clausurado el Congreso Americanista, y no quiero acostarme sin escribir a usted cuatro líneas. Mañana seguiré para Granada, estaré en ella un par de días, pasaré luego a Córdoba y llegaré a Madrid el 18, día en que precisamente se inaugurará el Congreso Geográfico.

Para entre los dos le diré a usted que el Congreso america-

nista es muy poco americano y hasta muy poco español. Son los franceses los que en él imperan. Comprendiéndolo así, siete u ocho de los Delegados de las repúblicas se quedaron en Madrid. De buena gana los habría imitado; pero no lo hice porque conozco mi tierra y me habrían allá mordido mucho. Tan se han adueñado los franceses del tal Congreso que en la Junta preliminar de Delegados, tres horas antes de la inauguración, con el pretexto de que es Cónsul *ad honorem*, de una república de Centroamérica, pretendió un francés que se le nombrara para hablar en nombre de la América. En esa Junta sólo estábamos presentes dos americanos: el señor Restrepo, delegado por Colombia, y yo. No nos correspondía decir una palabra por delicadeza, esto es, para que no se creyese que aspirábamos. El señor Zaragoza adivinó nuestro disgusto y dijo que eso no podía ser, y que era yo el llamado a hablar en nombre de América. Lo apoyó el señor Fabié, presidente de la Junta, colmándome de piropos; y aunque yo decliné esa honra en Restrepo, tuve que aceptar.

En la elección de las presidencias honorarias el partido francés, que estaba en abrumadora mayoría, sólo acordó cuatro presidencias a los americanos. Afortunadamente, el Perú no resultó desairado; pero sí la república Argentina, pues no confirieron a su Delegado ni una vocalía.

Espero que mi patria esté satisfecha de mí. Dejo en España, sin fatuidad sea dicho, bien puesto el nombre peruano. Así en la Rábida, como en la sesión que me tocó presidir, escuché aplausos, y la prensa al publicar extractos me trata bien. ¿Puede exigírseme más?

Los delegados mexicano, ecuatoriano, chileno, uruguayo, dominicano y otros dos más, no quisieron venir al Congreso, por no romper con los franceses. Tuvieron razón. Si hubiéramos estado todos, el conflicto habría sido inevitable.

Le acompaño, como curiosidad, una servilleta de las que se pusieron en el banquete de la Rábida. Lleva el monumento recién erigido.

Haga y deshaga de la correspondencia que le envío. Muy suyo. *Palma*".

Ya habían pasado los Palma una noche en Sevilla, en el viaje a la ciudad onubense. Esta vez tienen más tiempo para comprobar su semejanza con la capital limeña. Verán la Catedral, con el patio de los *Naranjos* y la Giralda; las quince estatuas del *tenebrario*; algo del Alcázar, con el *salón de Embajadores* y el patio de *las doncellas* y el *jardín de la danza* y el *baño de la Padilla*. No está en la fábrica hoy Carmen, la

Cigarrera. Aquélla es la Casa de Contratación —otra vez la evocadora sombra del Almirante— cuyo claustro le trae el recuerdo de su Biblioteca del Perú. Aquí, en el Archivo de Indias, Palma siente que el reloj no tenga cien horas. Y ésa es la *Casa de Pilatos*, igual sólo en el nombre a la de nuestra ciudad de los Reyes. Y aquélla la *Torre del Oro*, voz de coplas en el Guadalquivir. Atravesarán el puente sobre el río en cuyas orillas de álamos y líquenes pidió ser enterrado Gustavo Adolfo Bécquer. Hay rumor de farrucas y fandangos en Triana. ¿Pasó por estas calles Lord Byron? ¿Qué ventana escuchó la deliciosa mentira de Don Juan? ¡Qué pocos son tres días para sentarse en un café de las Sierpes, para mirar la *Puerta de la Carne*, para arrancar adelfas de los jardines de Murillo!

Los viajeros deben tomar de nuevo el tren. Les espera Granada, el patio de *los arrayanes* de la Alhambra, el Generalife, la capilla del Gran Capitán, los gitanos, casi agonía y sombra, del Albaicín. Y luego Córdoba y la Mezquita; y otros jardines y otros patios —¡patios y jardines de Andalucía!— y esa tumba en la capilla de las Ánimas donde duerme su sueño inmortal el Inca Garcilaso de la Vega, “varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas”, el mestizo ejemplar de los *Comentarios Reales*. Palma contempla el epitafio con el hondo respeto que le inspira quien es su adelantado en la tarea de reconstruir la antigüedad peruana; copia con su limpia caligrafía la leyenda completa. “Rueguen a Dios por su ánima”, dice la frase final. ¿No es este nombre un símbolo? ¿No representa lo que somos, en la cultura y en la historia, el hijo del capitán español y de la ñusta? ¿No es el equilibrio, la síntesis, la perfecta fórmula de lo americano? Ricardo Palma no ha venido a la península a escuchar únicamente unos discursos y a alardear con unas credenciales efímeras. Terminado el congreso, cumplido el itinerario, le espera la campaña de Madrid. Caballeresca discusión, es cierto; pero orgullosa de su beligerancia que se nutre de una ideología y de una realidad evidente, vital. La independencia americana, para serlo de manera absoluta, no puede considerarse cumplida en Ayacucho ni consolidada el 2 de mayo en el Callao. El hecho histórico ha cerrado su ciclo; pero falta aún la definitiva liberación espiritual. Es ése el sentido de la contienda en la que Palma se define, una vez más, como el más puro apóstol del ideal americanista. Y es allí donde el escritor representa lo que ese cuerpo venerable, dormido en esa tumba de la capilla de las Ánimas. No renuncia al legado ibérico que sería, más bien, renegar de él; pero quiere, como el cuzqueño, la equiparidad

con el concepto esencial de lo americano. Ni indigenista ni hispanizante, en su credo se confunden lo indio y lo español. Por eso, más que el cuarto centenario de Colón, circunstancia que también puede alimentar el símbolo, le interesa la Academia donde, recién llegado por segunda vez a Madrid, comenzará su batalla por el reconocimiento de los neologismos y americanismos que guarda en su cartera, por su incorporación al diccionario, que es la única batalla que todavía le falta a la independencia.

En una casa de la calle del Carmen viven ahora los tres peruleros. Allí, a un paso, está la Carrera de San Jerónimo —basta bordear la Puerta del Sol donde, a las seis de la tarde, se reúne la tertulia de Fernando Fe. Y allí, próxima también, está la fotografía de Alvich en la que padre e hijo se harán retratar con capa española de grueso paño, que ha empezado a soplar un traidor vientecillo que viene del Guadarrama. El rapaz cumplirá diez años en estos días y tiene en ese retrato prestancia y aplomo de triunfador. Acompaña a su padre en los paseos, y en su charla comienzan a deslizarse unas involuntarias e imperceptibles zetas. La hermana mayor es menos impresionable, aunque ese sombrero y ese cuello de encajes y el diminuto bolso le dan un definido aire de madrileña. Sólo cuando asiste don Ricardo a los almuerzos de Castelar, a los lunes de la Pardo Bazán o a las sesiones de la Academia, los muchachos, irremediablemente, deben quedarse en casa. Épocas de cortesía y *besalamanos*, no faltan invitaciones y compromisos. Don Joaquín José de Osma vive en la Castellana y su coche irá por ellos con frecuencia para llevarlos al *Español*, a la zarzuela o a escuchar a Antonio Vico en los dramas de Echegaray, a quien Palma conociera en Sevilla y con quien asistirá una noche al estreno de *Mariana*. “El teatro ha hecho casi rico a Echegaray —anota el limeño—. Desde 1880 es mal año aquel en que, por derechos de autor no entran en su caja seis mil duros, por lo menos”. Antes de ser dramaturgo fué matemático y, por lo visto, las cuentas siguen saliéndole muy bien. Fué diputado a cortes y ministro. Como orador, es “un tanto descuidado en la forma; pero muy conceptuoso y asaz poético en el fondo”. Ahora es también académico don José y tiene una de las mujeres más hermosas que pasean por Madrid, lo que dará motivo a que esos jóvenes iconoclastas de la nueva generación, envidiosos de su buena fortuna, vulneren con malignos comentarios la integridad conyugal del autor de *Mancha que limpia*. Uno de ellos, que tiene veintiséis primaveras y todavía no ha estrenado, ocupará pronto su lugar. Se llama Jacinto Benavente y es hijo de un

célebre pediatra madrileño. El otro ha nacido en Galicia y formará en la gallarda generación del 98. Su nombre es Ramón María del Valle Inclán. En el anedoctario de ambos el nombre de Echegaray figurará con imprudente insistencia.

¿No resulta apasionante ir a los toros a aplaudir los lances de Mazzantini, el torero de Guipúzcoa que fué jefe de estación y que llegaría a diputado? ¿Y a *Lagartijo*, que después de haber dado muerte a cinco mil reses bravas se retirará el próximo año? La afición a las corridas de toros es uno de los rasgos más característicos en la filiación limeñísima de Palma. Si le dieran a elegir, no cambiaría su delantera por el asiento de las dos Academias. De allí que los sábados de don Juan Valera y los lunes de la Pardo Bazán no sean sino las dos llaves de un paréntesis que guarda un encierro de toros negros. ¿Se hablará de la trágica fiesta en las veladas del erudito creador de *Pepita Jiménez*? Se dan cita en su casa los más pregonados hombres de letras de España y América. Allí están el uruguayo Zorrilla de San Martín y el crítico mexicano Francisco Sosa; Núñez de Arce y Alcalá Galiano; Rubén Darío y Menéndez y Pelayo; Salvador Rueda y el octogenario don Nemesio Fernández Cuesta.

La tertulia termina, puntualmente, a las dos de la mañana; pero el domingo es día de corrida y don Ricardo se despide entre los primeros. Embozado en su capa, caminando despaciosamente, llegará a su alojamiento; irá a ver a los niños en su sueño; revisará sus papeletas lexicográficas; abrirá un libro; se quedará dormido él también cuando suenan unas campanadas imprecisas en el reloj de la Gobernación.

La condesa de Pardo Bazán recibe más temprano. De cinco a siete abre las puertas de su casa doña Emilia. Algunos de los contertulios del sábado se vuelven a encontrar allí. Y asisten, además, la duquesa de Osuna, Blanca de los Ríos, Rafael Altamira, Rubió y Lluch. El ambiente es distinto, aunque no mucho. En el salón de la condesa se respira una atmósfera carlista; pero los temas literarios tienen sitio de honor. Se discute una tarde cuestiones políticas y alguien pide su opinión al forastero.

—“El carlismo —responderá don Ricardo— más que un partido es una secta. La división en que viven conservadores y liberales, con más de un pontífice para cada comunión o partido político, me parece que es lo que vigoriza y mantiene en pie al carlismo, cuya victoria no la creo improbable si continúan anarquizándose sus adversarios”.

Pero el problema político de España no está resuelto —no

lo estará en muchos años— y es fácil equivocarse. ¿Se ha olvidado ya la experiencia de la república del 73?

—“En cuanto a los republicanos —proseguirá Palma— unos, con Pí y Margall, quieren la república federal, dando la omnipotencia al municipio; otros, con Salmerón, la buscan como resultado del libre sufragio popular; unos, con Ruiz Zorrilla, aspiran a que la revolución, más o menos sangrienta, traiga la república; y otros, que son los poetas, los posibilistas de Castelar, la esperan como fruto de contemporizaciones con la monarquía, creyendo que cada reforma liberal que de ella alcanza, es un peldaño para llegar a la eminencia, a la república. . .”

Piensa el escritor que esa falta de unidad ha traído el caos y que, con ser los republicanos mayoría, son más débiles que el carlismo, cuyas fuerzas se mantienen cohesionadas. “Hay unidad en su credo y en la acción —concluye— y en esa unidad veo yo su fuerza”.

Doña Emilia ha abjurado ya de la causa carlista; pero son sus hijos los que mantienen encendido el fuego. A ella le interesa, en esta nueva jornada de su fe política, la monarquía constitucional. Pero la interpretación de Palma de una realidad cambiante, contradictoria, española, ha permitido que se le juzgue, a él, republicano y radical, simpatizante del carlismo. ¿Ha acertado el tradicionalista en su juicio? Tanto como los que, a partir de este momento, le llaman en Madrid, el *carlistón*.

Las tertulias en los salones literarios son, a veces, continuación de lo que se discute en la Academia. No puede ser de otro modo. Palma ha venido a España a estrechar vínculos fraternales; pero ha venido, sobre todo, a discutir. Lo sabía de antemano y por eso trae en su cartera algo así como trescientas cincuenta voces americanas que proponer a la docta corporación. Producto son de muchos años de paciente trabajo, de minuciosa consulta, de estudio sereno y razonado. Ha pedido para lograr su propósitos la colaboración de sus colegas del continente. De México, de la Argentina, de Chile, de Bolivia, le han llegado papeletas conteniendo las locuciones que en cada pueblo ha impuesto la costumbre, voces que tienen un contenido vital, que son insustituíbles, que identifican al hombre americano y que son sangre de su sangre, legítima expresión de una existencia efectiva. El idioma tiene un sentido dinámico, es creación permanente. Las palabras nacen y mueren como los seres vivos, no son piezas arqueológicas, fríos objetos de museo. Y América es un cuerpo en desarrollo, pleno de vigor, responsable de su destino.

No viene, por eso, el escritor a romper lanzas arbitrariamente, por puro espíritu subversivo y de combate. Le asisten razones que respalda una evidencia histórica y no una mera doctrina que puede discutirse, que puede ser buena o no. La soberanía política exige una soberanía del espíritu. El idioma, vehículo principalísimo de la cultura de los pueblos, debe cancelar su período colonial. No se trata de hablar un idioma diferente ni de reemplazar el orden por la anarquía. Nadie más ajeno que Palma a ese propósito. Nadie más ferviente defensor que el tradicionalista de la pureza en el lenguaje, ni más español, en el más generoso y universal sentido del concepto. Pero ninguno tampoco más americano.

Las fiestas del centenario, comprobará Palma con tristeza, sólo han servido para entibiar las relaciones entre estos dos mundos que, en verdad, debieran constituir uno solo. "Los americanos —escribirá— hicimos todo lo posible, en la esfera de la cordialidad, porque España, si no se unificaba con nosotros en lenguaje, por lo menos nos considerara como a los habitantes de Badajoz o de Teruel, cuyos neologismos hallaron cabida en el léxico. Ya que otros vínculos no nos unen, robustezcamos los del lenguaje. A eso y nada más aspirábamos los hispanófilos del nuevo mundo; pero el rechazo sistemático de las palabras que, doctos e indoctos, usamos en América, palabras que, en su mayor parte, se encuentran en nuestro cuerpo de leyes, implicaba desairoso reproche"¹.

Las discusiones en la Academia son agrias, descomedidas, los académicos son jueces inexorables. Hasta don Marcelino Menéndez y Pelayo se muestra intransigente, no sólo combatiendo la admisión de los neologismos recomendados por Palma, sino al imponer, con criterio evidentemente injusto, el adjetivo *incásico*, en vez de *incaico*, que es el usual en la tierra de los incas.

—¿No encuentran ustedes de correcta formación los verbos *dictaminar* y *clausurar*? —ha preguntado Palma en una de las sesiones.

—Sí —se le responde—; pero esos verbos no los usamos en España los diez y ocho millones de españoles que poblamos la península.

—Es decir —ha replicado el limeño— que más de cincuenta millones de americanos nada pesamos en la balanza.

Entre los que, más sensatos, defienden al tradicionalista figura el poeta Balaguer.

¹ PALMA, *Neologismos y americanismos*.

—“No es ésta la manera de que nos acerquemos y confundamos americanos y españoles —observará una noche Balaguer—. Si los mexicanos, que son los dueños de la palabra, escriben *México* con *x*, ¿por qué les hemos de reprochar que no escriban *Méjico* con *j*? Si entre ustedes, los americanos, no se conoce o no se emplea la voz *ponencia*, ¿por qué la hemos de imponer? Del sustantivo *dictamen* han sacado ustedes el verbo *dictaminar*, cuya formación nada tiene de violenta. Pues hacen ustedes bien y están en su derecho. Los que hacemos mal somos nosotros, los que todavía no queremos convencernos de que ya pasó el tiempo en que el sol no se ponía en los dominios de España”¹.

Y otro tanto sucede con la voz *presupuestar* y el vocablo *gubernamental*, del que don Rafael María Baralt ha dicho:

—“Todo se intente, todo se haga, menos escribir semejante vocablo, menos pronunciarle, menos incluirle en el Diccionario de la Academia. Antes perezca éste, y perezca la lengua y perezcamos todos”.

La violenta conjugación del verbo *perecer* en los agresivos labios del académico no ha impedido que la voz *gubernamental* figure, dos años después, en el Diccionario.

Otras pequeñas batallas le son favorables. Ha conseguido que se reconozca la necesidad de incluir en el léxico el verbo *exculpar* y el adjetivo *plebiscitario*. Pero otras palabras no son admitidas. Si decimos *amanecer*, ¿por qué no *atardecer*? ¿Y por qué no *competente*, *solucionar* y *reformista*? Y, en cuanto a los americanismos, a las voces derivadas del quéchua o de cualquiera otro de los idiomas aborígenes, nada autoriza a la Academia a rechazarlos. ¿No estamos en nuestro derecho al decir *asorocharse*, *pampero*, *yapa*? ¿Qué inconvenientes hay en que digamos *desvestirse*, *garuar*, *irrigación*? ¿Y por qué no *lisura* y *palangana*? No están en el Diccionario en estos años del noventa, a pesar de ser castellanas, *ciclista*, *humorismo*, *notabilidad*, *iniciativa*, *miriada*, *comité*, *reprobable* y muchas otras voces, cuya relación le ha entregado en Lima José Antonio de Lavalle. La Academia no acepta el verbo *nacionalizar* “y exige que se diga *naturalizar*, vocablo en el que no entra la idea de nación sino la de naturaleza”, observa Palma, y así, en innumerables casos que provocan otras tantas polémicas, que tantas desazones causan a los venerables, severos y anquilosados académicos. El tiempo le dará la razón a Ricardo Palma y, poco a poco, silenciosamente, irán las palabras ocupando su lugar en el código

¹ PALMA, *Recuerdos de España*.

grave y trascendente del idioma. Ha sido el aporte del americano, el último galeón cargado de oro noble de las Indias, porque, si no venció en la contienda de manera absoluta y de inmediato, ha sembrado la inquietud, ha hecho circular vientos de renovación en la rancia casona de la calle Valverde. No todos, sin embargo, estuvieron contra él. Palma lo reconoce hidalgamente cuando dice: "Después del rechazo de una docena de voces por mí propuestas, me abstuve de continuar, convencido de que el rechazo era sistemático en la mayoría de la corporación, excepción hecha de Castelar, Campoamor, Cánovas, Valera, Castro Serrano, Balaguer, Fabié y Núñez de Arce, que fué el paladín que más ardorosamente defendió la *casticidad* del verbo dictaminar"¹.

La misión del tradicionista ha terminado. Ha sufrido en Madrid la crudeza de un invierno sólo comparable al clima de la Academia, apenas atemperado por el afecto de sus amigos y el fugaz calor de los debates. Es primavera ya cuando se marcha a Barcelona. Visitará escritores de la ciudad condal, progresista, saturada del yodo vitalizador del *mare nostrum*. En los talleres de Montaner y Simón, que editará sus *Tradiciones*, pasa los últimos días de su estancia en la tierra donde ha sido un nuevo y desacostumbrado Quijote. Rubén Darío escribirá:

"De las Academias, libranos Señor..."

¹ PALMA, *Neologismos y americanismos*.

“YA HE SACADO MI TAREA...”

Es el mes de mayo de 1893 cuando el *Santander*, en que vuelven el escritor y sus hijos, ancla en La Habana. No espera don Ricardo encontrar muchos amigos en la más bulliciosa de las ciudades de América. No está allí Joaquín Palma, con quien ha mantenido correspondencia. Pedro Santacilia está en México. Rafael María Merchán vive en Bogotá. Pero sabe que irán a verle Eva Canel y Manuel de la Cruz. Eva es la viuda de Eloy Buxó y “ama al Perú, porque en él corrió, durante la ocupación chilena, muy peligrosas aventuras en unión de su marido; y ama a los peruanos porque su hijo único, inteligentísimo muchacho que se educa en Nueva York, se obstina en no tener otra patria que la peruana”¹.

Ha venido, efectivamente, la escritora asturiana a visitarles. Recordarán los días limeños, los amigos comunes, el travieso periódico que vivió seis meses y que mató “la pereza de Jaimes, Neto y Miguelito Lama”. Han pasado quince años. Muchos de los viejos camaradas se han ido. Salaverry murió el 90, en París, y hace pocos meses ha muerto en Buenos Aires, a los setenta y tres años, Juana Manuela Gorriti, a quien conoció cuando él era un adolescente y en cuyo salón de la calle de Urrutia pasaron tantas veladas inolvidables. Le hablará de su reciente experiencia en España y ha de ser ése el tema obligado cuando otros escritores de Cuba —Manuel de la Cruz, Ramón Meza, Alfredo Zaya— van a verle. La isla vive momentos de agitación revolucionaria y los escritores no pueden ser ajenos a esta inquietud; más exactamente, son los poetas los que agitan la bandera de la independencia cubana. ¿No suena ya en todas partes, como una consigna, el nombre de José Martí? Desde Nueva York llega su voz, como si saliera de la antorcha que sostiene el brazo de La Libertad. ¿No figurará Enrique Collazo como brigadier en el ejército de Máximo Gómez? Hay, sin embargo, un partido anexionista, afortunadamente pequeño,

¹ PALMA, *Recuerdos de España* (Capítulo referente a su paso por Cuba).

cuya existencia provocará en Palma estas reflexiones: "Antes de convenir los cubanos en que la estrella solitaria se confunde en la constelación de estrellas, deben preferir su manera de ser actual. Yugo por yugo, yo, cubano, al de España me atendería, que tal resignación no implica desesperar del mañana. El anexionismo mata la esperanza. Pueblo que aspira a la libertad, a tener vida propia, a dejar de vivir mendigando derechos, se hace simpático para los que disfrutamos de aquellos bienes; pero las simpatías se convertirían en desdén si ese pueblo se lanzara a la lucha sólo por cambiar de dueño. Cuba es el punto donde convergen las miradas de todos los que creemos que la patria es un culto y la libertad un derecho"¹.

Hay otros escritores que defienden estas ideas con la austeridad de un apostolado. Palma recordará, entre ellos, a Enrique José Varona, a Ricardo Delmonte, a Rafael Montoro, "la personalidad más querida y respetada entre los autonomistas", orador extraordinario capaz de arrastrar a las muchedumbres "a la barricada o a la manigua" y de quien un afiebrado panegirista dirá que, "a su lado, Castelar parece un trovador napolitano parodiando un miserere... Cánovas, un godó moderno, iracundo y verboso... Moret, un torbellino de hojas secas y pétalos de rosa... Salmerón, la efigie de la metafísica, calva y marmórea, tronando entre nubarrones..."

Poco menos de dos semanas permanece en la isla y luego del cruce del istmo —trópico y fatigoso tren entre dos barcos— los tres Palma viajan rumbo al Callao. Se han detenido tres o cuatro días en Panamá, en casa del señor Orfila, y traen gratos recuerdos de la breve estancia en la tierra desde donde Balboa se asomó al otro mar. Recuerdos sentimentales y vivientes, como esa lora centroamericana con la que el tradicionista llegará al Callao como un personaje de gobelino. Y trae ediciones raras y nuevas ideas; viene rejuvenecido en su espíritu, aunque sus vértigos siguen tenaces; su salud no es buena a los sesenta años que ha cumplido en Madrid. Le preocupa todavía la desavenencia con los académicos y ése será el *leit motiv* de sus conversaciones en la tres veces coronada donde la vida no ha sufrido grandes cambios. Los jóvenes del "Círculo Literario", fundado en casa de Márquez, en la calle de las Cruces, no se reúnen ya en la ventana de reja de José Antonio Felices, en la Recoleta, pero están cada día más convencidos de que los viejos deben seguir el camino inexorable del cementerio. Él, por su parte, no piensa morir todavía. En cambio, ya se le ha ade-

¹ PALMA, *ibid.*

lantado uno de los pradistas, precisamente Luis Enrique Márquez, en cuya tumba ha protestado González Prada del "horror de pensar y del oprobio de vivir", y en febrero de 1895 morirá Urbina en el Ecuador, en una guerra civil donde su clara dicción no pudo vencer y menos convencer al enemigo. El líder atrabiliario de *Horas de lucha* no tendrá ya quien le pronuncie sus discursos.

Nuevos capitanes conducen el reducido ejército de las letras. Pero las escuelas recién importadas, según Palma, no responden "a ideales americanos", con palabras que dirige a Román Pacheco, en Buenos Aires, a quien le dice: "Los parnasianos, los modernistas, los decadentes, los simbolistas y demás sectarios de escuelas malsanas, tienen mucho de neuróticos. Son escuelas que han nacido enfermas, como las califica Núñez de Arce. —Rubén Darío es un gran cerebro y un gran corazón. Yo lo quiero mucho. Lo que en él es genial, lo encuentro risible en el cardumen de sus imitadores. En las repúblicas de Centroamérica, como en las de Colombia, en Cuba, en el Perú, en México, por todas partes, en fin, ha cundido esa *filoxera* de la poesía extravagante puesta a la moda por media docena de poetas franceses. La lengua castellana más rica, más musical, más abundante en onomatopeyas que la francesa, se ha prestado, prodigiosamente, a esa poesía palabrera e insustancial que reniega de las creencias más consoladoras para el espíritu y de los ideales más levantados para la inteligencia. Como el realismo de Zolá, con todas sus asquerosidades de lupanar y de hospital, pasará de moda".

Nuestros poetas, a pesar del imperativo de su tiempo, conservan una filiación más identificada con las raíces tradicionales de nuestra literatura. Carlos Amézagga estrena con buen éxito. Abelardo Gamarra, *El Tunante*, ocupa al fin el sitio que él mismo se ha ganado. Mendiguren, Silva, Revoredo, Moncloa, son los colaboradores asiduos de los periódicos. Pablo Patrón, Víctor G. Mantilla, Federico Blume, Hernán Velarde, Jorge Amézagga, Manuel García Irigoyen, Teobaldo Elías Corpancho, Luis Ulloa, son algunos de los escritores de la nueva generación, que ha venido a reemplazar a la del 48, los nuevos bohemios, diferentes a los que militaban en las huestes de Palma, pero sólo en la medida en que son diferentes los tiempos, la sensibilidad, los credos, las costumbres. En esencia, éstos y aquéllos representan el devenir armonioso de una cultura. Más aún, no podrían desvincularse de una misma línea genealógica, de una continuidad histórica, de una tradición.

Éstas son las calles saturadas de sus recuerdos, de los

episodios que su imaginación ha completado; las viejas calles de la adolescencia, de la juventud batalladora, de la madurez serena pero siempre beligerante y radical. Allí, en la Minería, estaba el colegio de Orenge; y en la otra cuadra la casa de Castilla, en la esquina de la Higuera, la del fallido asalto del grupo de Gálvez. Éste es el teatro *Principal*, que estrenó su *Rodil*; y allí está la calle de La Rifa, donde *El Comercio* ha cumplido su cincuentenario. ¿Vive todavía don Leónidas Ballén, el de la cigarrería de Mercaderes y Plateros? En la confitería de Broggi siguen reuniéndose actores, literatos y matadores de postín. De ese balcón salen las notas de un piano donde alguien toca *Ecos del alma*, el limeñísimo vals de Juan Francisco Ezeta, diputado, secretario de la Beneficencia y poeta melancólico. ¿No es aquélla Mercedes Cabello de Carbonera, la talentosa escritora de *Sacrificio y recompensa*? La mujer peruana está presente en esta generación con representantes tan distinguidas como Teresa González de Fanning, Juana Rosa de Amézaga, Clorinda Matto de Turner, Amalia Puga, que acaba de publicar sus *Ensayos literarios*, Juana Alarco de Dammert, abanderada dignísima de una obra duradera de asistencia social.

La situación, aparentemente, se mantiene estacionaria. Por lo menos, es el mismo el gobierno, a pesar de las palabras con que Cisneros le recibe: "La política en nuestro país presagia tempestades y se teme que los acontecimientos se precipiten de un momento a otro". Continúa, sin embargo, en palacio Morales Bermúdez, pero en los últimos tiempos no se le ha visto con su ayudante en su banco de la Plaza de Armas. Está gravemente enfermo y un mal día muere, quién sabe si con la íntima satisfacción de morir en el poder. Al primer Vice le corresponde reemplazarlo; pero don Pedro Alejandrino del Solar tiene resistencias y, aunque esto no es legal, ocupa la primera magistratura el segundo vicepresidente, coronel Justiniano Borgoño, enérgico detrás de la patriarcal expresión de su rostro con bigotes a la borgoñona. Como es tiempo de elecciones y Cáceres tiene prestigio, se realizan y las gana el vencedor de Tarapacá. Poco dura, malgrado su fortaleza exterior, el nuevo régimen. El partido demócrata despierta a sus montoneros y la madrugada del 17 de marzo de 1895 el portal de San Agustín se llena de gorras blancas. Se combate en las calles, desde las torres, en los quicios de los zaguanes, en las barricadas. La ciudad está cubierta de cadáveres. A la entrada de la primavera, don Nicolás de Piérola es presidente del Perú.

Palma simpatiza con Piérola; con la persona y con las ideas. Ve en ese movimiento, de raigambre indudablemente popular, al-

go de lo que él mismo defendió cuando las decepciones no habían levantado en su alma una torre de marfil. Piérola representa la posibilidad de una transformación de la vida peruana, mucho más dentro de los términos reales que lo que otros caudillos ofrecen. La mayor prueba de su estrecha identificación con las esperanzas nacionales es la decidida adhesión de las muchedumbres a su programa y, sobre todo, al hombre. No habrá en toda la historia republicana del Perú otro jefe de partido capaz de provocar, de este modo, la admiración fervorosa del pueblo. Y ese fervor se irá transformando poco a poco en una mística en torno a una figura que, extraña paradoja, no volverá a actuar en el escenario político una vez terminado el período que se iniciará el 8 de septiembre de 1895.

Palma es amigo de Piérola y cree en él. González Prada, en cambio, se convertirá en su opositor sistemático. ¿No está de acuerdo, ideológicamente, con el demócrata? ¿Le censura todavía su desafortunada actuación en Miraflores? Esto no obstante, se pensaría que González Prada, en principio, debería estar más cerca del caudillo que trae, precisamente, la transformación que al país le hace falta. Por lo menos, es lo que anuncia, lo que promete, lo que todos esperan. ¿Lo hubiera hecho, acaso, la "Unión Nacional" de haber conocido la moderna técnica del golpe de estado, los recursos estratégicos de la captura del poder? No lo sabemos, porque eso no sucederá. González Prada, ya lo hemos dicho, es un teórico de la violencia; pero es incapaz de conquistar la calle, de ponerse a la cabeza de unos montoneros y tomar por asalto la ciudad. Esto es algo de lo que envidia en el hombre que entró por Cocharcas, alegremente, bien seguro de sí mismo, jinete hábil y mejor hombre de Estado. Lo hostilizará hasta el final. Le buscará defectos y se comportará como persona frívola poniéndole apodos, satirizándolo en verso, como el poeta festivo que no puede negar, en este caso, que procede, en línea directa, de Caviedes, de Ego Polibio, del Ciego de La Merced. Don Nicolás es un hombre de pequeña estatura y González Prada cree haber encontrado un éxito fácil llamándolo *Perinola*, alusión fonética, a la vez, a su apellido y que nada tiene que ver con la despiadada zurrubanda de Quevedo a don Juan Pérez de Montalbán; aquí el apodo lleva otra intención. Así lo dirá en los conocidos versos:

*Con sus botas federicas
deslumbraba Perinola.
¡Cómo gustaba a las chicas
con sus botas federicas!*

*A las pobres y a las ricas,
a la negra, blanca y chola,
con sus botas federicas
deslumbraba Perinola.*

No puede Prada ocultar su desagrado ante la popularidad del caudillo. Lo reconoce, acaso sin querer, sin darse cuenta, cuando dice “a las pobres y a las ricas, a la negra, blanca y chola”, porque es eso, justamente, lo que trasunta el pierolismo: una fórmula de reconciliación de clases y de razas, la adhesión unánime del Perú. Su enemigo lo confiesa, mal que le pese y, precisamente al final de su período —los versos se publican en *Germinal*, en 1899— no disimula su disgusto cuando sigue diciendo:

*En su caballo tordillo
vi montado a Perinola.
Con un calzón amarillo
iba en caballo tordillo.
Entre el espléndido brillo
de la rienda y baticola
yo admiraba en su tordillo
al enano Perinola.*

Alguien ha dicho que la envidia no es sino la admiración enferma. El poeta de *Minúsculas* confirma el feliz aserto en su sátira. Prada contra Piérola no es distinto, si lo observamos bien, a Prada contra Palma. Y es que hay mucho que envidiar en el apasionante conductor de muchedumbres, en el estadista inteligente y personalísimo. Piérola es un hombre de acción; Prada es un político de laboratorio; el caudillo demócrata es un constructor, en el más amplio y generoso sentido del concepto: el líder del *Olimpo* es un iconoclasta; mientras el primero triunfa, el segundo seguirá protestando. En otras palabras, Piérola es afirmativo: Prada es negativo; al uno le sobra lo que le falta al otro, y no sería extraño que don Manuel le envidiara hasta su “cálida y bien timbrada voz... hecha para la multitud y para la mujer”, con palabras de Jorge Basadre. En suma: Piérola cree en el destino de su pueblo, con sus imperfecciones y sus deficiencias, con sus hondos y dramáticos problemas; González Prada no cree en nadie, ni en sí mismo. “¿Qué ocurrió de pronto —se pregunta Ventura García Calderón— en esa alma atormentada y colérica de profeta hebreo? ¿Cuál fué el descalabro de un día secreto, cómo se explica el enigma de alguna “noche triste”, cuando el conquistador lo quema todo, has-

ta las naves de su esperanza?" Su "pesimismo corrosivo" lo lleva a esa actitud derrotista, ha hecho de él otro decepcionado, de tipo diferente y por otras causas de las que determinan en Palma su sereno aislamiento. Don Ricardo tiene ahora oportunidad de desempeñar más importantes funciones y prefiere no aprovecharla. Más todavía, parece que, acatando la consigna del pradismo, hiciera generosa renuncia de su bien merecida rectoría de las letras peruanas. En noviembre de 1895 le dice a Manuel Ugarte: "Ha tiempo que me he declarado en pleno goce de jubilación y cesantía literaria. . . Además, los viejos debemos dejar libre el terreno a la nueva generación, y eclipsarnos". No hay amargura en su renunciamiento. Así, cuando escribe a Rubén Darío, hablándole de su hijo Clemente, estudiante universitario, observa: "Como verá usted, las doctrinas literarias de Clemente están en oposición con las mías. . . Allá el muchacho, que yo no he de imponerle mis ideas". No puede darse más liberalidad, más comprensión, más respeto por la opinión ajena, aunque ésta provenga de quien tiene, no sólo su sangre, sino su formación cultural, de quien ha recibido su orientación y su consejo. Clemente acaba de cumplir 22 años y sigue la escuela *modernista* que encarna Darío. Motivos sobrados tendría para quejarse y se resigna. Mientras en la Academia le han traicionado viejos camaradas como Tamayo y Baus, hasta su propio hijo, bajo el mismo techo, se reclama de otras creencias. En efecto, Tamayo se exhibió en las discusiones —continúa diciéndole a Darío— "con espíritu poco o nada simpático para con los americanos. Es de los españoles que lamentan el que aún no seamos colonos"; pero estas experiencias no le tornan atrabiliario y agresivo. Cuando, esgrimiendo recursos vedados, le ataca Valbuena en sus *Ripios ultramarinos*, se conforma con decir que "tiene cosas graciosas; pero lo que no le perdono es la mala fe para sacar partido de las erratas de imprenta".

No se rinde, no obstante, ni entrega sus armas. "Como soy refractario a toda imposición caprichosa o tiránica, me he declarado en plena rebelión contra la autoridad de la Academia y de su Diccionario —le dice a Miguel Luis Amunátegui; y cuando me hace falta, para la claridad de mi pensamiento, crear un verbo lo creo sin la más leve sombra de escrúpulo". La ruptura es completa. La correspondiente de Lima no funciona desde 1893. Han muerto José Antonio de Lavalle, Juan de Arona y acaba de morir Félix Cipriano Coronel Zegarra. La órbita de su quehacer se cierra en torno a sus libros, a sus cartas, al entrañable mundo familiar. Sale poco, casi no sale. Sus amigos

van a visitarle y en la Dirección organizanse animadas tertulias. "Era Ricardo Palma un gran conversador, ocurrente, con originales matizaciones de lenguaje y personalísima visión de los hombres, las cosas y los sucesos, sin duda por las reacciones de su imaginación siempre bullente. Su fisonomía, y sobre todo los ojos, subrayaban las palabras. Sonriente, afable y siempre con disposición a la broma, tenía, sin embargo, entre los jóvenes, fama de cascarrabias y de intolerante, concepto que a poco de conversar con él se desvanecía. Era mal diplomático, porque, fácil de exaltarse, a poco que le cascabeleara una bellaquería o una necedad, no tenía pelos en la lengua para espetar sus impresiones, que le habría costado esfuerzo disimular o callar"¹. Cuando pasa por la ciudad un viajero ilustre, la visita a Ricardo Palma no puede faltar en su carnet, como si fuera lugar histórico, monumento, capilla venerable para peregrinar. No le atrae la calle y hasta el maestro Eustaquio viene día por medio a afeitarlo. Eustaquio es un nonagenario de chistera y chaqué entre cuyos faldones asoma el clásico *payacate* colorado. Tiene su barbería a una cuadra, en el Compás de la Concepción, y tarda veinte minutos en ir de su casa a la puerta de la Biblioteca. Pero el gran visitante es nada menos que el presidente de la República. Algunos domingos desaparece de palacio y, sin dar aviso, sin edecán, llega hasta el refugio del tradicionista. Descansa allí del ineludible asedio a que está sometido un gobernante, consulta con su viejo amigo, hace recuerdos de los días de Balta, cuando fué llamado a desempeñar la cartera de Hacienda, que quemaba, verdadera iniciación de su vida pública, revelación del gran político. Fué don Ricardo quien, de acuerdo con el general Echenique, lo propuso. En adelante, no dejará de detenerse unos minutos a charlar con el secretario, como lo hace en estos días, un cuarto de siglo después. Le ofrecerá cargos de más responsabilidad. ¿Una cartera en su gabinete, por ejemplo? ¿Una representación parlamentaria? Don Ricardo no quiere ya sino su tranquilidad, la polilla de sus viejos infolios, los manuscritos amarillentos que le recordarán su adolescencia, cuando aprendió a descifrar la endiablada caligrafía de los *procesos*. Piérola es un escritor fino, de prosa cuidada, clásica; pero puede más en él la vocación política que la simpatía por el menester literario. En esto es la antípoda de Palma. Por eso se entienden; por eso no podrán ser enemigos, en el oficio por lo menos, si aceptamos la ciencia del refranero. Pero

¹ CLEMENTE PALMA, *La tradición, los tradicionistas y las cosas de don Ricardo*. Edición del Centenario. Lima, 1933.

se entienden, sobre todo, porque son hombres íntegros que quieren para su patria un destino mejor. Muy pronto ambos, el *Califa* y el Patriarca de las letras peruanas, en el retiro venerable, serán los consejeros en el problema político y en la actividad permanente de la cultura.

Palma, como se lo ha prometido tantas veces, continúa al margen de toda actuación política. Otros son los hombres que surgen, que escalan posiciones, que adquieren renombre, como ese gallardo montonero que es Augusto Durand, presidente de la Cámara de Diputados y con quien tiene Palma un cambio de opiniones a raíz de una prohibición para que funcione la Biblioteca durante la noche y en los días feriados. Palma se opone al proyecto, entre otras cosas, "para salvarla del peligro de ser devorada por las llamas". ¡Quién le hubiera dicho que cuarenta y seis años más tarde desaparecería bajo el fuego lo que él consideraba la única herencia que dejaba a su hijos: el legítimo orgullo "de haber creado para mi patria una Biblioteca valorizada en más de doscientos mil pesos oro, que ciertamente no la tuvo el Perú en sus días de opulencia"! ¿Por qué pensaba ya el viejo luchador en el fuego? Repetidas veces expresará ese temor; pero lo que no hubiera sospechado jamás, de haber adivinado que se produciría la catástrofe, es que las verdaderas causas del incendio que destruyó la obra de su vida, que los nombres de los deliberada o inconscientemente responsables quedarían ocultos en la sombra. Porque es ésta, en verdad, la más desinteresada realización de su existencia, la obra que fué construyendo en los años de su madurez, a la que entregó su postrera energía y su talento. En el último lustro del siglo consigue, gracias a su amistad con Piérola, una mayor atención por parte del Estado en el mejoramiento de los servicios de la Biblioteca. Pide que se duplique la partida presupuestal, que es sólo de seis mil soles anuales. El número de volúmenes ha crecido considerablemente, incluso con la donación personal de la mayor parte de los libros que le fueran obsequiados en España. Es necesario construir nuevas estanterías. En la memoria de cada año va dando cuenta de esas apremiantes necesidades, consignando en su cuadros estadísticos el constante incremento de su tesoro bibliográfico. Al mismo tiempo comienza a formar la galería de peruanos ilustres. La organización de la pinacoteca es otro aporte valioso a la cultura del país y le sobra reloj todavía para iniciar la publicación de valiosos manuscritos y dirigir la Academia "Concha", que ha comenzado a funcionar en la vieja casa, y cuyos dos primeros alumnos son sus hijos Ricardo y Vital. La señora Adelina Concha de Concha, fallecida en

París en 1894, dejó un importante legado para la fundación de una Academia de dibujo. Palma asignó con el carácter de provisional la antigua sala de lectura y el salón de *los cuatro sietes* para el cumplimiento de las disposiciones de la legataria.

Llega el fin del siglo, esa puerta que se abre para dar paso a nuevos sueños y a renovadas esperanzas. Puerta aparente, cambio teórico en las cifras del calendario, pero que trae una indefinible sensación de comenzar una vez más la vida. En todo caso, la entrada del novecientos, el amanecer del siglo xx se presenta con un normal cambio de gobernantes. El caudillo demócrata del 95 ha llegado al fin de su período presidencial, signado con evidentes conquistas para el progreso del país. Austero y dignísimo, ha rechazado más de una sugerencia a postular su reelección. La marea política vuelve a agitarse. Hay divisiones en los partidos. Otros nombres, como el de Billinghamurst, repite con simpatía el pueblo. En los desiertos, por las quebradas andinas, galopan de nuevo jinetes rebeldes. Se convoca a elecciones y triunfa un ilustre ciudadano, arequipeño también: don Eduardo López de Romaña. ¡A qué hacer más historia! ¿No es suficientemente significativo que el ex presidente de la Cámara de Diputados haya vuelto a agitar la bandera subversiva del montonero? Curioso destino el de Augusto Durand que seguirá, por muchos años, cabalgando por los caminos huanuqueños, ocultándose en el Callejón de Huaylas o en el Monte Carpish, disfrazándose, cayendo de sorpresa, fugando espectacularmente. Personaje de novela romántica, Augusto Durand define como nadie el clima político y sentimental de estos años.

En la misma Biblioteca, según corre el rumor, hay un cuarto oscuro para fugitivos en la lucha partidista. Se dice que allí se ocultó alguna vez Piérola, en tiempos de Morales Bermúdez, y Palma publica una aclaración que, más que otra cosa, es afán de tradicionista, irresistible necesidad de relatar. Con el título de "El cuarto oscuro de la Biblioteca"¹ narra don Ricardo —que no quiere complicaciones con la policía— la historia de ese subterráneo que existe, en efecto, debajo de su escritorio y que bien pudo servir a los jesuitas de calabozo. "El cuarto oscuro —dice— es pequeño, de cuatro varas cuadradas, a lo sumo, fábrica sólida de cal y ladrillo". Fué hallado, de manera casual, en 1855, cuando, reunidos Francisco García Calderón, José Antonio de Lavalle, monseñor José Antonio Roca, Palma y Cisneros, desapareció de pronto el bastón con

¹ *El Comercio*, 18 de febrero de 1900.

puño de oro de este último. Iniciada la búsqueda, se pudo averiguar que habíase deslizado por una rendija del piso, descubriéndose, así, el subterráneo. Hay también, agrega Palma, “un estante en uno de los salones, en el que removiendo dos anaqueles, hábilmente dispuestos, se penetra en un escondite. ¡Échense a buscarlo!”

Años de vivir a salto de mata, don Ricardo no podría volver a la existencia azarosa del fugitivo. Se oculta, sí; pero es para que lo dejen trabajar en paz, que ya tiene en sus estantes treinta y cinco mil volúmenes y ha inaugurado su galería de retratos pintados por Luis Astete y Concha. Sobrada actividad para sus casi “setenta toneladas de años”. Ni siquiera asiste, sino muy de tarde en tarde, al teatro. Es la época de auge del género chico, de las *tandas* que cuestan unos reales. En estos días se da en el *Olimpo* “El baño de María”, “Los invasores”, “La verbena de la Paloma”. Asistirá, tal vez, a la lectura de la zarzuela “De verano”, de Manuel Moncloa y Covarrubias y Ventura Morales; pero no faltará a los toros, con Clemente y Ricardo. Les veremos a los tres en victoria descubierta atravesando el puente, que la corrida no empezará si no está el viejo criollo en su delantera. Su puro abolengo espiritual lo identifica con las expresiones características de la tradición limeña y más de una vez incursionará por los barrios de Cocharcas, que Piérola incorporó a la historia, en alguna fiesta nocturna, con *sango* y *picarones*, yendo y viniendo con sus muchachos y prologando su buen humor entre el pueblo:

—¡Zambo!, ¿ya tienes padrastro nuevo?

Los negritos ríen celebrando la broma y él continúa mero-deando entre los braceros, bajo el viejo ficus que está junto a la iglesia, decorado limeño con gentes que no han cambiado mucho desde los días de la niñez de Palma, cuando Pancho Fierro los iba inmortalizando, fijando en sus legítimos tonos y actitudes.

Casi no escribe ya. Ni siquiera cuando un joven poeta, cuyo nombre corre entre adjetivos, le pide una opinión sobre su poesía. Se llama José Santos Chocano y el acento épico y tropical de sus rutilantes metáforas lo distingue con muy personales perfiles. El sonoro bardo que “sólo aspira a ser poeta de América”, colabora febrilmente en diarios y revistas. Así, por primera vez, como lema de su composición “La voz de la selva”¹, expresa: “En mi arte caben todas las escuelas, como en un rayo de sol todos los colores”, lema que bien pronto

¹ *El Comercio*, 4 de enero de 1900.

cambiará con sólo sustituir un pronombre por un artículo. Pocos años más tarde, aparecerá, en efecto, en sus libros: "En el arte caben todas las escuelas..." Lo primero puede ser una filosofía, un credo estético, la expresión de un temperamento rebelde a toda limitación y a toda fórmula. Lo segundo no quiere decir nada. Es que Chocano tiene ya escuela, consigna, filiación y no permite que se le confunda entre la gama numerosa de modernistas y afrancesados. Palma cree que es uno de los más prominentes intelectuales entre los jóvenes de la nueva generación americana. Chocano lo cree también, está seguro de ello; y cuando pide una opinión del tradicionalista, lo que está pidiendo, en realidad, es un elogio. No es que Palma sea parco en rendir homenajes personales; no es que le incomode el triunfo ajeno. Siempre fué comprensivo y generoso; pero ya quiere dar fin a la faena. Mucho le ha exigido la vida y él mismo ha dado más de lo que la vida le pedía. Los hijos crecen y otros hombres deben ocupar los puestos de combate. Su interés se concreta cada vez más en el ámbito familiar. Habla de sus hijos con orgullo, los ve prosperar con alegría. Reconoce que Clemente "es un mozo feo y de muchas excentricidades"; pero es ya doctor en Ciencias Políticas y literato "de cerebro poderoso". Ricardo es estudiante para ingeniero, "chico muy decididor, elegante, simpático y de muy buen carácter"; Angélica ya no es una literatilla; ha heredado de su padre la gracia en el decir y su nombre conquistará pronto el aplauso de las repúblicas americanas. Los demás son niños todavía y sólo cuentan como número. En cuanto a él, ya ha puesto "fin, remate y contera a la faena de hombre de letras". Escribe una vez al año un artículo tradicional o histórico para el *Almanaque Sudamericano*, de Barcelona. En margo de 1901 ha escrito una carta a Manuel Mestre Ghigliazza, en Tabasco, en la que estampa una frase que será el tema de su ancianidad. "Con la llegada del nuevo siglo —le dice—, he roto la pluma de literato. Ya he sacado mi tarea y es juicioso que abandone la labor..." *Ya he sacado mi tarea*, expresa Palma y no puede haber mayor verdad en esta afirmación. Ha cumplido, como el que más, con todos sus deberes. Como ciudadano, como escritor, como hombre. Ha sacado su tarea porque ha combatido por su país en todos los terrenos; porque ha estructurado una obra que sólo tiene en Garcilaso un antecedente digno de su trascendencia, de su significación esencial; porque en el escaño parlamentario, en la Academia, en la prensa, en el libro, no ha tenido otra voz que la de su patria ni otro interés que el de presentarla digna de

su abolengo. Ha sacado su tarea y está fatigado. Cree, además, con sincera convicción, que nuevos escritores deben asumir la dirección de la cultura nacional. "Mi tinta —dice— en el siglo xx olería a rancia". Y en esa misma carta considera, con muy exigente autocrítica, que ya en su pluma no hay espontaneidad para escribir. "Mucho fósforo he derrochado y ahora economizo el gasto". Trabaja muy poco y toda su actividad se reduce a la atención de la Biblioteca, a combatir por ella, porque su cesantía se refiere sólo a la producción literaria. Desde que se le encomendó la obra restauradora ha habido, afortunadamente, períodos de tregua en esta guerra de veinte años con la incomprensión, la indiferencia y el egoísmo. "A mi pobre Biblioteca no le dispensan la más ligera protección", decía ya apenas dos años después de haber aceptado la responsabilidad de construir sobre las ruinas. El gobierno es intransigente aunque "me colme de atenciones". Las relaciones son frías pero corteses. Es natural: la iniciativa pertenece al régimen anterior. Sin embargo, con Morales Bermúdez, a pesar de la crisis, no ha tenido problemas graves; ni ahora, con López de Romaña, que continúa la política de buenas relaciones del período de Piérola. En cambio, habrá otras épocas de lucha amarga.

En septiembre de 1903 inicia con estas palabras una carta a Victoriano Agüeros: "Escribo a usted a la carrera, en medio del bullicio callejero y de atronadores repiques, pues desde ayer todo es fiesta en mi tierra por haberse ceñido la banda presidencial el nuevo gobernante don Manuel Candamo". Su alegría se explica —que en la forma de dar la noticia hay en él también un tácito júbilo—, porque es mucho lo que espera del nuevo gobierno. Conoce bien a Candamo y le estima. Ha desempeñado importantes cargos públicos. Tiene sobresalientes virtudes y se espera una administración atinada y progresista; pero enferma de gravedad y muere en Arequipa, ocho meses después de la fecha de esta carta.

Ha fallecido también el primer Vice-presidente de la República y se hace cargo el segundo, Serapio Calderón, que conserva el mismo gabinete ministerial, en el que figuran don Francisco I. Eguiguren, en la cartera de Justicia, don José Pardo, en Relaciones Exteriores y, como Ministro de Hacienda, don Augusto B. Leguía. Tiene Palma dificultades con el gobierno provisorio y así le escribe a don Serapio Calderón: "Mi respetable amigo: Por patriotismo, como a V. E. consta, he hecho lo posible para no echar a los cuatro vientos mi cuestión con su Ministro de Justicia. Yo no quería dar ante el extranjero el escándalo de que

supiesen que, en el Perú, basta que un hombre se conquiste una reputación para que se le humille y ultraje, por el Gobierno, en vez de dispensarle, no diré recompensa, sino consideraciones personales y acatamiento a su mérito. En mi cuestión la entidad moral que se llama Gobierno aparece con dos criterios. Me ensalza primero, para dos meses después deprimirme. Por eso me permito pedirle que se someta el punto a la decisión del Consejo de Ministros. V. E. como magistrado tiene el hábito de administrar justicia, y espero que como jefe de la nación no habrá cambiado de práctica. Yo no pido favor ni apelo a la amistad con que de antiguo me ha honrado V. E. No exijo de vuestra excelencia más que justicia”.

Responde el presidente pero no queda resuelta la cuestión y Palma debe dirigirse de nuevo a él en estos términos: “Doy a V. E. las gracias porque, en su carta del 18, recibida ayer, me da a saber que tengo que luchar en las Cámaras no sólo contra el Ministro de Justicia sino contra el gobierno todo. Y ya que, por incidencia, le escribo hoy sin aspirar a respuesta, le estimaré que rectifique en su ánimo un concepto de su carta. V. E. me dice que tiene el *sentimiento* de no poder *servirme*. Deseche tal sentimiento, pues si se toma la molestia de releer mi carta del día 8 encontrará al fin de ella que muy claramente le digo que no le pido favor o servicio, sino justicia, y nunca hacer justicia fué hacer servicio”.

No andan, como se ve, en muy buenos términos el bibliotecario y el gobierno. En la colección de cartas inéditas escritas a Palma existe una del director de *La Prensa* de Buenos Aires, don Adolfo E. Dávila, de fecha 19 de enero de 1883, en la que se ofrece al escritor un puesto en la redacción del gran diario argentino. Utilizando los espacios libres de la carta ha escrito don Ricardo, en 1905: “No acepté tan ventajosa propuesta (que recibí cuando Lima estaba ocupada por los chilenos y mi situación personal era de penuria) por escrúpulos de delicadeza. Me limité a colaborar con un artículo por cada vapor, cesando pocos meses después porque vino gobierno peruano que me encomendó la reorganización de la Biblioteca Nacional. ¡Si yo hubiera podido presentir que después de veinte años de labor para formarle al Perú una Biblioteca, en la que casi no ha invertido dinero la Nación, se me había de corresponder por el Gobierno con agravios! Un Ministro (Eguiguren) me trató como a futuro número de la Penitenciaría, y otro Ministro (Polar) hizo gala de contrariarme en todo. Desde 1903, ni mi reputación literaria, ni mis servicios, ni mis canas, merecen el menor respeto de

los hombres de palacio. Se creen gigantes y que empequeñeciéndome crecen en tamaño. R. P. 1905”.

En estos primeros años del siglo, en estos años de empezar de nuevo, son tantas las desazones que padece su espíritu, como los achaques de su organismo gastado por la lucha. Los hombres que llegan no le comprenden; los que le amaban y comprendían se van. Acaba de morir Luis Benjamín Cisneros, mudo y paralítico —él, que nació para cantar—, como estaba ya, no hace muchos años, el día de su coronación. El poeta finísimo de *Aurora Amor* se ha ido con su silencio dramático al país del silencio y de la sombra. Y algo ha muerto también en Palma con esa ausencia del compañero invariable de medio siglo. Siente que se va quedando solo. Ya no volverá a recibir las cartas de Cánovas, de Núñez de Arce, de Valera. . . “Mucho ha segado la guadaña de la Parca desde que regresé de España”, le dice a Rubió. Los “dioses mayores” de las letras se han marchado también. De todos ellos ha hablado con Menéndez Pidal, que acaba de estar en Lima y que ha visitado con frecuencia la Biblioteca para tomar notas de algunos manuscritos y para consultar, sobre todo, ese documento vivo que es don Ricardo Palma. Y esta visita del ilustre polígrafo español le recordará aquella otra, de poco tiempo antes de su viaje a España, y que fué su primer contacto personal con Darío, el poeta de Nicaragua. “De a bordo a tierra —escribirá Rubén— iba con un chileno que me decía: —No vaya usted a verle; es como un ogro de terco. Yo pensaba para mi coletito: —De un regaño no ha de pasar. . . Y ¡cáspita! recordaba mi *Canto épico a las glorias de Chile*”. Y luego la sorpresa, al llegar hasta el despacho y escuchar que el supuesto ogro le dice:

“¡Oh, mi señor don Darío Rubén! . . .” “Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma y me recibía con una amable sonrisa que me daba ánimos, debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. ¡Figura simpática e interesante en verdad! Mediano de cuerpo, ágil a pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan a veces lo que dicen los ojos, rápido gesto de buen conversador y palabra fácil y amena. . .”

Han pasado poco más de quince años de aquella memorable visita en que don Ricardo saludara al cantor de *Azul* haciendo una curiosa transposición de su nombre. La Biblioteca ha progresado. Allí están los libros en todos los idiomas, la vieja legión de clásicos, los cricones vetustos que examinara el nicaragüense; pero el escritor “cuyo nombre ha alabado la prensa

del mundo, desde el *Fígaro* de París hasta el último de nuestros periódicos” ya no es el mismo. Ahora sí podría decirse —que no entonces— que lleva una gruesa carga de años el poeta cuyos versos se sabía desde niño Rubén; aquel “glorioso príncipe del ingenio” está abrumado; el “primer limeño de Lima” comienza a tener ya un aire patriarcal. Él mismo reclama el título cuando le dice a Horacio H. Urteaga: “No acepto el dictado de maestro con que muchos jóvenes, cultivadores como usted de las bellas letras, me enaltecen. Bástame el de Patriarca a que me dan derecho mis canas y mi labor literaria, no diré si mala o buena, de más de medio siglo”. Coloca por encima su ancianidad y renuncia a lo que más derecho tiene. No le envanecen sus positivos triunfos, aun el que le reconoce Unamuno cuando le escribe: “Lo que me dice de la testarudez académica es el evangelio puro. Mas aquí cada vez nos hacemos menos caso de la tal Academia y el lenguaje se ensancha y flexibiliza sin contar con ella. Su papel debe ser aceptar lo que aceptó el pueblo”. Está de acuerdo con él y le da la razón cuando afirma que “lejos de ser una corporación conservadora lo es reaccionaria”. En cuanto a la correspondiente de Lima, difícil será que vuelva a funcionar. García Calderón ha muerto; Larrabure y Unánue reside en el Brasil; monseñor José Antonio Roca está ciego; Rosell y Gutiérrez Quintanilla “que fueron muy distinguidos cultivadores de las letras, hace años que sólo dan culto a las letras de cambio... La agricultura los ha enriquecido y hasta desdeñan hablar de literatura”. Existe, sin embargo, posibilidad de reorganizarla y propone a don Alejandro Deustua y, magnánimo, sin rencores, a don Manuel González Prada.

Pero hay un toque de silencio en el campamento del veterano combatiente. Muchas veces repetirá que ha puesto fin a su jornada. “A nuevo siglo, generación nueva, ideales nuevos y frutos mejorados”. Ya no tiene “entusiasmo para entintar la pluma. Además, no han sido pocos los sinsabores que ha cosechado el escritor, y prefiero pasar mis últimos años de existencia completamente arrinconado en la Biblioteca, a la que consagro el poco vigor que aún queda en mi cerebro”.

Pero ese resto de vigor le basta. Ya tiene la Biblioteca las más notables ediciones castellanas del *Quijote*, como la de la Academia, la de Sancha, la de Ibarra, la de Argamasilla, hecha con tipos de plata, la de París, de Joaquín María Ferrer, varias microscópicas y todas las facsimilares, inclusive las que han aparecido en Nueva York; las de México, de 1833, 1842 y 1851, así como las editadas por la Biblioteca de La Plata, en 1905, y

hasta la publicada en folletín por el *Diario de la Marina*, de La Habana, sin faltar las traducciones al inglés, francés, alemán, italiano, ruso, portugués, catalán, polaco, holandés, croata, serbio y un ensayo de traducción de los primeros capítulos al latín. Su cervantismo fervoroso, su culto reverente al idioma en su obra más representativa, es la mejor respuesta a la impermeabilidad y a la incompreensión de la Academia. Cervantes tiene una sección que es, en esencia, la más importante de la casa de Estudios. Casi todas las ediciones del *Quijote* están allí y no desmaya en su búsqueda para adquirir traducciones en japonés, griego moderno, turco, finlandés y holandés, que son las únicas que le faltan.

Hay plétora de libros e insiste, por eso, en la necesidad de nuevas estanterías y, más aún, en la de un edificio apropiado y digno de la cultura nacional. Los muros están cubiertos de anaqueles, de mapas, de retratos —el de Odriozola, su antecesor, acaba de colocarse— y hasta esa colección de papel moneda y sellos de correos del Perú que tiene en su escritorio, le da un especial sabor al gastado claustro tan semejante a la Casa de Contratación de Sevilla. Con sibarítico deleite saborea sus propios vinos, que él es viñador y lagarero y sabe lo que pueden producir sus viñas y de dónde proceden las perilustres cepas. Allí se está lo más del día, vigilante, ordenador, curioso, prolijo, padre. Y conoce cada infolio y cada edición y anota en ellas, con su clara letra aprendida a Zorrilla, observaciones agudas y precisas, comentarios que son verdaderos juicios sintéticos de cada obra. Se perderá también algún día esa dispersa variedad de notas que nadie supo recoger, aislar, clasificar y que hubieran formado un nutrido y original volumen de crítica literaria, que no figurará jamás en su bibliografía. Pequeño brujo, duende sigiloso, se mueve entre sus libros como un alquimista en su laboratorio. Analiza, mide, compara, anota su breve fórmula con los signos de su personal nomenclatura; sonrío, habla con sus fantasmas presos en cárceles de duro pergamino; descubre islas, continentes, mundos, como un inquieto navegante en los mares del pensamiento humano. Quisiera volver a su labor, reamudarla, que siempre la consideró interrumpida e incompleta; pero ya es “árbol viejo que no da fruto”, le dice a Alberto Ulloa. “En setiembre escribí una mañana —le confía— la segunda parte de *Los incas ajedrecistas*. Nunca tal hiciera a recellar que tan fútil tarea había de ocasionarme una congestión, que produjo alarma no poca en mi modesto hogar”. Dice que su tirano —su médico— el doctor Velásquez, en vez de curarle

con jaropes de botica, le ha impuesto por toda receta el compromiso de no volver a escribir tradiciones, poniendo punto final a su labor literaria “de medio siglo largo de talle”. En el original de esta carta —lo consigna el *Epistolario*— la fecha aparece equivocada. Ricardo Palma ha escrito: “Lima, 30 de diciembre de 1808”. Error de un siglo, subconsciente retorno al pasado del desempolvador de lo rancio y de lo añejo. ¿Simple error de cifras? ¿Acabaría de releer los episodios del gallardo levantamiento del pueblo español que Goya inmortalizó en su tela famosísima? ¿Es que tiene razón el doctor Velásquez y ya no debe dar trabajo a su cerebro? Esa carta es breve, casi lacónica. Sin duda es de 1908. Carga ya sobre sus espaldas, con sabrosa expresión que le pertenece, setenta y cinco toneladas de años. Pronto estará en “las dos alcayatas”. Se va apagando su dinámico ir y venir, hacer ironía y humor de buena ley, polemizar. Pero no renuncia a investigar, a rebuscar datos entre los mamotretos del Archivo, a darse su escapada al teatro alguna vez. En el verano de 1909 ha hecho temporada en Lima, con extraordinario buen éxito, doña María Guerrero. Veintiuna funciones a teatro lleno es un elocuente índice. La jira por sólo cuatro capitales sudamericanas le ha producido más de cien mil esterlinas de las de estos años en que la libra respalda todo el prestigio y toda la pujanza del imperio británico. “Es admirable actriz”, afirma Palma, que, bien abrigado y a la función más tempranera, ha acudido a aplaudirla. Le han acompañado sus hijos, entre ellos Ricardo, que acaba de recibirse de médico, —él que empezó estudiando ingeniería— y está allí también Clemente, que ha vuelto hace tres años de viajar por Europa y desempeñar en Barcelona el consulado del Perú. Ahora es subdirector de la Biblioteca y sus campañas en *Variedades* confirman el prestigio del autor de *Cuentos malévolos* que Unamuno ha prologado en España. “Últimamente ha perdido una de sus dos niñitas que era la chochera de este viejo” —le escribe a Francisco Sosa; porque ya en don Ricardo prevalecen los contentamientos de la senectud.

Cuéntase que fué el colombiano Arboleda quien sugirió a Palma la creación del género literario que había de conferirle perfil propio en las letras del idioma; considérase que de ese contacto nació, en su forma y en su esencia, la *tradicción*. Desde entonces, toda la obra del gran escritor sigue ese derrotero; pero surge ahora este doctor Velásquez prohibiéndole escribir tradiciones y convirtiéndose, así, en el punto opuesto de la generosa curva, de la parábola admirable. He aquí los dos extre-

mos, los dos límites. Entre Arboleda y Velásquez se desenvuelve la obra de Ricardo Palma. Aquél, dando la señal de partida; éste, deteniendo la marcha. Dos nombres que son dos mares limitando un continente. Como Milton, escribiría ahora su paraíso perdido. Pero es que no son sólo sus ojos; que son también sus manos, su corazón, su cerebro. Por eso seguirá repitiendo la sentencia, la resignada consigna, el tema permanente, radical e inapelable de su ancianidad: "Ya he sacado mi tarea y ahora a descansar bajo la sombra de un sauce".

GLORIA Y OCASO

La estrella, el mirador, alcanzan ya la línea del horizonte. Aproximarse. Llegar. Detenerse en este balcón que es como un tranvía colgado en la pared. Penetrar en él. Desde la calle suben unas voces, unos vivas, el vaho de la subversión. Suena un disparo de revólver; y otro más. Un grupo de hombres se mueve, una pequeña muchedumbre avanza. ¿Pequeña muchedumbre? No habría otra manera de definirla. Tiene su rumor, su decisión, su esencia. Como en todas las aglomeraciones de seres humanos, hay quienes llevan un objetivo y hay quienes los siguen, por costumbre gregaria, por la natural inclinación del hombre a dejarse conducir. Los demás son transeúntes que se detienen, elemento transitorio, curiosos, guardias del orden público, un cura, tres mataperros, un perro. Los tenderos han cerrado sus puertas. Algunos vecinos se asoman, temerarios, a sus balcones. La pequeña muchedumbre se mueve sin apremio. Son las primeras horas de la tarde. Es otoño y hay un velado sol.

Un hombrecito magro, de rostro aguileño, enjuto, en el que el largo bigote negro, los pequeños ojos brillantes y las cejas de línea quebrada ponen la única nota de energía, es empujado por las calles entre gritos y amenazas. Viste severa ropa oscura y no ha perdido en la algarada el sombrero. Sus dedos delgados pretenden jugar con la cadena de oro que cuelga de un bolsillo a otro del chaleco. Camina despacio, entre anonadado y sereno. Y no pregunta nada, ni protesta, ni se defiende. Simplemente avanza hacia donde le señala el índice de acero de un revólver. Es el presidente de la República, don Augusto B. Leguía. Ha sido extraído con violencia del palacio de gobierno y se le pide a voces la dimisión. Lo acompaña únicamente su ministro de Justicia, el doctor Manuel Vicente Villarán. Los demás no han podido acudir en su ayuda. A lo largo del jirón de la Unión avanzan el subversivo grupo y su prisionero. Se escucha un ¡viva Piérola! y pinta el aire otra bala. Rodeando al primer

mandatario van los dos hijos y un hermano del caudillo demócrata.

Al llegar a la plaza de la Inquisición, después de un largo, cruel e inútil rodeo, se le exige, con mayor vehemencia, renunciar. Desde su bronce, Bolívar contempla la dramática escena. De pronto se escucha una descarga. Hay muertos y heridos; algunos revolucionarios huyen. Del montón de cuerpos, como un espectro, pálido, ensangrentado, sucio, se yergue el presidente. Su salvador se acerca a socorrerlo:

—Soy el alférez Gómez, del regimiento N^o 5.

—Gracias, mi capitán —contesta Leguía.

La revolución ha terminado. Se abren de nuevo las puertas de las tiendas; las gentes se asoman para ver pasar a caballo, seguido de su escolta, al hombrecito de rostro aguileño y ojos brillantes que supo dominar su momento de peligro con el único recurso que tenía en sus manos: no firmar. Los amotinados corren a ocultarse; pero desde ese balcón que es como un tranvía suspendido en el muro, alguien ha conseguido fijar en la placa fotográfica un instante de la breve odisea del primer magistrado, que servirá de cabeza de proceso para el consejo de guerra que presidirá después un sobreviviente del *Huáscar*, el contralmirante Pedro Gárezon.

La casa donde viven los Palma, en los altos de la Biblioteca, no tiene ventanas al exterior. Para ver lo que sucede en la calle es preciso tomar por asalto la Sociedad Geográfica, incurrir en inocente delito de violación de domicilio. Pero la Sociedad, el Ateneo, la Academia Concha o la Biblioteca son una misma cosa para los Palma: parte o prolongación del propio hogar. A los primeros disparos han corrido a asomarse, capitaneados por Ricardo que, en el momento del alboroto, disponíase a visitar a los señores Aspíllaga —don Baldomero, don Ramón y don Antero— que han contratado sus servicios médicos en la hacienda "Cayaltí". Después de larga y anhelante espera han visto pasar al vociferante grupo camino de la Inquisición; poco después llegará a sus oídos el eco de los fusiles del teniente Gómez y, al caer de la tarde, estará la ciudad otra vez en silencio, como si nada hubiera sucedido.

Se han quedado haciendo comentarios y está con ellos, entre otros empleados y amigos, Julio C. Tello, que heredó el cargo de conservador del salón "Europa" de Octavio Espinoza cuando, hace algunos años, resolvió éste un buen día marcharse a España, a hacerse torero. Ahora es el doctor Tello —que ha terminado estudios de medicina con Ricardo—, un buen especialista en corazón y pulmón, gracias a Palma que puso a su alcance

los medios para seguir su carrera. El descubridor de Paracas, el inquieto investigador de la prehistoria peruana, viene con frecuencia a visitar a sus viejos amigos y esta tarde hay tema sabroso para la sobremesa, en la que siempre es Ricardo el gran animador. Ha vuelto la calle a su normalidad y se hace en todas partes conjeturas sobre el abortado motín. Pero han muerto en la refriega desde un alto jefe hasta el heroico soldado que estaba de guardia a la puerta de Palacio y que tiene el mismo nombre del panegirista de Bolívar. El bronce de Choquehuanca revirá la memoria del otro personaje —un antepasado, tal vez— que en los albores de la República pronunciara su célebre y retórica salutación al Libertador.

Ha venido también el doctor Manuel A. Velásquez, secretario de la Facultad de Medicina y su tirano, al decir de Palma, aunque es débil tiranía la suya. Don Ricardo es muy aficionado al tabaco y, hace unos meses, su médico, olvidando que le había prohibido fumar, le obsequió una caja de riquísimos habanos. Esta lenidad, en buena cuenta, no es sino el resultado de la absoluta ineficacia de sus razones. Ya es bastante concesión, para un legítimo descendiente de Quevedo, para un nieto de Caviedes, el permitir que entre un médico en la casa. Don Ricardo sabe lo que hace y muy pocas veces escucha consejos. Él conserva sus ideas y sus hábitos y comprende que el hombre tiene la edad de sus arterias. Lo sabe como un fatalista, como un estoico. Además, no piensa provocarse a sí mismo trastornos psíquicos y orgánicos por pretender adaptarse a una época que ya no es la suya. Ricardito no ha conseguido que cambie siquiera su vieja navaja de hoja por la moderna *auto-strop*, práctica, rápida, segura, que los jóvenes han recibido con entusiasmo. No le interesan ni las teorías modernistas de Clemente ni el dandysmo de Ricardo. No vale ya la pena cambiar. A sus años, no hay remedio mejor que la vida ordenada. A las 8 y 30 le llevan a la cama el desayuno y los periódicos. Un cigarrillo después del café y a enterarse de las noticias hasta las 10. A esa hora se levanta, se arregla pausadamente, baja a su despacho. A las 12 lo llaman a almorzar. Antes habrá lectura en el saloncito inmediato a su dormitorio. Las comidas a sus horas y en su mesa los platos tradicionales de la cocina criolla. A los postres, el comentario de la correspondencia que ha recibido en la mañana. Noticias de Pancho Sosa, desde México; Rubió le escribe de Barcelona, y el Marqués de Laurencín, desde Madrid, anunciándole el envío de un ejemplar de la *Ovandina*, con dedicatoria autógrafa a la Biblioteca Nacional. El obsequio motivará una respuesta de Palma al aristócrata y académico español

en la que aprovecha para palanganear, diciéndole: “Ancianos y ancianas de la aristocracia me contaron primores del tal Ovan-do, grandísimo calavera de los tiempos de Esquilache, y hasta hubo una condesa valetudinaria (que, sin ser pariente mía, me trataba con mimos de abuela) que de vez en cuando me hizo leerla, después del obligado rosario nocturno, páginas del famoso libro en que con encomio trataba el autor a los antepasados de ella”.

Terminado el almuerzo, baja nuevamente a la Biblioteca y ahí se está trabajando mientras le alcanza la luz. A las 6 y 30 volverá a su casa, tomará su copita de *pisco* o de *anis del mono* y dormirá media hora hasta que le llamen a cenar. Después, a acostarse temprano, que “está la casa llena de goteras” y el doctor Velásquez tórnase cada día más severo.

Ya no entinta la pluma el viejo romántico; callado está el coplero de las tradiciones; pero no olvida a sus amigos y en su correspondencia se refugian las últimas frases de su prosa ágil, aguda, personalísima. Ahora sólo escribe cartas, alguna anotación pintoresca en los libros y su memoria anual. Una nueva generación se dispone a la lucha; una nueva generación que ya no le considera rival sino maestro, patriarca como él quiere. Y una tardía rehabilitación se le ofrece. La Municipalidad de Lima ha recogido la idea, lanzada por diarios de la capital y de provincias, de realizar en ceremonia pública la coronación literaria del viejo escritor. Se ha señalado el 28 de julio de 1910, aniversario de la independencia nacional, para el acto.

Palma agradece la iniciativa pero rechaza el homenaje. Francisco Mostajo le dedica un artículo en la *Ilustración Peruana* y el tradicionalista le escribe, exponiéndole sus razones: “Si yo aceptara de mis contemporáneos amigos —le dice— una manifestación ruidosa como la que usted patrocina tendría que volver a la arena para no verme envuelto en el ridículo de todo fracaso. Si con sólo la iniciativa de coronación ha habido un don nadie que me trataba irrespetuosamente, considerándome, a lo sumo, merecedor de una de las medallas que actualmente se prodigan en los días del aniversario patrio, imagínese usted el cardumen de envidiosillos que se complacería en turbar la serenidad de mi retraimiento, el día en que el propósito adquiriese condiciones de seriedad”. Se despoja en esta carta don Ricardo de toda ambición, de todo mérito; quiere su modestia atribuir a sólo perseverancia el volumen y la calidad de su obra; el tono de su renunciamiento traduce la inalterable serenidad de su espíritu. Y, sobre todo, prefiere su paz. “No contribuya usted —agrega— a que sean para mí amargos los días de existencia

que aún me restan. No quiero una coronación que, sin ser irrisoria como la de Cristo, tendría de ella las espinas". Sabe que aún tiene enemigos ocultos en la sombra, los mismos que alguna vez, que muchas veces, le tiraron de la ropa, como en la sátira de *Punch*, para no dejarlo subir. ¿Para qué despertarlos? Aparecerían de nuevo, saliendo de sus madrigueras con afiladas uñas, dispuestos a todo. Palma no quiere homenajes. No los necesita. Pero lo que sí le hace falta es sobrevivir en la memoria de su pueblo. Por eso le pide a Francisco Mostajo: "Cuando ya no exista, allá por el lejano año de 1933, si mi recuerdo como hombre de letras y como bibliotecario perdurase, si libres de personales prejuicios y de pasioncillas mezquinas, estimaren los peruanos que mi memoria es acreedora a homenaje nacional, allá ellos. Yo soy tan falto de hipócrita modestia, que creo habérmelo conquistado". No sabe el anciano luchador que llegarán esos años y muchos otros después de su muerte y continuarán sus enemigos sujetándole de las ropas, impidiendo que su nombre alcance la consagración que para él ha conquistado medio siglo de faena por la cultura peruana.

No se lleva a cabo la coronación y "toda la gente seria" le ha felicitado por el rechazo. Además, no es propicio el momento. En la frontera del norte se movilizan las tropas y la guerra está a punto de estallar. No es la primera vez, ni será la última, que estos choques, unos más violentos que otros, se produzcan. El Perú es un país pacífico y su pueblo no tiene la exaltación chauvinista y tropical de otros; pero está dispuesto a defender su soberanía, sin alardes ni espectaculares gritos, pero decidido y viril. No alcanza mayores proporciones el conflicto y el problema queda pendiente de solución. En su memoria de este año informa Palma que "la intranquilidad que, desde abril, domina en la juventud estudiosa" ha hecho que disminuya el número de concurrentes a la Biblioteca. "Suspender, hasta que la vida pública se normalice, la lectura nocturna fué una necesidad impuesta por las circunstancias. . y espero que acaso, desapareciendo en breve todo recelo de guerra exterior, volverá la Biblioteca a su normal funcionamiento. . ." Y, siempre mirando a los días en que ya estará ausente, propone que "en 1921, en el centenario, se inaugure el nuevo edificio, como un homenaje a San Martín".

El hombre que dedicó sus años a la investigación de las cosas pretéritas, ahora que toda su vida es pasado no quiere ya volver la vista atrás. Piensa en los tiempos que vendrán, en el centenario de la independencia del Perú, que es también el de la Biblioteca fundada por el Capitán de los Andes, y en Ricardo

Palma que la restauró, que la hizo renacer. Su mirada se dirige a la historia en función de futuro. Cuando ya no exista, que se acuerden de mí, dice, en un desdoblamiento de su personalidad, en un situarse en espectador de sí mismo. En 1921 cumplirá cien años la República y acaso él alcance esa fecha; pero en 1933 habrá pasado un siglo de su oscura venida al mundo en una apartada calle limeña y está seguro de no llegar. Demasiado tiempo es un siglo para su cansancio. Por eso pide que le recuerden; porque no muere el que permanece en la memoria de su pueblo, no desaparece el que ha conquistado el derecho de vivir en su corazón.

Pasa ese año y llega enero de 1911, en que Palma recibirá el primero de los últimos rudos golpes que le dará la vida. Cristina Román, la novia romántica, la compañera de treinta y cinco años está gravemente enferma. El cáncer, el dramático mal desconocido se ha hecho presente en la piel en la forma de un epiteloma de la región nasal. Los médicos han desahuciado a doña Cristina. El tumor canceroso es invencible. Se sabe que existe, que está allí, que avanza y se propaga. Y eso es todo. Lo demás se reduce a esperar. Se ha dado aviso a Ricardo, que está en "Cayaltí" y que ha tenido tiempo de llegar hasta el lecho de su madre. Clemente y su breve familia tienen un departamento en el mismo piso, se pasan el día en nervioso ir y venir. Angélica trabaja sin descanso. Augusta y Renée la ayudan; pero es ella, la hermana mayor, la que tiene sobre sí la responsabilidad de la casa. Vital entra y sale en silencio; va a la botica, habla con su padre. No hay esperanzas. Se acentúa la gravedad y un profundo sollozo sacude una noche el agobiado pecho de Ricardo Palma. Se ha quedado solo. Se ha ido la mujer que compartió con él la mitad de su existencia, la que tuvo un único motivo de celo en el fervor que Palma ponía en su labor restauradora. "La Biblioteca es mi rival", decía doña Cristina. Ya no lo será. En la casa ha quedado ese extraño clima que provoca la muerte y que es como si todo hubiera cambiado de lugar. Se camina sin hacer ruido. Casi no se habla. El tiempo tiene una rara dimensión. ¿Quién alborota en el patio? Dos palomillas han entrado súbitamente, persiguiéndose, gritando, y se han vuelto a ir. Sus gritos se pierden en la calle. Ya no volverá el patio a llenarse de voces como cuando, a las cinco de la tarde, cerraban la puerta y se jugaba allí hasta que caía la noche. Aún se recuerda en el barrio la corrida de toros con los Cisneros —Luis Fernán y Alfonso— Rey Ego-Aguirre, uno de los Rey y Lama y los tres Palmas, en que todos hacían, alternativamente, de toros y lidiadores, mientras don Ricardo y

doña Cristina aplaudían riendo la faena extraordinaria. Los muchachos crecieron y se apagaron los gritos. Todo ha cambiado con esta muerte. Muchos de los amigos de antes se han ido también. Hasta don Eustaquio, el viejo barbero, que tardaba un siglo en llegar, se ha muerto. Las gentes, que antes no iban sino a la Plaza de Acho, prefieren el Hipódromo de Santa Beatriz que ha reemplazado a la *cancha* Meiggs. Don Ricardo ya no trabaja. Lo único que permanece inédito es la pequeña serie de sus *Tradiciones en salsa verde*, licencia que el gran escritor se ha permitido, como los clásicos, como Rabelais y Boccaccio, donde la “volteriana sonrisa” se hace más intencionada y el giro es más atrevido y la sátira más directa. En las *Tradiciones en salsa verde* está la manera en que Palma hubiera querido escribir toda su obra. Hace casi un cuarto de siglo, José Toribio Medina le decía en carta desde Santiago: “Sólo ayer se ha publicado aquí en los *Debates* el artículo de usted, pues ningún periódico había querido admitirlo a pretexto de que estaba *muy colorado*. Si la salsa les ha parecido así, ¡cómo encontrarían la perdiz, si leyeran!”

La muerte de doña Cristina ha acentuado su escepticismo y su melancolía. Ya no tiene más fuerzas para luchar. En agosto publica su memoria anual, que un presentimiento le hace declarar que será la última. En sus concisas frases hay un acento de tristeza. Parece que dictara sus últimas disposiciones. “Veo con íntima amargura —dice— que mi tan fatigosa como entusiasta tarea de más de un cuarto de siglo, está en peligro de esterilizarse si el Supremo Gobierno y la Representación Nacional no prestan preferente atención al parágrafo final de esta Memoria, acaso la última que presentaré, pues las dolencias físicas propias de la ancianidad, y el desaliento de mi espíritu ante la inutilidad de mis gestiones para que el país ostente su tesoro bibliográfico en edificio digno del nombre y de la cultura nacional, serían fundados motivos para que yo hiciera renuncia de la dirección, dejando a un sucesor más afortunado la realización de lo que fué mi ideal perenne. Sin edificio apropiado no hay biblioteca digna de tal nombre ni catalogación posible, sino un hacinamiento de libros”. Se refiere al funcionamiento de la Biblioteca en horas de la noche y dice: “Al fin, cediendo en mi resistencia, que alguien calificó de caprichosa obcecación, y arrostrando a fuerza de vigilancia el peligro de incendio, tuve que acatar la disposición suprema que impuso la lectura durante dos horas nocturnas... Un desperfecto, del cual di cuenta al Ministerio, en el alumbrado eléctrico, ha hecho imposible, mientras el daño no se repare, el funcionamiento de la sala de lec-

tura, desapareciendo así el peligro de un desastre nacional ocasionado por el fuego”.

El parágrafo final de la Memoria está dedicado, como lo advierte en el exordio, a la necesidad de un nuevo edificio. Un senador, el doctor Diomedes Arias, ha redactado ya un proyecto de ley y la esperanza del viejo bibliotecario renace. “Ni el doctor Arias —dice— ni el que esta memoria suscribe estamos locos para aspirar a que el Perú posea una Biblioteca como el British Museum de Londres, que alberga más de cinco millones de volúmenes. Por muy contentos nos daremos con que la del Perú sea apropiada para admitir siquiera trescientos mil volúmenes, no siendo aventurado prometerse que, después de abierto el canal de Panamá, abundaremos en facilidades para incrementar el catálogo. No es este asunto de sólo personal satisfacción mía sino el complemento de mi labor perseverante de veintiocho años. Yo estoy ya para muy poco, y ciertamente que no deliro con la idea de presenciar en 1921 las magnas fiestas del centenario peruano, fiestas en las que el acto de más valiosa y patriótica significación sería el de inaugurar edificio digno de perpetuar la grandiosa fundación de San Martín, sintetizada en estas palabras suyas: *La vida de un pueblo debe ir a la par de su ilustración.*”

Ya está, es cierto, para muy poco. Por enero de 1912 sus dolencias se agravan, su vista está más débil, le incomoda la sordera. Apenas puede escribir y prefiere dictarle a Angélica sus cartas; pero tiene repentinas reacciones y olvidando sus buenos propósitos de jubilación literaria, piensa que todavía podrá acometer un nuevo libro sobre neologismos y americanismos. No dura mucho el optimista estado de ánimo porque un nuevo golpe sacudirá la tambaleante fortaleza de su ancianidad. Ha tenido un serio conflicto con el gobierno. Clemente, que desempeña el cargo de Conservador de la Biblioteca, ha atacado, desde las columnas de *Variedades*, algunos proyectos de ley enviados al Congreso por el Ejecutivo. Como consecuencia de esta censura, ha sido separado del empleo. Palma comprende la situación y no discute la medida. Lo que no acepta es que se nombre reemplazante, invadiendo sus atribuciones. “Esto era atentatorio de mis prerrogativas como Director, pues el reglamento expedido en 1884 y que ha sido acatado por todos los gobiernos que se han sucedido desde entonces, me facultaba para proponer la persona que yo estimara apta para ocupar el puesto del destituido... Mi dignidad de funcionario y de hombre me imponía el deber de renunciar un empleo que he servido durante veintiocho años y medio. El gobierno no aceptó

mi renuncia y declaró en su decreto que estaba *ampliamente satisfecho* de mí. Ante este procedimiento elevé propuesta en favor de un distinguido joven intelectual; pero casi a la vez el gobierno expedía un decreto derogatorio de mi prerrogativa reglamentaria e insistía en el nombramiento del favorecido por la designación presidencial. Presenté nueva renuncia, la que fué aceptada”¹.

No le engañaba su corazón al presentir que su memoria de seis meses antes sería la última. Don Ricardo Palma ha dejado de ser Director de la Biblioteca Nacional. El gobierno declara su cesantía con el goce legal de doscientos cincuenta soles mensuales por cuarenta y cinco años de servicios al país.

Después de todo, ya no era posible seguir viviendo en esa vieja casa tan llena de sombras, tan abrumada de recuerdos. El bibliotecario mendigo ha dejado de pedir. En los anaqueles hay cerca de cincuenta mil volúmenes reunidos con su paciente labor. Pero su renuncia no puede pasar en silencio y es unánime la protesta que, esta vez, pese a su reiterada negativa, se traduce en pública manifestación de desagravio. Ya no es la coronación propuesta en repetidas ocasiones y otras tantas rechazada por el escritor. El homenaje tiene esta vez otro significado. Se ha elegido, para realizarlo, el Teatro Municipal. Desde el día anterior se recomienda en los periódicos a las personas que no puedan asistir, devolver las localidades para atender la creciente demanda del público. La compañía de tranvías anuncia que habrá un servicio extraordinario a los puntos distantes, después de la velada. La noche del homenaje una muchedumbre aguarda al anciano hombre de letras. “Nunca ofreció nuestro primer teatro tan brillante aspecto” —dice *La Prensa* en su reseña del día siguiente². No había asientos disponibles “y en la cazuela, abigarrada, henchida de entusiasmo, lo mejor de la juventud demostró con su presencia y más tarde con su alabanza atronadora y sincera, la admiración que siente por el patriarca de nuestra literatura”. Era la respuesta a la frase del *Politeama* de 1888. “Un aplauso inacabable —sigue diciendo el mismo diario— anunció la llegada del maestro... Las mujeres, contaminadas del entusiasmo, aplaudían de pie al viejo literato. En muchos ojos femeninos vimos brotar algunas lágrimas. Don Ricardo ostentaba sobre el pecho la insignia de la Real Academia Española”.

El programa combina un acto de concierto con los discursos

¹ *Epistolario*. Carta a Mario Catalina.

² *La Prensa*, 12 de mayo de 1912.

sos de ilustres hombres de letras. Una nueva generación le tributa su homenaje fervoroso. Hacen uso de la palabra José de la Riva-Agüero, Felipe Barreda y Laos, Juan Bautista de Lavalle, Felipe Sassone y José Gálvez, el poeta que, poco tiempo después, recibiría del maestro la pluma con que escribió sus *Tradiciones*. Riva-Agüero, una de las más brillantes mentalidades de nuestra América y a quien sólo la atrevida ignorancia de Carleton Beals pretendería, años más tarde, amenguar en su merecido prestigio, inició el acto con estas palabras: “Este rendido homenaje de admiración y cariño constituye el solemne desagravio que la sociedad de Lima y por su medio el Perú os ofrecen de las culpas de infieles representantes y constituye también el cumplimiento de una obligación nacional, que las actuales circunstancias han hecho aún más imprescindible y urgente. La alteza de vuestra fama... reclamaba que nuestro país, del que sois orgullo y consoladora gloria, os tributara, en ceremonia pública, demostración semejante a las que en el siglo pasado hizo España a Quintana y Zorrilla... Vos, cuyo universal renombre alivia el abatimiento de nuestros infelices destinos, ¿no habíais de oír resonar el vibrante aplauso de vuestros conscientes conciudadanos?... Sois, señor, como nadie y antes que nadie, encarnación legítima del espíritu de nuestra patria, viva y sagrada voz del pasado... Sin hipérbole alguna y pesando cuidadosamente las palabras, se os debe proclamar uno de los más principales y eficaces agentes en la formación del sentimiento de nuestra nacionalidad... Quien os honra, honra a la patria; quien os irrita la ofende... Legendario desde ahora y ornamento de la nación, símbolo de lo pasado, intérprete y medianero de la Antigüedad, situada en el umbral de lo Eterno, sobre la blanca majestad de vuestras canas resplandece el fulgor de la apoteosis. Recibid, señor, los aplausos de este público, que son ya para vos los de la posteridad y cuyo eco resonará largamente en la historia; escuchad cómo, en ovación amorosa, os aclama padre y rey de nuestras letras, joya y reliquia inviolable de la patria”.

Sigen después los discursos de Barreda y de Sassone. Juan Bautista de Lavalle, recordando que fué su abuelo, don José Antonio quien le encomendó, siendo Ministro, por encargo del general Iglesias, la reconstrucción de la Biblioteca, dijo: “¡Pobre abuelo mío si te fuese dado ver al término de aquel ardor glorioso, el premio de la patria agradecida al anciano que se desvivió por ella, cómo se colmaría de amargura tu alma justiciera!” Recitó luego Gálvez su composición *A don Ricardo Palma* y, finalmente, el maestro, con la voz clara y altiva, en

medio de un silencio religioso, leyó desde su palco, pausada y correctamente, su discurso. Al ponerse de pie, lo hizo también, entre aplausos, la concurrencia. Hecho de nuevo el silencio, se le oyó decir: "Es idea corriente que los viejos, por el natural desgaste nervioso y sentimental producido en la marcha de su vida, son cerrados para las grandes emociones de dolor o de placer, de gratitud o de resentimiento; pero yo os aseguro, jóvenes amigos míos, que esta hermosa manifestación de simpatía a mis canas y a mi labor con que habéis querido desagraviarme de la inmerecida actitud con que el gobierno ha respondido a mi esfuerzo de casi seis lustros en bien de la cultura de la patria, conmueve profundamente mi alma y compensa con creces las amarguras de la decepción... Recibid, amigos míos —expresó al terminar—, el abrazo estrecho que os doy con el alma entera antes de irme al desierto a plantar de nuevo mi tienda y a soñar allí con mis conquistadores valerosos, mis virreyes caballerescos y mis tapadas limeñas, gentilmente bellas y espiritualmente decidoras..."

Una nueva ovación, sonora y profunda como un oleaje, envolvió sus últimas palabras; cálido aplauso que quizá le recordaría el que recibiera, sesenta años antes, en ese mismo teatro, cuando estrenó su *Rodil*. Como entonces, la encendida expresión de la muchedumbre tenía un significado político. Participando del homenaje, le acompaña don Nicolás de Piérola. "En ese momento —dice Alberto Ulloa— estaba dentro del aura de la simpatía y, además, de la curiosidad pública, después de la larga persecución que había sufrido. También en ese momento él y Palma eran los más destacados personajes contrarios a Leguía. En la puerta del teatro, una multitud de distintas categorías sociales esperó la salida de Piérola y rodeó su coche para acompañarlo. Dirigiéndose, entonces, a quienes le aclamaban para recordarles la razón de su presencia, les dijo: —"Sigan a Palma. Ésta no es mi noche"¹.

La muchedumbre siguió a Palma, rodeando el automóvil de don Felipe Barrera que lo llevó hasta la Biblioteca Nacional en la que ya sólo ocupaba el segundo piso. Esa misma tarde del 11 de marzo el Director General de Instrucción Pública había hecho entrega de la Dirección a don Manuel González Prada.

Tenía, pues, un acentuado carácter de protesta el homenaje, una beligerancia de la que, acaso, el tradicionalista hubiera querido liberarlo. Pero eso ya no dependía de él. Su vida ha sufrido un cambio radical. Tendrá que dejar la casona de la

¹ ALBERTO ULLOA, *Don Nicolás de Piérola*.

calle de Estudios que esta noche contempla con tristes ojos. Lo más hondo y vital de su existencia ha pasado entre estos muros. Aquí vió crecer a sus hijos y nacer a sus nietos. Aquí murió la mujer que fué esposa, camarada, consejera, madre. Amigos de lejanos países venían a verle. En aquel sillón, frente al busto de Voltaire, se sentaron Rubén Darío, Menéndez Pidal, Roque Sáenz Peña, Rafael Altamira. Pero, ahora sí, ya ha sacado su tarea. Es preciso marcharse. En pocos días se ha dispuesto el éxodo. Vivirá en Miraflores. ¿Qué significado tiene esta elección? ¿Es, de nuevo, la vuelta al pasado? Aquí fué la batalla; éste era su hogar que devoró el incendio. Ya ocupa el rincón donde pasará sus últimos años. Muchas gentes quieren hablar con él, contemplar su figura cenceña y gloriosa. Los universitarios le han firmado un álbum. El homenaje no se acaba, no se acabará hasta sus días postreros.

Mientras tanto, su rival y sucesor le prepara nuevos ataques. Ha publicado una *Nota informativa* en que abundan los cargos pueriles, las acusaciones injustificadas, de orden menor. En la Biblioteca, afirma, no se llevaba libros de contabilidad. Ni falta que hacían, cabría responderle, en una institución que vivió de milagro, que ha subsistido merced a la terca dedicación de Ricardo Palma, a su diligencia de fraile mendicante y a la que donado sus propios libros y la biblioteca de su hijo Clemente. Al oficial de cuenta y razón del *Rimac* no le interesaba otra contabilidad que la de los volúmenes que, año tras año, iban ingresando a sus estantes. No había, por otra parte, dinero alguno que contabilizar. ¿Que hay algún desorden? ¿Que está en todas partes el sello del Bibliotecario? ¿Que ha cometido la imperdonable irreverencia de hacer anotaciones de su puño y letra? ¿Que hay encuadernaciones de pobre calidad? Pero, señor González Prada, ¡qué importancia tiene todo esto ante la magnitud de la labor cumplida! ¿Que hay errores y olvidos? Enmendar las faltas, amigo mío, y tener presente que gran parte de esos volúmenes los fué pidiendo de limosna por las esquinas del mundo, que eran ya de segunda mano cuando ingresaron a los estantes de la Biblioteca. En la *nota* del empecinado rival se observa, como preocupación preferente, el deseo de vulnerar, con denuncia escandalosa, el buen nombre de Palma. No se contenta con acusarlo ante la opinión de su país y hace llegar, maliciosamente, a manos de Rufino Blanco Fombona, un ejemplar de un libro de éste en el que ataca, con dureza cruel, al poeta Andrés Mata. Don Ricardo había escrito en él, como acostumbraba, una nota censurando la actitud del venezolano. Esto daría motivo a que, poco después, Blanco

Fombona ultrajara al tradicionista, en opinión aparecida, precisamente, en el prólogo de *Páginas libres*¹. Era el lodo sobre el rostro de un anciano por mil conceptos venerable. A sólo cuatro años de su muerte recibiría la bofetada abusiva y matonesca del panfletario blasfemo y tropical, entre adjetivos sarcásticos contra el Perú. Acaso el escritor de *Horas de lucha*, desde su punto de vista, discutible o no, podía elaborar una crítica derrotista; pero nada autorizaba a Blanco Fombona a hacerlo. Sin embargo, esa nota discordante en las relaciones tradicionalmente afectuosas de los dos pueblos sirvió para que aplaudieran morbosos y cobardes fariseos, falsos reformadores que no tuvieron nunca las manos limpias para arrojar la primera piedra y, mucho menos, sobre su pecadora patria.

No trascienden las acusaciones de Prada que no logra eclipsar el resplandor apoteósico. El mismo Palma, serenamente, responde en su folleto *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima* y lo hace también, con precisa y enérgica expresión, su hijo Clemente. Levanta todos los cargos y, entre otras cosas, le dice: "Sí; mi padre ha amado a la Biblioteca como cosa suya, como un bien personal, como una hija, como no la querrá jamás el señor González Prada que, próximo ya a septuagenario, no puede abrigar calor en el alma para un nuevo amor. El alma de mi padre está allí, en esos salones, y aunque el señor González Prada borre sellos, aunque rechine los dientes de furor morbosos y palidezca de impotencia, aunque realice todas las transformaciones que le sugiera la rabia, siempre será el señor González Prada un huésped en la Biblioteca; y el espíritu de mi padre, irradiando desde su modesto retiro de Miraflores, se sentirá siempre en ese viejo solar de nuestra cultura".

Tuvo valor de profecía la advertencia. González Prada no fué sino un huésped, un personaje transitorio, un visitante más. Ese mismo año termina Leguía su período y lo sucede don Guillermo E. Billinghurst, antiguo pierolista, a quien, ante la amenaza de disolución del Congreso depona, a su vez, un movimiento encabezado por el coronel Oscar R. Benavides. En mayo de 1914, una Resolución Suprema nombra a don Ricardo Palma Director honorario de la Biblioteca, atendiendo a que su nombre se halla vinculado a ella y "que es deber del gobierno honrar los méritos literarios de tan eminente escritor". González Prada presenta su renuncia; pero el gobierno, considerando "que no es admisible la causal en que la funda", resuelve desestimarla y destituirlo del empleo, nombrando en su reemplazo a Luis Ulloa.

¹ GONZÁLEZ PRADA, *Páginas libres*. Madrid, 1915.

Fecundos en acontecimientos han sido estos últimos dos años. Al promediar 1913, ha muerto don Nicolás de Piérola. Entre los visitantes a la casa de la calle del Milagro se ha visto, con sorpresa, el rostro aguileño de don Augusto B. Leguía. No puede Palma, en cambio, acudir a contemplar, por última vez, al caudillo y se duele por “la ausencia eterna de quien fué la cumbre de una generación”, en carta que dirige al presidente del Partido Demócrata. “En la penumbra de mis añoranzas —le dice— he contemplado, desde la ventana de mi retiro, la puesta del sol”.

Viejo y achacoso, sigue preocupándole la suerte de la Academia. De los doce miembros, sólo quedan cinco; tres de ellos son octogenarios y los restantes no tienen actividad literaria. No parece éste el momento más apropiado para reorganizarla. Ha estallado la guerra europea y el hombre que fué siempre antena captadora de sucesos, no pierde noticia, inquiere, pide a sus hijos que le lean los periódicos, comenta, cambia ideas, conjeturas. En carta a Daniel Granada expresa: “Hoy seremos muy pocos los hombres cuyo cerebro no se halle absorbido por la estupenda y fenomenal guerra europea, de la cual el fantástico capricho y la vanidad del emperador alemán están haciendo víctimas no sólo a los europeos y asiáticos, sino también a nosotros, los pobrecitos hijos de la América Latina... Y si el desbarajuste bélico continúa un par de años más, la miseria invadirá todos los hogares”. Pero ya no puede ser, como él mismo dice, sino “un espectador del presente social”. Ya no lee ni escribe y sus males se acentúan cada día. No decae, sin embargo, su espíritu y, cuando en febrero de 1916, se nombra nuevamente director de la Biblioteca —increíble juego del *Gran Bonetón*— a don Manuel González Prada, formula inmediata renuncia de su cargo honorífico. Los términos de la respuesta oficial le sugieren una curiosa carta aclaratoria en la que el humor del tradicionista se pone, una vez más, de manifiesto. “Ayer recibí transcripción de un decreto supremo —le dice al Ministro— aceptando mi renuncia del cargo de *consultador* de la Biblioteca Nacional y, desconociendo la significación de tal palabra, la he buscado en la primera edición (1736 a 1737) y en la décimacuarta (1914) del Diccionario de la Real Academia de la Lengua, sin encontrarla. La palabra castellana, desde el siglo xv, es *consultor*. Cumpló con el cristiano deber de avisarlo a usted para que ni la rúbrica del Presidente de la República ni la firma de su Ministro de Instrucción, continúen autorizando la subsistencia de tan disparatado vocablo”.

No guarda rencor, no obstante, al presidente, que lo es don

José Pardo y, muy por el contrario, espera su apoyo oficial para el resurgimiento de la Academia porque dice que Pardo "es de cepa académica" y recuerda que su abuelo y su padre "alcanzaron la honorífica distinción que yo amo infinito". Triunfa, al fin, su perseverancia que es "la característica de su individualidad" y, en diciembre de 1917, en solemne actuación, se incorpora a los nuevos académicos. Figuran entre ellos Alejandro Deustau, Javier Prado, José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Oscar Miró Quesada, José María de la Jara, Juan Bautista de Lavalle y José Gálvez, ratificándose, además, la elección de Luis Felipe Villarán, Francisco García Calderón, Luis Fernán Cisneros, Enrique Castro Oyanguren y Enrique A. Carrillo, como individuos de número de la Academia Peruana.

Ya están en regla sus papeles, realizados sus sueños. En su casa de Miraflores siguen dándose cita, como antes, las más ilustres personalidades que visitan Lima. Hace poco ha estado a verle José Vasconcelos a quien ha preguntado por sus amigos de México y pedido noticias del "famoso bandido general Francisco Villa, que probablemente será fusilado por los yankees" y en cuya tienda de campaña fraguará Chocano más de una anécdota. Le han visitado también Eduardo Marquina, que está de temporada con la Guerrero y Díaz de Mendoza; y Pedro González Blanco, el escritor español que le obsequia libros mexicanos. Los argentinos Manuel Ugarte, Alfredo Palacios, Antonio Sagarna, Belisario Roldán, Carlos Octavio Bunge y el uruguayo Baltasar Brum han llegado, en distintas fechas de estos últimos años, hasta la casa del escritor, y el comandante de la *Sarmiento*, acompañando a un grupo de cadetes, le han traído a su recuerdo los lejanos días de marino.

Rodeado de admiración y de afecto, Palma no quiere pensar en la nueva ofensa que se le ha inferido al reponer a su ensañado acusador. Pero el destino suele castigar a los hombres con crueles e inesperadas sentencias y el director-huésped no ha de durar tampoco esta segunda vez sino veintinueve meses en el despacho que el tradicionalista ocupara durante casi veintinueve años. Por los primeros días de julio de 1918 ha fallecido su antiguo servidor de la Biblioteca y amigo cordial de la familia de Palma. Al llegar al cementerio, han querido los deudos que tome Clemente una de las cintas de honor del ataúd, colocando, en la distribución, a González Prada detrás de él. "Por largo rato —contará más tarde Clemente— en las avenidas del cementerio me parecía sentir en la nuca las miradas rencorosas del aparentemente fuerte y sano luchador de ideas. Era un día caluroso y hubo un retardo en la llegada del sepulturero.

De pronto, durante la espera, hubo un gran revuelo en el cortejo fúnebre: el señor González Prada había caído fulminado al suelo, víctima de un violento ataque cerebral o cardíaco...” mientras todos llamaban en su auxilio al doctor Ricardo Palma, el hijo de su sereno rival, que no estaba entre los presentes.

Pocos días después, un nuevo ataque señalaba el término de la existencia del hombre del *Politeama*. “Cuando al día siguiente mi padre, que ya casi no veía, agobiado por el peso de ochenta años de infatigable lectura, se hizo leer los diarios y se enteró de la muerte de González Prada, movió lentamente la cabeza, exclamando:

—“¡Pobre Prada! No creí que se me adelantara en el viaje... Hasta en *eso* ha tenido emulación... Fué injusto y apasionado conmigo; pero tenía talento”.

El hombre que había proclamado: “Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra”, era sólo once años menor que Palma y la sentencia se cumplía antes en él que en su involuntario enemigo que, generosamente, reconocía sus méritos y le perdonaba.

Tampoco él puede esperar ya mucho de su malherido corazón. Cada día es mayor su quebranto. Inválido, consumiéndose, apagándose, sale en silla de ruedas a tomar sol conducido por alguna de sus hijas. Las gentes de Miraflores contemplan con ternura al viejecito que pasa silencioso, la cabeza doblada sobre el pecho, los ojos pequeños que apenas ven, los cabellos blancos asomando por debajo de la gorra que sombrea su enjuto rostro.

—Buenos días, abuelo —le diremos nosotros mismos alguna vez al pasar.

—Buenos días, hijo —nos responderá su voz adormecida, sin saber siquiera quién le saluda.

Y pasará todavía un año más. Desde el mes de julio, por un golpe de estado, Leguía es otra vez presidente del Perú. El tradicionalista ha cumplido ochenta y seis inviernos y le da lo mismo quién toma o quién deja el poder. Agosto y septiembre han sido meses duros y este gobierno de su cuerpo, de sus sentidos en crisis, es el único que importa. La atención médica nada puede ya aliviar en este organismo extenuado y marchito. ¿Quién mejor que Angélica Palma, testigo de excepción, para relatarnos los últimos instantes de esta vida extraordinaria, de esta existencia cabal?

“Pasó el día 5 de octubre silencioso y cansado —nos cuenta—; se acostó al atardecer; en la madrugada despertó, pidiéndome con su voz siempre viril y sonora, que le dijera unos versos, nunca sabré si recordados o soñados.

—¿Cómo son —me preguntó— esos versos que empiezan... como tú, como ella...?

—Mañana los buscaremos; ahora duérmete —le rogué.

Cerró los ojos tranquilo; al poco rato le oí suspirar profundamente, de una manera extraña; corrimos todos a rodear su lecho; su vida terrena había terminado el 6 de octubre de 1919.

Cuando salió del hogar el ataúd, entre el gentío conternado y respetuoso, un hombre del pueblo, un hijo de la vieja Lima, clamó con voz fuerte y dolida:

—Se fué don Ricardo Palma”¹.

Si alguien pegara el oído al labio secular de la ciudad, le oiría decir, con las palabras salidas de la nube: *Hic est filius meus dilectus*. Porque él habló por ella y ésta era su propia e inconfundible voz.

Venía del siglo de oro el torrente de su sangre y por eso era un renacentista agónico y por eso era un navegante del encrepado mar barroco.

En el fondo de sus ojos Melibea se moría de amor, como un ángel equivocado en el mundo infernal de la picaresca.

Cagliostro le daba sus secretas fórmulas y un sacro colegio de alquimistas insomnes autorizaba su búsqueda de metales imposibles.

Conocía los pasos secretos para viajar a otros siglos y volvía a la hora del alba, pálido y transparente, con las manos llenas de insignias y trofeos preciosos.

Ponía la planta en los cuarteles heráldicos y se divertía en derrumbar las torres y en cabalgar leones rampantes y desgranar rubíes de las granadas que es el maíz con que se alimentan los halcones.

Era hijo del pueblo y lo proclamaba y de esa legitimidad provenía su abolengo.

Combatió, fué combatido, sufrió el destierro y la calumnia, pero pudo, como el estoico, inscribir en su escudo: “Derribado en la lucha, caí invencible”.

¹ ANGÉLICA PALMA, *ob. cit.*

No es verdad que se parezca a nadie y su espejo está en la ciudad donde él puso el azogue y la imagen.

Sólo tiene antecedente en actitudes, en gestos, en diapasón, en idioma. Lo demás lo cultivó con sus manos y de su propia heredad.

Si es preciso definir su filiación esencial, de él pudiera decirse, como Lope diría de Quevedo:

*“Escritor agudísimo y suave.
dulce en las burlas y en las veras grave...”*

BIBLIOGRAFÍA DE RICARDO PALMA

- 1851 *Rodil*. - Drama en 3 actos y prólogo. Lima, diciembre de 1851, Imprenta del Correo. En: Biblioteca del Club Nacional de Lima, publicado en "Mar del Sur" (Nos. 23 y 24 de 1952-53).
- 1855 *Poesías*. - Lima, Imprenta de J. M. Masías, 1855.
- 1860 *Corona Patriótica*. - Colección de apuntes bibliográficos. Lima, 1860.
- 1861 *Dos Poetas*. - (Apuntes de mi cartera). Juan María Gutiérrez y Dolores Veintemilla. Valparaíso, 1861.
- 1863 *Anales de la Inquisición de Lima (Estudio Histórico)*. - Lima, Tip. de Aurelio Alfaro, Calle Baquijano N° 317, 1863.
- 1865 *Armonías. Libro de un desterrado*. - París, Lib. de Rosa y Bouret, 1865.
- 1865 *Lira Americana*. - Colección de poesías de los mejores poetas del Perú, Chile y Bolivia, recopiladas por D. Ricardo Palma. París, Lib. de Rosa y Bouret, 1865.
- 1867 *Congreso Constituyente*. - Semblanzas por un campanero. Lima, Imp. dirigida por J. M. Noriega, 1867.
- 1867 *El 2 de Mayo*. - Poesía en cuartetos por Ricardo Palma, 1867.
- 1870 *Pasionarias*. - El Havre, Tip. Alfonso Lemale, 1870.
- 1870 *Corona Patriótica*. - Por Manuel R. Palma. Lima, 1870.
- 1872 *Tradiciones*. - Primera serie. Lima, Imp. del Estado, 1872.
- 1872 *Anales de la Inquisición*. - Segunda edición.
- 1873 (?) *Don Juan del Valle Caviedes, el poeta de la Ribera*. - Lima, 1873.
- 1874 *Perú. - Tradiciones*. Segunda serie. Lima. Imp. Liberal de El Correo del Perú, 1874.
- 1875 *Tradiciones*. - Tercera serie. Lima, Benito Gil, 1875.
- 1877 *Tradiciones*. - Cuarta serie. Lima, Benito Gil, 1877.
- 1877 *Monteagudo y Sánchez Carrión*. - Páginas de la Historia de la Independencia. Lima, 1877.
- 1877 *Verbos y gerundios*. - Lima, Benito Gil, 1877.
- 1883 *Tradiciones*. - Lima. Imp. del Universo de Carlos Prince, 6 t., 1ª a 6ª series.
- 1883 *Tradiciones*. - Quinta serie. Lima, Imp. del Universo de Carlos Prince, 1883.
- 1883 *Tradiciones*. - Sexta serie. Lima, Imp. del Universo de Carlos Prince, 1883.
- 1883 *El demonio de los Andes*. - Tradiciones históricas sobre el conquistador D. Francisco de Carvajal. Nueva York, Imp. de "Las Novedades", 1883. (Segunda edición: Maucci, Barcelona, 1911).
- 1884 - 88 *Memoria Bibliotecaria, 1884-1888*. - Imp. Masías y La Unión, 317.
- 1886 *Enrique Heine*. - Traducciones. Lima, Imp. del Teatro, 1886.
- 1886 *Refutación a un compendio de Historia del Perú* (del Padre R. Capa). - Lima, Torres Aguirre, 1886.

- 1887 *Tradiciones...* y otros trabajos literarios robados a sus autores por el editor de "El Ateneo" de Lima. - Edición limitada a cincuenta ejemplares numerados. Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1887.
- 1887 *Poesías*. - (Juvenilla - Armonías - Cantarcillos - Pasionarias - Nieblas). Precedidas de *La Bohemia Limeña* de 1884 a 1860. Confidencias Literarias. Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1887.
- 1889 *Tradiciones...* y otros trabajos literarios robados a sus autores por el editor de "El Ateneo" de Lima. - Edición limitada a cincuenta ejemplares numerados. Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1889.
- 1889 *Ropa Vieja*. - Última serie de Tradiciones. (Fué luego la 7*). Lima, Imp. y Librería del Universo, 1889.
- 1889 *Cristián*. - Por Ricardo Palma y Cristina Román de Palma. (Natalicio del niño Cristián Palma). Lima, Benito Gil, 1889.
- 1889 - 1911 Memorias anuales como Director de la Biblioteca de Lima, de 1889 a 1911.
- 1890 *A San Martín*. - Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1890.
- 1891 *Tradiciones*. - Buenos Aires, Imp. "La Universidad" de J. M. Klingelfuss y Cía., 1891.
- 1891 *Ropa apollada*. - Octava y última serie de "Tradiciones". Lima, Prince, 1891. Lima, Imp. y Librería del Universo, 1891.
- 1891 *Biblioteca Nacional*. - Catálogo de los libros que existen en el salón "América". Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1891.
- 1892 *Aguinaldo a mis amigos. Filigranas*. - Lima, Imp. de Benito Gil, 1892.
- 1893 - 96 *Tradiciones peruanas*. - Barcelona, Montaner y Simón, editores, 1893-96. 4 vols.
- 1896 *Neologismos y americanismos*. - Lima, Imp. y Librería de C. Prince, 1896.
- 1897 *Anales de la Inquisición de Lima*. - Tercera edición. Madrid, Tip. de Ricardo Fé, 1897.
- 1897 *Recuerdos de España*. (Notas de viajes, Esbozos, Neologismos y Americanismos). - Buenos Aires, Imp. y encuadernación de J. Peuser, 1897.
- 1899 *Recuerdos de España*. Precedido de *La Bohemia de mi tiempo*. - Lima, Imp. "La Industria", 1899.
- 1899 *Tradiciones y artículos históricos*. - Lima, Imp. Torres Aguirre, 1899.
- 1900 *Cachivaches*. Artículos literarios, bibliográficos, párrafos de crítica. Estudio histórico sobre Monteagudo y Sánchez Carrión. - Lima, Imp. de Torres Aguirre, 1900. Reproducido en el tomo V de la Edición Calpe de las Tradiciones.
- 1900 *Armonías. Libro de un desterrado*. - Lib. de la Vda. de Ch. Bouret, París, 1900.
- 1901 *Anales de Cuzco. 1600 a 1750*. (Anverso de una medalla que dice: Biblioteca Nacional del Perú Post nubila Phoebus. Inaugurada el 28 de julio de 1884). Imp. del Estado, Lima, 1901.
- 1902 *Juicio de Trigamia por los directores del Semanario La Broma, 1877-1878*. - Segunda edición. Lima, Imp. Ledelma, 1902.
- 1902 *Apuntes históricos del Perú y noticias cronológicas del Cuzco*. (Anverso de una medalla que dice: Biblioteca Nacional del Perú. Post nubila Phoebus). - Lima, Imp. del Estado, 1902.
- 1903 *Papeletas Lexicográficas*. Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario. - Lima, Imp. "La Industria", 1903.
- 1906 *Mis últimas tradiciones peruanas*. - Barcelona, Casa editorial Maucci, 1906.
- 1907 *Doce cuentos*. Librito con composiciones en verso tituladas Docena de Cuentos, seguidos de otros llamados Postales. - Edición Expreso. Gale-

- ría literaria. Editor S. Durquea. Lima, S. Durquea, 1907 a 1908.
- 1910 *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas y cachivachería.* - Barcelona, Editorial Maucci, 1910.
- 1911 *Tradiciones selectas del Perú.* Con los retratos de los virreyes, arzobispos y presidentes del Perú, según la época de la tradición. - Edición corregida. Callao, A. J. Segrestán. 4 vols.
- 1911 *Poesías completas.* - Barcelona, Edit. Maucci, 1911.
- 1911 *El demonio de los Andes.* - Segunda edición ilustrada. Barcelona, Edit. Maucci, 1911.
- 1912 *Apuntes para la historia de la Biblioteca de Lima.* - Lima, Imp. y tipografía "Unión", 1912.
- 1912 *Armonías.* - Segunda edición. Lib. de la Vda. de Ch. Bouret. París, México, 1912.
- 1915 *Poesías completas* - Nueva edición.
- 1917 *Las mejores tradiciones peruanas.* (En la colección de Grandes Escritores Americanos, dirigida por V. García Calderón). - Barcelona, Edit. Maucci, 1917.
- 1919 *¡Presente, mi general!* Homenaje póstumo al autor de las Tradiciones peruanas. - Número extraordinario del *Parnaso nacional*, publicación poética ilustrada. Director, Luis Suárez Arraú. Año 1, N° 2, Buenos Aires, 1919.
- 1921 *El Palma de la juventud.* Selección de tradiciones, poesías y artículos. - Lima, E. Rosay, 1921.
- 1922 *La Limeña.* (Tradiciones sobre la mujer de Lima, publicadas por V. García Calderón). - Editorial Franco-ibero americana. Biblioteca Litiput.
- 1924-25 *Tradiciones peruanas.* - Edición publicada bajo los auspicios del Gobierno del Perú. Ilustraciones de Fernando Marco. Madrid, Calpe, 6 vols.
- 1930 *Bolívar en las Tradiciones Peruanas.* - Madrid, C. I. A. P., 1930.
- 1938 *Traditions peruviennes.* - Versión al francés de Matilde Pomés. (Publicadas por el Institut International de Coopération Intellectuelle). - París, Mayenne, Imprimerie Floch, 1938.
- 1930 - 39 *Tradiciones peruanas.* - Edición publicada bajo los auspicios del gobierno del Perú. Ilustraciones de Fernando Marco. Madrid, Barcelona, Espasa-Calpe, S. A. 6 tomos, 1930-39.
- 1938 *Tradiciones escogidas.* - En: Biblioteca de Cultura Peruana. Primera Serie, vol. N° 11. París, Desclée de Brouwer, 1938.
- 1939 *La pantorrilla del comandante.* - En: Prosistas Modernos, Buenos Aires, 1939.
- 1940 *La monja de la llave.* - Prólogo de P. Matalonga. México, Cía. General ed. S. A. (Colección Mirasol 4), 1939.
- 1940 *Tradiciones peruanas escogidas* (edición crítica). - Santiago de Chile. Ediciones Ercilla, 1940 (Biblioteca Amauta, Serie Americana).
- 1942 *Tradiciones peruanas* (selección). - Buenos Aires, Espasa-Calpe (Colección Austral 132), 1942.
- 1943 *Tradiciones peruanas.* - Primera selección, 4ª ed. Buenos Aires, México, Espasa-Calpe Argentina, S. A. (Colección Austral 52).
- 1943 *Flor de tradiciones.* - Introducción, selección y notas de George W. Umphrey y Carlos García Prada, México, Ed. Cultura (Biblioteca Enciclopédica Popular, 45), 1943.
- 1945 *Tradiciones peruanas.* - Selección y reseña de la historia cultural del Perú por Raúl Porras Barrenechea. Colección Panamericana 25. Buenos Aires, W. M. Jackson, Inc., 1945.

- 1945 *Don Ricardo Palma y sus tradiciones*. - Introducción, selección y notas de Max H. Miñano G. Biblioteca Enciclopédica Popular, 1945.
- 1945 - 47 *Tradiciones peruanas*. - Edición publicada bajo los auspicios del gobierno del Perú, 6 tomos. Ilustraciones de Fernando Marco. Espasa-Calpe S. A., Madrid, 1945-47.
- 1948 *Florilegio* (tradiciones, poesía). - Biblioteca Popular de bolsillo, 2. Lima, 1948.
- 1948 *Antología*. - Selección y prólogo por Edmundo Cornejo V. Ed. Hora del Hombre S. A. (Literatura del pensamiento peruano, 6).
- 1949 *Tradiciones peruanas*. - Ed. Hora del Hombre S. A. (primera serie, 1). Lima, 1949.
- 1949 *Epistolario*. - 2 vols. Con prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima, Ed. Cultura Antártica S. A., 1949.
- 1950 - 52 *Tradiciones peruanas* (Primera, segunda y tercera edición). - Lima, Ed. Castrillón Silva S. A. 7 vols., 1950-52.
- 1952 *Tradiciones Peruanas Completas*. - Ed. y prólogo de Edith Palma, con seis extensos apéndices y una selección de cartas del autor. Madrid, Aguilar S. A., 1952.
- 1952 *Poesías*. - Lima, Ed. Castrillón Silva S. A., 1952.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo brevísimo	9
Esta ciudad romántica	11
La adolescencia	23
La bohemia de su tiempo	43
El desterrado	60
Una predicción que se cumple	74
El parlamentario	88
Vivir en el pasado	108
El bibliotecario mendigo	123
Yo soy yo	136
“De las academias, libranos Señor”	152
Ya he sacado mi tarea	166
Gloria y ocaso	185
Bibliografía	203

4780-L

F 3447 .P172

Miro, Cesar.

Don Ricardo Palma : el patriar

010101 000



0 1163 0085758 2

TRENT UNIVERSITY

F3447 .P172
Miró, César
Don Ricardo Palma

DATE	ISSUED TO 311561
------	------------------

311561

